



Distr.
LIMITADA

LC/L.1339
23 de marzo de 2000

ORIGINAL: ESPAÑOL

Vigesimoctavo período de sesiones
México, D.F., 3 al 7 de abril de 2000

JUVENTUD, POBLACIÓN Y DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

00-2-113



NACIONES UNIDAS
UNITED NATIONS



Vigesimoctavo período de sesiones
México, D.F., 3 al 7 de abril de 2000

JUVENTUD, POBLACIÓN Y DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Este documento de referencia constituye una versión preliminar de una próxima publicación que aparecerá bajo el mismo título y que incluirá, como primer capítulo, el contenido del documento de trabajo que se presenta con la signatura LC/G.2084(SES.28/16).

El presente documento fue elaborado por el CELADE – División de Población de la CEPAL, a solicitud del Comité Especial sobre Población y Desarrollo del período de sesiones de la CEPAL y contó con el apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP). Su preparación estuvo a cargo de un equipo de trabajo coordinado por Miguel Villa, jefe del Área de Población y Desarrollo. En la redacción de los capítulos participaron Rubén Kaztman, Jorge Martínez, Ernesto Rodríguez, Jorge Rodríguez, Susana Schkolnik y Miguel Villa, quienes fueron apoyados por Guiomar Bay, Rodrigo Espina, Laura Gougain, Enrique Pemjean y Marta Rangel. En el tema de fecundidad adolescente fue decisivo el aporte de José Miguel Guzmán, Ralph Hakkert y Juan Contreras, profesionales del Equipo de Apoyo Técnico para América Latina y el Caribe del FNUAP, quienes redactaron un documento que fue usado como base de las secciones sobre fecundidad adolescente del presente texto. La División de Estadística y Proyecciones Económicas de la CEPAL colaboró con el procesamiento de las bases de datos de encuestas de hogares de países de la región. Finalmente, el documento se benefició de comentarios y sugerencias de varios expertos, entre ellos, Daniel Blanchard, Juan Chackiel, John Durston, Dirk Jaspers-Faijer, Roberto Pizarro, Luis Rivadeneira y Rolando Sánchez. Las opiniones expresadas en este documento son de la exclusiva responsabilidad de los autores y pueden no coincidir con las de la Organización.

ÍNDICE

	<i>Página</i>
PRESENTACIÓN	1
I. ELEMENTOS PARA UN MARCO CONCEPTUAL Y CONTEXTUAL	3
A. LAS FRONTERAS DE LA JUVENTUD	3
B. PRINCIPALES ENFOQUES ANALÍTICOS	5
C. ROLES Y FUNCIONES INHERENTES A LA CONDICIÓN JUVENIL	7
D. LOS DIFERENTES SECTORES JUVENILES REALMENTE EXISTENTES	8
E. JUVENTUD Y SOCIEDAD (I): PRINCIPALES AGENTES DE SOCIALIZACIÓN JUVENIL	9
F. JUVENTUD Y SOCIEDAD (II): LOS JÓVENES COMO ACTORES SOCIALES Y POLÍTICOS	10
G. JUVENTUD Y SOCIEDAD (III): LAS DIFICULTADES DE LA INTEGRACIÓN SOCIAL	12
H. JUVENTUD Y POLÍTICAS PÚBLICAS (I): ENFOQUES, LIMITACIONES Y TENSIONES	14
I. JUVENTUD Y POLÍTICAS PÚBLICAS (II): ENFRENTANDO LAS INEQUIDADES GENERACIONALES	16
II. DINÁMICA DE LA POBLACIÓN Y JUVENTUD	19
A. LOS EFECTOS DE LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA SOBRE EL VOLUMEN Y CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN JOVEN	19
1. Transición demográfica en América Latina y el Caribe	19
2. Los efectos de la transición demográfica sobre la población joven: crecimiento y peso relativo	20
3. Impacto del crecimiento de los jóvenes en los sectores sociales	23
4. Contexto demográfico en que se insertan los jóvenes	28
5. La mortalidad en los jóvenes	30
B. MIGRACIÓN INTERNA, URBANIZACIÓN Y DISTRIBUCIÓN ESPACIAL DE LA POBLACIÓN	37
1. Algunos elementos de referencia	38
2. Migración interna de los jóvenes: transferencia rural-urbana	39
3. Distribución espacial urbana y rural	45
4. Segregación espacial intraurbana	47
C. MIGRACIÓN INTERNACIONAL	48
1. Un marco de referencia	49
2. Algunas evidencias empíricas	51
3. Algunas reflexiones	63
III. CONDICIONES DE VIDA, ESTRATIFICACIÓN SOCIAL Y FORMAS DE REPRESENTACIÓN	65
A. JUVENTUD Y POBREZA EN AMÉRICA LATINA	65
1. Una primera visión de conjunto	65
2. La particular situación de los jóvenes	67
3. Pobreza, educación y trabajo	71

B.	ALGUNAS ÁREAS CLAVES DE LA INSERCIÓN SOCIAL.....	81
1.	Acceso y permanencia en el sistema educativo: avances y limitaciones.....	81
2.	La inserción laboral de los jóvenes: precariedad, exclusión, discriminación	83
3.	Los jóvenes y la salud: conductas de riesgo y acceso a servicios específicos	89
C.	TRANSMISIÓN INTERGENERACIONAL DE OPORTUNIDADES.....	92
1.	Transmisión intergeneracional del capital educacional	92
2.	Capital educativo y oportunidades ocupacionales	94
3.	La influencia de los contactos familiares.....	95
4.	Definición temprana de roles según género.....	96
D.	FORMAS DE REPRESENTACIÓN Y PARTICIPACIÓN JUVENIL	97
1.	Organizaciones y movimientos juveniles: diversidad y transitoriedad.....	97
2.	Participación política y ciudadanía: ¿apatía, rechazo o alternatividad?.....	99
3.	La violencia como "otra" forma de participación juvenil	100
4.	El rock y las nuevas formas de expresión y representación juvenil.....	102
IV.	SALUD REPRODUCTIVA DE LOS JÓVENES.....	105
A.	ELEMENTOS DE REFERENCIA CONCEPTUAL.....	105
1.	Conducta, salud y derechos reproductivos: especificidades de los adolescentes y jóvenes	105
2.	Juventud, reproducción e inequidad social	109
B.	FECUNDIDAD Y EQUIDAD.....	110
1.	Las tasas de fecundidad (proyecciones): principales tendencias	110
2.	¿Cómo evaluar estas tendencias de la fecundidad durante la juventud?.....	117
3.	La evolución de la fecundidad durante la juventud según segmentos socioeconómicos	118
4.	Preferencias reproductivas entre estratos y su relación con la realidad	126
C.	LA TRÍADA INICIACIÓN SEXUAL/NUPCIAL/REPRODUCTIVA	130
D.	SEXUALIDAD, NUPCIALIDAD Y REPRODUCCIÓN DE LOS JÓVENES: ALGUNAS INEQUIDADES SOCIOECONÓMICAS	142
E.	ANTICONCEPCIÓN.....	151
1.	Conocimientos de medios anticonceptivos	153
2.	Uso de métodos anticonceptivos.....	158
F.	LA FECUNDIDAD ADOLESCENTE Y SUS CONSECUENCIAS: UNA APROXIMACIÓN EMPÍRICA.....	162
1.	La sexualidad durante la adolescencia.....	163
2.	Sexualidad, matrimonio y procreación entre las adolescentes.....	165
3.	Los adolescentes y la regulación de la fecundidad	166
G.	EFFECTOS DEL EMBARAZO ADOLESCENTE: LA DESERCIÓN ESCOLAR Y LA FORMACIÓN DE FAMILIAS	171
1.	Relación entre la fecundidad adolescente y el abandono escolar. El embarazo como causa de abandono escolar	171
2.	Otros efectos sociales del embarazo adolescente: la familia	176

	<i>Página</i>
V. JUVENTUD Y POLÍTICAS PÚBLICAS.....	181
A. LA EVOLUCIÓN DE LAS POLÍTICAS DE JUVENTUD.....	181
1. Educación y tiempo libre para los jóvenes integrados.....	181
2. Control social de los sectores juveniles movilizados.....	182
3. Enfrentamiento de la pobreza y prevención del delito.....	183
4. Formación de capital humano e inserción laboral de los jóvenes.....	184
B. LOGROS Y CARENCIAS DEL CAMINO RECORRIDO	185
1. La evaluación programática: avances desarticulados e inestables.....	185
2. La evaluación institucional: confusión de roles y superposición de esfuerzos	187
3. Los recursos invertidos: ausencia de focalización y exceso de centralización	188
4. La visión de los actores implicados: discursos y prácticas corporativas	190
C. POLÍTICAS DE JUVENTUD Y REFORMA DEL ESTADO	191
1. La reforma institucional como prioridad de la próxima década	191
2. La distribución concertada de roles y funciones a desempeñar	193
3. Los cambios en los modelos de gestión en las políticas públicas.....	195
4. Grupos de población y transversalidad de las políticas públicas	196
D. LAS PRIORIDADES SUSTANTIVAS DE LA PRÓXIMA DÉCADA.....	197
1. Educación y salud como claves para la formación del capital humano.....	197
2. La salud reproductiva como clave del desarrollo de las y los adolescentes	199
3. La integración social como la principal prioridad sustantiva del futuro.....	203
4. La inserción laboral de los jóvenes como clave para la integración social.....	204
5. La prevención de la violencia juvenil como clave para una convivencia pacífica.....	206
6. La participación ciudadana como contribución al fortalecimiento democrático .	207
7. Voluntariado juvenil: los jóvenes como actores estratégicos del desarrollo	209
BIBLIOGRAFÍA	211

RECUADROS, CUADROS, GRÁFICOS Y MAPA

Recuadros

II.1 Uruguay: la propensión migratoria entre los jóvenes a fines de los años ochenta.....	50
IV.1 Conducta, salud y derechos reproductivos	107

Cuadros

II.1 América Latina y el Caribe: número de jóvenes de 15-29 años según países, 1970-2050.....	26
II.2 América Latina y el Caribe: tasas de mortalidad por causas en jóvenes de 15-24 años, circa 1990	34
II.3 Importancia relativa (%) de la transferencia rural-urbana en el crecimiento urbano total, según sexo	40
II.4 Tasas de migración neta rural-urbana, para los jóvenes, según grupos de edad y sexo	41
II.5 Total de inmigrantes y porcentaje de población joven, según categoría de localidad de destino, países y años seleccionados	44
II.6 América Latina: porcentaje de población joven (15-29 años) urbana y porcentaje de población urbana total, 1970-2020.....	44

II.7	América Latina: población juvenil nacida en países de América Latina censada en países distintos al de su nacimiento, <i>circa</i> 1990 (15-24 años)	53
II.8	América Latina: algunas características socioeconómicas de los inmigrantes en Argentina, Paraguay y Venezuela, <i>circa</i> 1980 y 1990	55
II.9	América Latina: algunas características socioeconómicas de los emigrantes brasileños, chilenos y colombianos, <i>circa</i> 1980 y 1990	56
II.10	Estados Unidos: población juvenil nacida en países de América Latina y el Caribe según regiones de nacimiento, por grupos de edades y sexo, censos de 1980 y 1990.....	58
II.11	Estados Unidos: población juvenil nacida en países de América Latina y el Caribe según regiones de nacimiento, por grupos de edades y sexo, encuesta periódica sobre población de 1997	60
II.12	Estados Unidos: algunas características educativas de la población juvenil nacida en países de América Latina y el Caribe según regiones de nacimiento. Censo de 1990.....	61
III.1	Pobreza e indigencia por países, 1990-1997	66
III.2	América Latina y el Caribe, países seleccionados: nivel de pobreza de los hogares por grupos de edad y por sexo	68
III.3	América Latina y el Caribe, países seleccionados: jóvenes pobres por grupos de edad, nivel de pobreza de los hogares y sexo	74
III.4	América Latina y el Caribe, países seleccionados: jóvenes no pobres por grupos de edad, nivel de pobreza de los hogares y sexo.....	78
III.5	América Latina y el Caribe: desempleo juvenil, 1990-1999	84
III.6	América Latina (12 países): tasa de desempleo abierto de los jóvenes de 15 a 24 años de edad según sexo y nivel de ingreso del hogar, zonas urbanas, 1990 y 1997	86
III.7	América Latina (12 países): tasas de participación y desempleo de los jóvenes de 15 a 24 años de edad que no estudian pertenecientes a hogares pobres, zonas urbanas	88
III.8	Indicadores de salud reproductiva de las adolescentes de 15 a 19 años en países seleccionados de América Latina y el Caribe.....	90
IV.1	América Latina y el Caribe: tasas específicas de fecundidad juvenil y tasa global de fecundidad (TGF), e indicadores de cambio entre 1970-1975 y 2000-2005	112
IV.2	América Latina y el Caribe: peso de las tasas específicas de fecundidad juvenil sobre la fecundidad total y concentración de la fecundidad en la etapa juvenil entre 1970-1975 y 2000-2005	115
IV.3	América Latina y el Caribe: porcentaje de mujeres de 15 a 49 años con experiencia reproductiva por grupos socioeconómicos y según grupos de edad, países seleccionados, 1995-1998	119
IV.4	América Latina y el Caribe: paridez acumulada de las mujeres de 15 a 49 años por grupos socioeconómicos y según grupos de edad, países seleccionados, 1995-1998	123
IV.5	América Latina y el Caribe: número medio de hijos deseado por las mujeres de 15 a 49 años, por grupos socioeconómicos y según grupos de edad, países seleccionados, 1995-1998	127
IV.6	América Latina y el Caribe, países seleccionados: edad mediana a la primera relación sexual, a la primera unión y al primer hijo, mujeres de 20 a 49 años de edad, 1995-1998	132
IV.7	América Latina y el Caribe, países seleccionados: porcentaje de mujeres de 20-24 años que tuvo su primera experiencia sexual antes de los 15, 18 y 20 años, 1993-1998	134
IV.8	América Latina y el Caribe: porcentaje de mujeres de 25-49 años unidas que llegaron vírgenes al matrimonio, por grupos quinquenales, 1995-1998	143

IV.9 América Latina y el Caribe: porcentaje de las mujeres de 15 a 49 años de edad que "no ha escuchado hablar del sida", según grupos y quintiles socioeconómicos, países seleccionados, 1995-1998	145
IV.10 América Latina y el Caribe: porcentaje de mujeres de 15 a 49 años de edad que "no usó condón" en su última relación sexual, según grupos de edad y quintiles socioeconómicos, países seleccionados, 1995-1998	146
IV.11 América Latina y el Caribe: porcentaje de las mujeres de 15 a 49 años de edad que "no deseaba más hijos" cuando ocurrió su último embarazo, según grupos de edad y quintiles socioeconómicos, 1995-1998	152
IV.12 América Latina y el Caribe: porcentaje de las mujeres de 15 a 49 años de edad que conoce medios anticonceptivos modernos, según grupos de edad y quintiles socioeconómicos, países seleccionados, 1995-1998.....	154
IV.13 América Latina y el Caribe: porcentaje de las mujeres de 15 a 49 años de edad que usa medios anticonceptivos modernos, según grupos de edad y quintiles socioeconómicos, países seleccionados, 1995-1998.....	155
IV.14 América Latina y el Caribe: porcentaje de las mujeres unidas de 15 a 49 años de edad que usa medios anticonceptivos modernos, según grupos de edad y quintiles socioeconómicos, países seleccionados, 1995-1998.....	159
IV.15 América Latina y el Caribe, países seleccionados: porcentaje de adolescentes (15-19 años) que han tenido relaciones sexuales, según zona de residencia y escolaridad.....	163
IV.16 América Latina y el Caribe: porcentaje de adolescentes unidas que han tenido relaciones sexuales premaritales y cambio porcentual anual	164
IV.17 América Latina y el Caribe: distribución porcentual de los nacimientos de adolescentes (15-19), según situación marital, 1986-1998.....	165
IV.18 América Latina y el Caribe: promedio de tiempo transcurrido (años) entre la primera relación sexual y la primera unión, 1995-1998	166
IV.19 América Latina y el Caribe, países seleccionados: porcentajes de mujeres adolescentes (15-19 años) que identifica correctamente la etapa fértil dentro de su período menstrual, según área de residencia, nivel de instrucción y quintiles de pobreza	169
IV.20 América Latina y el Caribe, países seleccionados: porcentaje de mujeres adolescentes que usan actualmente un método anticonceptivo. Total, unidas y no unidas sexualmente activas.	170
IV.21 Número promedio de años de escolaridad de mujeres de 25-34 años según su edad al nacimiento del primer hijo	173
IV.22 Razones declaradas del abandono escolar por mujeres con edades actuales de 15-24 años	174
IV.23 Número promedio de años de escolaridad por mujer perdidos debido a abandono escolar y porcentaje de abandono escolar en todos los niveles atribuible a embarazos	175
IV.24 Brasil y Nicaragua: número promedio de años de escolaridad por mujer perdidos debido a abandono escolar y porcentaje de abandono escolar en todos los niveles atribuible a embarazos, según quintiles de pobreza	176
IV.25 Colombia y Nicaragua: mujeres que han tenido su primer hijo hace 7-13 años, por edad cuando nació el hijo, situación conyugal en aquel entonces y situación conyugal actual.....	178

Gráficos

II.1	América Latina y el Caribe: tasas de crecimiento total y por grupos de edades de la población de 15-29 años.....	22
II.2	América Latina y el Caribe: porcentaje de jóvenes de 15-29 años, por países ordenados según nivel de crecimiento en el año 2000.....	22
II.3	América Latina y el Caribe: número de jóvenes de 15-29 años, 1970-2050.....	23
II.4	América Latina y el Caribe: número de jóvenes en países de transición avanzada, 1970-2050	24
II.5	América Latina y el Caribe: número de jóvenes en países de plena transición, 1970-2050	25
II.6	América Latina y el Caribe: número de jóvenes en países de transición incipiente o moderada, 1970-2050.....	27
II.7	América Latina y el Caribe: edad mediana entre 1970-2050	28
II.8	América Latina y el Caribe: relaciones entre los jóvenes y otros grupos de edades	29
II.9	América Latina y el Caribe: proporción de defunciones de jóvenes en el total de defunciones alrededor de 1990.....	31
II.10	Chile, Brasil, Paraguay y Estados Unidos: porcentaje de defunciones por grupos de edades .	32
II.11	América Latina y el Caribe: tasas de mortalidad de jóvenes por sexo alrededor de 1990	32
II.12	América Latina y el Caribe: tasas de mortalidad por accidentes entre los jóvenes alrededor de 1980 y de 1990	35
II.13	América Latina y el Caribe: tasas de mortalidad por suicidios entre los jóvenes, alrededor de 1980 y de 1990	36
II.14	América Latina y el Caribe: tasas de mortalidad materna entre las jóvenes, alrededor de 1980 y de 1990	37
II.15	América Latina: tasas de transferencia neta rural-urbana, por sexo y edad, en países y períodos seleccionados	42
II.16	América Latina: relación entre % jóvenes (15-29 años) urbanos y % población urbana, 1970-2020	45
II.17	América Latina y el Caribe: razones entre el porcentaje de jóvenes inmigrantes y emigrantes intrarregionales respecto a porcentaje nacional. <i>Circa</i> 1990.....	54
II.18	Estados Unidos: porcentaje de jóvenes en total de población nacida en países de América Latina y el Caribe por región de origen, 1980	62
II.19	Estados Unidos: porcentaje de jóvenes en total de población nacida en países de América Latina y el Caribe por región de origen, 1990	62
II.20	Estados Unidos: porcentaje de jóvenes en total de población nacida en países de América Latina y el Caribe por región de origen, 1997	62
II.21	Estados Unidos: relaciones de masculinidad entre jóvenes y en total de población nacida en países de América Latina y el Caribe por región de origen, 1980	62
II.22	Estados Unidos: relaciones de masculinidad entre jóvenes y en total de población nacida en países de América Latina y el Caribe por región de origen, 1990	62
II.23	Estados Unidos: relaciones de masculinidad entre jóvenes y en total de población nacida en países de América Latina y el Caribe por región de origen, 1997	62
IV.1	América Latina y el Caribe: incremento de las tasas específicas de fecundidad juveniles y de la TGF entre 1970-1975 y 2000-2005	111
IV.2	América Latina y el Caribe: paridez acumulada por las mujeres de 15 a 49 años de edad, por grupos de edad y según quintiles socioeconómicos, países seleccionados, 1995-1999.....	125

IV.3	América Latina y el Caribe: diferencia entre la paridez acumulada y el número ideal de hijos declarado por las mujeres de 15 a 49 años de edad, por grupos de edad y según nivel de educación, países seleccionados, 1995-1998.....	129
IV.4	América Latina y el Caribe: porcentaje de mujeres de 20 a 24 años que tuvo su primera relación sexual, primera unión y primer hijo antes de los 15, de los 18 y de los 20 años según quintil socioeconómico, países seleccionados, 1995-1998	135
IV.5	América Latina y el Caribe: porcentaje de madres precoces, tempranas y adolescentes según cohorte, países seleccionados, 1995-1998	139
IV.6	América Latina y el Caribe: porcentaje de mujeres con unión precoz, tempranas y adolescencia según cohorte, países seleccionados, 1995-1998	140
IV.7	América Latina y el Caribe: porcentaje de mujeres con iniciación sexual precoz, y en la adolescencia según cohorte, países seleccionados, 1995-1998.....	141
IV.8	América Latina y el Caribe: estado civil de las mujeres según grupos de edad, países seleccionados	148
IV.9	América Latina y el Caribe: estado civil de las mujeres según grupos de edad para quintil socioeconómico, países seleccionados.....	149
IV.10	América Latina y el Caribe: estado civil de las mujeres según grupos de edad para quintil socioeconómico superior, países seleccionados.....	150
IV.11	América Latina y el Caribe: conocimiento de medios anticonceptivos modernos entre las jóvenes, por nivel socioeconómico y según grupos de edad, países seleccionados, 1995-1998	156
IV.12	América Latina y el Caribe: uso de medios anticonceptivos modernos entre las jóvenes, según nivel socioeconómico y grupos de edad, países seleccionados, 1995-1998	157
IV.13	América Latina y el Caribe: uso de medios anticonceptivos modernos entre las jóvenes unidas, por nivel socioeconómico y según grupos de edad, países seleccionados, 1995-1998	160
IV.14	América Latina y el Caribe: porcentaje de mujeres que identifica correctamente su período fértil, de 15-19 años y total de mujeres de 15-49 años, países seleccionados	168
Mapa 1:	Países seleccionados: índice de población joven según divisiones administrativas mayores	46

PRESENTACIÓN

Los jóvenes latinoamericanos tienen por delante un enorme desafío: ser conductores de un proceso de desarrollo económico y social que permita, a la vez, reducir la pobreza y los abismantes índices de desigualdad socioeconómica, que atentan contra la estabilidad y la convivencia; promover un crecimiento económico basado en fundamentos sustentables a largo plazo y competitivos en el contexto mundial, y mejorar la calidad de vida en los países de la región.

Se trata, sin duda, de un objetivo difícil de lograr y que, de hecho, ha sido esquivo para las generaciones anteriores. Sin embargo, los jóvenes actuales cuentan con ventajas para hacerlo realidad. Tienen niveles de educación más altos que sus progenitores; están familiarizados con las nuevas tecnologías de producción, comunicación, manejo y procesamiento de información, cuyo conocimiento y uso serán claves para el desempeño de las naciones y de las personas en el futuro; han experimentado el ritmo incesante del cambio, lo que los hará capaces de enfrentar las transformaciones futuras con mayor flexibilidad y rapidez; y se desenvolverán en un escenario demográfico más holgado, tanto por la tendencia a la estabilización de las cohortes jóvenes como por el mayor número de opciones para el control de las conductas demográficas.

No obstante, la evidencia empírica disponible tiende a desmentir las conclusiones alentadoras que se desprenden de tales razonamientos, ya que persisten, e incluso se agudizan, altos grados de exclusión social de los jóvenes —claramente reflejados en sus tasas de desempleo; se mantienen o elevan las probabilidades de que practiquen conductas riesgosas (en particular en los ámbitos de la sexualidad y de la reproducción), ilícitas, violentas, escapistas o anómicas, y no hay atisbos de que su participación en la toma de decisiones se vuelva más activa.

El presente documento es el resultado de un mandato que el CELADE – División de Población de la CEPAL recibió de los países en el vigesimoséptimo período de sesiones de la Comisión (Aruba, 1998). En él se debaten y analizan dos tendencias contrapuestas: la de las ventajas potenciales y la de las dificultades reales de los jóvenes, y se pone un especial énfasis en la importancia que revisten las decisiones de tipo sociodemográfico —entre ellas las relativas al comportamiento migratorio y a la conducta sexual, nupcial y reproductiva— para las opciones de movilidad social y de acumulación de activos y capacidades de los jóvenes. Junto con lo anterior, se destaca el papel de las políticas públicas dirigidas a ellos, subrayando los obstáculos que presenta su diseño y aplicación, la pertinencia de involucrar a los diversos agentes sociales, en particular a los mismos jóvenes, en su preparación, ejecución y evaluación, y la necesidad de concertar acciones coordinadas de tipo sectorial, que permitan intervenciones conjuntas de índole más bien transversal.

Este documento tiene un carácter preliminar, pues deberá ser revisado por los representantes de los países durante el vigesimotavo período de sesiones de la CEPAL. Los comentarios, observaciones y dudas que surjan en dicho debate serán incorporados en un libro que se distribuirá en la región en el curso del presente año. Cabe destacar que en esa publicación se incluirá, además, la última versión del texto *Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe. Síntesis y conclusiones*, que se presenta como documento de trabajo al vigesimotavo período de sesiones de la CEPAL.

Finalmente, es importante reconocer el enorme respaldo que brindó el Fondo de Población de la Naciones Unidas (FNUAP) para la elaboración de este documento. Además de proporcionar asistencia financiera, lo que permitió estructurar un equipo de trabajo de alto nivel, aportó orientaciones sustantivas y metodológicas que beneficiaron el documento, y dispuso que profesionales de su equipo de apoyo técnico (EAT) para América Latina y el Caribe colaboraran directamente en su preparación.

I. ELEMENTOS PARA UN MARCO CONCEPTUAL Y CONTEXTUAL

La juventud ha sido analizada desde muy diferentes perspectivas teóricas y metodológicas, a partir de la contribución de disciplinas científicas muy diversas, y aunque la mayor parte de los estudios se han referido a los países industrializados (Levi y Schmitt, 1996; Mauger, Bendit y Von Wolffersdorff, 1994; CCE, 1991) también registran un importante desarrollo en América Latina y el Caribe (Rodríguez y Dabezies, 1991; Ottone y Rodríguez, 1989), y sobre todo en algunos países que se han destacado significativamente por su producción analítica en estas materias: Chile, México y Uruguay en los años ochenta, y Argentina, Colombia y México en la década recién pasada.

Antes de abordar los temas centrales de este informe, conviene reseñar de manera breve y sinóptica los enfoques predominantes, con especial énfasis en los diferentes nexos que existen entre juventud y sociedad. En tal sentido, esta primera parte pasa revista —esquemáticamente— a las fronteras de la juventud, los principales enfoques analíticos, los roles y funciones inherentes a la condición juvenil, los diferentes sectores juveniles existentes, los principales agentes de socialización, el desempeño de los jóvenes como actores sociales y políticos, sus dificultades para lograr una fluida y efectiva integración social y, finalmente, al vínculo existente entre juventud y políticas públicas en la región.

A. LAS FRONTERAS DE LA JUVENTUD

En su concepción más general, el término “juventud” se refiere al período del ciclo de vida en que las personas transitan de la niñez a la condición adulta, y durante el cual se producen importantes cambios biológicos, psicológicos, sociales y culturales.

Una rápida revisión de la literatura sobre el tema permite constatar un amplio acuerdo en relación con el hecho de que las características y la extensión de esas transformaciones varían según las sociedades, las culturas, las etnias, las clases sociales y el género. Pero también se advierte un vasto reconocimiento de la necesidad práctica de establecer alguna convención, necesariamente arbitraria, que haga posible comparar la situación de jóvenes en distintos contextos y hacer un seguimiento de su evolución en el tiempo. Por muchas razones, el criterio más simple —e intuitivamente más adecuado— para identificar la población joven es la edad, y sus ventajas son evidentes: su medición no presenta mayores problemas de confiabilidad y es una variable investigada en la gran mayoría de las fuentes disponibles de recolección periódica de datos.

El acuerdo sobre la necesidad de establecer una definición operacional común y de apoyarse en la edad como criterio principal, nos conduce a preguntar cuáles son los límites etarios más apropiados para aprehender la esencia del fenómeno de la juventud. Pese a la diversidad de enfoques, el debate no es muy intenso en cuanto a la cota inferior que define operacionalmente a este segmento de población. De hecho, para establecer la edad de entrada a la juventud se observa un razonable consenso en dar prioridad a los criterios derivados de un enfoque biológico y psicológico, en el entendido que el desarrollo de las funciones sexuales y reproductivas representa una profunda transformación en la dinámica física, biológica y psicológica que diferencia con nitidez al adolescente del niño. En cambio, en el establecimiento de las cotas superiores surgen dudas que conducen incluso a cuestionar las ventajas prácticas del criterio etario como eje de la definición operacional. El examen de las dificultades para establecer esos límites —además de sacar a la superficie y exigir la explicitación de los criterios a través de los cuales los distintos enfoques entran en competencia— es una buena puerta de entrada para analizar los factores que hacen borrosas las fronteras de la juventud.

Un primer paso en dicho examen es el reconocimiento de la creciente amplitud del ámbito de lo juvenil. En efecto —a medida que las sociedades pasan de lo rural a lo urbano, de lo agrario a lo industrial y de lo industrial a la actual sociedad del conocimiento— ese ámbito se va ensanchando y asume dimensiones que resultan inéditas en la historia de la humanidad. Esas transformaciones afectan no sólo los contenidos mentales de los jóvenes, sino también su fisiología —tal como se refleja en los cambios en la edad de menstruación—, sus hábitos y comportamientos, la trama de sus relaciones —entre ellos y con el resto de la sociedad—, sus modos de responder a la cultura dominante y de producir patrones culturales alternativos, su importancia como productores y como consumidores y su manera de pensar la política y de participar en ella.

Un segundo aspecto, que aporta su cuota de ambigüedad a la definición de las fronteras de la juventud son las disputas interdisciplinarias. En las últimas décadas se ha observado un aumento del interés de diversas disciplinas, como la biología, la psicología, la sociología, las ciencias políticas y la antropología, por desarrollar su propia especialidad en el campo de la juventud. Es posible que ello provenga de una motivación puramente académica por incursionar en un campo relativamente novedoso, cuya complejidad y riqueza plantea múltiples desafíos conceptuales y metodológicos. Pero, sin duda, el principal atractivo que ejerce la juventud sobre esas disciplinas es su creciente incidencia en la economía, la cultura y la sociedad. Otro incentivo igualmente importante se deriva del hecho que en la juventud se concentran al menos dos de los problemas prioritarios tanto en las preocupaciones de la opinión pública como en la agenda de políticas públicas de los gobiernos de la región: el desempleo y la seguridad ciudadana.

Un tercer factor es la pérdida de consistencia del conjunto de estatus (*status set*) que constituían nodos en la identificación del mundo adulto. En el pasado, el ingreso al mundo adulto implicaba la confluencia en el tiempo de comportamientos económicos, sociales, culturales y políticos que convergían en torno a patrones modales bien establecidos. En esa perspectiva, el modelo adulto estaba constituido como un bloque de conductas mutuamente consistentes, cuyo eje se localizaba en los roles laborales y familiares; sin embargo, los valores y normas que regulaban el funcionamiento en esos ámbitos se complementaban y reforzaban con los que reproducían otras instituciones primordiales, como la iglesia y la comunidad.

En la actualidad, se aprecian al menos tres procesos que modifican la naturaleza y características de los roles adultos: i) son menos centrales en la producción económica y cultural; ii) son menos consistentes entre sí, en la medida en que aumentan las personas que asumen a la vez roles típicamente adultos y típicamente juveniles y, iii) su significado pierde nitidez con los cambios en la constitución de las familias y en la participación laboral.

La centralidad de los roles adultos se ve afectada por ciertos rasgos emergentes del funcionamiento de las sociedades modernas. Algunos elementos de la cultura juvenil comienzan a competir, con ventaja, con elementos de la cultura adulta en cuanto orientadores de hábitos y comportamientos de la población en general. Esas ventajas se tornan evidentes, por ejemplo, cuando se considera que la institucionalización del cambio, proceso nodal de los nuevos tiempos, va tornando más valiosas las capacidades para enfrentar con flexibilidad situaciones inéditas e incorporar las innovaciones con rapidez. La demanda creciente por esas capacidades se traduce, entre otras cosas, en que los adultos vuelcan su mirada hacia los jóvenes en búsqueda de las actitudes apropiadas para enfrentar las transformaciones, todo lo cual tiende a desplazar hacia la juventud el eje de la producción cultural.

La tradicional consistencia entre los roles adultos se ve afectada por una mayor asincronía entre la asunción de roles en las distintas esferas. Así, son cada vez más numerosas las personas que muestran una participación plena en el mundo del trabajo, pero deficitaria respecto de las obligaciones propias de la esfera adulta en lo que se refiere a la familia y a los roles comunitarios. La disociación entre los roles productivos y la cultura adulta se basa, parcialmente, en la creciente significación del mercado de los jóvenes, cuyos bienes y servicios —en proporción considerable— son elaborados primariamente por otros jóvenes.

Por último, el significado de los roles adultos, cuyo eje descansaba en la asunción de responsabilidades en el hogar y en el trabajo, también es modificado por las transformaciones en las esferas de la producción y en la familia. La precariedad e inestabilidad del empleo y el debilitamiento de las instituciones laborales, afectan la centralidad que tradicionalmente tuvo el mundo ocupacional como eje de formación de las identidades y contribuyen, de ese modo, a una mayor ambigüedad del rol adulto. Un efecto similar tiene la desarticulación de la familia tradicional y la emergencia de nuevos modelos de constitución de hogares caracterizados por la no formalización de la unión, pero también por un mayor peso relativo de los hogares inestables e incompletos.

El reconocimiento del carácter crecientemente borroso de las fronteras entre los jóvenes y los adultos constituye una severa advertencia sobre la cautela con que se debe enfrentar cualquier tentación de modificar las cotas etarias que convencionalmente se establezcan como límites entre las categorías.

B. PRINCIPALES ENFOQUES ANALÍTICOS

Los focos de atención tradicionalmente predominantes en los estudios sobre juventud en la región habían tenido como objetivo consideraciones demográficas, y enfoques biológicos y psicológicos. En las dos últimas décadas, en cambio, los enfoques sociológicos y politológicos se adoptaron crecientemente, así como otras contribuciones provenientes de perspectivas culturales y antropológicas. En el marco de este informe no es posible desarrollar cada una de dichas perspectivas en profundidad, pero importa delinear —al menos— sus características esenciales, identificando sus principales aportes al desarrollo del conocimiento sobre la juventud.

Desde el punto de vista demográfico, los jóvenes son ante todo un grupo de población que se corresponde con un determinado entorno etario y que varía según los contextos particulares, pero que generalmente se ubica entre los 15 y los 24 años. En el caso de contextos rurales o de aguda pobreza, el entorno se desplaza hacia abajo e incluye el grupo de 10 a 14 años; en varios casos el contexto de estratos sociales medios y altos urbanizados se amplía hacia arriba para incluir al grupo de 25 a 29 años. Desde esta perspectiva, los jóvenes —según diversas circunstancias particulares— pueden identificarse como el conjunto de personas que tienen entre 10 y 29 años. Aunque este tipo de definiciones no cuentan con posibilidades teóricas muy sofisticadas, lo cierto es que permiten el despliegue de trabajos analíticos —desde el ángulo cuantitativo— sumamente estrictos, y pueden emplear diversas fuentes estadísticas (encuestas, censos y otros).

También desde una óptica demográfica, el estudio de los diversos grupos de población permite acercamientos rigurosos a problemas cruciales del desarrollo vital de todo ser humano, como las tendencias de la fecundidad, la mortalidad y la migración, que se despliegan de modos diferentes de acuerdo al grado de desarrollo de las personas. En el caso de los jóvenes —y como veremos en detalle más adelante— la fecundidad es la más elevada de todo el ciclo vital, al tiempo que la mortalidad se

explica por causas muy particulares (accidentes de tránsito, por ejemplo) y la migración asume una marcada intensidad, motivada por la búsqueda de mejores condiciones de desarrollo personal y social.

Por otra parte, y más allá de las arbitrariedades que presentan todas las definiciones estadísticas, puede afirmarse que, en el caso de los estudios referidos a la juventud, el entorno etario elegido cuenta con adecuados fundamentos sustantivos, en la medida en que la entrada y salida de esa etapa de la vida coinciden con procesos sumamente relevantes. Así, la cota inferior del entorno elegido considera la edad en que ya están desarrolladas las funciones sexuales y reproductivas, que diferencian con claridad al adolescente del niño y tienen profundas repercusiones en su dinámica física, biológica y psicológica. Por su parte, la cota superior se identifica —hechas todas las salvedades antes mencionadas— con el momento en que los individuos llegan —en diversas circunstancias específicas y con ritmos diversos en cada esfera particular— al cierre del ciclo educativo formal, enfrentando el ingreso al mercado de trabajo y la formación de un hogar propio, con lo que pasan a la categoría de adultos.

En virtud de tales procesos, y desde los enfoques biológicos y psicológicos, la juventud estaría definida —en la vida de cualquier persona— como el período que va desde el logro de la madurez fisiológica hasta el logro de la madurez social. Pero no todas las personas de una misma edad recorren este período vital de la misma forma ni logran sus metas al mismo tiempo; desde la sociología y la ciencia política se ha insistido en la necesidad de incorporar otras variables al análisis del fenómeno juvenil. Así, se ha mostrado con suficiente elocuencia que la juventud tiene significados muy distintos para las personas pertenecientes a cada sector social específico (varones y mujeres, pobres y no pobres, habitantes rurales y urbanos, entre otros) y que la juventud se vive de maneras muy diversas, según el contexto circunstancial en que las personas crecen y maduran (sociedades democráticas o autoritarias, tradicionales o modernas, agrarias o industrializadas, laicas o religiosas, u otras).

En estudios recientes se ha ido más lejos incorporando criterios provenientes de la antropología y otras disciplinas afines, con el fin de mostrar la existencia de verdaderas culturas juveniles (que en algunas etapas y contextos específicos asumieron la forma de subculturas que no cuestionaron las culturas dominantes y, en otros casos, fueron auténticas contraculturas que sí concretaron esos cuestionamientos), y haciendo especial hincapié en los problemas de identidad juvenil como eje de la caracterización de los jóvenes en cuanto grupo social (Feixa, 1998; Arias, 1998; Marafioti, 1996; Margulis, 1996). Desde esta visión, se ha tratado de mostrar la existencia de grupos juveniles con características comunes, más allá de las diferencias que sus miembros puedan tener en términos de pertenencia a diferentes estratos sociales, crecientemente influidos por la denominada cultura de masas y unificados en torno a fenómenos culturales como la música rock y otras manifestaciones similares (Gándara, Mangone y Warley, 1997; Levis, 1997; Rodríguez, 1995; Urteaga, 1998).

Evidentemente, estamos ante la presencia de aportes diversos pero complementarios, cada uno de los cuales ha contribuido significativamente al estudio de este grupo de población. Los resultados de las investigaciones han permitido el repliegue de la especulación en este campo, incorporando profusa evidencia empírica para respaldar o desmentir los juicios valóricos —de muy variados signos— que en las últimas décadas se formularon, desde diversos ángulos, en los diferentes países de la región: el mito de los jóvenes como estandartes del cambio revolucionario, por ejemplo. Sin embargo, aún son escasos los trabajos que, desde una perspectiva holística e integral, han avanzado en la articulación de los distintos enfoques descritos.

C. ROLES Y FUNCIONES INHERENTES A LA CONDICIÓN JUVENIL

Pero ¿cuáles son los aspectos esenciales que deben destacarse en el análisis con el propósito de disponer de una caracterización precisa y útil para diseñar y aplicar políticas públicas en relación con los jóvenes? Para empezar, uno de los más relevantes es el tipo de roles y funciones que los jóvenes deberían cumplir en la sociedad en que viven. Al menos cuatro elementos cruciales son definitorios en estas materias: i) la obtención de la condición adulta como meta principal; ii) la emancipación y la autonomía como trayectoria; iii) la construcción de una identidad propia como problema central y, iv) las relaciones intergeneracionales como marco básico en el logro de dichas metas.

Parece claro que la obtención de la condición adulta constituye la meta principal, procesando de la mejor manera posible ese tránsito entre la infancia y la adultez que todo joven debe hacer. Ya no es un niño pero todavía no es un adulto, y por más que se estire la condición juvenil en términos temporales, permaneciendo más años en el sistema educativo, postergando su ingreso al mercado de trabajo y la constitución de nuevos hogares, lo inevitable es que los jóvenes se transformen en adultos. Por definición, la condición juvenil es transitoria y se pierde muy rápidamente con el paso de los años (incluso son evidentes las diferencias entre jóvenes de edades diversas).

En ese marco, la emancipación se constituye en el eje central de la trayectoria que los jóvenes deberán recorrer entre la total dependencia de padres y tutores propia de la infancia y la autonomía plena propia de la condición adulta. En este sentido, esa trayectoria deberá enfrentar múltiples y complejos desafíos —propios del cambio de roles en proceso— que dificultarán significativamente la formación de su identidad propia (no construida por padres o tutores como en el caso de los niños) y que, sin duda, constituye el problema central de este proceso.

Tal como se sostiene en numerosos estudios de la CEPAL, “por una parte, la naturaleza misma de la transición supone la existencia de un proceso continuo de cambio de roles; por otra, tales cambios implican el riesgo de resentir las identidades construidas. En otras palabras, el individuo está sujeto a una tensión particular: debe cambiar, pero a la vez debe seguir siendo el mismo. En caso contrario, ante las decisiones que permanentemente debe tomar en su proceso emancipatorio, puede ser arrastrado en cualquier dirección” (Filgueira, 1998).

Además, en aquel proceso los jóvenes pasan a interactuar con la sociedad en que viven de un modo creciente y casi siempre conflictivo, en especial con las generaciones adultas precedentes ya integradas a la dinámica societal, y escasamente dispuestas a facilitar la incorporación de las generaciones más jóvenes a esa dinámica, en un contexto en el cual —paradójicamente— esta incorporación resulta clave para asegurar el proceso de reproducción biológica y social de una sociedad dominada por los adultos. Semejante perspectiva confiere a los conflictos generacionales una relevancia significativa, en la medida en que ellos explican gran parte de las tensiones que permanentemente surgen en nuestras sociedades.

Tal como se sostiene en la presentación de un interesante conjunto de estudios recientes sobre la juventud, “la constante tensión entre *el mundo de los adultos* y *el mundo de los jóvenes* es un aspecto constitutivo de la mayoría de las sociedades actuales, aunque, como es de suponer, las características de tal conflicto obedecen a condiciones estructurales y sedimentaciones culturales particulares”. Esa tensión, además, resulta visible en muchos aspectos específicos. Así, “las lógicas institucionales que privilegian el mundo adulto; los lineamientos oficiales de la escuela, que desconocen los saberes de los estudiantes

adquiridos en su cotidianidad; la racionalidad propia de una sociedad de mercado, que sólo ve en los jóvenes a potenciales consumidores; colisionan —a veces de manera violenta— con algunos tipos de nuevas sensibilidades, con las formas de relacionarse, de conocer y experimentar el mundo, y de construir futuro, propias de la gran mayoría de las juventudes actuales” (Cubides, Laberde y Valderrama (comp.), 1998).

El tema de los conflictos generacionales ha sido analizado en muy diversos contextos, y se ha pretendido diluirlo bajo el despliegue de enfoques interpretativos tan arraigados como erróneos (por ejemplo, el que sostiene que todas las personas son socialistas en su juventud y conservadoras en su adultez); pero la evidencia empírica muestra en forma categórica, en cualquier sociedad, la desigual distribución de los recursos disponibles entre los diferentes grupos etarios, en favor de los adultos incorporados a la población activa (en torno a los cuales se adoptan casi todas las políticas sociales relevantes), en favor de la tercera edad (mediante jubilaciones y pensiones que paga el conjunto de la sociedad), y en perjuicio de niños, adolescentes y jóvenes, que enfrentan serias limitaciones para incorporarse a su sociedad, tanto en el plano del empleo como en el acceso a una vivienda propia y a los servicios básicos de salud.

D. LOS DIFERENTES SECTORES JUVENILES REALMENTE EXISTENTES

Como puede desprenderse de muchos de los comentarios realizados, es posible afirmar que la juventud como tal no existe. En la realidad, existen muchos y muy diversos sectores o grupos juveniles, con características particulares y específicas, que los diferencian nítidamente entre sí. El tema es tan obvio como relevante, sobre todo desde la lógica de las políticas públicas, puesto que no se pueden concebir políticas homogéneas y uniformes para todos los jóvenes, sino más bien ellas deben adaptarse muy precisamente a tales especificidades y particularidades. Sin duda, existen muchos grupos juveniles especiales, pero al menos cuatro de ellos reúnen características que los definen y diferencian con toda claridad, por lo que conviene describirlos muy esquemáticamente.

Desde luego, uno de los principales grupos juveniles —el único que era socialmente reconocido hasta los años setenta— es el de los estudiantes universitarios. En buena medida, ellos fueron tradicionalmente el prototipo de la juventud, en la medida en que siempre cumplieron a cabalidad con las condiciones sustanciales para ser reconocidos como tales. Durante décadas éste fue el único sector de la juventud que participó en el escenario social y político de nuestros países en calidad de actor, a través de los movimientos estudiantiles, pero sus características esenciales han variado con el tiempo y la masificación y segmentación de nuestras universidades, de manera que ya no cuentan con aquellos reconocimientos hegemónicos (Angulo y Castro, 1990; Tedesco y Blumenthal (comps.), 1986).

En forma paralela, y especialmente a partir de los años setenta y ochenta, nuestros países fueron testigos de la irrupción social de la *otra* juventud, es decir, la juventud popular urbana, excluida del acceso a la educación media y superior, que vivían en las crecientes y extendidas zonas marginales de las principales ciudades del continente y que, con métodos totalmente diferentes a los de sus pares universitarios, comenzaron a organizarse en grupos de esquina y hasta en pandillas juveniles, y a desplegar procesos de identificación propios junto con prácticas ligadas a diversas formas de violencia, como expresión de su rechazo a esa sociedad integrada de la que no formaban parte (Martínez y Valenzuela, 1984). Su exclusión prácticamente completa del mercado de trabajo formal es la expresión más evidente de su marginación social en todos los niveles, y sus formas organizativas diferentes les han permitido una mayor visibilidad y presencia en los espacios públicos.

Después de disfrutar de ciertos privilegios otorgados como prioridades de las políticas públicas en los años cuarenta y cincuenta, los jóvenes rurales han perdido protagonismo y visibilidad —de la mano de los crecientes procesos de urbanización y modernización social— hasta tornarse minoritarios e incluso marginales en términos numéricos en la mayor parte de los países de la región (Durstón, 1998a). Además, estos jóvenes se vieron sometidos a fuertes procesos de transformación en sus características esenciales, cada vez más influenciados por la cultura urbana moderna y por los cambios registrados en las sociedades rurales en que habitan (reconversión productiva, tecnificación, transformación cultural, y otros); no obstante, conservan características propias muy relevantes, como las relacionadas con su ímpetu creativo y constructivo y, al mismo tiempo, manifiestan una mejor disposición ante la innovación y muestran niveles educativos más altos que las generaciones anteriores. Todo ello puede significar un gran aporte a la modernización del medio rural en los planos familiar, comunitario y productivo.

Por último, otro sector con características muy marcadas, y afectado por intensos procesos de exclusión y reclusión (en el hogar, en la comunidad local, ente otros), pero con una clara tendencia a la integración social (en proceso desde hace dos o tres décadas), es el de las mujeres jóvenes (Reicher Madeira, 1998; Quiterio, 1995; Carrera Lugo (coord.), 1995). Afectadas por una doble exclusión social (etaria y de género) —y hasta triple en el caso de las pertenecientes a sectores populares empobrecidos—, sin identidad propia en los movimientos juveniles y tampoco en los de mujeres, y cargando con el peso de tradiciones sumamente conservadoras en términos de sus roles en el hogar y en la sociedad, ellas han ganado espacios de reconocimiento, de la mano de su creciente incorporación a la educación y al trabajo en particular, aunque todavía en posiciones subordinadas y discriminatorias, y con el acompañamiento —en algunos pocos casos— de políticas públicas especialmente diseñadas, centradas en la búsqueda de un mayor apoderamiento de las mujeres y en la obtención de mejores niveles de igualdad y reconocimiento societal en relación con los varones.

E. JUVENTUD Y SOCIEDAD (I): PRINCIPALES AGENTES DE SOCIALIZACIÓN JUVENIL

Pero los jóvenes no están aislados. En realidad, viven e interactúan permanentemente con la sociedad a la que pertenecen, recibiendo de la misma muchas y muy variadas influencias. Dado su carácter, éstas han sido tradicionalmente analizadas desde la lógica de la socialización juvenil, entendida como el proceso de transmisión de normas, valores y costumbres desde la sociedad adulta a las nuevas generaciones, desplegado con el objetivo de asegurar la reproducción biológica y social. Para desarrollar esos procesos, nuestras sociedades se han dotado de ciertos agentes socializadores, entre los que se destacan la familia, la escuela, los grupos de pares y los medios de comunicación.

Tradicionalmente, el agente nuclear de socialización juvenil ha sido la familia, que durante mucho tiempo concentró funciones ligadas incluso a la educación básica. Sin embargo, con el correr del tiempo y en el marco de los procesos de modernización social desplegados en todos nuestros países, la educación formal fue absorbiendo algunas de aquellas funciones educativas domésticas que, a su vez, comenzaban a experimentar profundas transformaciones, cuyos efectos relativizaron significativamente el peso de los hogares estables y completos y causaron la pérdida de la hegemonía que en los centros urbanos habían tenido el sistema del *bread winner system* y la tradicional división según género entre lo público y lo doméstico, dando paso a una mayoría de hogares donde ambos cónyuges participan en el mercado de trabajo (CEPAL, 1993 y 1994). Por estas vías, las familias fueron perdiendo gravitación en los procesos de socialización y cediendo lugar a la influencia ascendente de otros agentes socializadores, como el sistema educativo y los medios masivos de comunicación, sobre todo, con lo que las influencias socializadoras de las generaciones jóvenes se fueron haciendo cada vez más complejas.

Algo parecido ocurrió —desde la familia y desde el sistema educativo— con la irrupción de los medios masivos de comunicación, en particular la televisión, que en el curso de unas pocas décadas pasaron a ejercer una influencia decisiva en la socialización juvenil, compitiendo con las familias en el seno mismo del hogar, y aún con el sistema educativo formal, y desarrollando métodos e instrumentos mucho más atractivos para los jóvenes, como también valores y normas diferentes y hasta contradictorios con los que emanaban de la familia y del sistema educativo formal. La televisión ha influenciado incluso los signos de identidad de las nuevas generaciones, apropiándose y comercializando masivamente diversas expresiones juveniles desarrolladas en pequeños círculos, hasta abrir la posibilidad de que se hicieran predominantes (Mier y Piccini, 1987; Gándara, Mangone y Warley, 1997; Rodríguez, 1995). El sistema educativo no ha sabido resolver hasta hoy esta creciente y desafiante competencia —a la que se agregan en forma acelerada los contenidos de las redes informáticas— y no ha logrado todavía incorporar masivamente esos medios a su dinámica cotidiana, en cuanto instrumentos de gran potencialidad para el desarrollo de sus propios fines.

Por su parte, los denominados grupos de pares han cumplido siempre un papel decisivo en la socialización de la juventud y constituyen uno de los pocos —sino el único— agentes propiamente juveniles escasamente controlados por los adultos. Resulta difícil identificar un signo único de incidencia en las generaciones jóvenes, por cuanto la constitución misma de grupos juveniles es sumamente heterogénea. En algunos casos, estos grupos han generado procesos de participación protagónica en el escenario político y social de sus países (como los estudiantes universitarios) dentro de ciertas reglas establecidas; en otros, esa participación ha tomado la forma de irrupciones antisistémicas (como el caso de los jóvenes del estrato popular urbano en diversas circunstancias específicas), mientras que en otros, se han desarrollado procesos signados por la transmisión de valores solidarios (los movimientos juveniles ligados a las iglesias, por ejemplo). Muchas veces, los grupos de pares han sido crecientemente influenciados por los medios masivos de comunicación, borrando diferencias internas.

Por último, y aunque ya se han hecho numerosas referencias específicas, importa destacar una de las principales carencias de la escuela, la que jamás ha funcionado adecuadamente como una instancia de socialización juvenil que vaya más allá de la mera transmisión de saberes formales. Aquí radica, probablemente, uno de los principales desafíos del futuro, puesto que los adolescentes y jóvenes pasan una considerable parte de su vida cotidiana en los establecimientos educativos, los que se transforman en instancias claves para la socialización juvenil y en el sitio privilegiado para capacitar a las nuevas generaciones en el desarrollo de sus múltiples y complejas interrelaciones con los medios masivos de comunicación. Del mismo modo, la escuela puede tornarse en un instrumento decisivo en el desarrollo de renovadas y mejores fórmulas para el desempeño familiar, si logra diseñar y aplicar nuevos vínculos con la familia de los estudiantes, lo que por cierto tendrá también efectos positivos en los propios aprendizajes.

F. JUVENTUD Y SOCIEDAD (II): LOS JÓVENES COMO ACTORES SOCIALES Y POLÍTICOS

Junto con recibir variadas influencias de la sociedad en que viven, los jóvenes tratan de incidir en la dinámica societal a través de estrategias muy diversas, ya sea procurando constituirse en actores sociales y políticos o desplegando diversas formas de expresión e identidad, que intentan transmitir al conjunto de la sociedad. Sin embargo, la mayor parte de las formas que este afán de participación juvenil ha asumido a lo largo de la historia, se ha caracterizado por su transitoriedad, alternando períodos de gran

protagonismo y visibilidad pública con otros de fuerte retracción e invisibilidad. El tema ha sido rigurosamente analizado por diversos especialistas y al parecer evidencia un fenómeno estructural, independiente de las generaciones jóvenes de que se trate y del tiempo y el espacio en los que se concentre el análisis. Todo parece estar íntimamente relacionado con la transitoriedad de la condición juvenil que, como ya se destacara, se pierde muy rápidamente con el paso de los años. Esto ha conducido a que algunos autores sostengan que, a diferencia de los trabajadores o las mujeres, quienes se guían por las “dimensiones materiales de su existencia”, los jóvenes se orientan por las “dimensiones simbólicas de su existencia” (Martínez y Valenzuela, 1984).

Así, mientras los trabajadores plantean sus reivindicaciones con el fin de mejorar sus condiciones laborales y las mujeres se organizan para defender la igualdad de derechos y de trato con relación a los hombres, los jóvenes se movilizan por la paz, la democracia, la defensa de los derechos humanos, la ecología, y muchas otras causas eminentemente justas pero inespecíficas, que sólo se vinculan indirectamente con la propia condición juvenil. Esto marca una diferencia sustancial, ya que por esta vía no se puede esperar jamás que los jóvenes se organicen en términos corporativos, lo que señala una notable limitante en el marco de sociedades que funcionan corporativamente en todos los niveles.

Además, estos planteamientos facilitan un análisis más objetivo del polémico tema de la real o supuesta apatía juvenil (particularmente, en relación con su participación política) en comparación con el supuesto interés de generaciones anteriores de jóvenes durante los años sesenta y setenta, fundamentalmente. Las evidencias disponibles indican que efectivamente existe un marcado distanciamiento de los jóvenes respecto de las principales instituciones públicas (los partidos políticos, el parlamento, la justicia, la policía, y otros), pero también señalan escasas distancias con las percepciones —también muy críticas— que tienen otros sectores poblacionales (así lo muestran las encuestas de Latino barómetro, por ejemplo), lo que estaría indicando que se trata de un problema ligado a estas instituciones y su dinámica específica y no de un cuestionamiento vinculado a actitudes antidemocráticas.

En verdad, todo parece indicar que la real o supuesta apatía juvenil se relaciona con el desencanto que estarían produciendo instituciones que funcionan cada vez más en el marco de rutinas bastante más aburridas que espectaculares en materia de innovaciones (propias de las democracias que se van asentando en casi toda la región), lo que contrasta con la mentalidad predominante en los jóvenes que quisieran ser testigos de cambios rápidos y de fondo en muy diversas esferas del funcionamiento societal. Así, la crisis del denominado socialismo real, el fin de las dictaduras militares y el creciente proceso de globalización al que estamos asistiendo, hacen que las posibilidades de cambios espectaculares (en el estilo de aquellos que los jóvenes desean) se tornen cada día más lejanas e inviables; lo que sumado a los procesos de corrupción y otras prácticas similares —duramente censurados por los jóvenes— hace que estas instituciones se vean muy poco atractivas en el imaginario juvenil (Sidicaro y Tenti, (comps.), 1999; INJ, 1999; Morinigo, 1999). Lo cierto es que cuando los jóvenes perciben posibilidades reales de incidir en el rumbo de los acontecimientos, participan decididamente; así ocurrió con los jóvenes colombianos con la Asamblea Nacional Constituyente a principios de los años noventa o con los jóvenes paraguayos en la crisis de marzo pasado, por ejemplo.

Es probable, además, que ésta sea la razón de que en los últimos tiempos hayan proliferado notoriamente las denominadas “tribus” juveniles, como espacios donde los jóvenes se sienten más cómodos y confortables —entre pares— en medio de una dinámica societal percibida por ellos como sumamente hostil (Mafessoli, 1990). Aunque la reflexión sobre las “tribus” denota una muy marcada impronta europea —o, más genéricamente, típica de las sociedades altamente industrializadas— resulta útil para analizar algunos fenómenos que también se dan, aunque por razones diferentes, en América Latina y el Caribe —como el renovado auge de los grupos de esquina, el desarrollo de las denominadas

barras bravas en el fútbol, y otros— en el marco de una acentuada segregación residencial y del alarmante deterioro de la seguridad ciudadana.

Desde esta óptica, las tribus son —ante todo— “el resultado de innumerables tensiones, contradicciones y ansiedades que embargan a la juventud contemporánea”, y por ello son vistas como “una respuesta social y simbólica, frente a la excesiva racionalidad de la vida actual, al aislamiento individualista a que nos someten las grandes ciudades, y a la frialdad de una sociedad extremadamente competitiva. Adolescentes y jóvenes suelen ver en las tribus la posibilidad de encontrar una nueva vía de expresión, un modo de alejarse de la normalidad que no les satisface y, ante todo, la ocasión de intensificar sus vivencias personales y encontrar un núcleo gratificante de afectividad. Se trata, desde muchos puntos de vista, de una especie de cobijo emotivo en oposición a la intemperie urbana contemporánea, que paradójicamente, les lleva a la calle” (Costa, Pérez y Tropea, 1996).

El tema es tan complejo como relevante, dado que en el fondo se trata de la participación juvenil en la sociedad a la que pertenecen, y seguramente constituye la clave maestra de la dinámica juvenil y de las políticas públicas vinculadas al sector. Podría afirmarse que, así como la palabra clave en las políticas de infancia es protección y en las políticas ligadas a la mujer la palabra clave es igualdad, en las políticas de juventud la palabra clave es participación. Sin embargo, existen dos tendencias igualmente peligrosas en estas materias, que dificultan enormemente la expansión y profundización de esa participación: el temor de los sectores dominantes a que desborde los límites tolerables, por una parte, y la tendencia a idealizarla como la solución a todos los problemas existentes en la sociedad, por la otra. En realidad, la participación debiera concebirse más acotadamente y, al mismo tiempo, más ambiciosamente, como otro instrumento —pero muy importante— del necesario aprendizaje que los jóvenes deben recorrer para concretar su emancipación.

G. JUVENTUD Y SOCIEDAD (III): LAS DIFICULTADES DE LA INTEGRACIÓN SOCIAL

El vínculo entre juventud y sociedad admite una tercera estrategia de abordaje, relacionada con las dificultades del proceso de integración social que los jóvenes intentan recorrer en su tránsito a roles adultos, y que las propias políticas públicas procuran facilitar a través de diversas iniciativas. El tema puede tratarse desde muy diversos ángulos, pero en este caso importa resaltar cuatro dimensiones que son particularmente críticas: la educación, el trabajo, la salud y la vivienda, en términos del acceso de los jóvenes a esos servicios.

En relación a la educación, los estudios conocidos coinciden en destacar los importantes logros alcanzados en la región en su cobertura (universalización de la enseñanza primaria, ampliación sustantiva de la enseñanza media y masificación de la enseñanza superior) y también las considerables carencias que todavía se registran en casi todos nuestros países en términos de equidad y calidad de la educación (aprendizajes escasos y desligados de la realidad, deserción y desgranamiento escolar, entre otros). Los estudios más recientes de la Organización de los Estados Americanos (OEA) (1998), del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (1998a), del Banco Mundial (1996) y del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (Moura Castro y Carnoy, 1997) son muy claros.

Sin duda, esta combinación resulta explosiva —desde el punto de vista de la socialización juvenil— pues, por una parte permite a los jóvenes tomar debida conciencia de las oportunidades y posibilidades existentes en la sociedad (proceso nítidamente respaldado por la internacionalización de las

comunicaciones), pero, por otra, los pone en precarias condiciones para aprovecharlas en los hechos. El resultado es, inevitablemente, una gran frustración, que desalienta a los jóvenes y los empuja al abandono escolar, con lo que el proceso de inserción social se resiente significativamente. No obstante, y así lo destacan algunas investigaciones recientes, al menos en algunos contextos específicos la escuela sigue siendo altamente valorada por los jóvenes pobres, y visualizada como una frontera entre la exclusión y la integración social (Duschatzky, 1999). Esto se relaciona muy estrechamente con el tema de la inserción laboral de los jóvenes, puesto que una de las principales dificultades que enfrentan en estas materias se vincula a la falta de capacitación, hecho directamente relacionado con la crisis de la educación técnica y la formación profesional. Pero el tema presenta otras muchas aristas preocupantes, derivadas de la falta de experiencia de los jóvenes, que los coloca en desventaja frente a los adultos en el momento de competir por los puestos de trabajo disponibles, y de la elevada selectividad de algunos jóvenes —especialmente los que disponen de altos niveles educativos— en el momento de obtener un trabajo remunerado, y acorde con la capacitación obtenida en el sistema educativo (Pineda, 1999; Rodríguez, 1998).

Si a todo lo dicho se suma el escaso interés de los actores principales del proceso productivo: sindicatos, empresarios y gobiernos, por incorporar a los jóvenes presionados por otras prioridades particulares —los sindicatos defienden los intereses de los trabajadores ya incorporados, los empresarios prefieren contratar adultos mejor preparados y con más experiencia, y los gobiernos dan prioridad a la inserción laboral de los adultos jefes de hogar—, tenemos por delante un panorama sumamente difícil para las generaciones jóvenes. Lo cierto es que la exclusión o incorporación precaria al mundo del trabajo es otra de las dificultades —quizás la más seria por sus consecuencias en muchos otros planos— que los jóvenes enfrentan en su intento por incorporarse a la sociedad, sobre todo en el caso de los que pertenecen a hogares en situación de pobreza (Konterllnik y Jacinto (coords.), 1996); Jacinto y Gallart (comp.), 1998; CINTERFOR-OIJ, 1998).

El otro aspecto preocupante es el vinculado a la salud, en el que los jóvenes enfrentan serias dificultades en varios planos simultáneos. Como los jóvenes se enferman menos que los niños y que los adultos mayores, las políticas públicas —abrumadoramente concentradas en la atención de enfermedades y no en el cuidado de la salud— suelen descuidar los problemas específicos de este grupo poblacional. En efecto, los jóvenes enfrentan numerosas conductas de riesgo que deberían ser atendidas mediante la prevención y la promoción de estilos saludables de vida. Los accidentes de tránsito, las enfermedades de transmisión sexual, el consumo de drogas legales e ilegales, y el embarazo precoz en las adolescentes son algunos de los principales problemas, pero sólo unos pocos países y determinadas esferas específicas desarrollan, desde una perspectiva integral, respuestas consistentes con la dimensión y complejidad de los problemas mencionados, tomando la salud reproductiva como eje central y procurando la debida articulación entre las diferentes intervenciones institucionales (OPS, 1995; OIJ/FNUAP/OPS, 1996; OPS, 1998a).

Por último, y en directa relación con el tema de la emancipación y autonomización destacado anteriormente, los jóvenes enfrentan serias dificultades vinculadas al acceso a una vivienda propia en el momento de considerar la posibilidad de constituir nuevos hogares, independientes de los respectivos hogares paternos (Filgueira, Amoroso y Fuentes, 1997). Esto conduce a reforzar dos tipos de conductas sumamente preocupantes de los jóvenes: por una parte, la constitución de nuevos hogares que no se independizan de los hogares paternos (la nueva pareja convive con los padres de uno de sus miembros) y, por otra, el desarrollo cada vez más frecuente de relaciones de pareja pasajeras, que se rompen y se reconstituyen de manera constante, haciendo que el proceso registre una tendencia cortoplacista muy evidente. El aumento del número de divorcios, la disminución relativa del número de matrimonios y el incremento correlativo de las uniones consensuales están a la orden del día en la mayor parte de los países de la región.

En la misma línea, preocupan las acentuadas tendencias a la segregación residencial vigentes en la mayor parte de las ciudades latinoamericanas, que se traducen en que las diversas zonas o barrios se homogeneicen hacia adentro y se diferencien con creces hacia fuera, reflejando cada vez con mayor énfasis las profundas polarizaciones sociales existentes. De hecho, nuestra región registra las mayores desigualdades sociales del mundo, y así lo demuestran todos los estudios disponibles. La segregación aludida restringe las posibilidades de movilidad social ascendente que brindaban los barrios heterogéneos a los sectores más vulnerables y amplía el aislamiento que afecta sobre todo y de manera acelerada a los jóvenes de la región. Estas tendencias provocan o al menos alimentan el surgimiento y proliferación de las “tribus” urbanas aludidas anteriormente.

H. JUVENTUD Y POLÍTICAS PÚBLICAS (I): ENFOQUES, LIMITACIONES Y TENSIONES

El conjunto de los factores reseñados condiciona sustancialmente el desarrollo de las políticas públicas relacionadas con la juventud. El tema está siendo objeto de numerosas y muy rigurosas evaluaciones en varios contextos nacionales específicos, partiendo de enfoques que tratan de nutrirse cada día más de los aportes del análisis programático e institucional aplicado a muy diversas esferas analíticas, y de esos escrutinios se derivan algunos aprendizajes de gran utilidad para procesar la reformulación de tales políticas en la próxima década (Rodríguez, 1999a; CNPD, 1998; Bango (coord.), 1996a; Rodríguez, 1996).

Uno de los principales problemas identificados, se relaciona con las limitaciones inherentes a las respuestas sectoriales desarticuladas, predominantes a lo largo de toda la historia del presente siglo en las políticas públicas relacionadas con la juventud. Carentes de una visión integral y articulada, esas respuestas se concentraron en aspectos particulares de la dinámica juvenil (educación, empleo, salud, y otros), y dejaron de lado la perspectiva de conjunto, según veremos en seguida con más detalles.

Durante varias décadas —entre los años cuarenta y los años setenta, especialmente— el enfoque predominante centró las respuestas en la educación y el denominado tiempo libre. En buena medida, el enfoque funcionó con cierta fluidez en el contexto de economías dinámicas y sociedades que contaban con mecanismos eficaces de movilidad social ascendente, pero benefició casi exclusivamente a los jóvenes integrados, pertenecientes a estratos medios y altos. Posteriormente, en la década perdida de 1980, comenzaron a evidenciarse las limitaciones de aquel modelo tradicional, en el marco de economías en crisis y de sociedades cristalizadas en términos de movilidad social ascendente. A consecuencia de ello, comenzó a desarrollarse una mayor preocupación por los jóvenes excluidos, y la capacitación laboral y el empleo fueron la principal esfera de intervención de las políticas públicas. Más recientemente, se ha empezado a desarrollar una marcada preocupación por el vínculo existente entre jóvenes y violencia (Mc Alister, 1998; Carrión, 1995; Rodríguez, 1996), y en ese contexto se comenzaron a adoptar programas de seguridad ciudadana, que incluían importantes componentes referidos a la juventud (Arriagada y Godoy, 1999; Buvinic, Morrison y Shifter, 1998).

Por otra parte, y en el mismo sentido, las evaluaciones dejaron al descubierto las limitaciones de los enfoques pretendidamente universales, que en realidad sólo beneficiaron a jóvenes integrados de estratos medios y altos (es decir, los mejor preparados para aprovechar los servicios que ofrecen las políticas públicas universales), y a los enfoques excesivamente centralizados en los Estados, que no han utilizado la enorme potencialidad existente en los planos locales, cuyas instituciones y servicios pueden

estar más cercanos a los problemas reales y a quienes necesitan respaldos específicos para su integración social. Las respuestas alternativas más recientes han tratado de focalizar los esfuerzos en los sectores juveniles que enfrentan más dificultades y carencias, y de desarrollar políticas municipales de juventud a partir de enfoques claramente descentralizados en términos de gestión pública, según se verá en detalle más adelante.

Pero, a pesar de la relevancia del tema, quizás en lo que menos se ha insistido es en señalar las muchas tensiones que se generan entre los propios organismos públicos y privados encargados de proporcionar servicios y respaldo a los jóvenes. En una enumeración más exhaustiva cabe destacar dos que son particularmente importantes: las que se generan entre los enfoques promocionales y aquellos centrados en el control social de los jóvenes (promovidos desde instituciones especializadas en la esfera de las políticas sociales y desde los ministerios del interior y de defensa, respectivamente); y las tensiones que se generan entre los enfoques que parten de una desconfianza básica en relación a los jóvenes (considerados peligrosos) y aquellos que promueven la manipulación y la instrumentalización de la juventud para diversos proyectos particulares. Frente a estos últimos enfoques —ampliamente predominantes— han surgido algunas pocas experiencias que tratan de impulsar una participación más constructiva y libre, pero han tenido escasas repercusiones efectivas. Naturalmente, todo esto limita el desarrollo real de las políticas de juventud, como se verá más adelante.

Finalmente, y desde el punto de vista institucional, las políticas públicas de juventud han enfrentado problemas considerables, vinculados fundamentalmente al tema de las instancias rectoras y coordinadoras entre las numerosas instancias ejecutoras existentes en términos sectoriales. Durante décadas, no se consideró necesario contar con instituciones especializadas en estos dominios; a partir de los años setenta, en cambio, algunos países comenzaron a crear institutos y hasta ministerios de asuntos juveniles; los casos de Costa Rica, México y Venezuela son los más destacables. En el transcurso de los años ochenta y noventa, estas instituciones especializadas se extendieron prácticamente a toda la región.

En los hechos, sin embargo, estos institutos y ministerios especializados no supieron definir con precisión sus funciones, y pasaron a competir —en condiciones muy desiguales, por cierto— con los grandes ministerios (sobre todo del área social) en la ejecución de programas dirigidos a jóvenes en educación, empleo, salud y otras esferas afines, sin lograr efectos significativos y generando conflictos institucionales muy serios. Una gran confusión de roles ha dificultado hasta el momento el desempeño de estas instituciones especializadas: en algunos casos, pretendiendo vanamente representar a los jóvenes en el aparato del Estado (y viceversa) y, en otros —queriendo cumplir funciones de rectoría— se ubicaron por encima de instituciones públicas de arraigada tradición, sin contar ni con la legitimidad ni con el poder y los recursos para ejercer efectivamente tales funciones.

Últimamente se está tratando de concertar con el conjunto de actores públicos y privados involucrados en el diseño y aplicación de políticas públicas de juventud, algunos roles funcionales al conjunto, concentrando a estas instituciones especializadas en el cumplimiento de funciones de articulación y animación general, mediante el despliegue de servicios de generación de conocimiento, distribución de información, capacitación de personal técnico y monitoreo permanente de políticas públicas, y sin operar en el terreno de la ejecución directa de programas y proyectos, dejando estas funciones en manos de las grandes agencias sectoriales y de los municipios, con el propósito de descentralizar al máximo la gestión operativa (Rodríguez, 1999b y 1999c).

El tiempo dirá si estas reformulaciones permiten desarrollar una gestión más eficiente y más pertinente. Pero, para tratar de avanzar en ese sentido, se está procurando adaptar al dominio de la gestión en políticas de juventud algunas herramientas con las que se está ensayando en otras esferas del desarrollo

social. Entre ellas se cuentan la creación y regulación de mercados en algunas esferas claves que funcionaron monopolícamente hasta no hace mucho tiempo en casi todos los países de la región —por ejemplo la capacitación laboral—, el diseño de estrategias operativas que combinan de diversa forma el financiamiento de la demanda y el financiamiento de la oferta en algunos servicios claves, sobre todo en la educación y en la salud, y la organización flexible proyectada a los resultados de las propias instituciones especializadas, tratando de introducir remuneraciones basadas en productividad, y dando horizontalidad a la toma de decisiones mediante un aumento de la responsabilidad colectiva en relación con las actividades que se desarrollan (Saveedoff (comp.), 1998; Banco Mundial, 1998; CLAD, 1998; BID, 1998). Estas experiencias recién comienzan, por lo que habrá que esperar para disponer de evaluaciones rigurosas y así emitir juicios específicos sobre su validez y viabilidad efectiva.

I. JUVENTUD Y POLÍTICAS PÚBLICAS (II): ENFRENTANDO LAS INEQUIDADES GENERACIONALES

Finalmente, importa ubicar —desde un punto de vista sustantivo— las políticas públicas de juventud en una perspectiva de futuro, identificando esquemáticamente los principales desafíos de la próxima década. Para ello, resulta útil precisar el enfoque que este informe pretende dar a estas perspectivas, remitiendo el análisis al tema de las inequidades intra e intergeneracionales, que deberían ser enfrentadas decididamente en el marco de la transformación productiva y de la construcción de sociedades más equitativas y democráticas.

En lo que dice relación con las inequidades sociales en América Latina y el Caribe, son muchos los estudios centrados en la estratificación social como conjunto, en la dicotomía urbano-rural, e incluso en la diferenciación de géneros. Sin embargo, todavía son muy escasos los especializados en las inequidades intergeneracionales. Una mirada rápida permite comprobar que, en la mayoría de los países de la región los recursos se distribuyen muy desigualmente entre los diferentes grupos de población, concentrando más apoyo en los sectores menos necesitados y reforzando las inequidades existentes en perjuicio de los más débiles. Entre los privilegiados en la asignación de recursos destacan los trabajadores integrados al sector formal de la economía, mientras que entre los postergados destacan los niños y adolescentes, en primer lugar, y los miembros de la tercera edad en algunos países (en otros casos, éstos forman parte de los privilegiados).

Lo dicho queda claramente visualizado al analizar los niveles de pobreza en la región, diferenciando tipos de constitución familiar y etapa del ciclo vital en que éstas se encuentran. El *Panorama social de América Latina, 1997*, de la CEPAL informa que en Brasil la pobreza en los hogares unipersonales es del 4.9%, mientras que en las familias con hijos menores de 12 años y entre 13 y 18 años se ubica en el 49%, lo que también ocurre en México, donde las cifras respectivas son 2.8% y 37.7% —en el caso de familias con hijos adolescentes. En Colombia, la pobreza en hogares unipersonales es del 6.6%, en las familias con hijos menores de 12 años es del 51% y en los hogares con hijos adolescentes llega al 52.7% (CEPAL, 1998b).

Aun en países más igualitarios (como Uruguay), las inequidades intergeneracionales son muy evidentes. Según el informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Desarrollo humano en Uruguay, 1999*, mientras la pobreza en el grupo de 0 a 5 años en 1997 llegaba al 46.5%, ésta descendía sistemáticamente con el aumento de la edad: 41% en el grupo de 6 a 13 años, 27.4% en los jóvenes de 14 a 29 años, 19.6% en los adultos de 30 a 64 años, y sólo 8.3% en los mayores de 65 años. En 1990 la escala era la misma, pero los niveles de pobreza eran más elevados en todos los grupos. Sin

embargo, las cifras muestran que la evolución en la década pasada fue más favorable para los más viejos (que pasaron del 17.2% en 1990 al 8.3% en 1997) que para los niños (que se mantuvieron prácticamente en el mismo nivel: 46.7% y 46.5%, respectivamente). Esto ocurre en un contexto cuyo índice de desigualdad (medido como el cociente entre el 10% más rico y el 40% más pobre de la población) bajó del 6.2% al 4.7 % entre 1990 y 1997, lo que constituye el nivel de desigualdad más bajo de la región, comparado incluso con el 9.6% en Argentina y el 11.8% en Chile, que superan levemente en desarrollo humano a Uruguay (PNUD, 1999).

A lo ya expuesto deben agregarse las notorias inequidades intrageneracionales. En este caso, concentrando el análisis exclusivamente en los jóvenes, resulta evidente que también existen desigualdades internas, especialmente entre varones y mujeres, entre jóvenes altamente educados y jóvenes con escasos niveles de calificación, entre jóvenes rurales y urbanos y entre jóvenes pertenecientes a grupos étnicos y los descendientes de raza blanca, entre otros grupos. Estas diferencias resultan cruciales en el desarrollo juvenil, por lo cual, en el momento de diseñar las políticas públicas, debiera darse una gran prioridad al enfrentamiento decidido de esas inequidades.

En particular, y en lo que atañe a las inequidades intergeneracionales, las sociedades latinoamericanas y caribeñas deberán tomar clara conciencia de las limitaciones estructurales que implica —desde el punto de vista del desarrollo general— seguir privilegiando a la población adulta en perjuicio de la población joven. Desde este ángulo, la exclusión juvenil es un handicap del conjunto de la sociedad y no sólo, ni fundamentalmente, un problema exclusivo de los jóvenes. Por otra parte, en relación con las inequidades intrageneracionales, habrá que tomar conciencia de los peligros que entraña seguir privilegiando a los jóvenes más favorecidos, y postergando a los más vulnerables. Esta visión, tampoco parece una apuesta sensata en el contexto del proceso de desarrollo.

Teniendo el horizonte de los próximos años como referencia, parece evidente la necesidad de definir un conjunto articulado de prioridades para la acción, que podría incorporar los siguientes elementos específicos:

- i) desplegar un gran esfuerzo en educación y salud, como clave para la formación de capital humano;
- ii) priorizar la integración social de los jóvenes excluidos como la principal política sustantiva del futuro;
- iii) considerar la inserción laboral de los jóvenes como clave para su integración social;
- iv) otorgar una gran prioridad a la prevención de la violencia juvenil, como clave de la convivencia pacífica tan anhelada por todos los latinoamericanos y caribeños;
- v) fomentar una amplia y profunda participación juvenil, como un factor relevante en relación con el fortalecimiento democrático de nuestros países; y
- vi) potenciar el voluntariado juvenil, como un gran eje articulador de los objetivos antes mencionados

II. DINÁMICA DE LA POBLACIÓN Y JUVENTUD

En este capítulo se presenta un breve examen de algunos aspectos de la dinámica de la población joven en los países de América Latina y el Caribe, poniendo énfasis en las trayectorias demográficas y en sus especificidades y significados; además, se procede a identificar algunas de sus repercusiones generales.

El capítulo se estructura en tres secciones. En la primera sección se describe la evolución demográfica y algunos indicadores de la población joven en los países, centrados en el período 2000-2050. Se examinan los cambios en el crecimiento, en la proporción y número de jóvenes dentro del marco de las diferentes etapas de la transición demográfica por la que atraviesan los países. También se destacan algunas probables repercusiones sociales surgidas de la evolución de los jóvenes y se ponen de relieve las características demográficas del contexto en el cual se insertan. Un último acápite describe los niveles de mortalidad y las causas de muerte.

La segunda sección aborda la migración y la distribución espacial de la población joven. Se presentan algunos elementos básicos de referencia para analizar la evolución observada en los últimos decenios, se describen evidencias respecto de la participación de los jóvenes en las cambiantes modalidades de los movimientos migratorios internos y se examinan los patrones de distribución según divisiones administrativas mayores y el carácter urbano o rural de las localidades, junto con algunas reflexiones sobre la segregación residencial intraurbana.

En la tercera sección se presenta la migración internacional en los jóvenes. Se exponen algunos elementos de referencia teórica y se describen los patrones migratorios intrarregionales y hacia los Estados Unidos, prestando atención a los distinguos cuantitativos y cualitativos, y a los significados que estos comportamientos tienen para los jóvenes.

A. LOS EFECTOS DE LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA SOBRE EL VOLUMEN Y CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN JOVEN

1. Transición demográfica en América Latina y el Caribe

La evolución de la población joven, en tanto subgrupo o categoría específica, está condicionada por el proceso general de la transición demográfica, que define su tamaño y peso relativo con relación a los otros grupos de edades. La transición demográfica es el proceso en que las poblaciones pasan de una dinámica demográfica con altas tasas de mortalidad y fecundidad y bajo crecimiento a otra de también bajo crecimiento, pero con reducidos niveles de mortalidad y fecundidad. Una vez comenzada la transición —y debido a que por lo general el descenso de la mortalidad precede al de la fecundidad— se produce un acelerado crecimiento de la población; sin embargo, éste se atenúa y disminuye a medida que la fecundidad acelera su declinación.

Antes del inicio de la transición, que se identifica a mediados del siglo XX para una mayoría de países en América Latina y el Caribe, el nivel de la mortalidad aseguraba apenas un promedio cercano a 50 años de esperanza de vida y una fecundidad de 6 hijos por mujer. Cincuenta años más tarde, el promedio de los países de la región muestra una esperanza de vida al nacer de 70 años y una fecundidad menor de 3 hijos. Estos cambios, ocurridos en un período relativamente corto si se compara con la transición europea, han influido decisivamente en la distribución por edades de la población. En términos

generales, la tendencia ha sido el envejecimiento de la población, con un marcado descenso de la proporción de los menores de 15 años, un crecimiento moderado y posterior estabilización de la proporción de población entre 15 y 59 años, y un notable aumento de los adultos mayores. En números absolutos, quizás el evento más destacable de los próximos años sea este último hecho y los requerimientos y nuevas demandas que lo acompañan.

En una visión general de la transición demográfica por la que atraviesan los países de la región, y en función de estudios anteriores (CEPAL, 1995c) y de los cambios más recientes en las tendencias demográficas, se pueden identificar tres grandes etapas para clasificar a los países: **transición avanzada**, con natalidad y mortalidad bajas o moderadas y bajo crecimiento (Argentina, Barbados, Chile, Cuba, Jamaica y Uruguay); **plena transición**, con natalidad moderada y mortalidad moderada o baja, que determinan un crecimiento natural moderado (Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guyana, México, Panamá, Perú, República Dominicana, Suriname, Trinidad y Tabago, y Venezuela); y **transición incipiente y moderada**, con alta natalidad y mortalidad alta o moderada y crecimiento natural elevado (Bolivia, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua y Paraguay).

2. Los efectos de la transición demográfica sobre la población joven: crecimiento y peso relativo

La identificación de los jóvenes en términos demográficos resulta relativamente sencilla, si bien cabe señalar algunas precauciones, en especial cuando se trata de examinar probables tendencias futuras a largo plazo. La duración del período juvenil, en este caso definido hasta los 29 años de edad, puede no ser la misma hacia mitad de siglo, en función de cambios en el significado social y cultural de la etapa juvenil. Dado que se esperan profundas transformaciones en el plano de las exigencias de calificación, la continuación de la merma de la fecundidad, el aplazamiento de la nupcialidad, la emergencia de nuevas e inestables estructuras de hogares, entre otros factores que ya han influido en una prolongación del período de tránsito hacia la vida adulta, es posible que la formación de identidades y la asunción de responsabilidades se vean afectadas por fuertes asincronías en los roles de los jóvenes, contribuyendo a hacer más difuso el límite superior, que en la actualidad ha sido fijado convencionalmente. Por lo tanto, a pesar de las tendencias demográficas que se describirán, la importancia demográfica de los jóvenes puede tener lecturas diferentes, a partir de otros criterios concordantes con las transformaciones sociales, culturales y económicas de las próximas décadas.

Las personas entre 15 y 29 años se encuentran en las edades en que se adquieren las habilidades y conocimientos que les permitirán desempeñarse, con mayor o menor éxito, durante el resto de su vida. De ahí surge la necesidad de atención que la sociedad debe prestar a los jóvenes y de las oportunidades que tiene que ofrecer, posibilitando también el acceso a ellas. En esta sección se examinarán los cambios en el crecimiento, en la proporción y número de jóvenes, dentro del marco de las diferentes etapas de la transición demográfica.

2.1 Crecimiento de la población joven

Una de las repercusiones de los cambios demográficos de las últimas décadas es la caída de la tasa de crecimiento de la población total que, en la región como un todo, bajó de 2.5% en 1970-1975 a 1.6% en 1995-2000. El principal factor de este descenso fue la abrupta caída del crecimiento de la población infantil (entre 2% y 0.3%) en los mismos períodos.

Si bien a un ritmo menos acelerado que el de la población infantil, la población joven (15-29 años) también disminuyó su ritmo de crecimiento en forma pronunciada, como lo revela el nivel de su tasa, que descendió de 3.4% a 1.4% entre aquellos períodos. En el período 2000-2005 se proyecta que su ritmo de crecimiento será casi tan bajo como el de la población de 0-14 años, contrastando con el de la población adulta (entre 30 y 64 años) —cuya tasa recién declina a partir de 1995-2000— y, sobre todo, con el de la población de la tercera edad que, como resultado del proceso de envejecimiento, ascenderá hasta un máximo cercano al 4% durante la segunda década del siglo (véase el gráfico II.1).

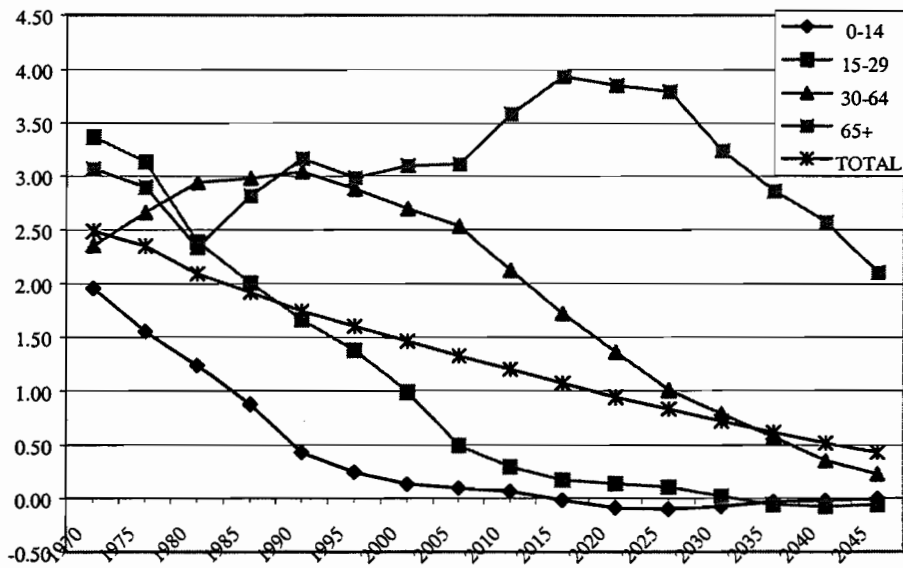
En el período 1970-1975 la población joven crecía a tasas de entre 3% y 5% en casi toda la región,—con las excepciones de Cuba, Suriname, Uruguay y, en menor medida, Argentina— como consecuencia de la alta fecundidad del pasado. En la actualidad, sin embargo, el panorama ha cambiado radicalmente, tanto para los países más avanzados en la transición demográfica como para aquellos en plena transición, cuyo descenso de la fecundidad fue más reciente pero acelerado (Colombia, Ecuador, México, Panamá y República Dominicana). Por el contrario, en los países cuya transición ha sido más lenta y tardía (por ejemplo, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua y Paraguay), la población joven aún mantiene en el último quinquenio del siglo XX tasas de crecimiento de su población joven entre 3% y 3.5% medio anual.

En suma, puede decirse que la tendencia a la disminución de la tasa de crecimiento de este grupo de edades se ha consolidado en la mayoría de los países de la región y que en los próximos dos o tres quinquenios será muy baja —o incluso negativa.

2.2 Peso relativo de los jóvenes en la población total

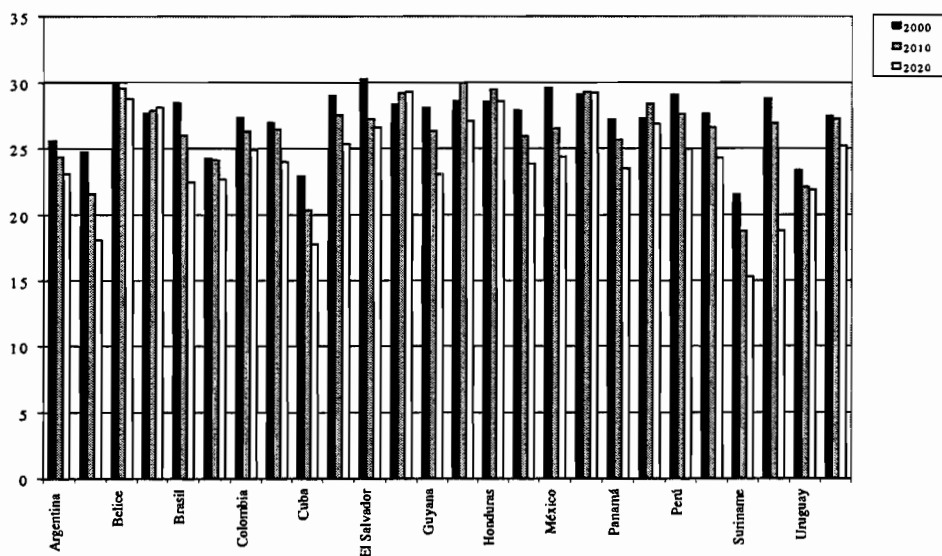
En el conjunto de la región, el grupo de 15-29 años tiene un peso relativo de 28% dentro de la población total; si bien éste fue levemente creciente hasta 1990, comenzó a disminuir en forma sostenida y se proyecta que llegará a un nivel cercano al 24% en el año 2020. Según las etapas de la transición, los países se diferencian también por la importancia relativa de este grupo de edades, como reflejo de diversidades en el descenso de la fecundidad ocurrido hace 15 ó 30 años atrás (véase el gráfico II.2). Mientras que en los países de transición avanzada la proporción de jóvenes oscila entre 22% y 26%, en los restantes este porcentaje varía entre 27% y 30%. De todas maneras, las perspectivas futuras indican una reducción de la importancia relativa de este grupo de edades, como consecuencia de la disminución sostenida prevista de las tasas de fecundidad antes de alcanzar el nivel de reemplazo, y se espera una contracción moderada en los próximos 20 años. Sólo en Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua y Paraguay es dable esperar un incremento porcentual en el año 2010.

Gráfico II.1
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: TASAS DE CRECIMIENTO TOTAL Y POR GRUPOS DE
EJEDAS DE LA POBLACIÓN
DE 15-29 AÑOS



Fuente: CELADE, Boletín demográfico N° 62, julio, 1998.

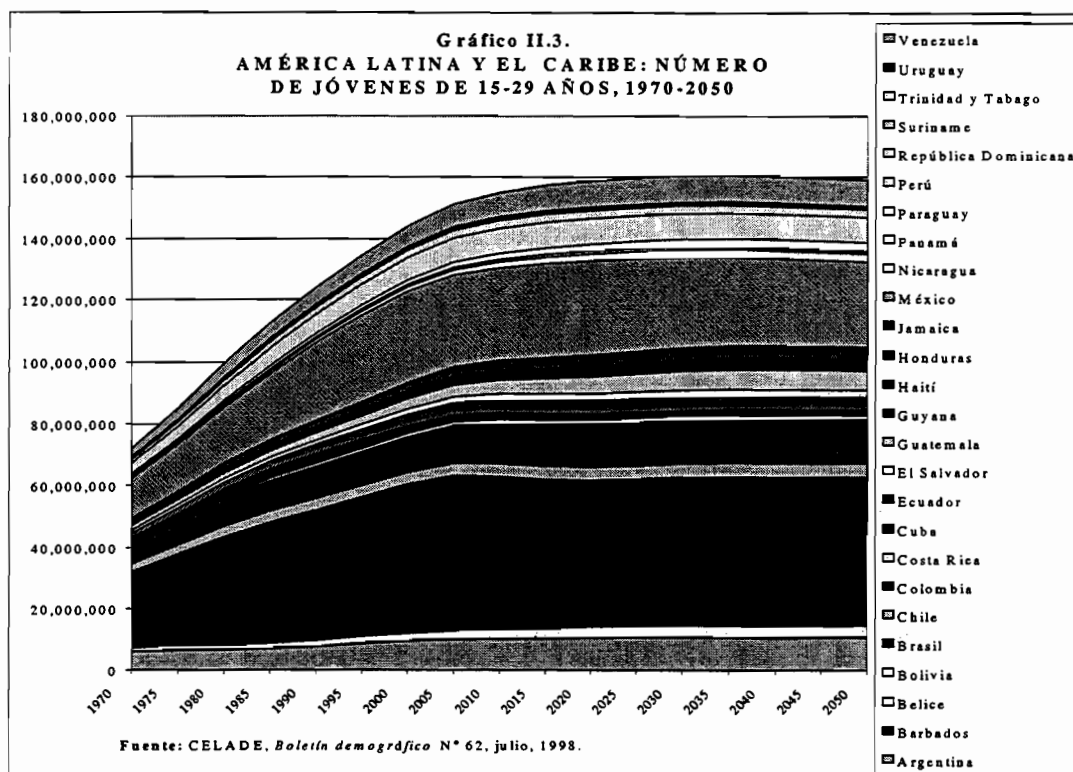
Gráfico II.2.
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE JÓVENES DE
15-29 AÑOS, POR PAÍSES ORDENADOS SEGÚN NIVEL DE CRECIMIENTO
EN EL AÑO 2000



Fuente: CELADE, Boletín demográfico N° 62, julio, 1998.

3. Impacto del crecimiento de los jóvenes en los sectores sociales

El descenso del ritmo de crecimiento y del peso relativo de los jóvenes respecto de la población total no supone que este grupo se está reduciendo en términos absolutos ni que su aumento sea nulo. Sin embargo, los cambios son muy importantes y, desde el punto de vista demográfico, el futuro presenta opciones completamente diferentes a las del pasado. En efecto, entre 1970 y el año 2000 el número de jóvenes prácticamente se duplicó, pasando de 72 a 144 millones (véase el gráfico II.3). Esto ha implicado una gran presión sobre el sistema educativo, el sistema de salud, el mercado de trabajo, la demanda de viviendas e infraestructura básica, de oportunidades recreativas, culturales, y de una gran variedad de actividades, bienes y servicios. A partir del año 2000 se espera, en cambio, un muy bajo incremento del número de jóvenes, con guarismos cercanos a 160 millones en 2020 y una progresiva estabilización entre 2020 y 2050 (véase el gráfico II.3).



La tendencia señalada corresponde a una imagen media para el conjunto de la población de la región. Los diferentes grupos de países muestran situaciones dispares, debido a sus especificidades en el ritmo y momento de inicio del descenso de la fecundidad. Los escenarios previsibles —todos ellos convergiendo a una reducción del número absoluto de jóvenes a mediano o largo plazo— permiten visualizar diferentes desafíos para los países, según las condiciones actuales y expectativas futuras respecto de su dinámica demográfica. Algunas especificidades de los tres grupos de países son las que siguen.

En los países de transición avanzada se observa un escaso crecimiento del número absoluto de jóvenes (véase el gráfico II.4), y se verifica un retroceso de su presión como grupo social, que algunos

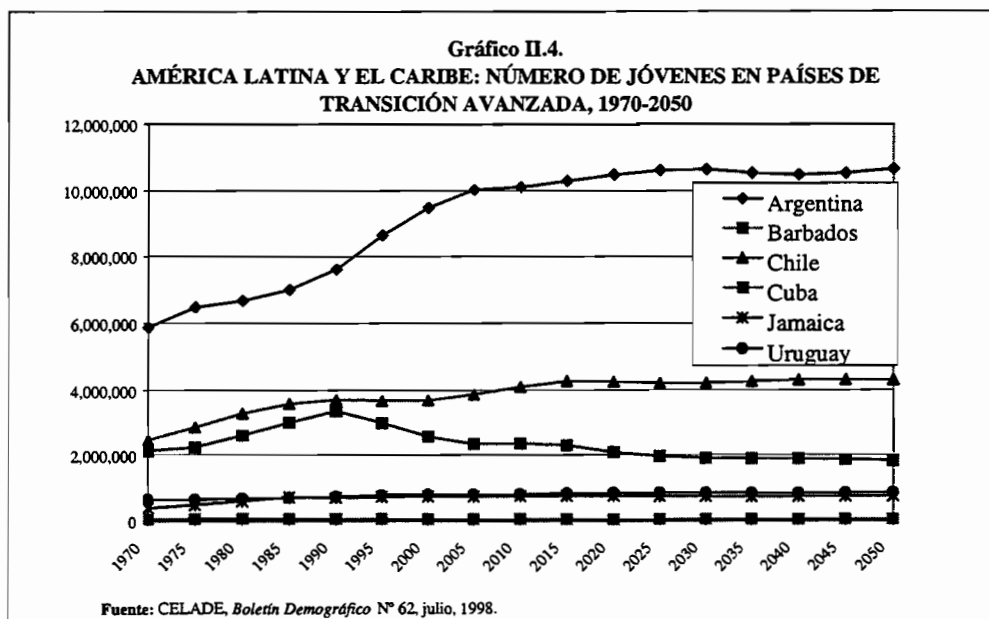
analistas denominan el “bono demográfico”. A la vez, estos países disponen de una amplia cobertura educativa, del sistema de salud y de la infraestructura de servicios básicos. En términos generales, se trata de una situación de privilegio que, si se usan los recursos disponibles en forma provechosa, permitiría:

a) el mejoramiento de la calidad de la educación, su adecuación en función de los requerimientos sociales y la ampliación de la disponibilidad de recursos humanos;

b) el mejoramiento de la salud de los jóvenes, incluyendo la educación en salud general y reproductiva con el fin de incrementar el componente de prevención;

c) su incorporación en forma racional, productiva y creativa al mercado de trabajo, y en función de sus capacidades;

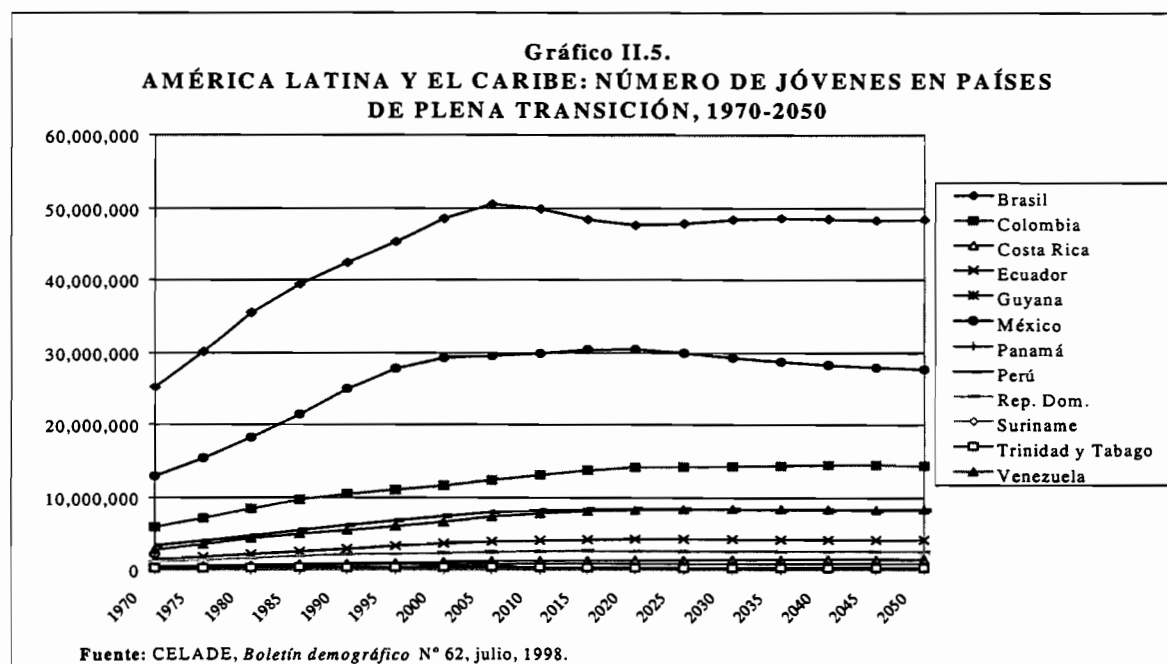
d) la ampliación de oportunidades en las actividades sociales, políticas, culturales, recreativas y solidarias, de modo de fomentar su participación y desestimular las conductas propias de situaciones de exclusión (depresión, drogadicción, delincuencia).



Las tendencias del volumen de la población joven y los niveles relativamente previsibles de fecundidad y mortalidad para los próximos años deben ser considerados, en consecuencia, como una oportunidad de afinar y dar mayor contenido sustantivo a las políticas dirigidas hacia estos grupos sociales.

En los países de plena transición la reducción del número de jóvenes recién se observaría en forma más definida bien entrado el siglo XXI, sobre todo en Brasil y México (véanse cuadro II.1 y el gráfico II.5). En Brasil el descenso comenzaría en 2010, mientras que en México no se produciría antes de 2020. Por lo tanto, estos países enfrentan una situación que, si bien se caracterizará por un discreto crecimiento del grupo de jóvenes, presentará cifras absolutas en constante aumento hasta, al menos, la

primera década del siglo XXI. Tales países cuentan en general con una amplia cobertura en el sistema educativo, pero que aún puede ampliarse, tanto en el nivel básico como en la enseñanza media y particularmente en los sectores más rezagados, que registran las peores secuelas de la pobreza y el abandono escolar. Desde el punto de vista de la salud, y como se trata de países cuya población infantil y juvenil aún no decrece significativamente al tiempo que la población en edades activas y adultas mayores aumenta en forma progresiva, los requerimientos se verán afectados por una amplia coexistencia de demandas provenientes de todos los grupos de edades. La prestación de salud a los jóvenes tendrá una importante competencia, proveniente de la aún alta demanda de salud materno-infantil, probablemente todavía no satisfecha, debido a las diferencias sociales, bolsones de alta fecundidad, pobreza y cobertura incompleta en grupos vulnerables: pobres, marginales, rurales e indígenas. También tendrán una importante competencia proveniente de la población adulta mayor, ya que los patrones etarios y la estructura de las causas de muerte muestran un incremento de los problemas de salud en estas edades. De todas formas, estos países también dispondrán de una ocasión favorable en el plano demográfico, puesto que la mayor oferta de fuerza de trabajo —si se acompaña de crecientes oportunidades de mejoramiento de los niveles de calificación y de empleo— permitiría una potencial integración de los jóvenes al desarrollo de sus países.

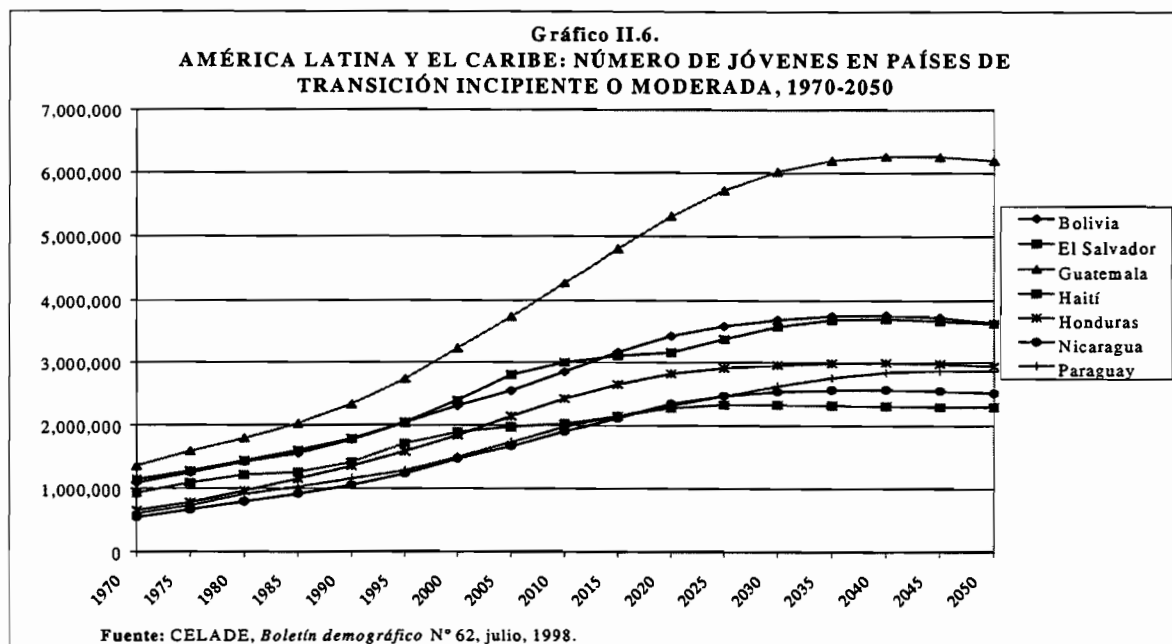


Cuadro II.1
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: NÚMERO DE JÓVENES DE 15-29 AÑOS SEGÚN PAÍSES, 1970-2050

Países	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000	2005	2010	2015	2020	2025	2030	2035	2040	2045	2050
Argentina	5871601	6472710	6661965	6999788	7607806	8636237	9475891	10029332	10103234	10288376	10472758	10599738	10619142	10514219	10464723	10509006	10637125
Barbados	57998	69129	75071	75678	73464	69172	66767	62408	61064	56649	52749	49566	49064	48783	47962	47029	46368
Belize	29734	36221	39178	47785	55956	64495	72237	79268	87261	94692	99350	66305	89692	92940	92983	96099	96963
Bolivia	1093845	1256670	1429832	1562560	1781468	2042102	2303567	2550439	2853349	3168474	3429448	3590602	3693754	3750212	3763080	3728187	3642287
Brasil	25221513	30188896	35507994	39410571	42428079	45362662	48606703	50566307	49932869	48449535	47660677	47914127	48441697	48638666	48536482	48369179	48426101
Chile	2460661	2849740	3281059	3583198	3700606	3670433	3686181	3863083	4099664	4270339	4259971	4211049	4214399	4269962	4310865	4317426	4304142
Colombia	5925595	7182059	8522281	9741828	10490930	11049597	11582097	12319302	13062664	13662618	14081768	14164567	14214084	14312228	14406670	14416930	14334716
Costa Rica	451651	571699	706994	812019	866900	970829	1085158	1220498	1286208	1321811	1340674	1379755	1413685	1433724	1437986	1433387	1425386
Cuba	2131205	2236752	2602322	2996557	3353902	2984925	2566998	2333078	2348607	2299432	2088107	1957309	1895782	1889344	1879438	1857438	1817434
Ecuador	1515988	1834559	2200583	2553574	2935192	3324526	3669427	3926388	4103998	4211792	4280569	4288675	4260281	4214169	4165444	4156590	4174090
El Salvador	928787	1092496	1223066	1263287	1420282	1721265	1902300	1982880	2028661	2144034	2271458	2325456	2325347	2311350	2301688	2289400	2287208
Guatemala	1362715	1597434	1808176	2026816	2329063	2735299	3229991	3740322	4274464	4806541	5313646	5721742	6018935	6193443	6263209	6254251	6194931
Guyana	177223	204646	232108	261021	262729	248497	241881	234499	243255	238181	231341	223818	222284	227313	229383	228123	225657
Haití	1146473	1283942	1446441	1609302	1794391	2041694	2391892	2804377	3000768	3108301	3163902	3380555	3583498	3692249	3707659	3672721	3628972
Honduras	654740	782502	965575	1156748	1359837	1590880	1852447	2137566	2420302	2652544	2823344	2914317	2963938	2989660	2999559	2978250	2940439
Jamaica	391000	478995	590500	701655	688370	707796	720645	719130	730156	732645	735729	723290	713272	710561	715180	720486	721067
México	12839462	15327746	18218528	21417282	24976764	27841617	29293568	29557502	29924470	30438293	30463538	29964180	29322270	28773762	28322597	27995859	27718803
Nicaragua	547406	668070	798395	920625	1053627	1239258	1476892	1675295	1913555	2115176	2339616	2465530	2534834	2563611	2566366	2547298	2508955
Panamá	386502	457438	543727	630792	703437	746824	776609	805444	838241	854786	850249	836458	831284	832083	838939	844607	847304
Paraguay	604809	730778	919435	1031221	1160366	1288755	1501191	1743977	1984441	2148236	2303889	2461376	2624168	2754563	2840398	2875145	2861030
Perú	3383180	4022678	4774371	5510153	6189848	6829089	7470106	7992114	8259239	8402571	8423656	8412329	8397479	8363496	8309037	8287865	8297723
República Dominicana	1130088	1375273	1669531	1955374	2152910	2268283	2348463	2479187	2583288	2640496	2609031	2582625	2582625	2599668	2587044	2560532	2553726
Suriname	67000	68797	79816	93250	92883	86470	89622	91389	85334	79946	76702	74704	75451	77152	75527	72762	70541
Trinidad y Tobago	254489	294106	335722	356597	330064	335343	373263	389800	370242	314337	274848	268737	279831	284500	275100	263353	257642
Uruguay	634947	631257	667327	684293	714452	756028	779461	786232	787660	815002	831461	833380	828414	822372	823779	830168	837667
Venezuela	2774063	3541781	4415459	4986079	5520561	6049746	6642164	7352946	7828906	8145152	8290711	8395526	8460331	8456561	8377132	8352323	8385478

Fuente: CELADE, *Boletín Demográfico* N° 62, julio, 1998.

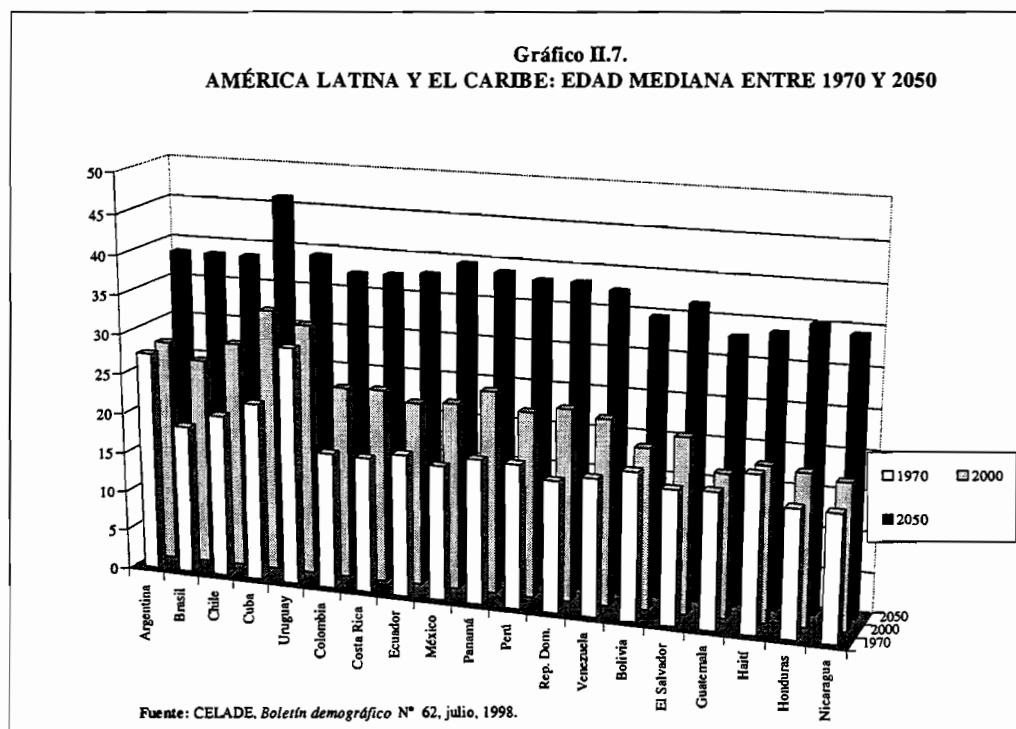
Finalmente, en los países de transición moderada o incipiente se espera que el descenso absoluto en el número de jóvenes no ocurra antes de 2040, aunque cada año el número de jóvenes que se agregaría al grupo iría también en descenso (véase el gráfico II.6). Estos países registraron durante mucho tiempo una fecundidad relativamente elevada y todavía verán crecer el número de jóvenes por varias décadas debido al alto potencial de crecimiento implícito en su estructura por edades, expresado en el gran número de mujeres en edad fértil descendientes de cohortes pasadas de mayor fecundidad. A diferencia de los anteriores, estos países tienen en común una población rural importante, abultados porcentajes de analfabetismo, y bajas coberturas en el sistema educativo y de salud; es decir, enfrentan múltiples desafíos sociales: una infraestructura mínima, que implica ampliar la cobertura del sistema educativo y de salud, la oferta de vivienda y de servicios básicos; y la urgencia de incorporar a los jóvenes de los sectores sociales más pobres y grupos indígenas.



Es interesante consignar que en los países donde la fecundidad aún está disminuyendo, las diferencias sociales internas en el plano reproductivo —que aún son marcadas— se traducen en que los jóvenes de estratos de menores recursos sostengan parte importante de la reposición generacional de las sociedades. Cuando esto ocurre, y si no se presentan condiciones de movilidad social, los jóvenes de hogares de mayores recursos —que acceden a elevados niveles de calificación y logran una inserción más exitosa en el mundo laboral y en la sociedad—, terminan por participar escasamente en la reposición demográfica. La evaluación de estas situaciones es un asunto complejo, pero remite a la identificación del papel demográfico de los jóvenes de hogares más favorecidos en las dinámicas societales.

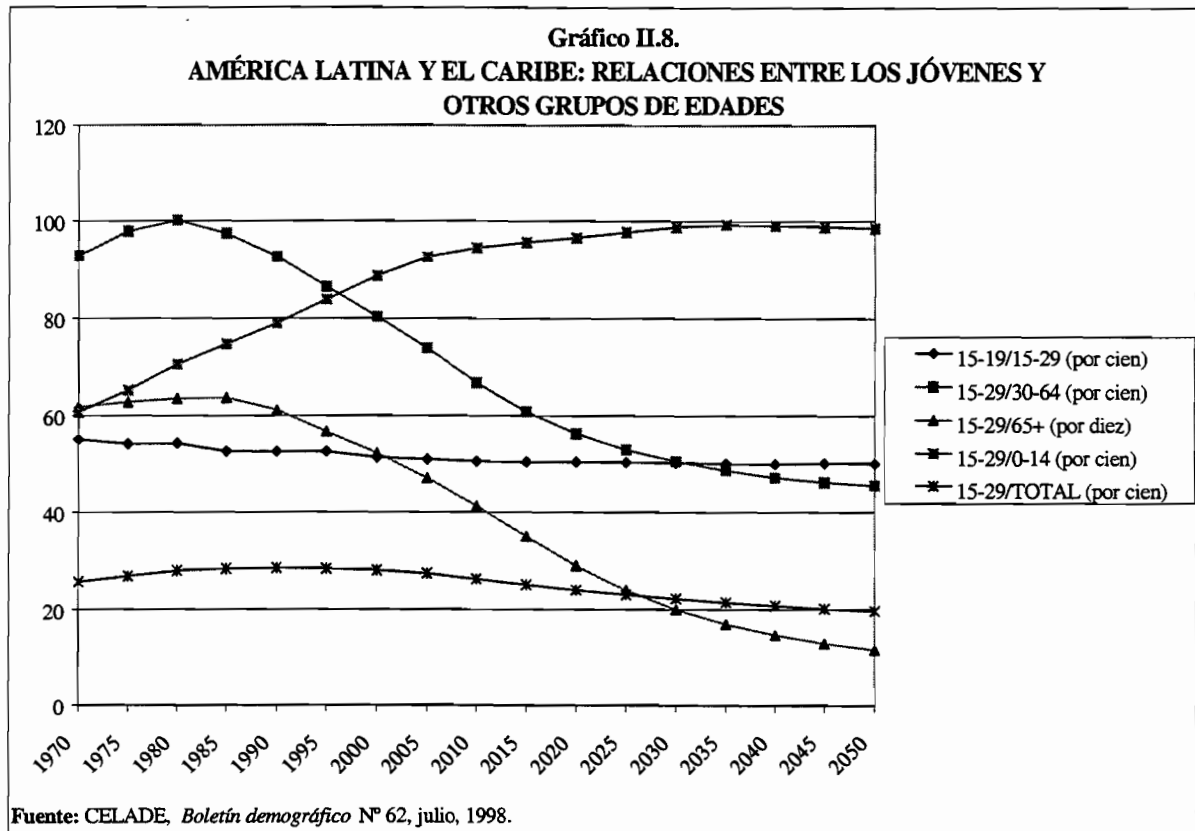
4. Contexto demográfico en que se insertan los jóvenes

Antes de la transición demográfica, en las etapas incipientes y en el período de declinación de fecundidad, los jóvenes se desenvolvían en sociedades que, como un todo, eran eminentemente jóvenes. En América Latina en su conjunto, en 1970 el 50% de la población tenía menos de 19 años, mientras que en el año 2000 esa fracción corresponde a casi 25 años y, si en el futuro se verifican los niveles esperados de fecundidad, la edad mediana de la población total ascenderá a 38 años (véase el gráfico II.7).



En el año 2000 los casos más disímiles están representados por Cuba, donde la edad mediana es la más elevada de la región —33 años—, Argentina y Uruguay, con edades medianas también elevadas —28 y 31 años, respectivamente. En el otro extremo se encuentran los países de transición moderada y tardía en los que mayoritariamente el 50% de la población se halla aún en edades inferiores a 18 y 20 años. En una situación intermedia, en los países de plena transición la edad mediana se sitúa en alrededor de los 24 años. Para el año 2050, se espera que en la gran mayoría de los países de la región esa edad se encuentre entre los 35 y 40 años, con la excepción de Cuba, que sería el país más envejecido con la mitad de su población por debajo de los 46 años.

Otros indicadores revelan también, elocuentemente, la disminución de la importancia relativa de la población joven (véase el gráfico II.8):



a) la proporción del grupo más joven respecto del grupo total (15-19 y 15-29) muestra una tendencia descendente de 1970 a 2005, indicando que el propio grupo tiene una leve inclinación a envejecer: pasa de 55% a aproximadamente 51%, nivel en que se estabilizaría.

b) la relación creciente entre el número de jóvenes (15-29) y el de niños (0-14) muestra, como era de esperar debido al descenso de la fecundidad, una tendencia al aumento, que en 1970 implicó la presencia de 61 jóvenes por cada 100 niños; de 89 por cada 100 en el año 2000 y, debido a la estabilización de la fecundidad en niveles bajos y al nivel del reemplazo a partir de 2025, aumentará a 95 jóvenes por cada cien niños en el año 2010 hasta equipararse en el año 2030.

c) la relación entre jóvenes (15-29) y adultos (30-64) revierte la propensión al aumento que registraba en el pasado y a partir de 1985 desciende de 97 a 80 jóvenes por cada 100 adultos en el año 2000. Se espera que esa tendencia continúe acelerándose, hasta llegar a 67 en 2010, a 56 en 2020 y a 46 jóvenes por cada 100 adultos en 2050.

d) finalmente, la relación más dramática —y que evidencia el gran cambio en la estructura por edades de la población— corresponde a jóvenes (15-29) y a la población de la tercera edad (65 años y más), donde se registra una situación que, si bien esperable, no es menos extrema. Mientras que la relación se mantuvo hasta cierto punto estable de 1970 a 1985 (en alrededor de 62 jóvenes por cada 10

adultos mayores), a partir de ese año se aprecia una acentuada declinación: la relación se reduce a 52 en el año 2000, a 41 en 2010; 29 en 2020; y a sólo 8 jóvenes por cada 10 personas de la tercera edad en 2050.

Estos indicadores muestran que, de manera creciente —y con el avance de la transición demográfica— los jóvenes se insertarán en un medio donde predominarán en forma inequívoca los adultos, adultos mayores y ancianos, con una proporción cada vez menor de niños y pares. Es probable que ello incida en las expectativas y demandas del medio respecto de su comportamiento y rol en la sociedad. Mientras que, por una parte, la mayor inversión que representan respecto del pasado les otorgaría un protagonismo social superior, es posible que su desempeño no esté exento de la necesidad de asumir mayores responsabilidades a edades más tempranas. Es probable también que —al verse rodeados principalmente de adultos— los jóvenes tiendan a emular más rápidamente sus conductas y a adoptar sus metas. Una hipótesis alternativa es que los cambios en los mercados laborales, traducidos en mayores exigencias de calificación, estimulen una extensión del período de transición a la vida adulta, y también que la relativa escasez de jóvenes los valore y propicie significados sociales y culturales en favor de una mayor duración del período de transición hacia la vida adulta.

5. La mortalidad en los jóvenes

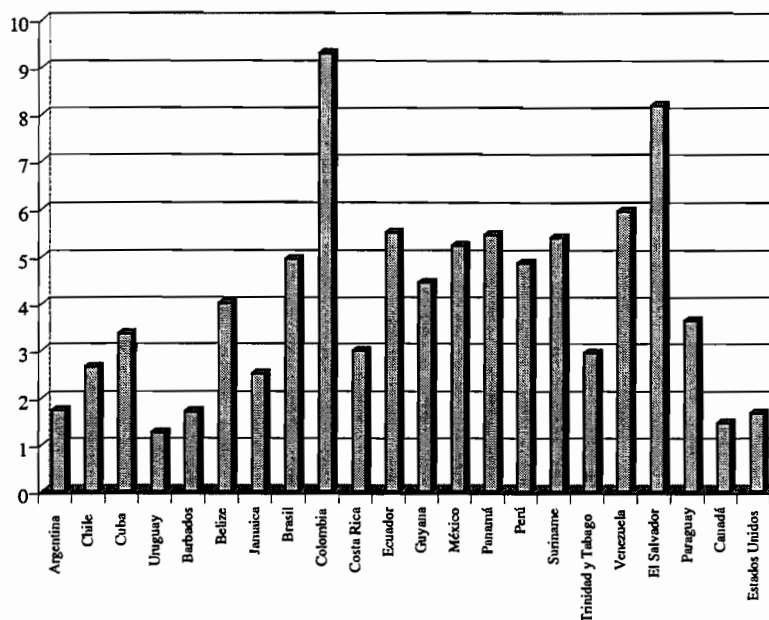
Además de sus particularidades biológicas e individuales, las condiciones de salud de los jóvenes están determinadas en gran medida por el contexto social y económico, la facilidad de acceso a los servicios de atención médica y la situación familiar. Una aproximación a las condiciones de salud está dada por la mortalidad, cuyos niveles y causas se examinarán a continuación.

Las estadísticas disponibles a nivel nacional no permiten conocer las diferencias en las condiciones de salud entre jóvenes de distintos grupos sociales y tampoco la incidencia de la pobreza en la distribución de los factores que ocasionan su muerte. Estudios realizados por la Organización Panamericana de la Salud (OPS, 1998a) han hecho posible identificar, sin embargo, a “la privación económica extrema, los conflictos familiares, los antecedentes familiares de problemas de comportamiento y la falta de un ambiente protector como factores de riesgo comunes en la mayoría de los casos de abuso de sustancias, delincuencia, embarazo y deserción escolar observados en adolescentes”.

5.1 Nivel de mortalidad

Comparada con la mortalidad en otros grupos de edades, la de los jóvenes es relativamente baja y sus defunciones representan pequeñas fracciones de los totales. Argentina, Barbados y Uruguay presentan proporciones de defunciones de jóvenes inferiores al 2%, similares a las de Canadá y los Estados Unidos; la mayoría de los países registran entre 2% y 6%, mientras que en Colombia y El Salvador —en las fechas disponibles— este porcentaje oscila entre 8% y 10%, debido a los elevados niveles de violencia (véase el gráfico II.9).

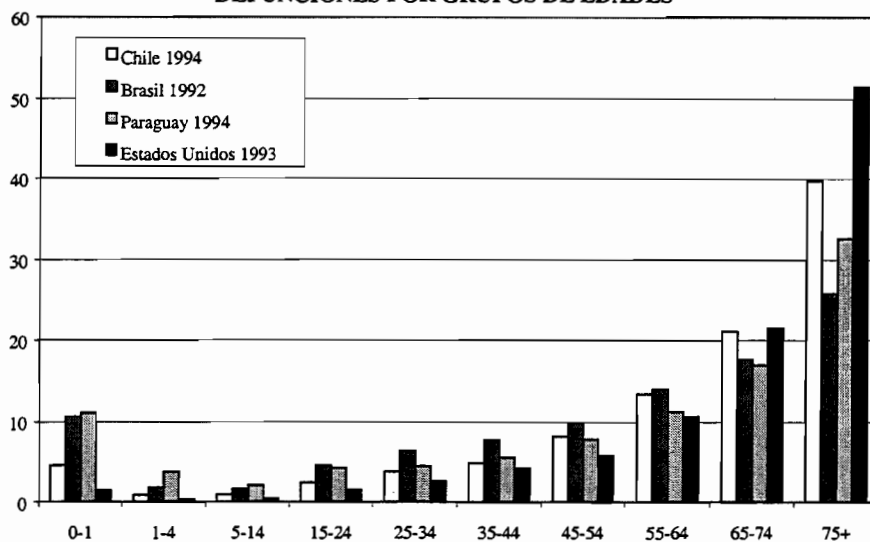
Gráfico II.9
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PROPORCIÓN DE DEFUNCIONES DE
JÓVENES EN EL TOTAL DE DEFUNCIONES
ALREDEDOR DE 1990



Fuente: CELADE, sobre la base de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

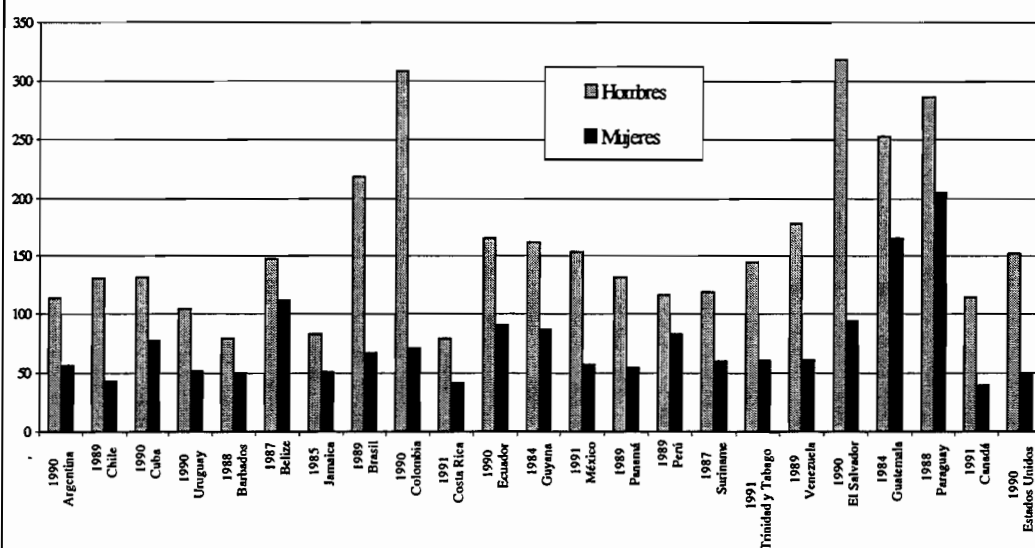
En países con diferentes niveles de mortalidad general, las defunciones de jóvenes sólo tienen un peso mayor que las de los grupos precedentes —los niños de 1 a 4 años y el grupo 5-14—, con excepción de los menores de un año, cuyo riesgo de muerte es más alto (véase el gráfico II.10). Las tasas específicas de mortalidad para cada sexo en este grupo de edades muestran importantes diferencias y son sistemáticamente más elevadas para los hombres, con diferencias particularmente pronunciadas en los casos de Brasil, Colombia y El Salvador (véase el gráfico II.11).

Gráfico II.10
CHILE, BRASIL, PARAGUAY Y ESTADOS UNIDOS: PORCENTAJE DE DEFUNCIONES POR GRUPOS DE EDADES



Fuente: CELADE, sobre la base de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Gráfico II.11
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: TASAS DE MORTALIDAD DE JÓVENES, POR SEXO, ALREDEDOR DE 1990
 (Por cien mil)



Fuente: CELADE, sobre la base de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

5.2 Mortalidad por causas

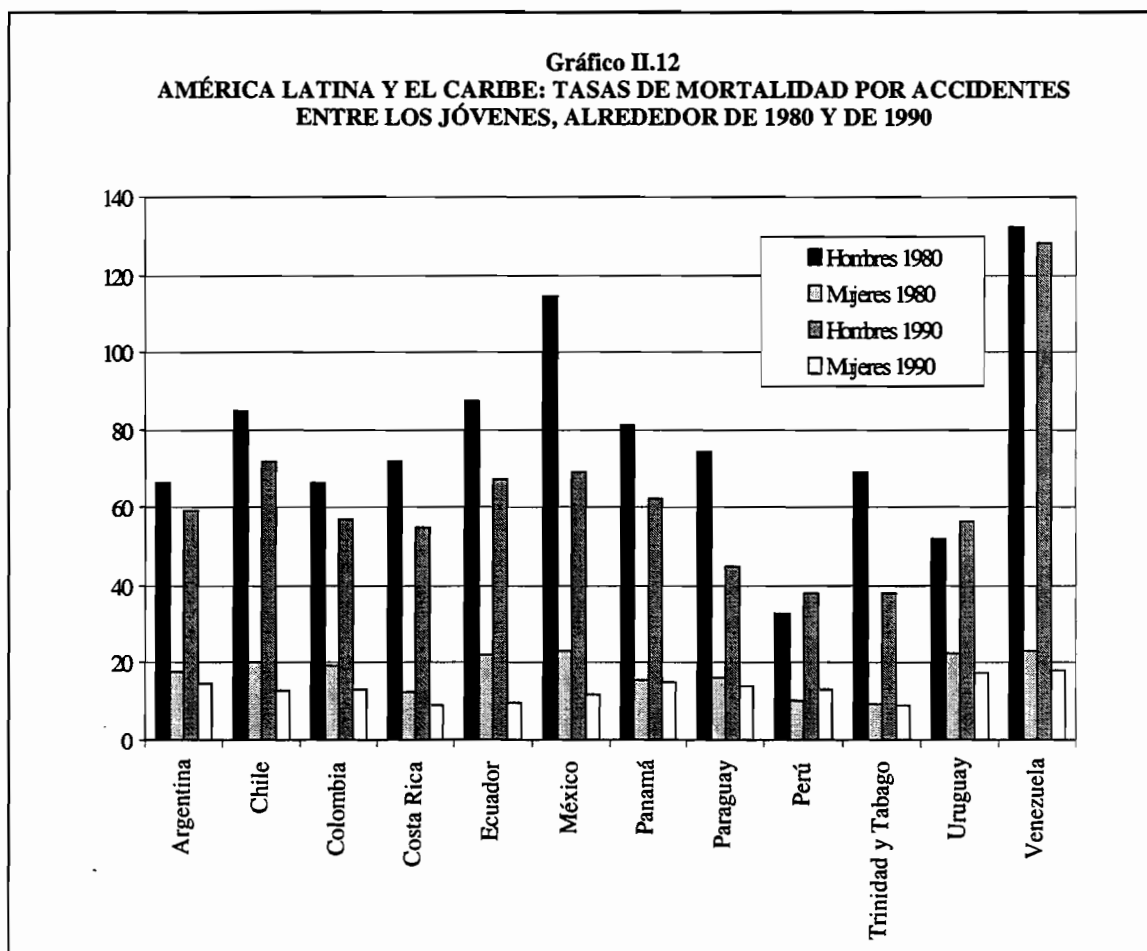
Aunque las tasas de mortalidad general de los jóvenes son relativamente bajas, cuando se identifican los cinco grandes grupos de causas de muerte: enfermedades transmisibles, neoplasmas, enfermedades del sistema circulatorio, causas externas y otras causas, se aprecia una gran concentración de las causas externas, sobre todo en el caso de los varones (véase el cuadro II.2), que en la mayoría de los países alcanzan una proporción superior al 50%, mientras que en las mujeres oscilan entre 30% y 40%. En los otros grupos el número de defunciones masculinas supera a las femeninas. En el grupo residual, las mujeres muestran un similar nivel de mortalidad y, en muchos casos, superior al de los hombres, dado que se incluyen causas como diabetes, deficiencias nutricionales, trastornos mentales, enfermedades del aparato digestivo y urinario y, en particular, las causas específicamente femeninas, como las complicaciones del embarazo, parto o puerperio, comúnmente denominadas “muertes maternas” y que abarcan parte de las muertes por aborto.

Cuadro II.2
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: TASAS DE MORTALIDAD POR CAUSAS EN JÓVENES DE 15-24 AÑOS, CIRCA 1990

Países	Tasa total		Enfermedades transmisibles		Neoplasmas		Enfermedades del sistema circulatorio		Causas externas		Otras causas		Enfermedades mal definidas	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Argentina (1992)	119.7	52.3	5.2	4.3	8.3	6.5	10.8	8.0	78.6	19.0	14.3	12.7	2.5	1.8
Barbados (1994)	117.4	81.8	4.3	0.0	13.0	18.2	8.7	0.0	69.6	18.2	21.7	40.9	0.0	4.5
Belice (1989)	110.5	47.4	21.1	5.3	5.3	5.3	15.8	0.0	31.6	10.5	36.8	21.1	0.0	5.3
Brasil (1992)	190.5	59.9	9.6	6.5	5.7	4.2	7.1	6.0	137.2	20.1	17.8	15.6	13.2	7.5
Colombia (1994)	341.2	67.9	6.2	4.7	6.7	5.7	5.9	5.1	306.0	33.1	11.3	15.0	5.1	4.2
Costa Rica (1995)	107.6	42.2	2.4	2.2	10.0	8.7	3.8	2.8	75.8	15.5	13.6	12.1	2.1	0.9
Cuba (1995)	131.0	70.1	4.9	2.9	8.3	6.2	6.5	3.0	91.7	37.6	19.1	19.9	0.7	0.6
Chile (1994)	115.2	36.2	3.3	3.1	7.6	5.2	3.4	2.2	88.8	15.0	10.8	9.9	1.3	0.8
Ecuador (1995)	178.3	89.8	13.4	14.3	6.9	6.2	11.5	8.5	110.3	26.3	20.0	21.4	16.1	13.1
Guyana (1994)	148.1	100.0	17.3	11.0	3.7	2.4	14.8	4.9	76.5	34.1	34.6	45.1	1.2	2.4
Jamaica (1985)	83.3	51.3	5.8	3.8	5.4	5.7	7.8	7.7	32.3	4.2	17.9	24.1	14.0	5.7
México (1994)	142.4	54.4	6.9	5.9	8.3	6.0	5.3	4.6	117.3	16.7	3.5	20.4	1.2	0.8
Panamá (1989)	135.0	56.1	5.7	5.8	4.4	3.3	4.0	4.9	102.3	19.8	13.7	20.2	4.9	2.1
Paraguay (1994)	99.3	50.2	5.8	4.8	4.9	4.1	3.3	3.0	72.5	17.3	8.9	16.1	3.8	4.8
Perú (1989)	117.4	83.1	19.7	17.8	5.1	4.6	7.7	4.7	47.3	15.0	13.4	17.4	24.2	23.5
Trinidad y Tabago (1994)	122.0	83.9	5.9	2.6	7.6	8.7	0.8	9.6	77.1	27.1	28.8	34.1	1.7	1.7
Uruguay (1990)	104.6	51.6	1.6	3.7	7.7	5.0	6.5	4.5	75.4	23.5	10.1	12.8	3.2	2.1
Venezuela (1994)	251.4	65.0	7.6	7.1	8.7	6.6	7.5	5.2	208.9	25.3	17.5	20.2	1.1	0.7

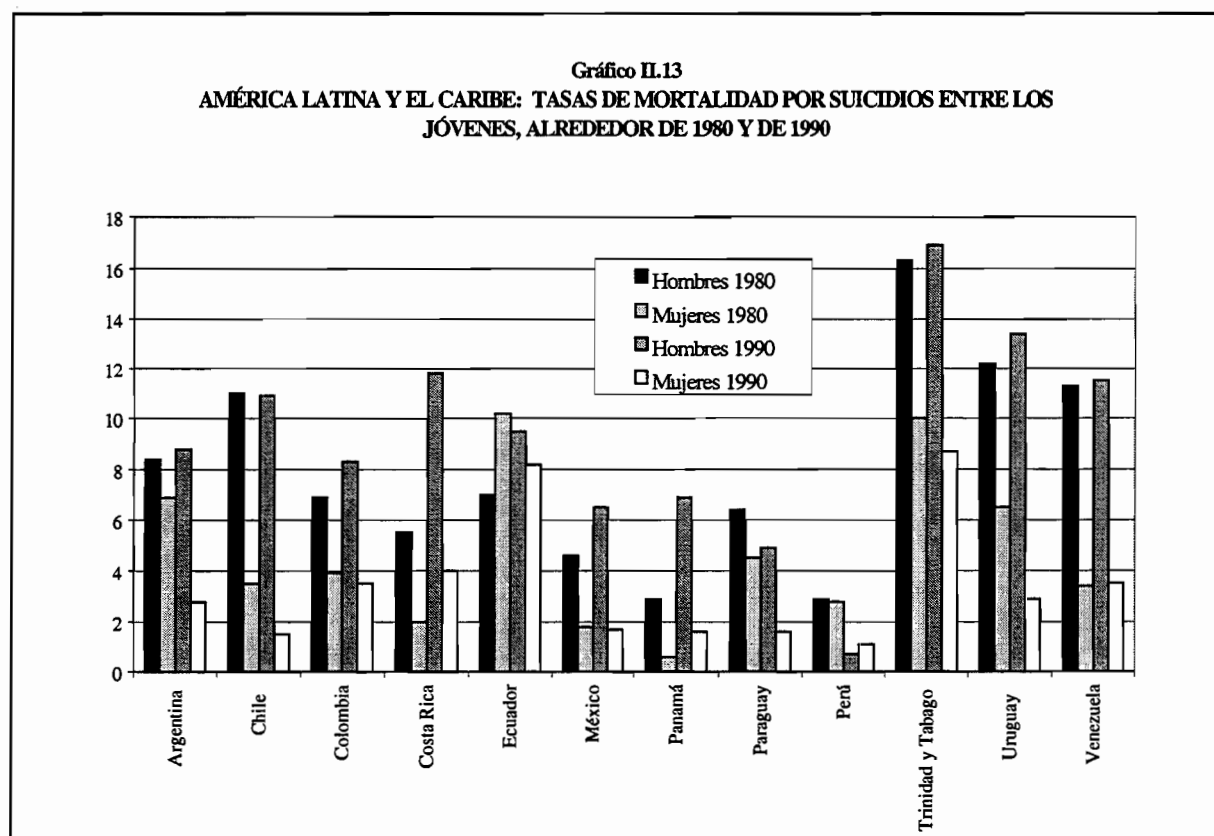
Fuentes Organización Panamericana de la Salud (OPS), *Estadísticas de salud de las Américas*, Washington D.C., Publicación científica, 556, (1995). CELADE, *Boletín demográfico* N° 60 y N° 62, 1998.

Como puede verse en el gráfico II.12, hacia 1980 las tasas por accidentes entre los varones eran 3 a 5 veces más elevadas que las de las mujeres, situación acentuada con posterioridad por un mayor descenso relativo entre estas últimas. Desde fines de los años setenta y hasta comienzos de los años noventa se observa una declinación en las tasas por accidentes. Las cifras de mortalidad por causas externas constituyen un indicador de un número indeterminado de lesiones que no han tenido un desenlace fatal, pero cuya consecuencia pudiera ser una importante secuela de discapacidad. La intensidad de los factores externos como causas de muerte es una indicación del predominio de comportamientos de alto riesgo en la población joven, posiblemente generados por presiones familiares o sociales que los adolescentes y jóvenes aún no pueden manejar adecuadamente. Se ha señalado la existencia de factores de predisposición no sólo social, sino también de naturaleza biológica y ecológica, que incluso pueden trascender la edad y perdurar crónicamente en etapas posteriores (OPS, 1990). Conductas asociadas a mayor riesgo son el tabaquismo, el consumo de bebidas alcohólicas, el empleo de sustancias de estimulación psicológica y de drogas. En cuanto a la salud reproductiva, son conductas de riesgo las que dan lugar a relaciones sexuales tempranas, en forma indiscriminada y sin protección adecuada, y que conducen a la adquisición de enfermedades de transmisión sexual o a embarazos prematuros y no deseados; a su vez, éstos son antesala de abortos en precarias condiciones de higiene y sin infraestructura sanitaria.



Fuente: CELADE, sobre la base de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Además del gran impacto de las muertes por accidentes, otra causa importante, considerada como externa, es el suicidio (véase el gráfico II.13). También en este caso se advierte una prevalencia masculina, aunque con excepciones —entre los países de los que se dispone de datos— como Ecuador en el primer período y Perú en el segundo. En las tasas de suicidio —aunque mucho menores que las de accidentes— se observa, por el contrario, una propensión al aumento entre los hombres en Argentina, Colombia, Costa Rica, Ecuador, México y Panamá. Entre las mujeres, sin embargo, la principal tendencia de la tasa de mortalidad por suicidios es al descenso o a la estabilización. Por su parte, los tumores malignos y las enfermedades del corazón también muestran una mayor prevalencia entre los hombres, si bien varían según el país.

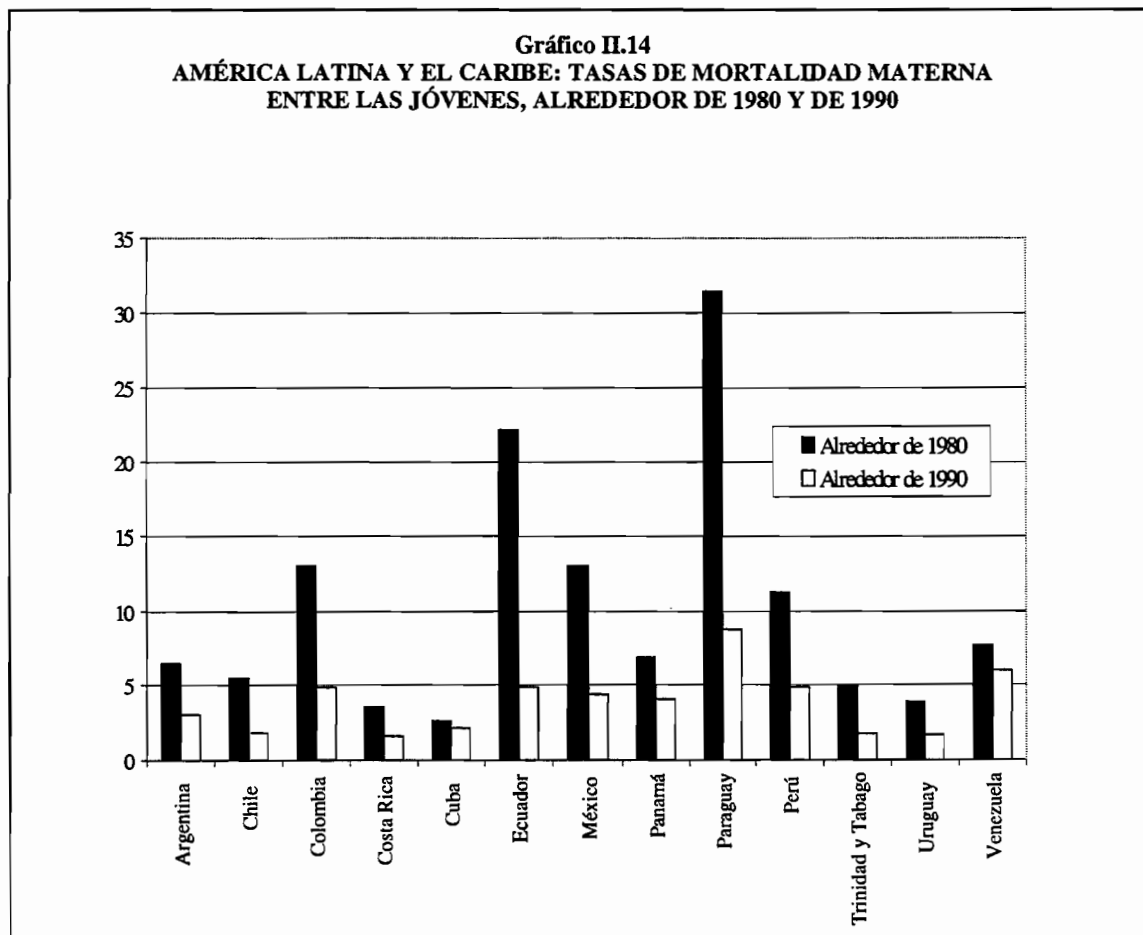


Fuente: CELADE, sobre la base de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

En el caso de las mujeres, un aspecto importante lo constituyen las muertes maternas, asociadas al embarazo, al parto y al puerperio, de las que, sin embargo, no se dispone de información que pueda considerarse confiable, por las mismas razones que conducen a la subestimación de este tipo de causas en todas las edades (gráfico II.14). Sin embargo, se encuentran entre las cinco principales causas de muerte. Dado que, por lo general, esta causa se oculta tras otras socialmente más aceptables, sobre todo en el caso de las adolescentes, la información constituye un aviso de alarma acerca de un flagelo que está lejos de encontrarse bajo control.

La estructura por causas de muerte de los jóvenes pone de manifiesto la importancia de diseñar y aplicar acciones para alejarlos de la influencia de situaciones de violencia, depresión y desórdenes

mentales que afectan su autoestima y autoidentificación, instrumentando la atención requerida para su prevención y tratamiento. Desde el punto de vista de la salud reproductiva, el embarazo adolescente no deseado, con su secuela de abortos ilegales, requiere de políticas específicas.



Fuente: CELADE, sobre la base de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

B. MIGRACIÓN INTERNA, URBANIZACIÓN Y DISTRIBUCIÓN ESPACIAL DE LA POBLACIÓN

Tanto los patrones y tendencias de la distribución espacial de la población joven, como de la migración interna y otras expresiones de la movilidad, mantienen algunas especificidades que convierten a los jóvenes en actores relevantes de los procesos de ocupación del espacio. En esta sección se presentan algunos elementos básicos de referencia, se entregan evidencias respecto de la participación de los jóvenes en las cambiantes modalidades de los movimientos migratorios internos y se examinan los patrones de distribución según divisiones administrativas mayores y el carácter urbano o rural de las localidades; se agregan, además, algunas reflexiones respecto a la segregación residencial intraurbana.

1. Algunos elementos de referencia

La distribución espacial de los jóvenes es un insumo fundamental para aproximarse al conocimiento de sus condiciones de vida. En este ámbito, la migración interna tiene todavía una importancia decisiva en varios países de la región, como factor de redistribución territorial y, teniendo presente que se asiste a una merma de la fecundidad y a importantes transformaciones contextuales en los planos económico y social. Además, las personas jóvenes son las que tienen mayores probabilidades —y a veces, necesidades— de migrar, ya sea para continuar sus estudios, mejorar la educación o buscar perspectivas laborales y económicas superiores a las de sus zonas de origen. Algunos atributos individuales como el género, la edad, la soltería, las aptitudes de innovación, son factores que potencian la migración juvenil y la convierten en una opción importante en sus proyectos de vida. Ciertamente, sólo una parte de los jóvenes participa en los movimientos migratorios y no son los únicos que lo hacen, aunque es evidente la existencia de la selectividad migratoria, cuyos efectos en las poblaciones de origen y destino se advierten, tanto en la estructura por sexo y edad como, entre otras, en las pautas de nupcialidad y en la adopción de nuevos comportamientos reproductivos afines a los imperantes en los lugares de acogida.

Entre los elementos distintivos de los movimientos migratorios internos están el género y la edad. En la región se constata un predominio de población femenina y de personas jóvenes en las corrientes migratorias internas, como fue visible en las originadas en el medio rural y cuyo destino eran las ciudades. Los datos de migración interna recogidos en décadas recientes confirman que dentro de los movimientos ahora más frecuentes —esto es, los de carácter interurbano— las mujeres y los jóvenes registran una sobrerrepresentación, reflejada en bajos índices de masculinidad entre los inmigrantes a las ciudades mayores y en elevados registros en el crecimiento de los grupos de edad entre 15 y 29 años dentro de ellas (CEPAL, 1995a; Lattes, 1996). Dependiendo del mayor grado de diversificación de las estructuras productivas y de la demanda laboral vinculada a los servicios y trabajos informales ofrecidos en las ciudades, se ha detectado una atracción visible para mujeres y jóvenes oriundos de otras localidades tanto urbanas menores como rurales.

Las estructuras productivas del medio rural han influido en una menor emigración masculina, que explica sus habitualmente elevados índices de masculinidad (Oberai, 1989). Por su gravitación en el crecimiento de la población urbana, los movimientos de tipo rural-urbano en América Latina se destacaron singularmente en los últimos 50 años, aunque su incidencia es cada vez menor. Así, hasta más o menos los años setenta el incremento demográfico de las mayores ciudades latinoamericanas se debió principalmente al proceso migratorio interno. La dinámica de intercambio de población rural-urbana habría explicado hasta un 50% del crecimiento de algunas ciudades de la región (Villa y Rodríguez, 1997). Aunado a un creciente nivel de urbanización a partir de mediados de los años setenta, este factor empieza a disminuir notoriamente su influencia en el crecimiento total de las grandes ciudades latinoamericanas y da lugar a la supremacía de los movimientos entre ciudades e intraurbanos, estos últimos directamente relacionados con motivaciones residenciales, sobre todo en aquéllas. Cabe precisar que en los países que aún registran significativos niveles de ruralidad los movimientos de tipo rural-urbano siguen teniendo importancia cuantitativa.

En los últimos años, y en respuesta a un nuevo escenario socioeconómico, han proliferado otras formas de movilidad de la población, diferenciadas de la migración tradicional. Así, coexisten movimientos temporales, cíclicos, periódicos y estacionales que, en sentido estricto, no involucran un cambio del lugar de residencia habitual. Particular relevancia adquiere el componente rural de muchos de estos desplazamientos, ya sea en el origen o en el destino, como producto de extensión de zonas de recreación, faenas dedicadas a la exportación y labores de pequeña minería, entre otras. La participación de los jóvenes en estos movimientos parece ser significativa en algunas expresiones y en función de la

flexibilidad laboral característica de muchas tareas agrícolas que requieren emplear mano de obra temporal.

Los movimientos dirigidos a las fronteras internas (o frentes de colonización), que han emergido con fuerza en algunos países, se han caracterizado, en gran proporción, por ser transitorios, ya que parte significativa de la población que se desplaza hacia estos espacios, se traslada luego a otros. La potencial aventura que supone la colonización ha influido manifiestamente en una elevada participación de jóvenes (CEPAL, 1995). Finalmente, no se puede dejar de mencionar que, en algunos países, conflictos internos y desastres naturales han provocado desplazamientos masivos de población, afectando a familias completas, con severas repercusiones sociales, económicas y ambientales.

Las tendencias brevemente presentadas son expresión de cambios sustantivos en los contextos determinantes de los flujos migratorios internos, cuya naturaleza es cada vez más compleja, por lo que se admite que la movilidad en general constituye una respuesta estratégica y racional frente a la subsistencia en un medio social y económico inestable (Lattes, 1996). Las evidencias disponibles para muchos países indican que en la década de 1980 se constataron efectos retractivos en la intensidad de los traslados de residencia. Del decenio siguiente no se conocen mayores antecedentes, si bien es muy posible que el renovado dinamismo de algunas ciudades intermedias las haya constituido en localidades de atracción de inmigrantes, cancelando o atenuando la atracción tradicional de las grandes ciudades —que comenzaron a perder hegemonía relativa— y, de paso, disminuyendo la intensidad de los flujos migratorios.

Con todo, los factores determinantes de la migración parecen estar sufriendo mutaciones no desdeñables que repercuten en el surgimiento de las nuevas formas de movilidad. En la base de estos cambios están la apertura y el ajuste estructural de las economías, la creciente movilidad del capital, la flexibilización y las mayores exigencias de calificación de los mercados laborales, los avances en las comunicaciones y en el transporte, la reconversión productiva, el auge de las actividades exportadoras, el aprovechamiento de ventajas comparativas y la relocalización de algunas actividades industriales. Estos hechos parecen estar imponiendo un nuevo espectro de estímulos a la migración, donde las ciudades mayores se ven aparentemente desfavorecidas como alternativas de localización, los traslados de residencia pierden protagonismo y comienzan a hacerse visibles las otras formas de movilidad.

Dentro de todas estas situaciones, cabe preguntarse con propiedad si acaso los jóvenes experimentan patrones de movilidad y distribución distintivos. Asimismo, resulta necesario presentar algunas reflexiones sobre la condición de los jóvenes en el contexto de la segregación intraurbana.

2. Migración interna de los jóvenes: transferencia rural-urbana

Como ya se ha señalado, hasta hace aproximadamente 30 años atrás el crecimiento de las urbes de la región y, sobre todo, de las ciudades principales, se debió básicamente al aporte de población del medio rural. Aunque con menores bríos, este tipo de movilidad mantiene vigente, y esto resulta ostensible en aquellas naciones con más bajos niveles de urbanización. En los países que registran los mayores niveles de urbanización se aprecia una menor incidencia de la transferencia de efectivos entre el campo y la ciudad (véase el cuadro II.3).¹ Tal es el caso de Chile, Venezuela y Uruguay donde se observan las

¹ La metodología utilizada para determinar la transferencia de población rural al medio urbano se basa en una estimación indirecta, en la que se calcularon relaciones de supervivencia por sexo y grupos quinquenales de edad de la población total para un período; posteriormente, esas relaciones se aplican a la población urbana en un momento inicial. La diferencia entre la población urbana observada y la población urbana obtenida al final del

menores incidencias del traslado de población rural en el crecimiento urbano. La excepción la constituye Nicaragua que, a pesar de tener un alto grado de ruralidad, muestra una baja transferencia de efectivos rurales a las ciudades.

Cuadro II.3
IMPORTANCIA RELATIVA (%) DE LA TRANSFERENCIA
RURAL-URBANA EN EL CRECIMIENTO URBANO TOTAL, SEGÚN SEXO
(Porcentaje de población urbana)

País y período	Mujeres	Hombres	% urbano (año)
Argentina 1980-1991			
Bolivia 1982-1992	60.30	57.47	50.52 (85)
Brasil 1980-1990	42.74	41.21	71.02 (85)
Brasil 1990-1995	34.45	33.12	77.55 (95)
Chile 1982-1992	10.74	7.59	81.14 (85)
Costa Rica 1974-1984	42.32	36.88	43.06 (80)
Cuba 1971-1981	47.41	48.02	64.07 (75)
Ecuador 1980-1990			
El Salvador 1982-1992	52.25	54.66	46.96 (85)
Guatemala 1984-1994	44.37	42.98	38.03 (90)
Haití 1972-1982	59.22	35.03	22.15 (75)
Honduras 1978-1988	54.03	45.98	37.71 (85)
México 1980-1990	33.92	33.94	68.59 (85)
México 1990-1995	24.40	24.02	73.40 (95)
Nicaragua 1985-1995	31.37	28.06	52.54 (90)
Panamá 1980-1990	41.10	36.10	51.74 (85)
Paraguay 1982-1992	56.72	50.42	44.91 (85)
Perú 1983-1993	35.30	32.39	66.33 (85)
República Dominicana 1983-1993			
Uruguay 1986-1996	32.13	36.40	90.54 (90)
Venezuela 1981-1991	24.17	21.23	81.61 (85)

Fuente: CELADE, estimaciones indirectas sobre la base de datos censales, y *Boletín demográfico* N° 63, 1999.

La contribución de efectivos rurales al medio urbano de los países de la región es mayor en el caso de la población femenina. A su vez, la intensidad de la transferencia de jóvenes rurales a las ciudades de los países de la región presenta una relación inversa con los niveles de urbanización de los escenarios donde se producen (véase el cuadro II.4). De esta forma, naciones como Chile, Cuba, México, Uruguay y Venezuela registran las menores tasas netas totales de transferencia rural-urbana mientras que los países menos urbanizados presentan las mayores intensidades de transferencia a las áreas urbanas; dentro de estos países están Bolivia y Honduras.²

período a partir de las relaciones de supervivencia es atribuida a la transferencia de población rural-urbana.

² Cabe hacer la salvedad en el caso de Haití: a pesar de ostentar el menor nivel de urbanización en la región, su tasa neta de migración rural-urbana es de bajo monto. Según la estimación indirecta de movimientos rural-urbanos, en las edades mayores se producen pérdidas de población urbana (o éxodo hacia el campo), disminuyendo el guarismo general. Por otro lado, debe tenerse presente que esta metodología no considera los movimientos internacionales, que pueden tener una preponderancia significativa, especialmente en aquellos países de larga tradición en este plano.

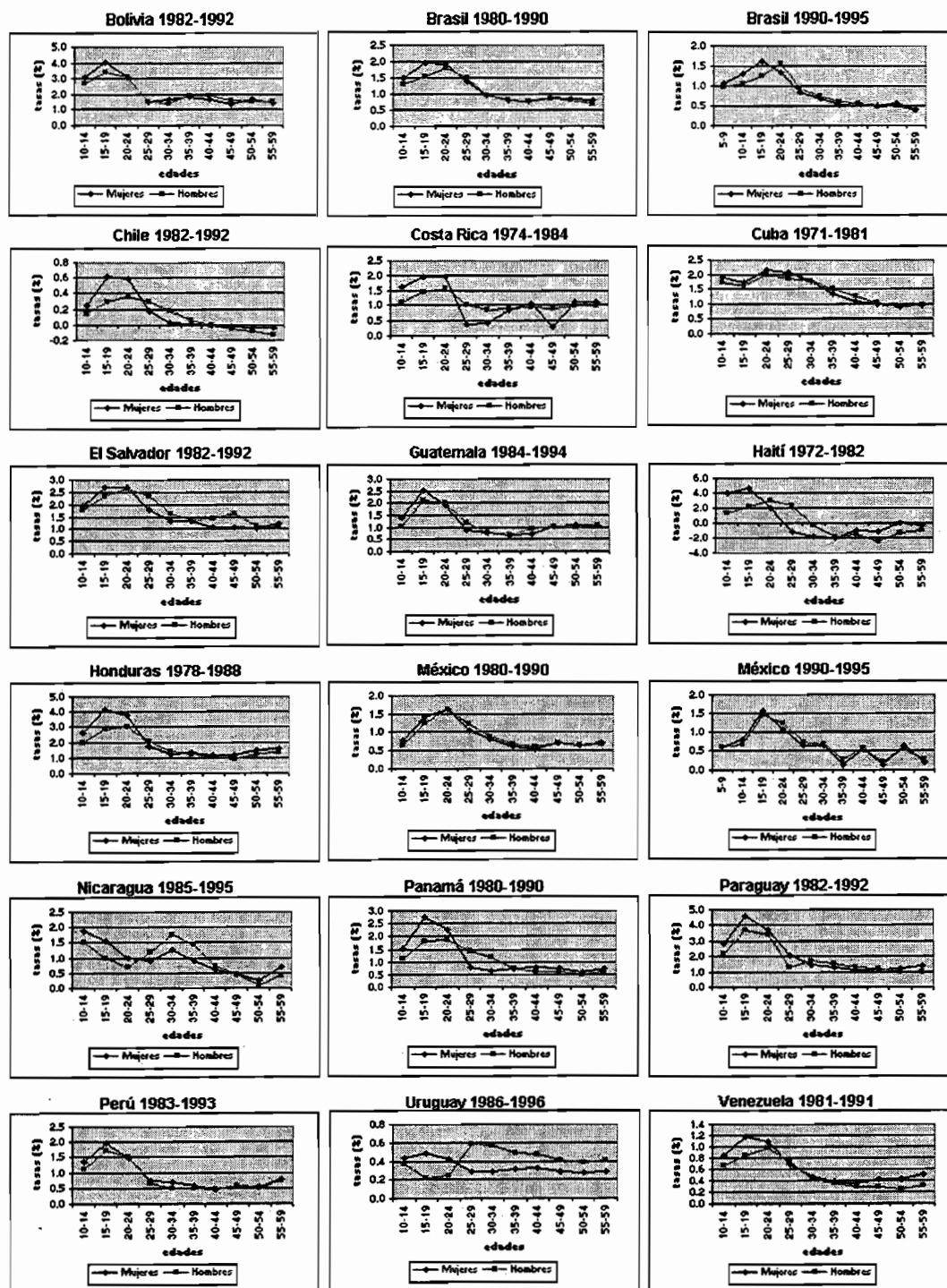
Cuadro II.4
TASAS DE MIGRACIÓN NETA RURAL-URBANA, PARA LOS JÓVENES, SEGÚN
GRUPOS DE EDAD Y SEXO

País y sexo	Tasas por cien							
	Mujeres				Hombres			
	Total	15-19	20-24	25-29	Total	15-19	20-24	25-29
Bolivia 1982-1992	2.55	4.02	3.09	1.52	2.45	3.45	3.11	1.48
Brasil 1980-1990	1.38	1.95	1.93	1.38	1.29	1.54	1.82	1.49
Brasil 1990-1995	0.97	1.63	1.34	0.86	0.94	1.24	1.58	0.94
Chile 1982-1992	0.20	0.63	0.58	0.17	0.15	0.29	0.36	0.29
Costa Rica 1974-1984	1.34	1.96	1.93	0.40	1.23	1.42	1.59	1.02
Cuba 1971-1981	1.62	1.71	2.17	2.08	1.58	1.58	1.97	1.87
Ecuador 1980-1990								
El Salvador 1982-1992	1.89	2.70	2.69	1.77	1.99	2.33	2.66	2.34
Guatemala 1984-94	1.43	2.56	1.89	0.89	1.35	2.12	2.02	1.21
Haití 1972-1982	0.84	4.63	1.99	-1.13	0.73	2.09	3.04	2.38
Honduras 1978-1988	2.65	4.21	3.79	1.74	2.23	2.84	3.05	2.07
México 1980-1990	1.05	1.43	1.61	1.03	0.76	1.25	1.63	1.22
México 1990-1995	0.77	1.57	1.07	0.64	0.80	1.46	1.25	0.73
Nicaragua 1985-1995	1.28	1.55	1.00	0.90	1.23	0.99	0.68	1.18
Panamá 1980-1990	1.39	2.74	2.27	0.78	1.26	1.84	1.85	1.44
Paraguay 1982-1992	2.51	4.61	3.72	2.06	2.19	3.75	3.40	1.29
Perú 1983-1993	1.15	1.98	1.47	0.72	1.02	1.71	1.51	0.65
República Dominicana 1983-1993								
Uruguay 1986-1996	0.35	0.49	0.42	0.29	0.44	0.22	0.25	0.58
Venezuela 1981-1991	0.80	1.18	1.10	0.69	0.68	0.85	0.98	0.72

Fuente: CELADE, estimaciones indirectas sobre la base de datos censales, y *Boletín demográfico* N° 63, 1999.

Otro aspecto que conviene mencionar es la disminución de las tasas de migración neta a medida que aumenta la edad. Este hecho es de suma importancia, pues sugiere que la población joven es la que ha participado con mayor intensidad en el proceso de transferencia de población rural hacia el medio urbano. El examen de las tasas de transferencia neta por edad en los diferentes países analizados (véase el gráfico II.15) muestra claramente que la población joven es la que migra con más intensidad. Entre los 15 y 29 años de edad (y marcadamente entre los 15 y 19 años) se produce la mayor transferencia, encabezada por las mujeres. A partir de esta edad, las tasas disminuyen sistemáticamente, reflejando el mayor grado de inercia en la población que tiene ya "su vida formada".

Gráfico II.15
AMÉRICA LATINA: TASAS DE TRANSFERENCIA NETA RURAL-URBANA, POR SEXO Y EDAD, EN PAÍSES Y PERÍODOS SELECCIONADOS



Fuente: CELADE, sobre la base de datos censales.

Lo expuesto anteriormente tiene importantes repercusiones en la estructura por edad y sexo de las zonas de origen y destino. La expresión concreta de este fenómeno en el ámbito rural es una pérdida de efectivos jóvenes, principalmente mujeres, hecho que incide habitualmente en índices de masculinidad muy superiores a 100 en este ámbito; la situación se invierte en las zonas urbanas.

2.1 Otras expresiones de la movilidad

Además de la transferencia de población entre el campo y la ciudad —de gran relevancia en aquellas sociedades donde aún existe un alto grado de ruralidad y se registran repercusiones aún visibles— existen otros contextos en que ocurre la migración. A partir de la información suministrada por el programa de Encuestas de Demografía y Salud (EDS) llevado a cabo en algunos países de la región, se puede extraer valiosa información acerca de la movilidad de la población joven.³ Resulta de suma utilidad la forma en que se distinguen las localidades en esta encuesta, sobre todo en lo que se refiere a la distinción espacial de ciudad principal, otras ciudades, pueblos y campo.

Un hecho trascendente que puede observarse a partir de la información recopilada por estas encuestas en siete países de la región, es la relevante presencia de población joven en la inmigración hacia las distintas unidades espaciales identificadas (véase el cuadro II.5). En la totalidad de los países se registra una participación en torno al 50% de los jóvenes en los movimientos internos. Este hecho no hace más que resaltar la decidida participación juvenil en los movimientos internos en todas las localidades, independientemente de su tamaño.⁴

³ Cabe tener en cuenta que en estas encuestas se entrevista sólo a mujeres.

⁴ En la mayoría de los países analizados se aprecia una movilidad circular en los movimientos de población entre los pueblos y el área rural o el campo: los principales aportes al campo provienen de los pueblos, y viceversa. Es interesante constatar este hecho, ya que puede ser indicio de una relación cerrada en la que no participan los entes urbanos de mayor tamaño.

Cuadro II.5
TOTAL DE INMIGRANTES Y PORCENTAJE DE POBLACIÓN JOVEN,
SEGÚN CATEGORÍA DE LOCALIDAD DE DESTINO
PAÍSES Y AÑOS SELECCIONADOS

País	Ciudad principal	Ciudad	Pueblo	Campo	Extranjero	Total
BOLIVIA 1996						
Total inmigrantes	1855	1371	306	924	4	4460
% jóvenes	52.0	57.0	53.9	51.5	100.0	53.6
BRASIL 1996						
Total inmigrantes	2511	2360	904	538	-	6313
% jóvenes	43.6	45.2	39.8	47.0	-	43.9
COLOMBIA 1995						
Total inmigrantes	3723	1170	632	663	-	6188
% jóvenes	52.7	47.8	48.4	53.8	-	51.5
REP. DOMINICANA 1996						
Total inmigrantes	1197	1337	138	427	1	3100
% jóvenes	45.0	50.3	47.1	52.7	0.0	48.5
GUATEMALA 1995						
Total inmigrantes	1408	726	720	1282	0	2362
% jóvenes	54.3	55.8	51.8	57.3	0.0	21.3
NICARAGUA 1998						
Total inmigrantes	1107	444	2652	1070	10	5283
% jóvenes	45.8	50.5	57.4	60.1	50.0	54.9
PERÚ 1995						
Total inmigrantes	7096	1437	1925	2684	-	13118
% jóvenes	48.4	51.8	54.8	55.5	-	51.3

Fuente: CELADE, sobre la base de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Cuadro II.6

AMÉRICA LATINA, PORCENTAJE DE POBLACIÓN JOVEN (15-29 AÑOS) URBANA
Y PORCENTAJE DE POBLACIÓN URBANA TOTAL. 1970-2020.

Año	% jóvenes urbanos			% población urbana total			% jov. urb / % pob. urb.		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
1970	59.5	57.6	61.5	57.4	55.9	58.9	1.04	1.03	1.04
1980	68.1	66.5	69.7	65.3	63.9	66.6	1.04	1.04	1.05
1990	73.4	72.0	74.8	71.0	69.7	72.3	1.03	1.03	1.04
2000	77.2	75.9	78.4	75.3	74.2	76.5	1.02	1.02	1.03
2010	79.6	78.5	80.8	78.4	77.3	79.5	1.02	1.02	1.02
2020	81.4	80.3	82.5	80.5	79.4	81.6	1.01	1.01	1.01

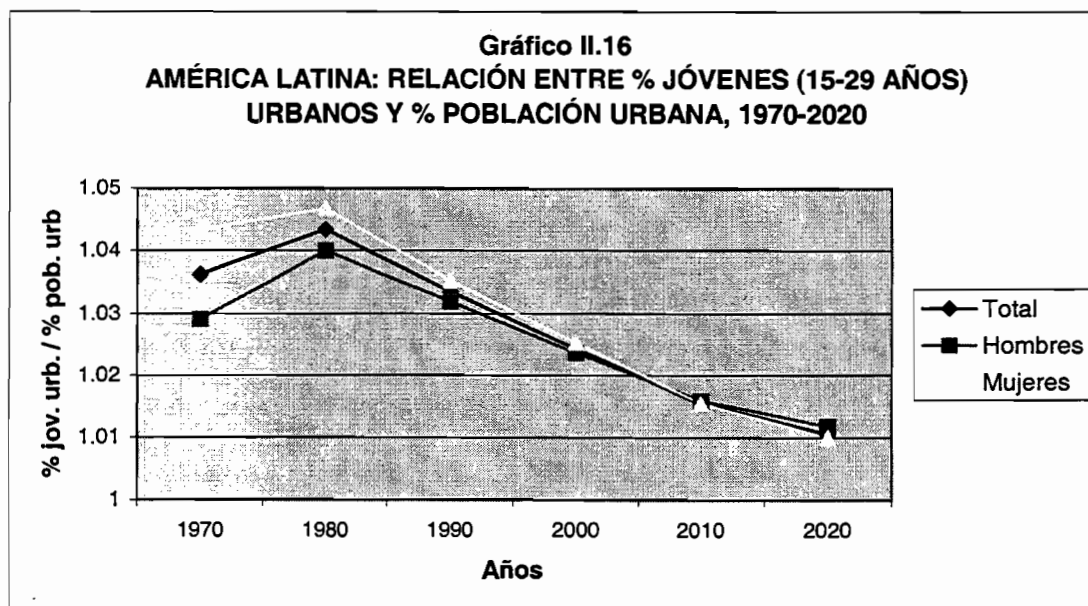
Fuente: CELADE/CEPAL, *Boletín demográfico* N° 63, 1999.

3. Distribución espacial urbana y rural

En el contexto de una mayoría de población localizada en las áreas urbanas, los datos correspondientes a 20 países de la región muestran sistemáticamente que, como fracción de las poblaciones totales respectivas, los jóvenes tienen una mayor representación relativa en el medio urbano que en el rural (véase el cuadro II.6). Este hecho reafirma lo anteriormente analizado respecto de la ganancia neta de población joven mediante la transferencia rural-urbana y confirma además la importancia de estos efectivos demográficos en los traslados de los otros tipos de localidades, según lo sugieren los datos de las encuestas EDS.

Lo expresado anteriormente se refleja en el gráfico II.16 y está señalando una mayor representación femenina en las ciudades de la región. Llama la atención que, a medida que transcurren los años, la relación entre el porcentaje de población joven urbana y el del total de población urbana se vuelve más cercana, probablemente como producto de la mayor urbanización que alcanzarán la mayoría de los países en el futuro.

Queda claro que la población joven de la región se concentra en los medios urbanos de sus respectivos países. Pero ¿cuál es su ubicación específica?, ¿existen lugares determinados donde se concentra en mayor proporción?



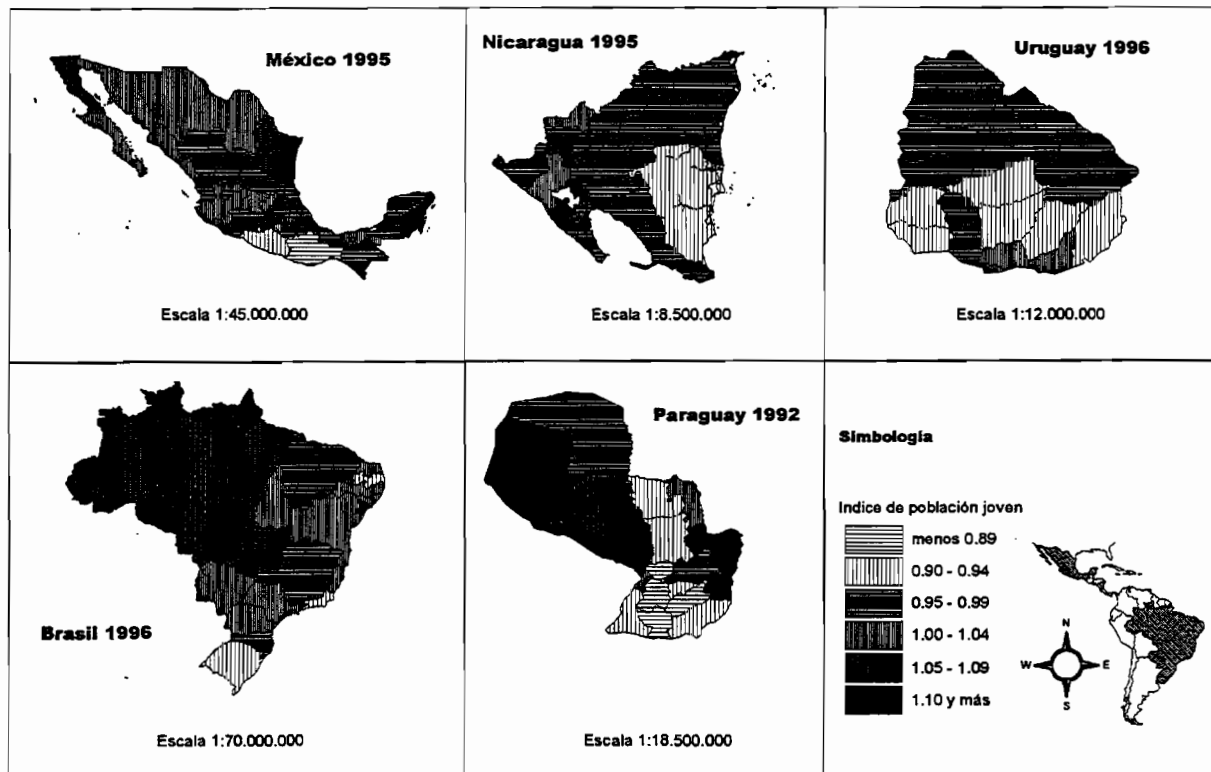
Fuente: CELADE/CEPAL, *Boletín demográfico* N° 63, 1999.

3.1 Distribución espacial juvenil entre las divisiones administrativas mayores

Dentro de los patrones de distribución espacial de la población, y en una visión comparativa, los distinguos que involucran a las divisiones administrativas mayores son tal vez los más relevantes, ya que en ellas se advierten los rasgos históricos y estructurales del poblamiento.

La pregunta que surge de inmediato es si la población joven registra el mismo patrón de ubicación que la población total. Un análisis rápido de los datos de distribución de estas poblaciones entre las divisiones mencionadas muestra la existencia de algunas diferencias. Una respuesta de mayor precisión a la anterior interrogante se puede obtener mediante la comparación del peso relativo que tiene cada unidad administrativa mayor con respecto a la población nacional, tanto para sus poblaciones totales, como para la población joven. Este índice de población joven se muestra en el mapa 1 para cinco países de la región: Paraguay, Nicaragua, Brasil, México y Uruguay. Los dos primeros están en una etapa de moderada transición demográfica, con grados de ruralidad levemente por debajo de la mitad de sus poblaciones; los dos segundos, en plena transición y con niveles de urbanización en torno al 70%; y, finalmente, Uruguay, en un estado de transición avanzada, con un grado de urbanización superior al 90%.

Mapa 1
Países seleccionados: Índice de población joven según divisiones administrativas mayores



Índice de población joven = (porcentaje población joven por unidad administrativa mayor) / (porcentaje población total por unidad administrativa mayor).
Fuente: CELADE, sobre la base de datos censales.
Nota: Los límites y los nombres que figuran en este mapa no implican su apoyo o aceptación oficial por las Naciones Unidas.

En Paraguay, los departamentos de Boquerón, Canendiyu y Alto Paraná muestran las mayores concentraciones de población joven, denotando flujos de inmigración juvenil hacia esas zonas, producto de altos grados de dinamismo fronterizo, como es el caso de Ciudad del Este, ubicada en el departamento de Alto Paraná. Asunción, por su parte, también registra una alta representación juvenil, y en menor grado lo hacen los departamentos de Central y Amambay. En Nicaragua la concentración de jóvenes está claramente ubicada en el departamento de Managua, donde se encuentra la capital nacional, seguida por Estelí. En el resto de los departamentos, el porcentaje de población joven y total es muy similar.

En Brasil, las mayores concentraciones de población joven se registran en el Distrito Federal, donde se ubica la capital nacional, además de Amapá. La región occidental del país manifiesta una atracción de población joven. Los estados fronterizos —en procesos de colonización de nuevas tierras y espacios interiores— como Roraima, Acre, Amazonas, Rondonia, Mato Grosso, Pará y Goiás parecen destinos importantes de la población juvenil. En el extremo opuesto se encuentran Rio Grande do Sul, Rio de Janeiro y Paraíba.

En México se aprecia claramente que los estados del centro y sur del país —que contienen importantes concentraciones de población rural e indígena— registran las menores concentraciones de población joven. Por ejemplo, Oaxaca y Guerrero son entidades estatales con muy bajos guarismos y, por el contrario, el comportamiento de estados como Quintana Roo parece dar cuenta de una inmigración importante de jóvenes, posiblemente asociada a la expansión acelerada del turismo (especialmente en Cancún). Una situación parecida se aprecia en los estados fronterizos con los Estados Unidos: Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Tamaulipas y Nuevo León.

La distribución de la población joven en Uruguay se aprecia pareja. Sin embargo, cabe precisar los mayores índices —aunque leves— registrados en Montevideo, Canelones y Maldonado, departamentos donde además de ubicarse la capital nacional y Punta del Este, se concentran las principales actividades económicas, sociales y políticas del país.

En definitiva, se advierte nítidamente que en los cinco países analizados existe un patrón definido por la ubicación de la población joven al interior de las unidades administrativas mayores de sus respectivas naciones, relacionada con la disposición de los jóvenes en los espacios de colonización y en los lugares donde se encuentran los centros urbanos nacionales de mayor importancia.

4. Segregación espacial intraurbana

Los aspectos anteriormente descritos constituyen expresiones sociodemográficas distintivas y sobre las cuales se dispone, con distinto grado, de evidencias sobre su intensidad y tendencias. Desde la perspectiva de la ocupación del territorio, otros hechos —cada vez más llamativos en las grandes ciudades, si bien con menor respaldo empírico—, se manifiestan en la consolidación de patrones de segregación residencial, especialmente a partir de la crisis de la década de 1980 (Lattes, 1996). Aunque éste es un fenómeno antiguo y no exclusivo de América Latina y el Caribe, posee particularidades que, en el caso de muchos jóvenes, afectan negativamente sus posibilidades de inserción en la sociedad. La literatura sobre la estructuración de barrios, vecindarios y suburbios intraurbanos ha identificado tradicionalmente la existencia de fuerzas contrapuestas. La primera, que da cuenta del lado positivo de la segregación (a través de la diversidad y la posibilidad de elegir), involucra a estratos pudientes, quienes ejercen sus opciones y decisiones de movilidad y de localización residencial en función de la búsqueda de comodidad, estatus y seguridad, logrando minimizar distancias y desplazamientos respecto de sus actividades laborales y cotidianas, fenómenos que contribuyen a su inserción social ventajosa. Por otra

parte, es evidente que otros estratos carecen de tal voluntariedad, puesto que el nivel socioeconómico de los hogares y las vicisitudes que lo afectan es el principal factor interviniente, y que se ve mediatizado por el comportamiento del mercado inmobiliario y las políticas habitacionales.⁵

Los barrios en que habitan estratos de menores recursos, compuestos por una mayor proporción de jóvenes que otras áreas, constituyen espacios que favorecen la perpetuación de condiciones desventajosas para su integración social. En el contexto del predominio de soluciones habitacionales estatales guiadas por los principios de la eficiencia, el aislamiento espacial que propicia la segregación y el consecuente aislamiento social parecen verse acentuados para la juventud en numerosas ciudades de la región. Las evidencias, aunque fragmentarias, aportan un cuadro preocupante. En los barrios pobres se advierte a simple vista que los jóvenes se ven afectados negativamente en su emancipación, autonomía e integración. En el momento de formar hogares se ven constreñidos, con mayor o menor intensidad según el país, a utilizar prácticas o arreglos de allegamiento o subarrendamiento de viviendas que escasamente logran satisfacer sus necesidades de espacio e intimidad, mientras esperan reunir las exigencias de ahorro y capital que establecen los programas de vivienda.

En la perspectiva de los vecindarios que se van configurando, además de su modesta calidad ambiental, escasa disponibilidad de equipamiento y lejanía de lugares de encuentro, los problemas más graves afectan a los jóvenes con escolaridad incompleta, baja calificación y precaria inserción laboral, hechos que refuerzan su exclusión y alientan fenómenos como la legitimación de la drogadicción y la aceptación de comportamientos violentos y de riesgo delictivo, cuya difusión estigmatiza a un sector importante de la juventud y suele reforzar su propia autopercepción. El efecto contextual del confinamiento que conlleva la segregación posibilita mayores afinidades con esas actitudes, hábitos y comportamientos entre los jóvenes, que se reflejan en disociaciones de modelos prevalentes de esfuerzo y éxito. Al mismo tiempo, la solidaridad y las redes de cohesión, activos característicos de los estratos pobres, se ven menoscabadas por aquellas disrupciones que terminan legitimándose y generan, en ocasiones, antagonismos juveniles intrabarriales. Por último, cuando algunos logran una inserción económica, es frecuente que se integren como lo hacen los mayores, es decir, con el alto costo de tiempo y distancias insumidas en los desplazamientos cotidianos.⁶

C. MIGRACIÓN INTERNACIONAL

La migración internacional constituye uno de los asuntos más relevantes de la agenda social, económica y política actual y emerge como un tema prioritario para muchos sectores en los próximos decenios. Dado el impulso de algunos de los efectos visibles de la globalización económica y cultural, traducidos en las crecientes facilidades de comunicación y transporte, parece imponerse un escenario proclive a la movilidad en el plano internacional. Sin embargo, las evidencias disponibles son hasta el momento fragmentarias y se derivan fundamentalmente de los datos censales, que remiten a un solo tipo de

⁵ En numerosas ciudades de la región se verifica un virtual desalojo programado de familias pobres asentadas en barrios de riqueza, quienes son trasladadas a zonas periféricas. En algunas de estas zonas, no obstante, el mercado inmobiliario y la expansión física de las grandes ciudades han conducido a la instalación aledaña de viviendas para sectores medios, con lo que la segregación adquiere nuevas y complejas formas (Villa y Rodríguez, 1997).

⁶ Así se desprende de algunos estudios en la región. Por ejemplo, en Bogotá la movilidad intraurbana se caracteriza por una alta segregación socioespacial, donde los desplazamientos diarios de trabajo tienen un contenido altamente regresivo: las distancias y los tiempos de desplazamiento entre el lugar de trabajo y de residencia aumentan a medida que disminuye el ingreso. La proporción de quienes viven y trabajan en la misma zona de la ciudad es virtualmente privativa de los sectores de mayores ingresos (Cuervo, 1995). Estas observaciones resultan perfectamente generalizables a las grandes ciudades latinoamericanas.

movilidad (traslados de residencia habitual). Son muchas las dimensiones de estos temas, donde confluyen la migración indocumentada, el envío y utilización de remesas, el tráfico de migrantes, la reunificación familiar, los derechos humanos de los migrantes, los aspectos laborales de la migración, la vulnerabilidad de algunas poblaciones, las políticas migratorias, el papel de la migración en los esquemas de integración multidimensional, la problemática de los refugiados y las nuevas formas de movilidad. En este contexto, la participación de los jóvenes pudiera ser un hecho relevante, pero con particularidades que la distinguen de otros segmentos, como aquellos que componen con propiedad la fuerza laboral.

En esta sección se exponen algunos elementos de referencia teórica sobre la migración internacional de los jóvenes y se describen los patrones migratorios intrarregionales y hacia los Estados Unidos, prestando atención al protagonismo cuantitativo y cualitativo y también a los significados de estos comportamientos.

1. Un marco de referencia

La participación de los jóvenes en la migración internacional presenta especificidades que, en esencia, obedecen a la etapa particular de sus vidas. Sus características socioeconómicas y atributos individuales —y dependiendo del contexto de origen y destino— pueden incidir en que el desplazamiento los haga socialmente vulnerables o bien contribuya a la gestación de activos que los convierta en actores sociales relevantes y dinamizadores de la sociedad. En el primer caso podría constituir una válvula de escape frente a condiciones adversas en el origen; en el otro, se trataría de la pérdida de recursos humanos valiosos y también de ganancias para los países de acogida. Es por esto que los jóvenes pudieran tener un protagonismo potencial, caracterizable en términos cuantitativos y cualitativos. En el primer aspecto, interesará el peso relativo que ellos representan dentro de las corrientes migratorias; una hipótesis básica sugiere su presencia cuantitativamente relevante en los movimientos entre países limítrofes. En el segundo, podría enunciarse una combinación de situaciones, con una participación laboral importante y una inserción en los sistemas educacionales; y las especificidades estarían dadas según el género y el contexto espacial de la migración.

Trascendiendo las visiones teóricas más conocidas sobre los determinantes generales de la migración internacional —que enfatizan la voluntariedad del migrante como actor social y tienden a privilegiar los factores económicos (Sutcliffe, 1998)—, entre los jóvenes los determinantes presentan particularidades, pues no siempre se trata de decisiones autónomas y, aun en dichos casos, éstas guardan relación con la necesidad de alcanzar logros o metas en diversos planos. La migración de los jóvenes obedecería a la presencia de expectativas de mejorar sus condiciones de vida, aspiración que, si bien no les es exclusiva, se expresa más claramente debido a las peculiaridades de su etapa existencial. Desde luego, las condiciones de vida y las expectativas pueden ser muy diferentes entre los jóvenes, y la posibilidad de decidirse por la opción migratoria dependerá del acceso a la información sobre las regiones de origen y destino, así como de las vivencias personales. En el contexto de la necesidad de logros, la migración juvenil hacia países desarrollados o que presentan condiciones de mayor desarrollo relativo se ve mediatizada por la penetración de los patrones culturales imperantes y por la valoración comparativa que hacen los jóvenes, así como por las posibilidades reales y percibidas de inserción, movilidad social o satisfacción de necesidades educativas en el país anfitrión (Rodríguez y Dabezies, 1991). Lo anterior explicaría las propensiones migratorias, es decir, la presencia de la migración como alternativa de decisión potencial (véase el recuadro II.1).

Recuadro II. 1
**URUGUAY: LA PROPENSIÓN MIGRATORIA ENTRE LOS JÓVENES
 A FINES DE LOS AÑOS OCHENTA**

Uruguay es uno de los países de mayor tradición migratoria en América Latina. La visibilidad de los movimientos migratorios se ha hecho sentir de modo agudo en la medida en que se trata de una población de un tamaño relativo pequeño en la región. En el contexto de los serios problemas económicos, políticos y sociales vividos por la sociedad uruguaya desde los años sesenta, diversos estudios han confirmado la existencia de una emigración de gran magnitud, dirigida en su mayoría a Argentina, Brasil y Venezuela. Los emigrantes tuvieron como características distintivas sus altos niveles de calificación, situación que ha persistido a pesar de la disminución de la intensidad de la emigración con posterioridad al decenio de 1980, y en el marco de una recuperación económica y de la redemocratización del país. Un estudio realizado a partir de la Encuesta Nacional de la Juventud, llevada a cabo por la Dirección General de Estadística y Censos entre 1989 y 1990, incluyó un módulo especial con preguntas dedicadas a recabar información sobre las historias migratorias del joven y de su familia, con el propósito de indagar acerca de sus perspectivas frente a una eventual emigración.

La propensión de la población a emigrar y, particularmente, la de los jóvenes uruguayos, ocupaba un lugar importante en la agenda política y esto se consignaba especialmente hacia fines del decenio de 1980. El estudio partía de la base de que el proyecto migratorio entre los jóvenes era una opción claramente posible en el imaginario colectivo. Los antecedentes recopilados por la encuesta permitieron concluir que las motivaciones que llevan a los jóvenes a emigrar obedecían en mayor medida a las tensiones generadas por expectativas no satisfechas, que estaban por encima de urgencias derivadas de fuertes carencias económicas. Los jóvenes de estratos medios y altos, así como los que alcanzaban mayores niveles educativos, registraban las más altas propensiones migratorias, y se trataba de personas con un perfil claramente crítico frente a las oportunidades que advertían en su país, así como frente a las visiones de mundo de las generaciones de sus padres y adultos en general. El estudio consignaba también que la historia migratoria del joven y de su familia incidía en la mayor propensión migratoria: las experiencias de vida diferente en el exterior y la mayor posibilidad de establecer vínculos, actuaban como desbloqueo de temores para asumir el proyecto migratorio. Se dejaba ver que la situación se atenuaba cuando se identificaban estímulos en el plano laboral, tales como ascensos y reconocimientos. El resultado más relevante fue que uno de cada cuatro jóvenes estaría dispuesto a emigrar, aunque sea temporalmente, a otro país. Las abstractas y globales frases de "aquí no hay futuro" y "es mejor buscarlo en el exterior" fueron típicas respuestas, que exigían un análisis profundo de un amplio fenómeno social y colectivo.

El estudio atribuía gran importancia a los asuntos vinculados al plano laboral para hacer frente a las visiones de los jóvenes, ya sea en términos de generación de empleo así como en cuanto a estímulos para la promoción en el trabajo. De allí concluía que la propensión migratoria no debía ser vista, necesariamente, como un factor negativo, ya que las experiencias de conocer y enfrentar otros espacios laborales y de capacitación podían constituir un elemento dinamizador de la sociedad. Sin embargo, no podían permitirse pérdidas definitivas de personas con altos niveles de emprendimiento y para ello se enunciaba la necesidad de elaborar políticas destinadas a la retención de recursos humanos, lo que se percibía como un desafío de consideración.

Fuente: Sobre la base de OIM/INJU/CEPAL, *La propensión migratoria de los jóvenes uruguayos*, Montevideo, 1994.

Las especificidades de los determinantes de la migración internacional entre los jóvenes tienen que ver con la necesidad de logros y sus posibilidades de materialización, en términos de la relación con el mundo laboral (precariedad de inserción, carencias económicas), con la vida educativa (mayores aspiraciones, necesidad de proseguir estudios), con las biografías familiares y personales (tendencias al cambio, menor conformismo, expectativas no satisfechas). El proceso migratorio no debe ser un evento negativo para los jóvenes y las sociedades, pero sí puede constituir una situación de riesgo para ellos y no deseada para la sociedad, en la medida en que puede verse privada de sus miembros más emprendedores y dinámicos.

2. Algunas evidencias empíricas

En América Latina y el Caribe coexisten tres grandes patrones migratorios: la inmigración de ultramar, la migración intrarregional y la emigración extrarregional, esta última esencialmente orientada a los Estados Unidos. El primer patrón presenta un acentuado envejecimiento de los inmigrantes, principalmente de origen europeo, mientras que en los dos restantes se aprecia una situación diferente y mucho más dinámica. Los antecedentes generales disponibles expresan la alta heterogeneidad de las características socioeconómicas y sociodemográficas de los migrantes y así se puede apreciar en los niveles de educación y calificación, en la participación económica y en los distinguos de género, como también en las especificidades geográficas de la migración (CEPAL-CELADE, 1999b y 1999c).

2.1 El patrón migratorio intrarregional

La migración intrarregional experimentó un fuerte aumento durante el decenio de 1970, y hacia 1980 el stock de migrantes se duplicó; en el decenio siguiente dicha tendencia se atenuó, posiblemente en función de las perturbaciones de la crisis económica, de los subsecuentes programas de reforma estructural y de la pacificación y redemocratización lograda en varias naciones (CEPAL-CELADE, 1999b). En este patrón destaca la presencia de una mayoría de países emisores y de unas pocas naciones concentradoras de migrantes (Argentina y Venezuela), esencialmente de origen limítrofe, situación que se mantiene desde varias décadas.

A partir de los datos sistematizados en el proyecto de Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica del CELADE (IMILA),⁷ cuya validez temporal se remite hasta comienzos de la década de 1990, se puede obtener un panorama aproximado y comparativo de las tendencias y características básicas de la migración internacional de jóvenes entre el conjunto de los países de América Latina. Hacia 1980, casi 335 mil jóvenes residían en países de la región distintos al de su nacimiento, representando alrededor de un 17% del total de migrantes intrarregionales. Hacia 1990, el stock alcanzaba a una cifra superior a las 350 mil personas, equivalente a un 16% del conjunto de migrantes intrarregionales. Estos porcentajes son inferiores al correspondiente a las personas de 15-24 años en el total de la población de América Latina y, a nivel de stocks por países, existe una gran dispersión en esos porcentajes. La mantención de los rasgos generales de la migración intrarregional de jóvenes y la disminución observada en los stocks de los principales países de atracción, estaría señalando una incipiente diversificación de los destinos, procesos de retorno de hijos nacidos en el exterior y, sin duda, una merma en la intensidad

⁷ La información se refiere a stocks de migrantes y proviene de los censos nacionales de población. El grupo de edades que en esta sección se maneja corresponde al de 15-24 años, si bien en la caracterización de los migrantes intrarregionales los datos corresponden al tramo 15-29 años.

migratoria durante el decenio de 1980, hecho que ya era visible en la migración intrarregional en su conjunto (CEPAL-CELADE, 1999b).

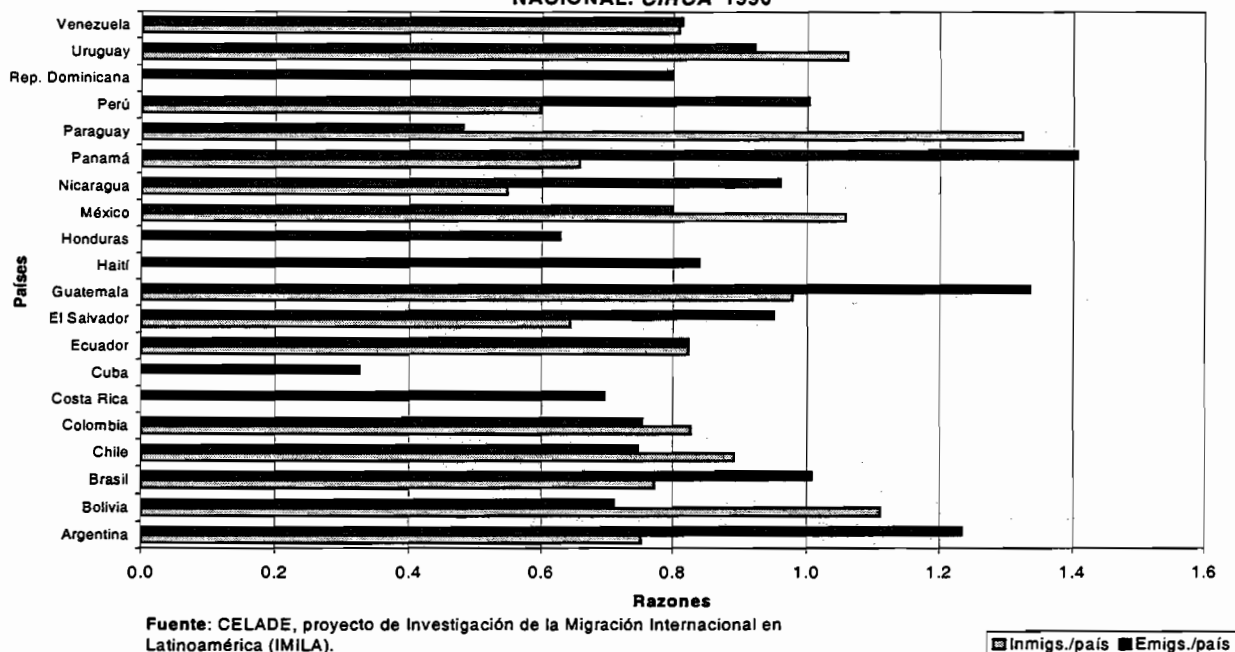
Si bien en magnitudes absolutas los movimientos entre países que comparten fronteras aglutinan las mayores cifras de migrantes jóvenes (véase el cuadro II.7), su peso en los stocks totales no es de los más altos, hecho que relativiza la hipótesis de la mayor participación en esos contextos. Por otra parte, el protagonismo cuantitativo, que se produce cuando el porcentaje de jóvenes migrantes sobre cada total respectivo es superior al de cada población nacional, parece presentarse sólo en contados casos. El gráfico II.17 muestra que, en torno a 1990, en muy pocos países se aprecia una sobrerrepresentación juvenil en los emigrantes e inmigrantes

Cuadro II.7
AMÉRICA LATINA: POBLACIÓN JUVENIL NACIDA EN PAÍSES DE AMÉRICA LATINA CENSADA EN PAÍSES DISTINTOS
AL DE SU NACIMIENTO, CIRCA 1990 (15-24 AÑOS)

País de presencia	Año	País de nacimiento																				
		Argentina	Bolivia	Brasil	Chile	Colombia	Costa Rica	Cuba	Ecuador	El Salvador	Guatemala	Haití	Honduras	México	Nicaragua	Panamá	Paraguay	Perú	República Dominicana	Uruguay	Venezuela	Total
Argentina	1991	19864	2044	28566	498	78	33	122	18	44	...	2	320	7	98	21818	4493	66	19832	335	98238	
Bolivia	1992	4476	1708	801	57	17	14	39	4	21	1	83	1226	10	19	73	1428	1	45	62	10085	
Brasil	1991	3197	2388	3892	231	22	31	68	46	23	52	29	115	23	360	3177	833	21	2666	203	17377	
Chile	1992	5605	1075	702	255	118	80	483	58	41	4	44	233	33	76	98	1593	27	202	360	11087	
Colombia	1993	209	37	229	160	81	40	1317	28	63	7	36	218	68	301	11	660	9	23	7926	11423	
Costa Rica																						
Cuba																						
Ecuador	1990	171	67	106	751	7023	60	36	31	18	5	19	101	33	93	11	462	19	45	274	9325	
El Salvador	1992	11	5	14	20	25	141	...	10	826	...	849	171	400	51	6	11	5	5	17	2567	
Guatemala	1994	36	18	19	26	54	97	8	19	3131		885	515	983	54	37	18	13	15	5928		
Haití																						
Honduras	1988																				...	
México	1990	626	390	171	442	792	211	113	157	1024	12661	93	489	456	904	21	691	54	175	223	19693	
Nicaragua	1995	21	3	20	13	28	566	49	4	318	100	6	852	142	45	1	26	7	...	17	2218	
Panamá	1990	60	35	92	131	1594	470	422	83	378	61	17	104	258	790	4	276	237	25	72	5109	
Paraguay	1992	12676	169	27457	381	39	7	...	13	7	11	9	6	997	3	11	241	...	474	20	42521	
Perú	1993	519	413	377	304	372	49	35	233	12	19	1	10	114	33	42	19	18	30	215	2815	
Rep. Dominicana	1993																				...	
Uruguay	1995	5849	67	1743	202	55	16	85	50	5	5	2	145	9	16	170	111	12		298	8840	
Venezuela	1990	1387	232	543	4096	82979	136	633	4326	158	93	188	42	384	278	150	41	4762	2897	901	104226	
Total		34843	24763	35225	39785	94002	2069	1579	6924	5218	13986	383	3452	4939	3126	2220	25450	15624	3391	24436	10037	351452

Fuente: CELADE, proyecto de Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica (IMLA).

Gráfico II.17
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: RAZONES ENTRE EL PORCENTAJE DE JÓVENES
INMIGRANTES Y EMIGRANTES INTRARREGIONALES RESPECTO A PORCENTAJE
NACIONAL. CIRCA 1990



Estos hallazgos permiten concluir que el protagonismo cuantitativo de los jóvenes en los movimientos migratorios intrarregionales es infrecuente, incluso en los movimientos entre naciones limítrofes. La disminución observada en el porcentaje de jóvenes sobre el total de migrantes intrarregionales en los recuentos censales de 1980 y 1990 no guarda relación con la evolución del porcentaje de estos grupos en las poblaciones nacionales —que se ha mantenido— y, además, se constata una heterogeneidad de tendencias. Si el protagonismo cuantitativo no parece presentarse en los movimientos asociados al traslado del país de residencia habitual de los jóvenes, los aspectos cualitativos pueden tener mayor importancia,⁸ por ello resulta útil examinar algunas características socioeconómicas de inmigrantes y emigrantes.

El cuadro II.8 muestra que los inmigrantes a los tres países consignados como los mayores receptores presentan una mayoría femenina, la que se evidencia casi sistemáticamente al considerar el origen de los inmigrantes en ambas fechas censales. ¿Es la búsqueda de alternativas laborales la que comanda el estímulo para esa migración juvenil? En Argentina se aprecia que, en el total de mujeres inmigrantes jóvenes, la participación económica llega a más del 50% en 1990 y en Venezuela se sitúa por encima del 40%; en ambos casos, y como es habitual, es inferior a la de los hombres. Cabe tener presente

⁸ En otras formas de movilidad, es probable que los jóvenes participen de manera mucho más activa y mantengan características de alta innovación, emprendimiento y dinamismo. Así, habría que tener presente la hipótesis del aumento de las propensiones migratorias en función de la gestación de un mercado regional de estudios superiores, cuya expansión estaría favorecida por la disponibilidad creciente de medios electrónicos. Los datos analizados constituyen una visión parcial y circunscrita a las décadas de 1970 y 1980.

que hacia 1990 la participación económica total de las mujeres jóvenes era de 48% en Argentina y de 34% en Venezuela (CEPAL-CELADE, 1999d), sugiriendo que las motivaciones laborales —como estructura de oportunidades— actuarían de manera importante para inducir a la migración, aunque debe considerarse que el desplazamiento no siempre se produce de manera autónoma y que, además, estos datos reflejan un resultado alcanzado después de ocurrida la migración. Hay, sin embargo, una fracción elocuente de mujeres que no desempeña una actividad económica, y su alternativa sería estudiar o dedicarse a los quehaceres del hogar. La información del banco de datos del proyecto IMILA indica que en estos países los porcentajes de estudiantes son mayores entre los inmigrantes de origen no limítrofe, por lo que la opción de estudio no se refleja en el caso de las inmigrantes provenientes de países vecinos.

Cuadro II.8
AMÉRICA LATINA: ALGUNAS CARACTERÍSTICAS SOCIOECONÓMICAS DE LOS INMIGRANTES EN
ARGENTINA, PARAGUAY Y VENEZUELA, CIRCA 1980 Y 1990
(Población de 15 a 29 años)

País y orígenes los inmigrantes	% solteros			% económicamente activos			% con 10 y más años estudio			Relación de masculinidad
	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	
Argentina 1980										
Bolivianos	55.8	39.0	47.7	87.1	31.3	60.2	22.4	20.2	21.3	107.5
Chilenos	56.1	36.2	45.7	88.8	30.2	58.3	22.1	23.7	23.0	92.1
Paraguayos	59.5	41.6	49.1	88.9	41.0	60.9	17.5	17.4	17.4	71.4
Uruguayos	...	...	...	...	...	...	...	...	...	...
Resto región	66.1	42.3	54.2	72.0	29.4	50.7	49.4	38.8	44.1	99.9
Total región	58.0	39.4	48.0	87.1	35.0	59.1	22.6	21.4	22.0	86.3
Argentina 1991										
Bolivianos	58.3	42.3	50.2	85.4	49.9	67.3	34.6	30.7	32.6	96.0
Chilenos	58.2	41.4	49.8	85.6	47.2	66.4	35.9	39.9	37.9	100.3
Paraguayos	50.9	36.2	41.9	90.1	56.3	69.3	31.5	29.7	30.4	62.7
Uruguayos	59.1	46.1	52.4	86.4	51.3	68.4	44.8	51.2	48.1	94.9
Resto región	75.6	55.1	65.1	64.2	50.1	57.0	72.8	69.7	71.2	95.2
Total región	58.3	42.0	49.6	84.9	51.3	66.9	39.6	39.6	39.6	87.4
Paraguay 1982										
Argentinos	64.1	46.4	54.5	80.5	22.4	48.9	24.1	24.5	24.3	83.4
Brasileños	60.9	32.7	46.8	95.8	13.9	56.5	3.2	3.8	3.5	99.5
Resto región	57.4	47.8	52.6	81.8	17.2	50.7	37.9	35.0	36.5	100.5
Total región	61.3	36.6	48.7	92.1	16.1	54.6	9.1	10.3	9.7	95.9
Paraguay 1992										
Argentinos	76.8	63.9	70.0	67.2	32.4	48.8	38.7	41.9	40.4	89.6
Brasileños	55.6	29.2	42.7	94.6	14.3	55.2	5.2	6.1	5.7	104.0
Resto región	61.4	53.8	57.7	79.1	65.4	72.4	45.4	47.1	46.2	103.2
Total región	61.3	40.3	50.8	86.8	22.4	54.6	16.1	18.5	17.3	99.9
Venezuela 1981										
Colombianos	58.3	41.3	49.2	86.2	45.2	64.2	16.4	15.8	16.1	86.7
Resto región	53.4	43.3	48.1	78.1	49.9	63.3	49.1	43.9	46.4	91.2
Total región	57.4	41.6	49.0	84.8	46.0	64.1	21.9	20.3	21.1	87.5
Venezuela 1990										
Colombianos	62.1	41.7	51.5	85.1	42.3	62.9	22.5	25.1	23.9	92.6
Resto región	70.2	58.0	64.0	65.9	42.5	53.9	58.1	57.2	57.6	95.7
Total región	63.6	44.6	53.8	81.5	42.3	61.2	29.1	31.1	30.2	93.1

Fuente: CELADE, proyecto de Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica (IMILA).

Asimismo, el cuadro II.9 muestra que la condición de soltería de las mujeres es menos frecuente que entre los hombres, especialmente entre los stocks de origen limítrofe, lo que señala la asunción de obligaciones adultas que normalmente —y así lo demuestran estos casos— son incompatibles con la prosecución de estudios. Por último, se observa que los jóvenes con mayores niveles educativos representan una fracción importante pero no mayoritaria en los stocks.

Cuadro II.9
AMÉRICA LATINA: ALGUNAS CARACTERÍSTICAS SOCIOECONÓMICAS DE LOS EMIGRANTES
BRASILEÑOS, CHILENOS Y COLOMBIANOS. CIRCA 1980 Y 1990
(Población de 15 a 29 años)

País y destino: los emigrantes	% solteros			% económicamente activos			% con 10 y más años estudio			Relación de masculinidad
	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	
Brasileños circa 1980										
Argentina	55.8	32.4	42.6	84.5	23.8	51.4	14.0	19.4	17.1	77.7
Paraguay	60.9	35.9	49.0	95.2	13.9	56.4	3.2	3.8	3.5	109.2
Resto región	65.6	34.8	49.5	78.8	22.8	49.6	28.2	35.4	31.9	92.2
Total región	61.0	35.2	48.2	91.8	17.0	54.7	7.8	10.8	9.3	101.8
Brasileños circa 1990										
Argentina	56.4	29.6	40.3	83.7	53.4	65.5	30.2	41.0	36.7	65.8
Paraguay	55.6	29.2	42.7	94.6	14.3	55.2	5.2	6.1	5.7	104.0
Resto región	69.6	42.8	55.0	65.7	31.4	47.1	37.7	44.8	41.6	83.8
Total región	57.8	31.6	44.5	89.5	21.0	54.7	11.7	16.2	14.0	96.8
Chilenos circa 1980										
Argentina	56.1	36.2	45.7	88.8	30.2	58.3	22.1	23.7	23.0	92.0
Venezuela	59.8	47.0	53.1	65.8	39.6	52.1	63.6	61.2	62.3	91.8
Resto región	55.6	40.3	48.5	71.6	25.9	51.0	72.0	69.8	72.3	115.1
Total región	53.6	39.8	46.6	83.8	30.5	56.6	34.2	33.3	33.9	99.4
Chilenos circa 1990										
Argentina	58.2	41.4	49.8	85.6	47.2	66.4	35.9	39.9	37.9	100.3
Venezuela	79.5	71.7	75.7	52.6	36.4	44.6	76.6	74.0	75.3	103.8
Resto región	72.3	65.5	69.1	58.6	38.5	49.1	73.3	71.5	72.5	111.7
Total región	62.5	47.8	55.2	78.0	44.9	61.6	46.0	47.9	46.9	102.4
Colombianos circa 1980										
Venezuela	58.3	41.3	49.2	86.2	45.2	64.2	16.4	15.8	16.1	86.7
Resto región	64.5	42.5	52.5	52.6	36.4	44.6	26.4	24.9	25.6	83.0
Total región	58.7	41.4	49.4	85.1	45.0	63.7	17.1	16.5	16.8	86.4
Colombianos circa 1990										
Venezuela	62.1	41.7	51.5	85.1	42.3	62.9	22.5	25.1	23.9	92.6
Resto región	62.6	45.0	52.8	66.2	30.4	46.3	37.5	37.9	37.9	79.7
Total región	62.2	42.1	51.6	83.1	40.9	61.0	24.1	25.4	25.4	91.0

Fuente: CELADE, proyecto de Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica (IMLA).

Estos antecedentes están señalando la presencia de condiciones de emprendimiento y potencialidades de dinamismo en una parte de los jóvenes migrantes, especialmente en aquellos de origen no limítrofe, pero también, en general, en las mujeres que participan laboralmente, solteras y con mayores

niveles de educación. Por otra parte, una fracción sustantiva, fundamentalmente mujeres de origen limítrofe, muestran características de vulnerabilidad, ya que su condición de inactividad, las responsabilidades domésticas y los bajos niveles educativos inhiben las posibilidades de inserción productiva adecuadamente remuneradas y dificultarán la satisfacción de algunas aspiraciones de logros en el largo plazo.

En el caso de algunos emigrantes, destacan en magnitud los jóvenes provenientes de Brasil, Chile y Colombia. Aunque la mayor parte de las observaciones realizadas para los inmigrantes son asimilables a aquéllos, hay algunas especificidades. El cuadro II.9 señala la pérdida de gravitación del predominio femenino—por ejemplo, la emigración juvenil de chilenos se compone de más hombres que mujeres—y también se observan niveles heterogéneos de educación según el origen de los emigrantes. Esta situación está mostrando la influencia del contexto nacional de origen, que actúa en conjunto con las mayores o menores exigencias de las estructuras de oportunidades y los marcos institucionales y socioeconómicos en los países de destino. ¿Cuál es la situación entre las mujeres emigrantes, habida cuenta de las especificidades advertidas? Su participación económica es variable según el origen, y bastante menor en las emigrantes brasileñas (inferior incluso a la que registran las mujeres jóvenes en Brasil, que es de casi 50%); en el caso de las emigrantes chilenas y colombianas, sus tasas de participación están menos distantes de las de sus países (CEPAL-CELADE, 1999d). Las mujeres que no cohabitan con pareja muestran una mayor representación entre estos últimos stocks, y dicha gravitación aumenta cuando se trata de una emigración no limítrofe. La mayor educación que presentan los emigrantes que se dirigen a países no limítrofes no se ve reflejada en una participación laboral superior, de allí que, en general, las condiciones de vulnerabilidad de los migrantes jóvenes adquieren notoriedad en lo que se refiere a los bajos niveles educativos en la migración entre naciones que comparten fronteras. De todas formas, las mujeres de los principales países de emigración mantienen algunos de los atributos ya descritos para la inmigración, como su mayor responsabilidad en funciones domésticas.

2.2 La emigración hacia los Estados Unidos

La emigración extrarregional tiene desde hace varias décadas el patrón distintivo de su orientación preferente hacia los Estados Unidos y una vigorosa tendencia expansiva.⁹ La atracción que esta nación ejerce para los migrantes, sólo visible en el caso regional, es muy acentuada para algunos países, según se observa en las magnitudes migratorias de mexicanos, cubanos, caribeños y centroamericanos. En la base de estos comportamientos se debe identificar, por una parte, las profundas asimetrías en los niveles de desarrollo y estabilidad sociopolítica entre los Estados Unidos y los países de América Latina y el Caribe; por otra parte, ellos obedecen a la existencia de comunidades de inmigrantes cuya funcionalidad se refuerza mediante la operación de redes sociales destinadas a garantizar la viabilidad de los desplazamientos, hechos que se convierten en estímulos duraderos para la perpetuación del patrón migratorio.

Ahora bien, ¿cuál es la participación de los jóvenes? Según los censos norteamericanos de 1980 y 1990 (véase el cuadro II.10), el stock de jóvenes nacidos en países de la región totalizaba alrededor de 900 mil y 1.6 millones de personas, respectivamente, magnitudes equivalentes a un 22% y 20% del total de inmigrantes regionales en ambas fechas. Estimaciones provenientes de la Encuesta periódica sobre población de 1997 en la web (www.census.gov), confirman una tendencia decreciente en la participación relativa (véase el cuadro II.9).

⁹ La emigración a Canadá, Europa y Oceanía constituye un fenómeno menos masivo, aunque evidencias fragmentarias indican que se estaría gestando una estrategia diversificadora en la emigración extrarregional.

Cuadro II.10
ESTADOS UNIDOS: POBLACIÓN JUVENIL NACIDA EN PAÍSES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
SEGÚN REGIONES DE NACIMIENTO, POR GRUPOS DE EDADES Y SEXO,
CENSOS DE 1980 Y 1990

Región de nacimiento	1980				1990			
	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Relación de masculinidad (por cien)	Hombres	Mujeres	Ambos sexos	Relación de masculinidad (por cien)
Total región								
15-19	202303	180278	382581	112.2	342429	276752	619181	123.7
20-24	279521	240307	519828	116.3	586535	428360	1014895	136.9
Total jóvenes	481824	420585	902409	114.6	928964	705112	1634076	131.7
Total población	2159219	2031422	4190641	106.3	4244092	3967660	8211752	107.0
% jóvenes/total	22.3	20.7	21.5		21.9	17.8	19.9	
América Latina								
15-19	189943	167107	357050	113.7	315626	250671	566297	125.9
20-24	262651	221412	484063	118.6	553585	391306	944891	141.5
Total jóvenes	452594	388519	841113	116.5	869211	641977	1511188	135.4
Total población	1990266	1890225	3880491	105.3	4905031	2557897	7462928	191.8
% jóvenes/total	22.7	20.6	21.7		17.7	25.1	20.2	
América del Sur								
15-19	19873	18381	38254	108.1	20005	17925	37930	111.6
20-24	25810	25481	51291	101.3	35521	31969	67490	111.1
Total jóvenes	45683	43862	89545	104.2	55526	49894	105420	111.3
Total población	225123	227908	453031	98.8	382637	406552	789189	94.1
% jóvenes/total	20.3	19.2	19.8		14.5	12.3	13.4	
Mesoamérica								
15-19	132230	111331	243561	118.8	268296	203982	472278	131.5
20-24	199522	157719	357241	126.5	478261	317271	795532	150.7
Total jóvenes	331752	269050	600802	123.3	746557	521253	1267810	143.2
Total población	1300684	1229756	2530440	105.8	2895529	2467988	5363517	117.3
% jóvenes/total	25.5	21.9	23.7		25.8	21.1	23.6	
El Caribe y otros								
15-19	50209	50566	100775	99.3	54128	54845	108973	98.7
20-24	54189	57107	111296	94.9	72753	79120	151873	92.0
Total jóvenes	104398	107673	212071	97.0	126881	133965	260846	94.7
Total población	633412	573758	1207170	110.4	965926	1093120	2059046	88.4
% jóvenes/total	16.5	18.8	17.6		13.1	12.3	12.7	

Fuente: CELADE, proyecto de Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica (IMLA).

Siguiendo la tendencia del patrón de emigración de la población total de la región, y según las fuentes ya citadas, este stock se compone de una mayoría masculina, como puede apreciarse en los cuadros II.11 y II.12. No existe una feminización de la migración internacional juvenil latinoamericana y caribeña —en su conjunto— hacia los Estados Unidos; por lo demás, este hecho ya se había destacado en otros estudios (CEPAL-CELADE, 1999c). La conocida heterogeneidad de la composición de la migración regional hacia los Estados Unidos se extiende al ámbito de la participación cuantitativa de los grupos jóvenes en el total de migrantes y su distribución por género, si bien en el marco de una tendencia visible: su declinante participación relativa.

En los gráficos II.18 a II.23 se puede apreciar que los migrantes jóvenes oriundos de México y de los países de Centroamérica —que son los de mayor cuantía— registran las más altas representaciones relativas entre los stocks respectivos; los hombres constituyen más de un 20% de la población migrante y las mujeres se aproximan a dicho porcentaje hacia 1997. Diferente es la situación de los jóvenes inmigrantes sudamericanos y caribeños cuyos porcentajes, en el contexto de una tendencia de participación decreciente, no llegan al 15%. Los factores más directamente asociados a las situaciones de mayor peso porcentual —y absoluto— de los grupos jóvenes están, sin duda, en la condición limítrofe de México y sus nexos históricos y culturales con los Estados Unidos, a lo que debe agregarse la existencia de circuitos migratorios favorables a la reunificación familiar y mercados de trabajo fuertemente interdependientes; en el caso de los centroamericanos, los factores guardan relación con los serios conflictos del decenio de 1980 en varios países, y los severos y persistentes problemas sociales y económicos derivados de las insuficiencias estructurales de los procesos nacionales de desarrollo (CEPAL-CELADE, 1999c). No obstante, la pacificación interna ha incidido en una menor propensión a la migración de los jóvenes.

Cuadro II.11
ESTADOS UNIDOS: POBLACIÓN JUVENIL NACIDA EN PAÍSES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
SEGÚN REGIONES DE NACIMIENTO, POR GRUPOS DE EDADES Y SEXO. ENCUESTA
PERIÓDICA SOBRE POBLACIÓN DE 1997
(Estimaciones en miles)

Región de	Ambos		Relación de
Nacimiento	Hombres	Mujeres	Sexos Masculinidad (por cien)
Total región			
15-19	501	388	889 129.1
20-24	834	561	1395 148.7
Total jóvenes	1335	949	2284 140.7
Total población	6870	6206	13076 110.7
% jóvenes/total	19.4	15.3	17.5
América del Sur			
15-19	49	35	84 140.0
20-24	52	49	101 106.1
Total jóvenes	101	84	185 120.2
Total población	748	782	1530 95.7
% jóvenes/total	13.5	10.7	12.1
América Central			
15-19	64	70	134 91.4
20-24	124	80	204 155.0
Total jóvenes	188	150	338 125.3
Total población	861	890	1751 96.7
% jóvenes/total	21.8	16.9	19.3
México			
15-19	297	221	518 134.4
20-24	563	341	904 165.1
Total jóvenes	860	562	1422 153.0
Total población	3924	3093	7017 126.9
% jóvenes/total	21.9	18.2	20.3
El Caribe			
15-19	91	62	153 146.8
20-24	95	91	186 104.4
Total jóvenes	186	153	339 121.6
Total población	1337	1441	2778 92.8
% jóvenes/total	13.9	10.6	12.2

Fuente: Encuesta periódica sobre población de 1997 (www.census.gov).

Cuadro II.12
ESTADOS UNIDOS: ALGUNAS CARACTERÍSTICAS EDUCATIVAS DE LA POBLACIÓN JUVENIL
NACIDA EN PAÍSES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE SEGÚN REGIONES DE NACIMIENTO.
CENSO DE 1990
(Población de 18-24 años)

Características	Región y país de nacimiento				
	Total región	América Latina	América del Sur	Mesoamérica	El Caribe y otros
Nivel de educación alcanzado desde enseñanza media					
Media o secundaria completa	287674	256442	26734	201270	59670
Algún grado universitario o superior	221136	188225	29957	127394	63785
Grado universitario o superior	32250	25864	6076	14437	11737
Total niveles	541060	470531	62767	343101	135192
Asistiendo a algún establecimiento	390381	341959	40319	254649	95413
Porcentaje de asistencia	72.2	72.7	64.2	74.2	70.6
Ingresados al país antes de 1980	329759	298530	25806	237891	66062
Porcentaje ingresados antes de 1980	60.9	63.4	41.1	69.3	48.9
Total 18-24	1317162	1223063	84694	1032118	200350
Porcentaje sobre niveles alcanzados	41.1	38.5	74.1	33.2	67.5

Fuente: CELADE, proyecto de Investigación de la Migración Internacional en Latinoamérica (IMLA).

Gráfico II.18
ESTADOS UNIDOS: PORCENTAJE DE JÓVENES EN TOTAL DE POBLACIÓN NACIDA EN
PAÍSES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE POR REGIÓN DE ORIGEN, 1990

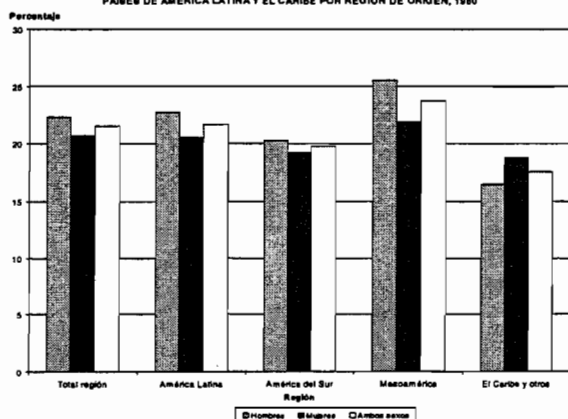


Gráfico II.19
ESTADOS UNIDOS: PORCENTAJE DE JÓVENES EN TOTAL DE POBLACIÓN NACIDA EN
PAÍSES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE POR REGIÓN DE ORIGEN, 1990

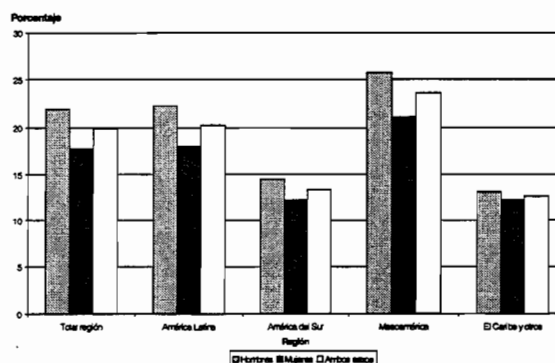


Gráfico II.20
ESTADOS UNIDOS: PORCENTAJE DE JÓVENES EN TOTAL DE POBLACIÓN NACIDA EN
PAÍSES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE POR REGIÓN DE ORIGEN, 1997

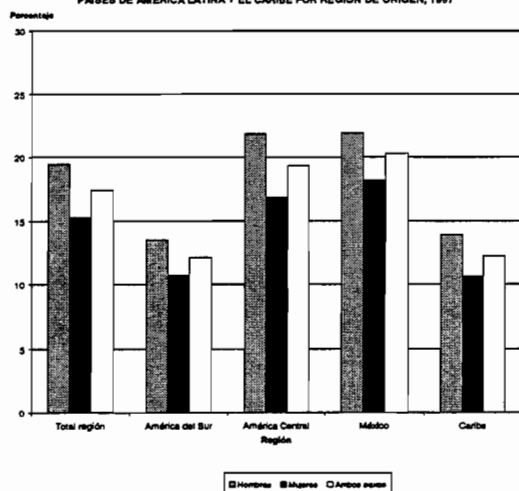


Gráfico II.21
ESTADOS UNIDOS: RELACIONES DE MASCULINIDAD ENTRE JÓVENES Y EN TOTAL DE POBLACIÓN NACIDA EN PAÍSES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE POR REGIÓN DE ORIGEN, 1990

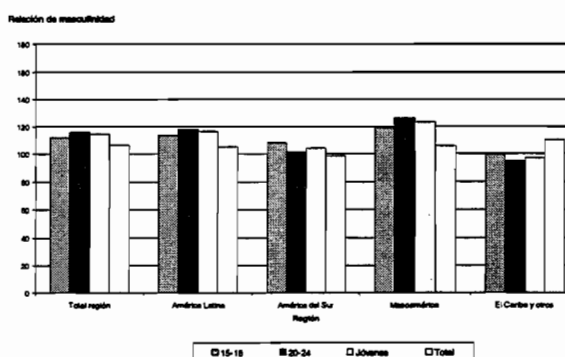


Gráfico II.22
ESTADOS UNIDOS: RELACIONES DE MASCULINIDAD ENTRE JÓVENES Y EN TOTAL DE POBLACIÓN NACIDA EN PAÍSES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE POR REGIÓN DE ORIGEN, 1990

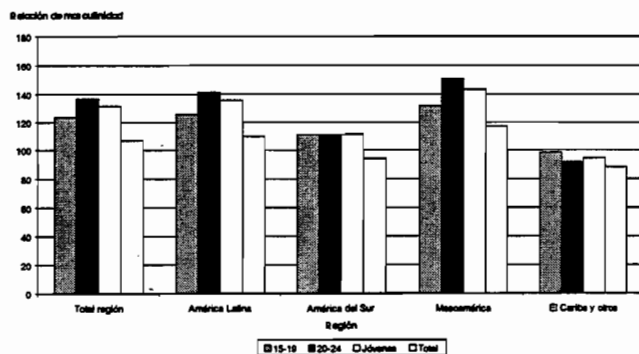
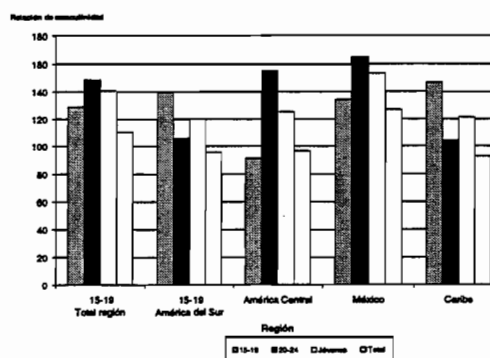


Gráfico II.23
ESTADOS UNIDOS: RELACIONES DE MASCULINIDAD ENTRE JÓVENES Y EN TOTAL DE POBLACIÓN NACIDA EN PAÍSES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE POR REGIÓN DE ORIGEN, 1997



En síntesis, se aprecia una tendencia de menor participación de los jóvenes en los movimientos migratorios hacia los Estados Unidos y, salvo algunas especificidades según el origen, es visible una diferenciación por género, cuyos aspectos más distintivos conciernen a la mayor y generalizada gravitación relativa de los hombres. No obstante, es importante destacar que los datos del Servicio de Inmigración y Naturalización (Immigration and Naturalization Service, INS) sobre admisiones permanentes anuales muestran que, en los casos de mayor cuantía, el porcentaje de jóvenes admitidos en 1994 y en 1996 fue cercano al 25% del total de admisiones.¹⁰

Corresponde entonces concluir que el protagonismo de los jóvenes latinoamericanos y caribeños en la migración hacia los Estados Unidos no se ve reflejado en su participación relativa en el total de migrantes, aun cuando —además de las particularidades advertidas en las admisiones anuales— esta situación se manifiesta de manera heterogénea según su procedencia. De allí que resulte relevante investigar algunas características de los migrantes.

La información disponible, que corresponde a los datos publicados en el censo norteamericano de 1990, arroja algunas luces sobre los logros educativos alcanzados por los jóvenes y su relación con los períodos de residencia. Cuando confluyen un mayor número de años de residencia en el país de destino y menores niveles educativos, es esperable que los jóvenes presenten condiciones de vulnerabilidad, pues no se habrían satisfecho logros en el plano educacional, se denotaría una inserción precaria en ese país y se estaría en presencia de una transición precoz hacia la vida adulta. En el conjunto de los inmigrantes jóvenes, los datos del cuadro II.10 muestran que un 41% había completado a lo menos el nivel de educación media o secundaria. Entre ellos, los que poseían algún grado de educación superior y declaraban ser graduados, alcanzaban al 47%, mientras que un 72% estaba matriculado en algún establecimiento. El cuadro muestra además que el 60% residía desde hace más de 10 años en los Estados Unidos, lo que denota que los logros educativos se materializaron principalmente en aquel país. Sin embargo, la fracción de jóvenes que no registra logros educativos (es decir, que ni siquiera alcanzaron a terminar la educación media o secundaria) es mayoritaria. Desde luego, el perfil es diferente según las regiones de origen y hay una clara distinción entre los inmigrantes procedentes de Mesoamérica —que registran atributos de vulnerabilidad— con relación a los de Sudamérica y el Caribe.

3. Algunas reflexiones

Aunque el total de jóvenes emigrados constituye una fracción inferior al 3% del total de jóvenes de los países de la región, es importante destacar que dicho comportamiento se debe esencialmente a la cuantía de la emigración hacia los Estados Unidos, particularmente desde países geográficamente cercanos. A su vez, y pese a los bajos y decrecientes porcentajes de participación de jóvenes en los stocks totales de

¹⁰ La información está referida al año de admisión legal como inmigrante, que suele no coincidir con el de ingreso al país. Comparados con los datos de stocks migratorios, los porcentajes son mayores, puesto que los censos y la CPS incluyen a inmigrantes en condiciones indocumentadas, cuya incidencia es mayor entre las personas adultas, especialmente hombres. De allí que en la regularización —que refleja parte de las admisiones anuales— estas personas disminuyan su representación y, en cambio, los jóvenes alcancen porcentajes más elevados. Las mayores exigencias que para el joven conlleva su inserción en la sociedad norteamericana, como su asistencia a establecimientos de enseñanza, pudieran estar detrás de este comportamiento; no se descarta que se derive también de la reunificación familiar —principal categoría de admisión—, y así lo estaría expresando el hecho de que en el conjunto de admisiones de todas las edades exista un marcado predominio femenino y que entre los jóvenes se advierta un equilibrio. Estos datos corresponden a los anuarios del INS de los Estados Unidos.

migrantes, se identifican varias situaciones de interés, que obedecen a algunos atributos que —se hayan alcanzado en sus países de origen o en los países de destino— reflejan dos situaciones claramente distinguibles: por una parte, la vulnerabilidad de los migrantes que, entre naciones limítrofes, se desplazan a aquellas que operan como zonas de atracción. Esa vulnerabilidad corresponde a condiciones desventajosas en el plano de logros educativos e inserción laboral y a un probable tránsito rápido hacia la vida adulta, como consecuencia de la asunción de responsabilidades vinculadas a las unidades domésticas y a la cohabitación en parejas, hechos que afectan de manera transversal —y más visible— a las mujeres. Por otra parte, se identifican condiciones de relativa satisfacción de logros y potencial capacidad de emprendimiento y ejercicio de opciones entre algunos migrantes, sobre todo en aquellos jóvenes cuyos desplazamientos involucran una movilidad que excede al contexto de la vecindad geográfica. De todas formas, y tanto en la migración intrarregional como en la emigración hacia los Estados Unidos, predominan notoriamente los migrantes jóvenes en riesgo de vulnerabilidad, y ése es el caso de los movimientos entre naciones que comparten fronteras o se localizan muy próximas.

Los distinguos geográficos de la migración internacional juvenil son los aspectos más visibles de las especificidades advertidas y conducen a relativizar algunas generalizaciones. La emigración de personas vulnerables aliviaría tensiones estructurales y sería vista como una búsqueda de oportunidades para los propios migrantes. Los emigrantes cuyos atributos individuales son una mayor educación y una falta de compromisos de responsabilidades de pareja parecen dar cuenta de importantes pérdidas para los países y comunidades de origen, que se acentuarían en la medida en que la migración se hiciese definitiva y que los países de origen no proveyesen estímulos y mecanismos para mantenerlos vinculados a distintas actividades, aprovechando sus experiencias y capacidades.

III. CONDICIONES DE VIDA, ESTRATIFICACIÓN SOCIAL Y FORMAS DE REPRESENTACIÓN

Una vez analizadas las principales tendencias demográficas, corresponde pasar al estudio de las condiciones de vida, la estratificación social y las formas de representación de los jóvenes latinoamericanos y caribeños, haciendo hincapié en las condiciones de pobreza que afectan a un conjunto relevante de ellos.

A. JUVENTUD Y POBREZA EN AMÉRICA LATINA

Sin duda, uno de los principales problemas que afligen a la región se vincula con los elevados y persistentes niveles de pobreza que, en mayor o menor grado, se manifiestan en casi todos los países. Importa por tanto analizar cuál es la incidencia de la pobreza en la población joven y luego evaluar la forma en que estos problemas influyen en otras esferas del desarrollo de las nuevas generaciones.

1. Una primera visión de conjunto

El *Panorama social de América Latina, Edición 1998* de la CEPAL, aporta la información más actualizada disponible sobre los niveles de pobreza e indigencia en la región y tiene el suficiente grado de apertura para obtener una adecuada radiografía en la materia. El informe comienza diciendo que “de 1990 a 1997 la pobreza disminuyó en la gran mayoría de los países latinoamericanos: el porcentaje de hogares en esa situación se redujo de 41% a 36%, con lo que prácticamente se recuperó el nivel existente en 1980 (35%). Esta reducción ha permitido, asimismo, contener el crecimiento de la población pobre, que durante los años ochenta había aumentado de 136 a 200 millones, pero que en 1997 no superaba los 204 millones” (CEPAL, 1999b).

Ese informe advertía que, pese a la evolución positiva reseñada, era necesario tomar esos datos con prudencia, dado el desaceleramiento del desarrollo económico que se advertía y que a fines de 1999 se confirmó totalmente. Según consigna el *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 1999*, que la CEPAL (1999a) difundió recientemente, el crecimiento se redujo del 5.4% en 1997 al 2.1% en 1998 y fue nulo en 1999. Este retroceso, seguramente, se ha traducido en otro rebrote de la pobreza, al menos en algunos de los países más claramente afectados por la recesión; Ecuador es el ejemplo más evidente. Es conocida la relación directa entre el crecimiento económico y la disminución de la pobreza, y ello se evidencia al comparar la evolución reciente de Chile y Venezuela: mientras que en el primer país el ingreso per cápita aumentó 47.8% y la pobreza se redujo en 13 puntos porcentuales entre 1990 y 1996, en el segundo el ingreso por habitante decreció en 0.5% y la pobreza aumentó en 8% de 1990 a 1997. Pero se sabe que la pobreza ha evolucionado de manera diferente en los distintos países de la región. El cuadro III.1 muestra las desigualdades ordenando los países alfabéticamente. Las cifras del período 1996-1997 permitieron a la CEPAL conformar tres grupos de países, según sus niveles relativos de pobreza:

Cuadro III.1
POBREZA E INDIGENCIA POR PAISES, 1990-1997
(Porcentajes)

Países	Años	Hogares bajo la línea de pobreza a			Hogares bajo la línea de indigencia		
		Total país	Área urbana	Área rural	Total país	Área urbana	Área rural
Argentina b	1990	-	16	-	-	4	-
	1994	-	10	-	-	2	-
	1997	-	13	-	-	3	-
Bolivia c	1990	-	47	-	-	20	-
	1994	-	46	-	-	17	-
	1997	-	44	-	-	16	-
		57	(47)	72	33	(19)	54
Brasil d	1990	41	36	64	18	13	38
	1993	37	33	53	15	12	30
	1996	29	25	46	11	8	23
Chile	1990	33	33	34	11	10	12
	1994	24	24	26	7	6	8
	1996	20	19	26	5	4	8
Colombia	1990	-	35 e	-	-	12 e	-
	1994	47	41	57	25	16	38
	1997	45	39	54	20	15	29
Costa Rica	1990	24	22	25	10	7	12
	1994	21	18	23	8	6	10
	1997	20	17	23	7	5	9
Ecuador	1990	-	56	-	-	23	-
	1994	-	52	-	-	22	-
	1997	-	50	-	-	19	-
El Salvador	1995	48	40	58	18	12	27
	1997	48	39	62	19	12	28
Guatemala	1989	63	48	72	37	23	45
Honduras	1990	75	65	84	54	38	66
	1994	73	70	76	49	41	55
	1997	74	67	80	48	35	59
México	1989	39	34	49	14	9	23
	1994	36	29	47	12	6	20
	1996	43	38	53	16	10	25
Nicaragua	1997	-	66	-	-	36	-
Panamá	1991	36	34	43	16	14	21
	1994	30	25	41	12	9	20
	1997	27	25	34	10	9	14
Paraguay	1990	-	37 f	-	-	10 f	-
	1994	-	42	-	-	15	-
	1996	-	40	-	-	13	-
Perú g	1995	41	33	56	18	10	35
	1997	37	25	61	18	7	41
República Dominicana	1997	32	32	34	13	11	15
Uruguay	1990	-	12	-	-	2	-
	1994	-	6	-	-	1	-
	1997	-	6	-	-	1	-
Venezuela	1990	34	33	38	12	11	17
	1994	42	41	48	15	14	23
	1997	42	-	-	17	-	-
América Latina h/	1990	41	35	58	18	12	34
	1994	38	32	56	16	11	34
	1997	36	30	54	15	10	31

Fuente: CEPAL, Panorama social de América Latina, 1998.

a Incluye a los hogares indigentes o en extrema pobreza.

b Gran Buenos Aires.

c Ocho capitales departamentales más la ciudad de El Alto. Las cifras entre paréntesis de 1997 corresponden al total del área urbana del país.

d Cifras provisionales.

e Ocho ciudades principales.

f Área metropolitana de Asunción.

g Cifras del Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) del Perú, elaboradas sobre la base de la información de la Encuesta Nacional de Hogares (ENAHOG) de 1995 y 1997 (cuarto trimestre). La CEPAL está realizando las estimaciones pertinentes.

h Estimación para 19 países de la región.

- **Países con nivel bajo de pobreza urbana** (menos de 20%): Uruguay (6%), que en 1986 mostraba una magnitud de pobreza urbana de 14%, la ha reducido drásticamente; Argentina (Gran Buenos Aires, 13%), que pese a haber casi triplicado el nivel de 1980 (5%) todavía se mantiene en esta categoría; Chile (19%) logró mejorar sustancialmente su situación en los años noventa —desde 33% en 1990— para reinsertarse en el conjunto de países con bajo índice de pobreza; y Costa Rica (17%), que no registra grandes fluctuaciones en la proporción de pobres en las últimas décadas; recordemos que en 1990 esa cifra era de 22%.
- **Países con nivel medio de pobreza urbana** (entre 20% y 39%): Panamá (25%), que ha logrado una importante disminución a partir de un nivel elevado previo (34% en 1991); Brasil (25%), redujo 11 puntos desde 1990; Perú (25%), que rebajó ocho puntos en sólo dos años (1995-1997); México (38%), cuyo nivel de pobreza urbana en 1994 era del 29%.
- **Países con alto nivel de pobreza urbana** (40% y más): Paraguay (40%); Venezuela (41%), que desde 1994 se encuentra en ese desfavorable lugar, pese a que en 1981 registró un 18%; Guatemala (48% en 1989, que es el último año con datos disponibles); estos últimos países, junto con Nicaragua (66%) y Honduras (67%), han mostrado siempre los niveles de pobreza urbana más altos de la región; a ellos debiera agregarse Haití, para el que no se dispone de información. El desastre natural que afectó a Nicaragua y Honduras a fines de 1998 contribuirá sin duda a agravar aún más una situación ya extremadamente difícil; es dable pensar que el mismo caso se producirá en Venezuela con las inundaciones de fines de 1999.

Ese informe de la CEPAL analiza también los factores asociados a la evolución de la pobreza y señala que “los casos de disminución y aumento de la pobreza que se han producido en los años noventa en los países de América Latina muestran la reconocida influencia que sobre esos cambios ejerce el crecimiento de la economía en el mediano y largo plazo. La evolución del mercado de trabajo que acompaña al desarrollo pone de manifiesto diferencias entre los países, y potencia el efecto del dinamismo económico sobre la reducción de la pobreza cuando origina expansión en la densidad ocupacional de los hogares y genera empleos de mayor productividad e ingresos. El desempeño de algunos países por sobre las tendencias generales es atribuible en buena medida al aplacamiento de inflaciones muy elevadas, al cambio en los precios relativos de las canastas de consumo de los hogares de bajos ingresos y al acrecentamiento de las transferencias que reciben los hogares pobres. Las situaciones iniciales que enfrentan los países y su potencial de crecimiento en el mediano plazo son dispares, por lo que las relaciones entre los factores que inciden sobre la pobreza son complejas, cuestión que se debe tener en cuenta en el diseño y articulación de políticas”.

2. La particular situación de los jóvenes

En tal contexto, es importante ubicar la particular situación de los jóvenes. En tal sentido y para la confección de este informe, el CELADE solicitó a la División de Estadísticas y Proyecciones Económicas de la CEPAL una desagregación especial de la información por edades. Los datos correspondientes figuran en el cuadro III.2, y muestran claramente que, en todos los casos, la pobreza entre los jóvenes se ubica por sobre los promedios nacionales respectivos, especialmente entre los adolescentes de 15 a 19 años de edad. La situación de los niños de 10 a 14 años es todavía más crítica; lo contrario ocurre con la población de 30 a 59 años, demostrando así una relación inversa entre edad y nivel de pobreza: a menor

edad, mayor pobreza y viceversa. Es seguro que los países no incluidos en la muestra registran la misma propensión, pero no se dispone de las evidencias del caso.

Cuadro III.2
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, PAÍSES SELECCIONADOS: NIVEL DE POBREZA DE LOS
HOGARES POR GRUPOS DE EDAD Y POR SEXO
(Porcentajes)

País, zona, edad	Pobres			No pobres		
	Ambos sexos (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	Ambos sexos (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)
ARGENTINA, 1997						
Gran Buenos Aires						
10 a 14 años	27	25	28	73	75	72
15 a 19 años	20	20	20	80	80	80
20 a 24 años	12	12	13	88	88	87
25 a 29 años	14	13	16	86	87	84
30 a 59 años	14	13	14	86	87	86
BOLIVIA, 1997						
Urbana						
10 a 14 años	60	61	59	40	39	41
15 a 19 años	53	53	53	47	47	47
20 a 24 años	44	38	49	56	62	51
25 a 29 años	48	43	52	52	57	48
30 a 59 años	46	46	47	54	54	53
Rural						
10 a 14 años	84	82	86	16	18	14
15 a 19 años	79	78	81	21	22	19
20 a 24 años	72	70	75	28	30	25
25 a 29 años	73	68	77	27	32	23
30 a 59 años	76	74	79	24	26	21
BRASIL, 1996						
Urbana						
10 a 14 años	41	41	41	59	59	59
15 a 19 años	33	32	33	67	68	67
20 a 24 años	27	25	29	73	75	71
25 a 29 años	28	26	29	72	74	71
30 a 59 años	24	24	25	76	76	75
Rural						
10 a 14 años	69	68	70	31	32	30
15 a 19 años	57	56	59	43	44	41
20 a 24 años	49	47	52	51	53	48
25 a 29 años	50	45	54	50	55	46
30 a 59 años	50	50	50	50	50	50
COLOMBIA, 1997						
Urbana						
10 a 14 años	56	56	56	44	44	44
15 a 19 años	49	47	50	51	53	50
20 a 24 años	39	38	41	61	62	59
25 a 29 años	38	35	41	62	65	59
30 a 59 años	38	37	39	62	63	61
Rural						
10 a 14 años	69	69	68	31	31	32
15 a 19 años	58	56	62	42	44	38
20 a 24 años	51	47	56	49	53	44
25 a 29 años	55	49	61	45	51	39
30 a 59 años	54	53	55	46	47	45

País, zona, edad	Pobres			No pobres		
	Ambos sexos (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	Ambos sexos (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)
COSTA RICA, 1997						
Urbana						
10 a 14 años	28	30	26	72	70	74
15 a 19 años	20	19	20	80	81	80
20 a 24 años	13	8	18	87	92	82
25 a 29 años	14	11	18	86	89	82
30 a 59 años	15	13	17	85	87	83
Rural						
10 a 14 años	32	32	33	68	68	67
15 a 19 años	21	18	25	79	82	75
20 a 24 años	16	13	19	84	87	81
25 a 29 años	17	14	20	83	86	80
30 a 59 años	21	19	22	79	81	78
CHILE, 1998						
Urbana						
10 a 14 años	30	31	28	70	69	72
15 a 19 años	25	23	26	75	77	74
20 a 24 años	17	16	19	83	84	81
25 a 29 años	18	15	20	82	85	80
30 a 59 años	17	17	18	83	83	82
Rural						
10 a 14 años	38	38	38	62	62	62
15 a 19 años	28	26	31	72	74	69
20 a 24 años	20	18	23	80	82	77
25 a 29 años	26	21	31	74	79	69
30 a 59 años	25	24	25	75	76	75
ECUADOR, 1997						
Urbana						
10 a 14 años	66	66	67	34	34	33
15 a 19 años	58	56	60	42	44	40
20 a 24 años	53	50	55	47	50	45
25 a 29 años	50	47	54	50	53	46
30 a 59 años	50	49	50	50	51	50
EL SALVADOR, 1997						
Urbana						
10 a 14 años	54	53	55	46	47	45
15 a 19 años	47	46	48	53	54	52
20 a 24 años	38	36	40	62	64	60
25 a 29 años	38	34	41	62	66	59
30 a 59 años	37	35	38	63	65	62
Rural						
10 a 14 años	76	76	75	24	24	25
15 a 19 años	67	65	69	33	35	31
20 a 24 años	60	55	66	40	45	34
25 a 29 años	60	52	66	40	48	34
30 a 59 años	64	63	66	36	37	34
HONDURAS, 1997						
Urbana						
10 a 14 años	78	77	80	22	23	20
15 a 19 años	70	71	69	30	29	31
20 a 24 años	66	63	68	34	37	32
25 a 29 años	68	64	72	32	36	28
30 a 59 años	67	67	68	33	33	32
Rural						
10 a 14 años	88	88	88	12	12	12
15 a 19 años	82	82	82	18	18	18
20 a 24 años	78	75	81	22	25	19
25 a 29 años	82	80	84	18	20	16
30 a 59 años	81	81	81	19	19	19

País, zona, edad	Pobres			No pobres		
	Ambos sexos (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	Ambos sexos (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)
MÉXICO, 1996						
Urbana						
10 a 14 años	57	56	57	43	44	43
15 a 19 años	50	50	50	50	50	50
20 a 24 años	43	39	47	57	61	53
25 a 29 años	38	37	39	62	63	61
30 a 59 años	39	39	39	61	61	61
Rural						
10 a 14 años	71	71	71	29	29	29
15 a 19 años	63	63	63	37	37	37
20 a 24 años	57	57	56	43	43	44
25 a 29 años	54	52	56	46	48	44
30 a 59 años	57	57	56	43	43	44
PANAMÁ, 1997						
Urbana						
10 a 14 años	34	35	34	66	65	66
15 a 19 años	25	23	26	75	77	74
20 a 24 años	19	17	21	81	83	79
25 a 29 años	19	16	22	81	84	78
30 a 59 años	17	15	19	83	85	81
Rural						
10 a 14 años	60	60	59	40	40	41
15 a 19 años	49	49	50	51	51	50
20 a 24 años	39	32	45	61	68	55
25 a 29 años	44	39	48	56	61	52
30 a 59 años	40	38	43	60	62	57
PARAGUAY, 1996						
Urbana						
10 a 14 años	57	57	57	43	43	43
15 a 19 años	47	46	48	53	54	52
20 a 24 años	34	33	35	66	67	65
25 a 29 años	33	30	36	67	70	64
30 a 59 años	40	40	41	60	60	59
REP.DOMINICANA, 1997						
Urbana						
10 a 14 años	43	43	43	57	57	57
15 a 19 años	37	33	39	63	67	61
20 a 24 años	26	22	29	74	78	71
25 a 29 años	26	21	31	74	79	69
30 a 59 años	30	28	32	70	72	68
Rural						
10 a 14 años	50	53	48	50	47	52
15 a 19 años	37	35	39	63	65	61
20 a 24 años	27	24	32	73	76	68
25 a 29 años	28	21	35	72	79	65
30 a 59 años	34	30	38	66	70	62
URUGUAY, 1997						
Urbana						
10 a 14 años	17	17	17	83	83	83
15 a 19 años	12	11	12	88	89	88
20 a 24 años	8	7	9	92	93	91
25 a 29 años	9	8	10	91	92	90
30 a 59 años	7	7	7	93	93	93
VENEZUELA, 1997						
Total Nacional						
10 a 14 años	58	59	56	42	41	44
15 a 19 años	49	47	50	51	53	50
20 a 24 años	41	39	44	59	61	56
25 a 29 años	43	41	46	57	59	54
30 a 59 años	40	38	42	60	62	58

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Las cifras son sumamente decidoras; si se tiene en cuenta que sólo en el grupo de adolescentes (15 a 19 años) urbanos estamos hablando de más de 4 millones de pobres en Brasil, casi 3 millones en México y más de 1 millón en Colombia. En términos relativos, las situaciones más preocupantes se advierten en Honduras (70% de adolescentes urbanos en situación de pobreza), Ecuador (58%), Bolivia (53%), México (50%). En cambio, la situación es menos dramática en Uruguay (12%), Argentina y Costa Rica (20%), Brasil (33%) y República Dominicana (37%). La situación entre los jóvenes propiamente tales (20 a 24 años) y los adultos jóvenes (25 a 29 años) es menos crítica, pero no por ello de menor importancia.

Las cifras demuestran —además— que la pobreza es sistemáticamente más elevada entre las mujeres jóvenes, según se verifica en todos los grupos etarios jóvenes y en todos los países incluidos en esta muestra. Así, por ejemplo, entre los jóvenes urbanos de 20 a 24 años, la pobreza afecta al 38% de los varones y al 49% de las mujeres en Bolivia, cifras que, respectivamente, en Costa Rica llegan al 8% y 18%, en México al 39% y 47%, y en República Dominicana al 22% y 29%. La situación es menos desigual en Uruguay (7% y 9%), Paraguay (33% y 35%), Colombia (38% y 41%), Chile (16% y 19%), y Brasil (25% y 29%); es importante remarcar que en ningún momento la tendencia cambia de signo.

Otro tanto ocurre con la pobreza juvenil rural, siempre superior a la pobreza juvenil urbana. En Bolivia, por ejemplo, la pobreza entre los adolescentes rurales alcanza al 79% en comparación con el 53% entre los adolescentes urbanos, y otro tanto ocurre con los jóvenes de 20 a 24 años (72% y 44%, respectivamente) y con los jóvenes de 25 a 29 años (73% y 48%, en cada caso). En Brasil, la situación es similar: las cifras respectivas son 59% y 33%, 49% y 27%, y 50% y 28% entre adolescentes, jóvenes y adultos jóvenes. También en México las diferencias son muy evidentes (63% y 50%, 57% y 43%, y 54% y 38%, en cada caso). Las diferencias son menos notorias en República Dominicana: 37% en ambos casos entre los adolescentes, y apenas 1% ó 2% de diferencia en los otros dos grupos; y en Chile (28% y 25%, 20% y 17%, y 26% y 18%).

3. Pobreza, educación y trabajo

Son muchas las razones para que la educación y el trabajo sean dos dimensiones claves en el proceso de emancipación juvenil. Para el caso uruguayo, Filgueira (1998) ha caracterizado cuatro situaciones típicas en que se puede ubicar a los jóvenes, según su vínculo con ambas dimensiones, y estructurando un cuadro de doble entrada, muy simple pero relevante. Estas situaciones son las siguientes:

- “La primera combinación corresponde al joven que estudia y no trabaja. Equivale a la típica situación de dependencia económica y residencial del joven. Se encuentra en la casi totalidad de los jóvenes solteros viviendo con sus padres. Esta condición es posible denominarla como adolescente para distinguirla de las otras”.
- “La combinación inversa, jóvenes que trabajan y han dejado el sistema escolar, corresponde a la configuración típica del sistema de roles adultos”.
- “La tercera combinación, jóvenes que trabajan y estudian puede ser interpretada como formando parte de un proceso, más prolongado, de tránsito hacia la vida adulta. Por esta razón se denominan en transición”.

- “Por último, la cuarta categoría de jóvenes que ni estudian ni trabajan, recibe la denominación de aislados, por cuanto, desde el punto de vista de la secuencia de roles, han perdido posiciones estructurales en el mundo juvenil, sin adquirirlas en el mundo adulto”.

La información disponible, que aparece en los cuadros III.3 y III.4, permite agrupar a los jóvenes de la región en esas cuatro categorías, diferenciándolos según sexo, edad, zona de residencia y condición de pobreza. No obstante que, casi por definición, los jóvenes deberían estar mayoritariamente agrupados en la primera combinación (sólo estudiando) y que en la cuarta categoría (ni estudian ni trabajan) no deberían figurar jóvenes, la realidad indica que existen muchas y muy diversas desviaciones de la norma esperada. Algunos de los datos más significativos podrían ser los siguientes:

- La condición típicamente adolescente (sólo estudian) rige para una buena parte de los jóvenes de 15 a 19 años a nivel urbano y particularmente para los no pobres (entre una mitad y dos tercios de los jóvenes de Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador y El Salvador), pero tal condición no existe a nivel rural, o sólo alcanza a poco más de un tercio de los jóvenes en México, Ecuador y Honduras. En el grupo de 20 a 24 años, la condición exclusiva de estudiante cae vertiginosamente, para ubicarse entre un 6% en los jóvenes pobres de Brasil y un 32% de los jóvenes no pobres en Bolivia, a nivel urbano. La tendencia continúa y se reafirma entre los jóvenes de 25 a 29 años de edad, donde apenas un 5% —en promedio— se mantiene en esta condición a nivel urbano (sobre todo entre los no pobres). Entre los jóvenes pobres, en cambio, el promedio desciende a menos del 2% y se registran varios casos nacionales donde esta condición no registra más allá del 1% del total.
- La situación inversa se registra entre los jóvenes que sólo trabajan, y que por lo tanto se identifican con roles adultos. En el caso de los jóvenes pobres del medio rural de sexo masculino, por ejemplo, entre el 60% y el 90% figuran en esta categoría, situación que contrasta notoriamente con la de las mujeres de las mismas categorías, quienes sólo registran entre un quinto y un tercio en este grupo. Naturalmente, las cifras se incrementan con la edad, y son relativamente bajas entre los adolescentes de 15 a 19 años, y más elevadas entre los jóvenes de 20 a 29 años, sobre todo a nivel urbano, tanto entre los pobres como entre los no pobres. En este caso, la variable género tiene un peso fundamental en todas las categorías, marcando una tendencia que divide claramente a varones y mujeres cuando dejan sus estudios: mientras los primeros se incorporan masivamente al mercado de trabajo, las segundas sólo lo hacen en parte, pues un grupo considerable pasa a encargarse de quehaceres en el hogar. Como se ha dicho en otras partes de este informe (y se insistirá nuevamente), estas discriminaciones deberían ser encaradas resueltamente.
- En el caso de los jóvenes en transición (estudian y trabajan), la situación general presenta modelos nacionales bien diferenciados. Un caso de referencia podría ser el de Chile, para ilustrar una situación en la que este grupo es muy reducido, al igual que en los casos de Colombia y México; otro caso podría ser Brasil, donde el grupo es más amplio, al igual que en Bolivia y en Costa Rica. En el primer caso, parece predominar un modelo en el que se apuesta a una permanencia corta, pero muy intensa, de los jóvenes en el sistema educativo, sustentado en la convicción de que ello los habilita para una mejor inserción futura en el mercado de trabajo, mientras que en el segundo parece primar un claro criterio de combinación de ambas actividades, que conduce a alargar la permanencia en el sistema educativo mezclada con la experiencia práctica en el mercado de trabajo; quizás con menores expectativas futuras en términos de

movilidad social. Las cifras se ubican entre el 3% y el 16% en el primer grupo y entre el 10% y el 32% en el segundo.

- Finalmente, el grupo de jóvenes que ni estudian ni trabajan (los aislados) registra muchos más casos de los que cabría esperar, y las cifras son particularmente preocupantes entre las mujeres jóvenes, especialmente las del medio rural —que en gran medida están a cargo de tareas en el hogar—, y entre los varones jóvenes urbanos pobres, en general expuestos a múltiples riesgos y a la posibilidad de caer en bandas delictivas. En el caso de las primeras, las cifras oscilan en promedio entre el 10% y el 30% a nivel urbano no pobre y entre el 40% y el 80% a nivel rural pobre. Con relación a los segundos, las cifras van del 5% al 15% entre los pobres y del 3% al 8% entre los no pobres. Las cifras correspondientes a Bolivia sorprenden por la escasa dimensión del fenómeno —que puede obedecer a que la pobreza no permite darse el lujo de no estar haciendo algo— y las de Costa Rica llaman la atención por su elevada significación, quizás debido a que los bajos niveles de pobreza y la existencia de alguna cobertura en materia de seguros sociales permiten la existencia de estos casos —relativamente elevados, pero poco numerosos en términos absolutos. En consecuencia, la comparación entre países debe ser realizada con mucho cuidado y observando básicamente las especificidades nacionales en estas materias.

Cuadro III.3
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, PAÍSES SELECCIONADOS: JÓVENES POBRES POR GRUPOS DE EDAD,
NIVEL DE POBREZA DE LOS HOGARES Y SEXO
(Porcentajes)

País, zona, edad	Económicamente activos y que asisten a la escuela				Económicamente activos y que no asisten a la escuela				No Económicamente activos y que asisten a la escuela				No Económicamente activos y que no asisten a la escuela			
	hombres	mujeres	(%)	hombres	hombres	mujeres	(%)	hombres	hombres	mujeres	(%)	hombres	hombres	mujeres	(%)	hombres
ARGENTINA, 1997																
Gran Buenos Aires																
10 a 14 años	1	2	1	1	2	0	95	93	98	3	4	2	4	2		
15 a 19 años	4	3	4	38	47	26	40	36	45	18	13	25	13	25		
20 a 24 años	6	7	4	55	77	35	6	3	8	34	13	53	13	53		
25 a 29 años	0	0	0	61	95	34	0	0	0	39	5	66	5	66		
BOLIVIA, 1997																
Urbana																
10 a 14 años	9	10	7	1	2	1	88	86	90	2	2	2	2	2		
15 a 19 años	17	19	15	12	14	10	66	65	68	5	3	7	3	7		
20 a 24 años	11	12	10	39	54	29	29	31	27	21	3	35	3	35		
25 a 29 años	5	6	4	61	82	47	9	9	8	25	3	41	3	41		
Rural																
10 a 14 años	45	48	42	12	10	15	41	41	41	2	1	3	1	3		
15 a 19 años	25	29	21	58	55	60	12	15	9	5	1	9	1	9		
20 a 24 años	2	4	0	84	91	76	1	1	2	13	4	22	4	22		
25 a 29 años	1	1	0	87	96	80	0	0	0	12	2	20	2	20		
BRASIL, 1996																
Urbana																
10 a 14 años	10	14	7	3	4	2	79	75	84	8	8	8	8	8		
15 a 19 años	22	26	18	26	33	18	34	28	39	19	13	25	13	25		
20 a 24 años	10	12	8	53	72	38	6	4	7	31	13	47	13	47		
25 a 29 años	3	3	3	62	86	43	1	1	1	33	10	53	10	53		
Rural																
10 a 14 años	29	39	18	10	13	6	52	40	64	10	8	12	8	12		
15 a 19 años	22	28	16	43	56	27	18	10	28	17	7	29	7	29		
20 a 24 años	7	9	5	64	83	44	3	1	5	26	6	46	6	46		
25 a 29 años	2	2	2	72	93	54	0	0	1	26	5	43	5	43		

[illegible]

País, zona, edad	Económicamente activos y que asisten a la escuela				Económicamente activos y que no asisten a la escuela				No Económicamente activos y que asisten a la escuela				No Económicamente activos y que no asisten a la escuela			
	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)
EL SALVADOR, 1997																
Urbana																
10 a 14 años	2	3	2	2	6	2	87	85	89	7	7	7	7	7	7	7
15 a 19 años	6	8	3	3	34	13	54	51	58	17	17	7	7	27	7	27
20 a 24 años	5	7	4	4	76	42	12	12	12	25	5	5	42	42	5	42
25 a 29 años	3	3	2	2	64	48	3	3	2	31	4	4	48	48	3	48
Rural																
10 a 14 años	6	10	1	3	16	3	70	66	74	15	8	8	22	22	15	22
15 a 19 años	5	9	2	15	60	15	29	28	29	28	4	4	54	54	28	54
20 a 24 años	1	2	1	23	91	23	5	3	7	39	4	4	70	70	3	70
25 a 29 años	0	0	0	22	94	22	0	0	0	49	6	6	77	77	0	77
HONDURAS, 1997																
Urbana																
10 a 14 años	4	3	4	3	7	3	81	80	82	10	9	9	11	11	10	11
15 a 19 años	8	10	6	23	52	23	37	28	46	18	10	10	26	26	18	26
20 a 24 años	6	7	5	44	81	44	8	6	10	26	5	5	41	41	6	41
25 a 29 años	4	5	3	47	91	47	2	2	2	27	2	2	48	48	2	48
Rural																
10 a 14 años	4	5	3	4	20	4	69	67	71	15	9	9	22	22	15	22
15 a 19 años	2	3	1	20	81	20	15	11	19	30	5	5	60	60	3	60
20 a 24 años	1	2	1	26	94	26	1	1	2	38	3	3	71	71	1	71
25 a 29 años	1	1	0	28	96	28	1	0	1	39	3	3	71	71	1	71
MÉXICO, 1996																
Urbana																
10 a 14 años	4	5	2	2	4	2	87	88	86	7	3	3	10	10	7	10
15 a 19 años	6	8	4	27	44	27	39	40	38	19	8	8	32	32	19	32
20 a 24 años	4	4	3	35	81	35	11	10	11	30	4	4	51	51	4	51
25 a 29 años	1	2	0	34	95	34	2	1	2	36	2	2	63	63	1	63
Rural																
10 a 14 años	7	9	5	5	12	5	75	76	73	10	3	3	17	17	10	17
15 a 19 años	5	7	2	30	71	30	18	18	18	26	4	4	50	50	4	50
20 a 24 años	2	2	1	32	93	32	1	1	2	38	4	4	66	66	2	66
25 a 29 años	1	2	0	34	96	34	0	0	0	37	2	2	65	65	1	65
PANAMÁ, 1997																
Urbana																
10 a 14 años	0	1	0	0	2	0	95	93	97	3	4	4	3	3	3	3
15 a 19 años	5	6	3	13	33	13	61	54	66	13	7	7	18	18	7	18
20 a 24 años	8	8	8	42	81	42	9	6	12	22	5	5	38	38	5	38
25 a 29 años	3	2	4	35	92	35	3	2	4	36	4	4	56	56	3	56
Rural																
10 a 14 años	1	2	1	1	8	1	88	87	89	6	3	3	10	10	6	10
15 a 19 años	4	5	2	16	57	16	37	32	42	22	6	6	40	40	6	40
20 a 24 años	2	1	2	21	91	21	6	4	8	41	3	3	69	69	3	69
25 a 29 años	1	1	1	22	97	22	1	0	1	42	2	2	76	76	1	76
PARAGUAY, 1996																
Urbana																
10 a 14 años	17	23	10	3	8	3	74	67	81	4	2	2	6	6	4	6
15 a 19 años	21	27	16	23	38	23	28	25	31	20	10	10	30	30	20	30
20 a 24 años	3	3	4	48	85	48	2	1	2	29	11	11	46	46	2	46
25 a 29 años	1	1	2	30	98	30	1	1	0	40	0	0	68	68	1	68

País, zona, edad	Económicamente activos y que asisten a la escuela				Económicamente activos y que no asisten a la escuela				No Económicamente activos y que asisten a la escuela				No Económicamente activos y que no asisten a la escuela			
	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)	hombres (%)	mujeres (%)
REP. DOMINICANA, 1997																
Urbana																
10 a 14 años	5	3	6	1	2	1	89	93	85	93	5	6	3			
15 a 19 años	15	11	21	10	16	10	64	69	58	69	9	5	11			
20 a 24 años	12	10	16	38	63	38	14	16	12	16	25	10	36			
25 a 29 años	8	7	9	42	86	42	4	5	2	5	30	3	46			
Rural																
10 a 14 años	9	2	14	1	2	1	85	94	78	94	5	6	3			
15 a 19 años	25	12	38	14	18	14	45	51	38	51	14	6	22			
20 a 24 años	15	15	15	31	68	31	7	9	4	9	31	13	45			
25 a 29 años	2	3	0	23	89	23	1	2	0	2	50	11	73			
URUGUAY, 1997																
Urbana																
10 a 14 años	1	0	1	1	1	1	89	89	89	89	9	9	10			
15 a 19 años	8	8	9	34	56	34	24	28	19	28	24	17	31			
20 a 24 años	3	3	3	49	89	49	2	3	0	3	29	9	45			
25 a 29 años	1	1	1	41	95	41	0	1	0	1	32	4	58			
VENEZUELA, 1997																
Total Nacional																
10 a 14 años	3	2	4	1	4	1	90	92	87	92	5	5	5			
15 a 19 años	6	4	8	14	40	14	47	52	42	52	19	9	29			
20 a 24 años	7	7	7	34	80	34	12	15	8	15	25	5	43			
25 a 29 años	4	5	4	38	91	38	3	5	1	5	29	3	53			

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Cuadro III.4
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, PAÍSES SELECCIONADOS: JÓVENES NO POBRES POR GRUPOS DE
EDAD, NIVEL DE POBREZA DE LOS HOGARES Y SEXO
(Porcentajes)

País, zona, edad	económicamente activos y que asisten a la escuela				económicamente activos y que no asisten a la escuela				No económicamente activos y que asisten a la escuela				No económicamente activos y que no asisten a la escuela			
	AMOS SEXOS (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	(%)	AMOS SEXOS (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	(%)	AMOS SEXOS (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	(%)	AMOS SEXOS (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	(%)
ARGENTINA, 1997																
Gran Buenos Aires																
10 a 14 años	0	1	0	0	0	0	1	1	99	98	99	0	0	0	1	
15 a 19 años	8	8	7	20	25	14	14	67	64	61	67	8	6	11		
20 a 24 años	21	22	21	55	67	44	44	15	13	10	15	11	1	20		
25 a 29 años	11	13	9	72	84	59	59	2	2	2	3	15	1	29		
BOLIVIA, 1997																
Urbana																
10 a 14 años	8	9	7	1	1	1	1	90	90	89	90	1	1	1		
15 a 19 años	16	17	15	12	16	8	8	65	65	65	65	7	2	11		
20 a 24 años	16	17	15	42	52	31	31	32	32	28	36	10	3	18		
25 a 29 años	10	11	10	65	74	57	57	11	11	11	10	13	4	23		
Rural																
10 a 14 años	27	28	25	5	6	4	4	66	64	64	68	2	2	3		
15 a 19 años	20	23	17	40	49	28	28	30	30	28	32	11	0	23		
20 a 24 años	3	3	3	75	93	53	53	6	6	4	8	17	1	36		
25 a 29 años	2	1	2	80	97	59	59	1	1	1	1	17	1	38		
BRASIL, 1996																
Urbana																
10 a 14 años	8	10	6	1	1	1	1	88	86	86	91	3	2	3		
15 a 19 años	28	32	24	22	27	17	17	41	35	35	47	9	6	12		
20 a 24 años	18	19	17	59	70	49	49	8	6	6	10	14	5	24		
25 a 29 años	8	9	7	73	86	61	61	2	2	1	3	17	4	29		
Rural																
10 a 14 años	25	32	17	7	9	5	5	62	54	54	70	6	4	8		
15 a 19 años	24	29	19	43	52	30	30	21	15	15	30	12	4	21		
20 a 24 años	10	10	10	70	84	54	54	4	4	4	6	16	4	31		
25 a 29 años	4	3	5	79	93	63	63	1	1	1	2	16	4	31		
COLOMBIA, 1997																
Urbana																
10 a 14 años	1	2	1	1	2	1	1	94	93	93	95	3	4	3		
15 a 19 años	10	11	8	20	24	16	16	61	59	59	63	9	6	13		
20 a 24 años	16	17	16	53	60	46	46	20	19	19	21	11	4	18		
25 a 29 años	11	11	11	75	83	67	67	4	4	4	5	10	2	17		
Rural																
10 a 14 años	5	7	3	8	13	3	3	78	73	73	83	9	6	12		
15 a 19 años	8	9	6	43	59	23	23	35	29	29	44	14	3	28		
20 a 24 años	5	5	5	67	88	41	41	6	4	4	8	22	3	46		
25 a 29 años	5	4	5	75	93	52	52	1	1	1	2	19	2	41		
COSTA RICA, 1997																
Urbana																
10 a 14 años	1	1	0	1	2	1	1	95	94	94	95	4	3	4		
15 a 19 años	12	13	10	20	29	12	12	57	53	53	61	11	6	16		
20 a 24 años	19	21	17	47	59	32	32	18	15	15	21	16	4	29		
25 a 29 años	15	16	14	67	80	53	53	3	3	3	4	14	1	30		
Rural																
10 a 14 años	3	5	1	6	9	3	3	84	81	81	86	7	5	10		
15 a 19 años	10	11	8	41	55	22	22	31	26	26	36	19	7	34		
20 a 24 años	8	8	9	62	84	38	38	6	4	4	8	24	3	46		
25 a 29 años	4	5	3	66	92	36	36	1	1	1	2	28	2	59		

País, zona, edad	económicamente activos y que asisten a la escuela				económicamente activos y que no asisten a la escuela				No económicamente activos y que asisten a la escuela				No económicamente activos y que no asisten a la escuela			
	AMNOS SEXOS (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	AMNOS SEXOS (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	AMNOS SEXOS (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	AMNOS SEXOS (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	AMNOS SEXOS (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	
CHILE, 1998																
Urbana	1	1	1	0	0	0	99	98	99	1	1	1	1	1	1	
10 a 14 años	4	5	4	12	14	9	75	75	74	10	7	7	10	7	13	
15 a 19 años	7	8	6	20 a 24 años	61	61	27	26	27	15	5	5	25	5	25	
20 a 24 años	4	5	3	74	85	61	5	6	4	17	3	3	17	3	32	
25 a 29 años																
Rural	0	0	0	1	2	0	96	96	96	3	2	2	3	3	3	
10 a 14 años	1	1	1	15 a 19 años	35	13	57	56	59	17	8	8	27	8	27	
15 a 19 años	2	2	2	20 a 24 años	64	40	8	7	11	25	8	8	25	8	47	
20 a 24 años	2	2	2	68	90	40	1	1	1	31	8	8	31	8	58	
25 a 29 años	1	1	1													
ECUADOR, 1997																
Urbana	3	3	2	2	2	1	94	93	96	1	1	1	1	1	2	
10 a 14 años	8	10	7	19	26	12	67	62	72	6	2	2	6	2	9	
15 a 19 años	17	17	17	51	61	41	22	21	23	10	1	1	10	1	20	
20 a 24 años	10	12	9	73	84	62	4	4	5	12	1	1	12	1	24	
25 a 29 años																
EL SALVADOR, 1997																
Urbana	2	2	2	1	1	1	95	95	94	2	2	2	2	2	3	
10 a 14 años	8	8	7	15	20	10	70	68	72	8	4	4	8	4	11	
15 a 19 años	13	14	12	48	58	38	24	24	25	14	4	4	14	4	25	
20 a 24 años	11	13	10	69	80	60	6	5	7	13	1	1	13	1	23	
25 a 29 años																
Rural	5	9	1	9	13	3	79	73	84	8	4	4	8	4	11	
10 a 14 años	8	12	3	41	56	23	32	28	35	20	4	4	20	4	46	
15 a 19 años	4	5	2	69	88	42	7	5	10	20	2	2	20	2	46	
20 a 24 años	4	5	2	76	93	56	2	2	2	19	2	2	19	2	40	
25 a 29 años	2	3	2													
HONDURAS, 1997																
Urbana	4	2	5	2	1	2	91	93	89	4	4	4	4	4	4	
10 a 14 años	9	9	9	24	33	16	58	54	61	9	3	3	9	3	14	
15 a 19 años	20	20	20	53	66	42	17	12	21	10	2	2	10	2	17	
20 a 24 años	15	17	13	73	81	64	2	2	2	10	1	1	10	1	21	
25 a 29 años																
Rural	3	3	2	10	14	4	79	77	82	8	6	6	8	6	11	
10 a 14 años	3	3	3	48	69	23	26	24	29	23	4	4	23	4	45	
15 a 19 años	3	3	3	67	89	39	6	6	5	24	2	2	24	2	54	
20 a 24 años	3	4	2													
25 a 29 años	2	3	0	77	94	57	1	2	0	20	0	0	20	0	43	
MEXICO, 1996																
Urbana	2	2	1	1	1	1	96	96	96	1	1	1	1	1	2	
10 a 14 años	7	8	6	21	27	15	62	61	63	10	4	4	10	4	16	
15 a 19 años	10	11	8	54	62	43	21	23	20	15	3	3	15	3	29	
20 a 24 años	5	6	5	71	90	54	3	3	3	21	1	1	21	1	38	
25 a 29 años																
Rural	8	11	5	5	7	4	81	81	81	6	2	2	6	2	10	
10 a 14 años	9	11	7	40	54	26	32	33	32	18	2	2	18	2	35	
15 a 19 años	6	6	6	62	88	42	5	5	5	28	2	2	28	2	48	
20 a 24 años	4	5	3	67	93	44	1	0	1	28	1	1	28	1	52	
25 a 29 años																

País, zona, edad	económicamente activos y que asisten a la escuela				económicamente activos y que no asisten a la escuela				No económicamente activos y que asisten a la escuela				No económicamente activos y que no asisten a la escuela			
	Amos- (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)		Amos- (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)		Amos- (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)		Amos- (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)	
25 a 29 años	13	14	13		09	82	30		4	3	3		13	2	24	
Rural																
10 a 14 años	1	2	1		3	5	1		92	91	93		4	2	5	
15 a 19 años	5	5	4		35	49	18		44	43	45		17	3	34	
20 a 24 años	6	6	7		65	89	34		8	4	12		21	1	47	
25 a 29 años	5	4	6		71	95	42		1	0	3		23	1	50	
PARAGUAY, 1996																
Urbana																
10 a 14 años	12	19	5		2	3	1		83	77	91		2	1	3	
15 a 19 años	25	31	19		28	35	22		38	30	47		8	5	12	
20 a 24 años	18	19	16		61	73	50		6	1	11		13	2	23	
25 a 29 años	7	10	4		79	87	73		1				12	2	22	
REP.DOMINICANA, 1997																
Urbana																
10 a 14 años	6	8	4		1	2	0		91	88	94		2	2	2	
15 a 19 años	25	34	18		18	27	11		50	37	61		7	3	10	
20 a 24 años	24	27	21		55	63	47		11	8	14		11	3	19	
25 a 29 años	14	13	14		70	83	56		4	2	5		13	1	25	
Rural																
10 a 14 años	6	9	4		1	1	1		91	87	94		3	3	2	
15 a 19 años	20	26	13		25	38	10		42	33	51		13	3	25	
20 a 24 años	10	11	9		67	85	45		6	2	11		17	1	35	
25 a 29 años	5	6	4		69	90	43		2	1	2		25	3	51	
URUGUAY, 1997																
Urbana																
10 a 14 años	1	1	1		1	1	1		95	95	95		3	3	4	
15 a 19 años	14	15	13		28	35	20		48	43	54		10	7	13	
20 a 24 años	17	16	19		64	74	52		10	7	13		10	3	16	
25 a 29 años	12	11	13		74	84	63		3	2	4		11	3	19	
VENEZUELA, 1997																
Total Nacional																
10 a 14 años	3	4	2		2	3	1		93	90	95		3	3	3	
15 a 19 años	11	13	10		25	35	13		50	45	56		14	7	20	
20 a 24 años	15	15	15		55	70	38		17	12	23		13	3	23	
25 a 29 años	11	10	13		71	85	55		5	3	7		13	2	25	

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

B. ALGUNAS ÁREAS CLAVES DE LA INSERCIÓN SOCIAL

El tema de la inserción social de los jóvenes puede ser analizado desde muy diversos ángulos. Aquí se ha optado por seleccionar tres dimensiones claves: educación, empleo y salud, asumiendo que otras también son sumamente relevantes, pero que no se dispone de información para realizar un análisis medianamente riguroso.

1. Acceso y permanencia en el sistema educativo: avances y limitaciones

La educación es un componente clave de la calidad de vida de las personas. Tal como se sugirió en el capítulo inicial, los avances logrados en estas materias —en lo que se refiere a cobertura— son notorios, pero al mismo tiempo se comprueban carencias significativas en cuanto a la calidad de la educación y en términos de equidad social respecto del acceso a ella de los diferentes grupos sociales.

Desde el punto de vista de la cobertura, los datos de matrícula muestran nítidamente los avances logrados en el último medio siglo: en 1950 apenas un millón y medio de jóvenes componían la matrícula secundaria, en tanto que en 1970 se había superado la barrera de los 10 millones de alumnos matriculados. En términos de tasas brutas de escolarización, esto significaba que mientras que en 1960 sólo los países de modernización temprana —Argentina, Chile, Costa Rica y Uruguay, más Panamá y Venezuela— presentaban cifras superiores al 20%, en 1980 ningún país, a excepción de Guatemala, registraba niveles inferiores a esa cifra.

Algunos datos más actualizados indican que el proceso continuó aún en el contexto de la crisis de los años ochenta, y la tasa bruta de escolarización secundaria aumentó del 45% al 53% de 1980 a 1990 (Moura Castro y Carnoy, 1997). Sin embargo, las tasas netas de matrículas en Brasil y en varios países centroamericanos se hallan en alrededor del 15%, cercanas al 25% en Bolivia, República Dominicana y Venezuela, llegando incluso al 55-60% en el cono sur y Cuba y aun al 70% en gran parte de los países del Caribe de habla inglesa (*ibid.*). Análisis más recientes indican que la tendencia continúa en los años noventa, pero a un ritmo notoriamente más lento (PNUD, 1998a). Por lo expuesto, resulta evidente que, a pesar de los avances registrados, todavía queda mucho por hacer.

En el caso de la educación superior, la expansión de la matrícula fue mucho más marcada. Así, mientras que en 1950 existían sólo 266 000 estudiantes en ese nivel, en 1980 había casi 5 millones y medio de alumnos matriculados. En relación con el grupo de edad respectivo: 20 a 24 años, representaban apenas el 1.9% en 1950 y llegaron a casi el 17% en 1980. Pero también en este caso, siempre hubo diferencias notorias entre países. Así, mientras que en 1950 sólo Argentina y Uruguay mostraban tasas superiores al 5%, en 1980 todos los países considerados superaban ese nivel; al mismo tiempo, y en circunstancias que en 1950 ningún país sobrepasaba el 10% de matrículas, 17 países mostraban esos niveles en 1980. La misma tendencia se mantuvo en las dos últimas décadas —aunque a un ritmo menor— con un énfasis en la matriculación femenina, que ya es mayoritaria en varios países de la región.

Por lo tanto, la educación media y la superior dejaron de ser —en el transcurso de unas pocas décadas— instancias elitistas de formación y socialización juvenil, y se transformaron en espacios abiertos a contingentes mucho más amplios y heterogéneos de jóvenes que —en el marco de las estrategias de movilidad social ascendente que existían—, apostaban a mejorar sustancialmente sus niveles de bienestar y su estatus socioeconómico, sobre la base de acumular la mayor cantidad posible de años de estudio.

Sin embargo, el modelo pedagógico definido para un estudiantado de elite siguió aplicándose durante la masificación y pasó a ser cada vez más ineficiente en términos de resultados educativos. Esto se apreció —entre otros índices— en los crecientes niveles de repitencia y permanencia extremadamente prolongada, así como en la escasa relevancia de los aprendizajes acumulados; todo esto en la medida en que aquel modelo pedagógico partía de supuestos —respecto de los jóvenes— que dejaron de tener vigencia debido a la heterogeneización aludida: posibilidad de invertir muchos años en la educación institucionalizada, capacidades intelectuales para realizar grandes abstracciones y poder ir de lo general a lo particular y de lo teórico a lo práctico a lo largo del ciclo educativo, ambiente familiar favorable en cuanto a clima educacional, entre otros, condiciones que se reunían en los hogares integrados, pero no entre los excluidos que recién se incorporaban al sistema educativo.

Lo anterior, unido a los severos recortes presupuestarios experimentados por la educación en el marco del ajuste, terminó por producir un deterioro muy significativo en la calidad de la enseñanza, visible en los crecientes niveles de fracaso escolar. Las distintas comparaciones realizadas en los últimos años muestran con total elocuencia que América Latina y el Caribe no sólo están retrasados en muchas de estas materias respecto de los países altamente industrializados, sino también en relación con los países del sudeste asiático.

Se pueden apreciar fácilmente las distancias que —en estas y otras materias— existen entre los propios países de la región y dentro de los mismos. Un estudio de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) señala que en siete países estudiados en términos comparativos: Argentina, Bolivia, Chile, Costa Rica, Ecuador, República Dominicana y Venezuela, los alumnos de situación socioeconómica baja tuvieron un promedio de 44% de aprobación en una prueba de matemáticas, mientras que los alumnos de situación socioeconómica alta lograron un promedio de 59%. En una prueba de lenguaje, por su parte, los puntajes fueron de 48% y 72%, respectivamente (UNESCO, 1996).

Estos datos reflejan la existencia de una gran segmentación entre escuelas de muy diversos niveles de calidad. Tal como sostienen Moura Castro y Carnoy (1997) “estos resultados reflejan no sólo el entorno familiar, sino también la gran variación en la calidad de las escuelas dentro de los países. Aunque algunos estudiantes continúan siendo completamente excluidos de la educación básica —afirman— en especial en los países de bajos ingresos de la región, la segmentación de los años noventa obedece principalmente al acceso diferencial a la educación de calidad. En general —continúan diciendo estos autores— la masa de los alumnos asiste a escuelas de muy baja calidad y los pobres en particular están excluidos de una enseñanza que pueda aproximarse a una educación de alta calidad. En cambio, la calidad de la educación impartida en las escuelas elitistas, se puede comparar a la de los países avanzados”.

Frente a este panorama, las reformas educativas puestas en práctica en los últimos años en varios países de la región están intentando aumentar el volumen de recursos para la educación y, al mismo tiempo, mejorar la formación docente, aumentar la dotación de material didáctico en las escuelas, extender la permanencia de los estudiantes en los establecimientos educativos y mejorar la infraestructura disponible, ampliándola cuando ello es necesario y posible. Aunque todavía no se dispone de un horizonte temporal suficiente para evaluarlas, los estudios más recientes muestran avances en algunas esferas específicas (mayores equilibrios presupuestarios, por ejemplo) pero no se han registrado mejoras notorias en la calidad de la educación, salvo en los casos en que se ha reforzado significativamente la capacidad de las escuelas. La propia descentralización educativa, cuando se ha procesado sin apoyo técnico y

financiero del gobierno central, ha reducido aún más la calidad de la educación, sobre todo para los más pobres y en las zonas más deprimidas.

2. La inserción laboral de los jóvenes: precariedad, exclusión, discriminación

No obstante que disponibilidad de un empleo estable y de buena calidad es otra dimensión sustancial de la calidad de vida de las personas, el desempleo y el subempleo son estructuralmente más altos entre las mujeres y los jóvenes. Ésta es una dimensión muy problemática de la dinámica juvenil. Las cifras son muy elocuentes: el desempleo juvenil duplica el desempleo global y triplica —al menos— el desempleo adulto, y en algunos casos hasta quintuplica el de los mayores de 45 años. Visto desde otro ángulo, estas cifras permiten comprobar que los jóvenes representan alrededor del 50% del total de desempleados en casi todos los países de la región.

Así ha sido, al menos en los últimos cuarenta años, tanto en coyunturas de expansión económica como en circunstancias de crisis, y en el contexto de muy diversas estrategias de desarrollo. Esto no sucede porque los jóvenes constituyan un porcentaje elevado de la población económicamente activa; de hecho los jóvenes de 15 a 24 años representan entre la quinta y la tercera parte de la fuerza laboral en América Latina. En algunos países que ostentan tasas de fecundidad altas, esta participación supera el 25%, como es el caso de Brasil, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay y República Dominicana, pero en aquellos con tasas de fecundidad bajas la participación juvenil en la población activa también es más escasa.

El desempleo juvenil es elevado en casi todos los países de la región —y así lo muestran las cifras proporcionadas por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en su *Panorama Laboral de América Latina y el Caribe, 1999*—, especialmente en Panamá, Uruguay y Venezuela, considerando el grupo de 15 a 24 años, en el que las tasas se ubican en 29.5% en los tres primeros, y en 27.9% en los dos últimos. La situación más preocupante es la del grupo de 15 a 19 años, cuyas tasas de desempleo alcanzan el 37% en Colombia, el 35.9% en la Argentina y el 28.2% en Chile. En otros países se destaca el crecimiento relativo de las tasas de desempleo, aunque su nivel en 1999 sea comparativamente más bajo. Es el caso de Brasil, cuyo grupo de 18 a 24 años pasó del 9% al 15% entre 1991 y 1999. En México, los niveles de desempleo son los más bajos de la región y disminuyeron a la mitad entre 1995 y 1999, pasando del 13% al 6% en el grupo de 12 a 19 años y del 9.9% al 4.8% en el grupo de 20 a 24 años. Aunque la metodología con que se mide el desempleo sea diferente y no estrictamente comparable, la situación en los países del Caribe presenta niveles sumamente elevados de desempleo juvenil en el grupo de 15 a 24 años, que se ubican cerca del 25% en Barbados y Trinidad y Tabago, y del 34% en Jamaica en 1998. El cuadro III.5 entrega los detalles del caso.

Cuadro III.5
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: DESEMPLEO JUVENIL, 1990-1999
(tasas anuales medias)

País	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1999
América Latina										
Argentina a										
15-19	21.7	16.3	16.4	26.8	32.3	46.6	44.3	39.7	35.0	35.9
15-24	15.2	12.3	13.0	...	21.2	30.1	31.1	27.2	24.4	26.4
Bolivia b										
10-19	13.3	13.1	8.3	8.6	4.9	5.0	7.0	...	...	...
20-29	9.5	7.3	7.0	8.2	4.5	5.4	...	...	...	...
Brasil c										
15-17	...	11.6	14.4	12.2	11.9	11.0	13.0	14.3	18.8	18.4
18-24	...	9.1	11.2	10.3	9.6	9.3	10.5	11.4	14.3	15.0
Chile d										
15-19	15.9	13.7	12.6	13.0	16.8	15.8	15.0	19.9	20.8	28.2
20-24	12.0	12.4	10.3	10.2	11.9	10.1	12.2	13.6	15.1	20.5
Colombia e										
15-19	25.6	27.2	26.5	26.2	26.7	24.8	29.5	36.7	37.1	37.0
20-29	15.1	15.1	15.2	12.4	13.2	13.0	15.6	18.1	21.7	26.0
Costa Rica f										
12-24	10.4	14.1	9.3	10.2	9.8	13.5	13.9	13.1	12.8	...
Ecuador f										
15-24	13.5	18.5	17.3	15.7	14.9	15.3	20.0	19.4	22.6	...
El Salvador f										
15-24	18.6	14.6	14.3	14.4	13.5	13.3	13.1	14.6	15.0	16.4
Honduras f										
10-24	10.7	12.3	6.6	9.7	6.7	10.2	9.7	8.7	10.0	...
México g										
12-19	7.0	5.0	6.9	7.3	8.3	13.1	11.5	8.4	7.0	6.0
20-24	...	...	4.4	5.7	6.0	9.9	8.8	6.5	5.9	4.8
Panamá h										
15-24	...	38.8	37.0	31.6	31.1	31.9	34.8	31.5	31.7	29.5
Paraguay i										
15-19	18.4	9.0	14.1	9.8	12.3	10.8	29.1	13.7	...	...
20-24	14.1	9.5	7.3	8.8	5.5	7.8	12.6	12.7	...	...
Perú j										
14-24	15.4	11.2	15.8	16.1	13.7	11.2	14.9	14.5	14.1	17.1
Uruguay k										
14-24	26.6	25.0	24.4	23.3	25.5	25.5	28.0	26.8	26.1	27.9
Venezuela l										
15-24	18.0	15.8	13.4	13.0	15.9	19.9	25.4	23.1	21.9	27.9
El Caribe m										
Barbados										
15-24	...	33.8	36.4	43.2	41.7	37.8	27.5	28.9	27.4	...
Jamaica										
15-24	30.7	29.2	28.3	29.5	28.9	34.1	34.4	34.2	...	...
Trinidad y										
15-24	36.4	34.2	34.8	38.9	39.9	31.0	28.5	35.3	25.8	23.7

Fuente: Elaboración de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), sobre la base de información de las encuestas de hogares de los países.

a Gran Buenos Aires: mayo-agosto de 1999.

b Nacional urbano, 1996 (15-25 años).

c Seis áreas metropolitanas, promedio enero-agosto 1999.

d Total nacional. Promedio enero-septiembre 1999.

e Siete áreas metropolitanas, junio de cada año.

f Nacional urbano.

g 41 áreas urbanas, tres primeros trimestres de 1999.

h Región metropolitana. Marzo 1999.

i Asunción.

j Lima Metropolitana. Desde 1996 nacional urbano. Primer trimestre de 1999.

k Montevideo. Promedio enero-septiembre 1999.

l Nacional urbano. Total nacional primer semestre de 1999.

m La metodología utilizada por los países del Caribe para medir el desempleo abierto difiere de la que emplean los demás países de la región.

En el Panorama social de América Latina, Edición de la CEPAL 1998, se analiza este tema con cierto detenimiento y se constata que “si se analiza el desempleo de los jóvenes según el nivel de ingresos de sus hogares, se observa que durante el período 1990-1997 la relación entre las tasas de desempleo predominantes en el cuartil más pobre y en el más rico ha venido aumentando en 8 de 12 países estudiados; la brecha —especifica el informe— se ha reducido en Brasil, Venezuela y Ecuador, mientras que en Uruguay muestra un componente estable. Asimismo, las diferencias entre países son notorias. Por ejemplo, en Honduras en 1997 para el primer cuartil de ingresos la tasa de desempleo era 13.1 veces la del cuarto cuartil (el de mayores ingresos), brecha que también era significativa en Argentina (9.5) y Bolivia (8.3). Esta relación apunta al hecho de que el peso del desempleo global está recayendo principalmente en estos grupos vulnerables. En Argentina, entre los jóvenes del cuartil más pobre la tasa de desempleo abierto en las zonas urbanas alcanzaba en 1997 a casi el 50%, mientras que para el conjunto de los jóvenes era del 24.3%; una similar relación se observa en Colombia y Panamá, aunque en este último país se da en un contexto de elevadas tasas de desempleo juvenil” (CEPAL, 1999b). El cuadro III.6 proporciona los detalles del caso.

Cuadro III.6

**AMÉRICA LATINA (12 PAÍSES): TASA DE DESEMPLEO ABIERTO DE LOS JÓVENES DE 15 A 24 AÑOS DE EDAD
SEGÚN SEXO Y NIVEL DE INGRESO DEL HOGAR, ZONAS URBANAS, 1990 Y 1997 a**

País	Sexo	Total		Cuartil 1		Cuartil 2		Cuartil 3		Cuartil 4	
		1990	1997	1990	1997	1990	1997	1990	1997	1990	1997
Argentina b											
	Ambos sexos	13.2	24.3	27.7	45.7	13.4	27.5	8.2	16.0	4.7	4.8
	Hombres	11.5	21.1	25.2	40.8	8.7	21.5	8.5	13.2	4.3	2.4
	Mujeres	16.1	29.2	31.7	54.9	22.7	37.1	7.5	19.8	5.3	7.9
Bolivia c											
	Ambos sexos	19.3	8.5	37.8	16.5	20.0	9.2	15.1	6.9	9.7	2.0
	Hombres	18.4	7.5	37.8	16.1	19.1	8.6	13.2	4.8	10.1	2.3
	Mujeres	20.6	9.9	37.8	17.0	21.4	9.9	17.9	10.0	9.1	1.3
Brasil d											
	Ambos sexos	8.6	15.3	14.0	22.7	8.4	14.9	6.5	11.4	4.7	10.1
	Hombres	8.8	12.8	14.8	18.4	7.7	12.0	6.5	9.8	4.9	9.3
	Mujeres	8.3	19.1	12.6	29.4	9.5	19.2	6.4	13.8	4.3	11.1
Chile d											
	Ambos sexos	18.5	13.5	35.2	25.8	18.8	12.9	9.0	7.9	8.2	5.8
	Hombres	17.0	10.7	31.3	21.9	17.3	8.7	8.2	5.7	6.4	3.8
	Mujeres	20.8	18.0	42.7	33.8	21.5	19.6	10.2	11.1	10.5	8.4
Colombia											
	Ambos sexos	21.7	25.5	34.1	44.0	22.8	24.3	14.7	17.6	13.1	15.0
	Hombres	18.0	20.7	27.9	35.1	18.4	18.1	11.7	14.0	11.9	16.1
	Mujeres	26.9	31.5	43.4	55.4	28.8	32.5	19.0	21.9	14.4	13.7
Costa Rica											
	Ambos sexos	10.6	13.1	23.5	26.7	9.7	11.3	6.4	10.3	6.4	6.2
	Hombres	9.8	11.4	25.0	24.5	6.2	10.3	5.5	8.3	6.9	4.7
	Mujeres	11.8	16.4	20.7	30.2	16.4	13.7	7.6	14.1	5.5	8.6
Ecuador											
	Ambos sexos	14.1	19.7	27.2	32.1	13.1	19.6	11.8	15.6	6.7	8.7
	Hombres	11.2	15.1	22.3	26.4	10.1	13.2	8.9	12.1	5.0	7.6
	Mujeres	19.2	27.2	36.8	40.1	19.2	31.5	16.8	22.6	9.2	10.1
Honduras											
	Ambos sexos	11.2	9.4	20.6	19.6	15.3	11.0	7.2	5.8	3.7	1.5
	Hombres	11.5	9.2	20.4	18.7	15.6	9.9	5.6	5.3	4.4	1.8
	Mujeres	10.7	9.7	21.0	21.2	14.9	12.9	10.1	6.7	3.1	1.1
México e											
	Ambos sexos	9.9	12.5	16.6	18.9	9.1	12.3	3.6	7.3	8.7	5.7
	Hombres	10.1	13.8	16.9	21.1	8.9	12.2	3.3	8.2	8.1	6.4
	Mujeres	9.6	10.3	15.8	14.4	9.3	12.4	4.2	5.7	9.7	4.8
Panamá f											
	Ambos sexos	37.4	31.5	47.5	45.0	40.1	31.8	29.0	26.8	24.2	17.4
	Hombres	32.0	26.8	39.7	36.9	32.9	25.6	27.6	22.6	19.5	17.9
	Mujeres	47.1	39.7	63.5	61.3	52.6	43.4	31.3	33.7	31.5	16.8
Uruguay											
	Ambos sexos	24.7	26.4	35.8	35.5	21.8	25.3	17.4	17.8	15.7	15.4
	Hombres	22.2	21.8	33.2	28.9	18.8	21.3	13.8	15.1	14.6	12.2
	Mujeres	28.5	33.1	39.8	44.8	25.9	30.8	23.1	22.0	17.1	19.7
Venezuela											
	Ambos sexos	18.4	20.0	36.1	33.6	19.9	20.5	12.9	14.5	6.5	12.2
	Hombres	17.8	16.4	34.2	30.0	18.8	16.6	12.2	11.0	6.6	8.7
	Mujeres	19.9	27.5	42.5	44.0	23.7	28.3	15.0	21.8	6.5	18.4

Fuente: CEPAL, Panorama social de América Latina, 1998.

a No incluye a los empleados domésticos que habitan en el hogar.

b Gran Buenos Aires.

c Período 1989-1997.

d Período 1990-1996.

e Período 1992-1996.

f Período 1991-1997.

En ese mismo análisis, la CEPAL constató que “el desempleo entre los jóvenes que no asisten a establecimientos educativos se da con mayor severidad en los hogares de bajos ingresos. En Argentina, por ejemplo, un aumento de 6 puntos porcentuales entre 1990 y 1997 de la participación de los jóvenes que no estudian y que pertenecen a hogares pobres tuvo como correlato un aumento de más de 15 puntos en la tasa de desempleo, mientras que en Brasil, en un contexto de baja de la actividad —debido especialmente a la detención del ritmo de crecimiento de la participación femenina—, la tasa de desempleo de los jóvenes que no estudian se elevó 8 puntos. México, en tanto, muestra un aumento de 3 puntos en el desempleo de los jóvenes que no estudian pertenecientes a hogares pobres, con una tasa de participación estable en el período” (*ibid.*). También son destacables los casos de Costa Rica y Uruguay, “en los que a pesar del descenso de las tasas de participación de estos jóvenes, sus tasas de desempleo aumentaron, del 24% al 35% en el primer caso y del 39% al 45% en el segundo”. La información correspondiente aparece en el cuadro III.7.

Cuadro III.7

**AMÉRICA LATINA (12 PAÍSES): TASAS DE PARTICIPACIÓN Y DESEMPLEO DE LOS
JÓVENES DE 15 A 24 AÑOS DE EDAD QUE NO ESTUDIAN PERTENECIENTES A
HOGARES POBRES, ZONAS URBANAS ^a**

País	Año	Tasa de participación	Tasa de desempleo
Argentina ^b	1990	58.6	40.0
	1997	64.6	55.4
Bolivia	1989	61.5	24.1
	1997	69.1	10.5
Brasil	1990	64.5	13.3
	1996	60.7	21.4
Chile	1990	52.6	31.9
	1996	52.0	31.1
Colombia	1990	63.4	30.5
	1997	66.6	36.3
Costa Rica	1990	55.0	24.3
	1997	46.7	34.9
Ecuador	1990	64.4	16.3
	1997	70.8	25.1
Honduras	1990	61.0	14.8
	1997	68.4	13.1
México	1992	64.6	16.4
	1996	64.7	19.4
Panamá	1991	64.2	43.6
	1997	66.4	43.7
Uruguay	1990	69.5	39.5
	1997	67.1	45.3
Venezuela	1990	51.4	34.8
	1997	64.5	27.6

Fuente: CEPAL, Panorama Social de América Latina, 1998.

^a No incluye a los empleados domésticos que habitan en el hogar.

^b Gran Buenos Aires.

Al cruzar variables de educación y condición laboral se pueden identificar al menos tres grandes grupos de jóvenes:

i) adolescentes y jóvenes que trabajan y no pueden continuar estudiando (alrededor de dos tercios de los que han logrado emplearse), la mayor parte de los cuales trabaja para aportar ingresos a su hogar; pero esto les impide poder prepararse más y mejor a objeto de aspirar a mayores ingresos en el futuro;

ii) jóvenes que ni estudian ni trabajan, que si bien han disminuido numéricamente desde comienzos de los años noventa, siguen representando —en el caso de los varones no autónomos de 15 a 24 años— entre el 12% y el 40% en los hogares pobres y entre el 2% y el 10% en los hogares de más elevados ingresos; y

iii) jóvenes que ya no asisten a la enseñanza y tienen menos de 10 años de educación —que es el nivel aceptado como necesario para acceder a puestos de trabajo urbanos con productividad y retribución asociadas a niveles aceptables de bienestar— que no obstante haber disminuido, siguen representando entre el 20% y el 54% del total; la situación es más grave en el cuartil de más bajos ingresos, en donde las cifras correspondientes van del 38% al 82%, según el país.

Los problemas que se enfrentan en cada grupo son diferentes, pero en los tres casos la situación es tan compleja como preocupante y desafía significativamente al diseño y la aplicación de políticas públicas, sobre todo si se considera que las perspectivas futuras del mercado de trabajo no son muy alentadoras. Por una parte, porque el propio crecimiento económico aún no logra su sostenibilidad y, por otra, porque la creación de nuevos puestos de trabajo amplía cada vez más la brecha entre empleos de alta y baja calificación, en un marco en que el peso de la creación de puestos de trabajo sigue recayendo en el sector informal. Según informa la OIT, en el período 1990-1998 seis de cada 10 nuevos puestos creados correspondieron a este sector, mientras que los otros cuatro correspondieron al sector privado moderno, dado que el sector público no generó puestos de trabajo durante el período (OIT, 1999).

3. Los jóvenes y la salud: conductas de riesgo y acceso a servicios específicos

Otra esfera clave en lo que atañe a las condiciones de vida de los jóvenes en América Latina y el Caribe es la vinculada con su salud. Al menos tres esferas son destacables en materia de análisis: la salud reproductiva, el consumo de drogas y las tendencias de la mortalidad (asociadas en gran medida a accidentes de tránsito y a homicidios). El *Informe sobre la salud en las Américas, 1998*, de la OPS, entrega la información necesaria, y una síntesis de la misma se aprecia en el cuadro III.8.

Cuadro III.8

**INDICADORES DE SALUD REPRODUCTIVA DE LAS ADOLESCENTES
DE 15 A 19 AÑOS EN PAÍSES SELECCIONADOS DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE**

	A	B	C	D
Brasil 1996	39	61	13	35
Bolivia 1994	43	57	2	44
Colombia 1995	42	62	8	39
Guatemala 1996	56	61	2	45
Haití 1994-1995	45	62	2	36
Paraguay 1995-1996	46	71	31	41
Perú 1996	38	53	5	26
República Dominicana 1996	53	59	8	41

Fuente: Organización Panamericana de la Salud (OPS), *Informe sobre la salud en las Américas, 1998*, Washington, 1998.

A – Porcentaje de mujeres en unión consensual antes de los 20 años.

B – Porcentaje de mujeres que tuvieron relaciones sexuales antes de los 20 años.

C – Porcentaje de mujeres que usan anticonceptivos modernos.

D – Porcentaje de mujeres embarazadas antes de los 20 años.

En lo que se relaciona con la salud reproductiva, el Informe establece que “en los dos últimos decenios, la región ha experimentado un cambio del matrimonio hacia la unión consensual y un aumento de la edad en que las parejas se unen en matrimonio. La tendencia a casarse a mayor edad —se especifica— está vinculada con el mejoramiento de la condición de la mujer en la sociedad y con su rendimiento escolar. La edad promedio para casarse en América Latina y el Caribe es actualmente de alrededor de 22 años, y aunque varía de un país a otro y dentro de los países, en general cabe afirmar que 17% de la población femenina de 15 a 19 años de la región está casada, y según los datos de las encuestas de demografía y salud, en 1996, el porcentaje de mujeres casadas o en unión consensual a los 20 años variaba de 38% en Perú a 56% en Guatemala” (OPS, 1998b).

En la misma línea de análisis, el Informe indica que “la temprana iniciación de la actividad sexual de los adolescentes de ambos sexos es un fenómeno común en las Américas. En 1996 —se informa— de 40% a 60% de los adolescentes de América del Norte eran sexualmente activos a los 16 años; en 1994, 40% de los adolescentes de El Salvador y del Brasil habían tenido relaciones sexuales a los 15 años. En 1996 se estimó que 50% de los adolescentes menores de 17 años eran sexualmente activos en América Latina. En los ocho países cubiertos en las encuestas de salud y demografía, entre 53% y 71% de las mujeres habían tenido relaciones sexuales antes de los 20 años (...) La actividad sexual temprana, junto con el bajo rendimiento escolar, suelen ocasionar —según la OPS— mayores tasas de natalidad (...) y expone a los adolescentes al riesgo de quedar embarazadas y de contraer la infección por el Síndrome de inmunodeficiencia adquirida (VIH) y otras enfermedades de transmisión sexual. Con todo —acota el informe— las jóvenes de la región a menudo no se protegen contra el embarazo o no buscan tratamiento

para enfermedades de transmisión sexual, por causa de normas sociales, restricciones financieras, actitud de los dispensadores de atención, falta de confidencialidad y pocos conocimientos” (*ibid.*).

Abundando en este último tema, el Informe establece que “en los países cubiertos por las encuestas de demografía y salud, un promedio de 38% de las mujeres habían quedado embarazadas antes de los 20 años. En la mayoría de los países, entre el 15% y el 25% de los nacimientos corresponden a madres adolescentes. El porcentaje de adolescentes de 19 años que habían tenido uno o más hijos varió de 6.4% en Colombia a 8.9% en Bolivia, 11.7% en República Dominicana y 14.4% en Guatemala. La mortalidad materna —acota el informe— sigue siendo una de las principales causas de defunción de las mujeres adolescentes (...) y el riesgo de morir por causas relacionadas con el embarazo que tiene una adolescente en América Latina es 50 veces mayor que el de su homóloga en los Estados Unidos” (*ibid.*).

El *Panorama social* (CEPAL, 1998b), agrega una dimensión muy relevante al análisis, al destacar que “la maternidad temprana se concentra en los estratos de menores ingresos, como lo demuestra el hecho de que 80% de las madres adolescentes en las zonas urbanas y 70% en las rurales pertenecen al 50% de los hogares más pobres. En el cuartil de menores ingresos, más del 35% de las mujeres han tenido a su primer hijo antes de los 20 años de edad, en tanto que en el cuartil superior estos casos no llegan a exceder de 10%. Las diferencias son aún más pronunciadas si se considera el nivel educativo de las mujeres: entre las que no completaron la educación primaria, casi la mitad fueron madres adolescentes, en comparación con sólo un 7% entre las que egresaron de la educación secundaria”.

En lo que atañe al consumo de drogas, la información disponible es muy escasa y no siempre confiable. El Informe de la OPS destaca información parcial correspondiente a dos países, indicando que “según una encuesta realizada en Bolivia en 1996 en la población de 12 a 17 años, el 11% las habían consumido en algún momento y otro 6% las usaban en el momento de la encuesta. En la población de 18 a 24 años, 15% las habían consumido alguna vez y 4% eran usuarios corrientes. La mayoría de los adolescentes bolivianos (54%) habían comenzado a usarlas entre los 12 y los 17 años, y una alarmante proporción de 8% de niños, entre los 5 y los 11 años (...) Un estudio realizado en cuatro ciudades de Panamá indicó que las tasas de prevalencia de abuso de analgésicos en el grupo más joven —el de 12 a 14 años— fueron de 34% y las de uso de sustancias inhalantes y sedantes de 4% (...) y entre los adolescentes de 15 a 19 años, la tasa de prevalencia de abuso de analgésicos fue de 43% y comenzó a observarse una tasa bastante baja de prevalencia de uso de marihuana (4%) y sustancias hipnóticas (3%)”. El Informe destaca también que “América Latina y el Caribe tienen una elevada prevalencia de tabaquismo en adolescentes. Por ejemplo, 57% de los jóvenes de 15 a 19 años en Perú y 41% en Cuba fuman, en comparación con 17% en Canadá y 15% en los Estados Unidos de América” (*ibid.*).

En la región, el tema de las drogas es sumamente complejo si se tiene en cuenta que en torno al mismo se mueven intereses muy poderosos e involucrados en el fenómeno del narcotráfico, que manipulan poderes públicos y privados de alto nivel, influyendo notoriamente en la dinámica económica, social y política de la región. Los estudios realizados muestran la importancia geopolítica del tema, en particular en lo que se refiere a las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos de América, al tiempo que destacan los estigmas que se han erigido en torno a estos temas, confundiendo el simple consumo ocasional (muy común entre los jóvenes) con las adicciones (mucho más acotadas en cuanto a dimensiones) y aún con el propio tráfico de drogas (Hoppenhayn, 1997).

Por su parte, y en relación al tercer tema de esta sección, el Informe de la OPS establece que “un análisis de las tasas de mortalidad en la región en 1997 muestra que las principales causas de defunción del grupo de 10 a 14 años de edad son los accidentes, la violencia, los tumores malignos y las enfermedades infecciosas, mientras que en la población de 15 a 19 años de edad, las principales causas de

defunción son los accidentes, el homicidio, el suicidio, los tumores malignos, las enfermedades del corazón y las complicaciones del embarazo, el parto y el puerperio”. El informe indica también que “la mortalidad de los varones es mayor que la de las mujeres jóvenes: por ejemplo, la mortalidad de los hombres por accidentes y homicidio es tres y seis veces mayor, respectivamente, que la de las mujeres”.

El Informe pone un particular énfasis en el tema de la violencia, diciendo que “de las defunciones causadas por homicidio en la región de las Américas, 28.7% fueron de adolescentes de 10 a 19 años ... en 10 de los 21 países con una población de más de un millón de habitantes, el homicidio ocupa el segundo lugar entre las principales causas de defunción del grupo de 15 a 24 años de edad, y es una de las cinco causas principales en 17 de esos países. Las mayores tasas de mortalidad por homicidio se registran en hombres de 15 a 24 años de edad. Algunos países con elevadas tasas de homicidio en hombres de ese grupo de edad son Colombia (267 por 100 000 habitantes), Puerto Rico (93), Venezuela (69) y Brasil (72). Los países con tasas intermedias son México (41 por 100 000), Estados Unidos (38), Panamá (32), Ecuador (26) Trinidad y Tabago (21) Cuba (18) y Argentina (11). Chile, Uruguay, Costa Rica y Canadá tienen bajas tasas de mortalidad por homicidio en ese grupo”.

“La muerte prematura de gente joven por violencia —enfatisa la OPS— deja una pérdida económica y social y, aún así, ésta es sólo una parte del problema. La Organización Mundial de la Salud (OMS) estima que por cada niño y adolescente que muere de algún traumatismo, quedan 15 gravemente afectados por el incidente y otros 30 a 40 declaran daños que exigen tratamiento o rehabilitación de índole médica y psicológica. Además, la violencia en la adolescencia no se limita al traumatismo físico, sino que comprende también abuso sexual, emocional y verbal, abandono, amenazas, agresión sexual y otras formas de abuso psicológico” (*ibid.*).

C. TRANSMISIÓN INTERGENERACIONAL DE OPORTUNIDADES

El tema de las condiciones de vida de los jóvenes se sitúa en un contexto socioeconómico más amplio y complejo, y su análisis está determinado en gran medida por el hogar de origen de éstos. El *Panorama social de América Latina, de la CEPAL 1997*, investigó estas interrelaciones y documentó muy rigurosamente estos fenómenos. En el marco de este informe, una síntesis de sus principales hallazgos puede resultar pertinente.

1. Transmisión intergeneracional del capital educacional

“Al menos la mitad de los latinoamericanos —sostiene el informe— ven limitadas tempranamente sus oportunidades de bienestar, como consecuencia de las características que asume la transmisión intergeneracional de capital educativo y de oportunidades laborales, que junto a otros factores son determinantes de la elevada y persistente desigualdad socioeconómica regional” (CEPAL, 1998b). El juicio, categórico e inobjetable, se basa en el análisis de un conjunto de indicadores que lo demuestran claramente.

Así, y de acuerdo a los datos disponibles de Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Honduras, Panamá, Paraguay, Uruguay y Venezuela, la CEPAL sostiene que “el 80% de los jóvenes urbanos proviene de hogares en que los padres presentan un capital educativo insuficiente (menos de diez años de estudios) y de un 60% a un 80% de ellos no alcanza el umbral educativo básico para acceder al bienestar, que actualmente exige —dependiendo de los países— alrededor de 12 años de estudio (...) Esto significa

—se enfatiza— que entre el 48% y el 64% de los latinoamericanos de zonas urbanas ven restringidas sus oportunidades futuras ya en su hogar de origen. Las posibilidades de los jóvenes que viven en áreas rurales son aún más limitadas, dado que quienes no logran acumular un capital educativo mínimo representan un porcentaje similar al de las áreas urbanas, incluso considerando umbrales más bajos. Esta elevada proporción de jóvenes que heredan una educación insuficiente —subraya el informe— a lo largo de su vida se traducirá en empleos mal remunerados, lo que establece umbrales a sus oportunidades de bienestar y a la de los hogares que formen” (*ibid.*).

Para llegar a esta conclusión, la CEPAL elaboró una metodología que le permite medir el fenómeno de acuerdo a ciertos parámetros específicos. De esta forma, se parte de la cantidad de años de educación acumulados por los padres e hijos —que se declaran en las encuestas de hogares de los diferentes países—, pero incorpora un ajuste por la devaluación de la educación sufrida en el marco del aumento de la cobertura de ésta, dado que se necesitan cada vez más años de estudio para poder lograr igual inserción ocupacional y el mismo ingreso que en el pasado. Es por ello que, “mientras en promedio los jóvenes tienen tres años de estudio más que sus padres, puesto que se ha elevado de 6.5 a 10 años en las áreas urbanas y de 3 a 6.5 en las rurales, sólo la tercera parte en las primeras y la décima parte en las segundas ha tenido un aumento significativo y suficiente respecto de la educación de sus padres” (*ibid.*).

Un segundo juicio relevante de la CEPAL hace referencia a la transmisión del capital educacional entre padres e hijos, expresado en los siguientes términos: “pese a la importante expansión educacional registrada en la región, en los últimos 15 años se mantuvieron las acentuadas desigualdades en las posibilidades de los jóvenes de diferentes estratos sociales de lograr un nivel de educación que les permita alcanzar un cierto nivel mínimo de bienestar. Actualmente —se destaca— sólo alrededor del 20% de los jóvenes cuyos padres no completaron la educación primaria logran terminar el ciclo secundario; en cambio —se agrega— ese porcentaje supera el 60% entre los hijos de padres que han cursado al menos 10 años de estudio”.

Este hecho es más marcado en el caso de los países que tienen niveles relativamente inferiores de cobertura educativa. En efecto, en Brasil, Colombia, Honduras, México, Paraguay y Venezuela —incluidos en el primer grupo— sólo uno de cada seis jóvenes, cuyos padres tienen menos de seis años de educación, completan la enseñanza media. En cambio, tres de cada cuatro jóvenes, cuyos padres tienen más de 12 años de estudio, alcanzan ese nivel. Por su parte, en los países incluidos en el segundo grupo: Argentina, Chile, Costa Rica, Panamá y Uruguay, la proporción de jóvenes que cursan 12 años o más de estudio alcanza, en promedio, al 51%, superando holgadamente el promedio del primer grupo que se ubica en el 29%. Asimismo, mientras sólo el 30% de los hijos de padres con menos de seis años de estudio termina la educación media, el 85% de los hijos de padres que lo completaron alcanzan este nivel.

A los aspectos cuantitativos hay que sumar elementos cualitativos que refuerzan las desigualdades anotadas. Así, un estudio de la UNESCO (1996) señala que “mientras que el promedio de los estudiantes apenas alcanzan el 50% de lo esperado en el currículo oficial, los matriculados en colegios privados fácilmente logran cerca del 100%”. En la misma línea se afirma luego que “un análisis de las respuestas en lectoescritura indica que dos de cada cinco alumnos de cuarto y quinto grados no entienden lo que leen y que ellos son los que pertenecen a las familias de niveles socioeconómicos bajos, lo que indica que hay serios problemas de equidad en la calidad de la educación en la región” (*ibid.*). Todas las evaluaciones realizadas en los últimos años en América Latina y el Caribe, confirman esta clase de diagnósticos.

2. Capital educativo y oportunidades ocupacionales

Siguiendo con su análisis, el *Panorama social* de la CEPAL entrega un tercer juicio de gran relevancia: “el perfil de la inserción ocupacional de los jóvenes refleja la influencia determinante que ejerce la situación socioeconómica y educacional del hogar de origen en las oportunidades de bienestar. Quienes crecen en hogares con escasos recursos difícilmente superan la condición de obrero, mientras que los que provienen de hogares con mayores recursos suelen desempeñarse como profesionales, técnicos o en cargos directivos, y tienen asegurada al menos una inserción ocupacional no inferior a empleado administrativo o vendedor” (*ibid.*).

La evidencia aportada como respaldo al juicio emitido es muy elocuente. De esta manera, se aprecia que entre los jóvenes con 12 o más años de estudio acumulados, predominan claramente los profesionales, técnicos y directivos en general: 55% en Brasil, 52% en Colombia, 51% en Costa Rica, 49% en Honduras, 44% en Uruguay y 42% en Chile a nivel urbano considerando 13 años y más en estos dos últimos casos. A nivel rural las cifras son las siguientes: 69% en Honduras, 54% en Colombia y Costa Rica, 49% en Brasil y 42% en Chile. Los ingresos urbanos de este grupo fluctúan entre 5 y 12 líneas de pobreza (LP). En el grupo intermedio —compuesto por jóvenes que tienen entre 9 y 11 años de estudio acumulados— la situación no es mucho mejor que en el grupo más vulnerable: poco más del 40% de ellos logran desempeñarse en áreas urbanas, y a lo sumo como empleado administrativo, contador, vendedor o dependiente, pero su ingreso promedio mensual sólo alcanza entre 3 y 3.5 LP; asimismo, más del 50% se desempeña como operario, obrero, vigilante, mozo o empleado doméstico, con un ingreso promedio de entre 2.5 y 3.5 LP.

Entre los jóvenes que tienen 8 años o menos de estudio acumulados, al menos un 80% suele desempeñarse como obrero, vigilante, mozo o empleado doméstico, con un ingreso promedio mensual que generalmente fluctúa entre 2 y 2.5 LP, “lo que es insuficiente para garantizar el bienestar familiar”. En los casos de Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Honduras y Uruguay, el 77% de los jóvenes con ocho años o menos de estudio (en las áreas urbanas de Brasil) y el 88% de los chilenos en similar condición se concentran en estas ocupaciones. En las áreas rurales, más del 90% de quienes tienen estos niveles educativos se desempeña como trabajador agrícola, obrero, vigilante, mozo o empleado doméstico con un ingreso promedio mensual de 2 a 3 LP.

Estas cifras permiten que la CEPAL señale la presencia de “una muy alta homogeneidad en el vínculo educación-ocupación-ingreso que determina la estratificación socioeconómica de la región”, lo que lleva a su vez a insistir en la necesidad de “mejorar significativamente la equidad en lo que respecta al nivel educativo de niños y jóvenes de los estratos de menores recursos, por ser el único capital que éstos heredan”. Como corolario de las afirmaciones anteriores, el *Panorama social* hace un juicio categórico respecto a las perspectivas futuras en estas materias: “aun en condiciones de crecimiento económico sostenido, en los próximos 10 años resultará difícil lograr mejoras importantes en la distribución del ingreso en la mayoría de los países de la región”.

Según el informe: “Esto se debe a que el ingreso laboral, principal componente de la distribución, depende de un perfil ocupacional que, al menos en un 80%, se encuentra ya configurado, dado que la incorporación de nuevos integrantes a la población activa ocupada y la salida de personas de este grupo modifican su composición a un ritmo anual de 2 a 3% (...) en la mayoría de las experiencias recientes de crecimiento, se registra una ampliación de la brecha entre la remuneración correspondiente a las ocupaciones más frecuentes en el 10% de ingresos superiores, que crecieron a un ritmo anual de 7%, y las que son características del 40% de ingresos más bajos, que aumentaron a una tasa de 3.5%” (*ibid.*).

Las evidencias del informe se refieren a Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Honduras y Uruguay, pero seguramente la situación es muy similar en la mayor parte de los países no incluidos por falta de datos estadísticos. En Chile, la tasa promedio anual de crecimiento de los ingresos en las ocupaciones con bienestar suficiente fue, de 1990 a 1994, del 12.3%, mientras que para las ocupaciones con bienestar insuficiente fue del 6%. En el otro extremo, las diferencias son notoriamente menores en Uruguay (6.2% y 5.7%, respectivamente), pero en Colombia también son muy marcadas (6.1% y 1.5%, respectivamente). Costa Rica muestra una situación menos acentuada, ya que las cifras son 3.5% y 1.6%, respectivamente.

Por todo lo expresado, “es probable que en los próximos años se mantenga o incluso se acentúe la disparidad entre las retribuciones recibidas por los ocupados con altos y bajos niveles de calificación, y que esta tendencia acompañe los procesos de crecimiento sostenido con tasas deseables, superiores al 5% anual (...) Esta fuerza inercial, que mantiene elevada la concentración del ingreso, no sólo plantea crecientes desafíos en términos de políticas que favorezcan la equidad distributiva, sino que también exige mayores esfuerzos para evitar una acentuación de la desigualdad prevaleciente en la mayoría de los países” (*ibid.*).

3. La influencia de los contactos familiares

Otra dimensión que permite medir la influencia determinante del hogar de origen en la trayectoria laboral de los jóvenes, es la vinculada con la incidencia de los contactos familiares en la obtención de empleos y —sobre todo— en el nivel de remuneraciones alcanzado. El *Panorama social* mencionado intentó medir esta variable, concentrándose en la situación de los jóvenes que completaron 12 o más años de estudio, y analizando las remuneraciones promedio que reciben, para cuyo objeto discriminó entre aquellos que son hijos de padres con 9 o menos años de estudio y los que son hijos de padres con 10 o más años de estudio.

Sobre base de la información relativa a Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica y Uruguay, el informe sostiene que “a partir de ciertos niveles de educación se comprueba que la transmisión intergeneracional de oportunidades de bienestar se ve influenciada por los contactos sociales, que derivan del hogar de origen. El mayor nivel de contactos de algunos hogares se traduce en promedio en un 30% más de ingresos de sus jóvenes, aunque trabajen en los mismos grupos ocupacionales y tengan similares niveles de educación”.

En términos de líneas de pobreza, los jóvenes hijos de padres con menos de 9 años de educación obtienen un ingreso de 4.1 LP, mientras que en el caso de los hijos de padres con más de 10 años de estudio éste sube a 5.6 LP. En el caso de Chile, el primer grupo percibe un ingreso de 3.6 LP, monto que aumenta a 6.1 LP en el segundo grupo; en Brasil, los respectivos valores son 4.3 LP y 6.1 LP; en Colombia, las cifras son 3.7 LP y 5.4 LP, respectivamente.

El informe discrimina la situación de los profesionales y técnicos respecto de la de empleados administrativos y contables, y de vendedores y dependientes, pero las diferencias no son demasiado relevantes como para comentarlas en particular. Lo importante es el juicio global que se emite: “dado que (los jóvenes analizados) no presentan diferencias en términos del promedio de años de estudio alcanzado, en función del hogar del que provienen, no deberían presentar diferencias en cuanto al ingreso promedio que reciben”. La diferencia observada —sostiene el informe— “sería atribuible entonces al efecto de los contactos sociales”.

4. Definición temprana de roles según género

El *Panorama social* de la CEPAL se concentra también en el análisis de las consecuencias que este tipo de dinámicas provocan en la asunción temprana de roles, diferenciando los casos de las y los adolescentes: “Alrededor del 60% de las mujeres y algo menos del 50% de los varones entre 15 y 19 años de edad —destaca el informe— se dedican a estudiar sin tener que asumir otras responsabilidades, lo que les permite acumular mayor capital educativo. En cambio —señala— entre los que abandonan la educación, se aprecia que cerca de la mitad de las mujeres pasan a realizar exclusivamente quehaceres domésticos, mientras que casi la totalidad de los hombres ingresan al mercado de trabajo, lo que les otorga más habilidades y amplía sus posibilidades, con relativa independencia de la calidad de la inserción ocupacional que logren. En las zonas rurales —agrega el informe— la exclusiva asistencia a las aulas sólo alcanza al 36% de las adolescentes y al 24% de los adolescentes” (CEPAL, 1998b).

La CEPAL subraya que estas diferencias de género no se relacionan con el nivel de ingresos de los hogares: “En el cuartil de menores ingresos hay 10% más de mujeres que de varones que solamente estudian (50% contra 41%). Dicha diferencia se mantiene en el cuartil de mayores ingresos, aunque a un nivel más elevado (76% contra 67%). Se registran resultados similares entre los adolescentes que residen en hogares de los dos cuartiles intermedios. Estas diferencias permiten que tanto en las zonas urbanas como en las rurales, las mujeres acumulen un número mayor de años de estudio que los varones”.

En realidad, las diferencias se relacionan con el clima educacional del hogar. “En efecto, entre quienes viven en hogares de muy bajo clima educacional (donde los adultos tienen menos de 6 años de instrucción) estudian con dedicación exclusiva 41% de las mujeres y 30% de los hombres urbanos, mientras que en los hogares de clima educacional alto (adultos con 10 o más años de estudio) están en tal situación 79% de las mujeres y 75% de los hombres urbanos”. A nivel rural, las cifras son 28% y 19% en el primer caso y 71% y 67% en el segundo.

Por otra parte, el informe retoma el tema de las diferentes rutas seguidas por varones y mujeres desertores del sistema educativo, en lo que se refiere a su inserción laboral: “En 11 países examinados y como promedio —se acota— alrededor del 33% de los varones urbanos han ingresado al mercado de trabajo y abandonado sus estudios. Esta situación sólo alcanza al 16% de las mujeres, debido a que 12% de ellas realizan trabajo doméstico no remunerado en su hogar. En las zonas rurales tal fenómeno se agrava y se acentúan las diferencias entre ambos sexos, ya que 60% de los varones trabajan y no asisten a clase, en tanto ello se aplica sólo al 21% de las mujeres, ya que 33% de ellas desempeñan quehaceres domésticos” (*ibid.*).

En este caso, las diferencias de roles por género se vinculan tanto a la capacidad socioeconómica como al clima educacional de los hogares. “Por ejemplo, en el cuartil de menores ingresos de las zonas urbanas, trabajan remuneradamente 39% de los varones y sólo el 19% de las mujeres, porque 18% de ellas desempeñan quehaceres domésticos. En cambio, en el cuartil de más altos ingresos, las cifras correspondientes son 16% para los varones y 9% y 4% respectivamente para las mujeres. Estas mismas diferencias se registran tanto en las zonas urbanas como en las zonas rurales de todos los países examinados”.

Además, “la proporción de adolescentes de 15 a 19 años en esta situación desciende sobremanera a medida que aumenta el clima educacional de los hogares, lo que destaca que no son sólo las restricciones económicas las que definen las oportunidades de bienestar en esa etapa del ciclo de vida, sino que éstas también se ven muy afectadas por las aspiraciones de los padres respecto de sus hijos”. Así,

mientras que en los hogares de clima educacional bajo trabajan el 50% de los varones y el 25% de las mujeres, en los hogares de clima educacional alto lo hacen el 9% y el 6% respectivamente.

Estos antecedentes —concluye el informe— “revelan que la elevación de los niveles de educación en los estratos medios y bajos tendrá también un fuerte impacto en la mitigación de la falta de equidad que surge de la diferenciación de roles por género en la niñez y en la adolescencia, y que perjudica principalmente a las mujeres que abandonan sus estudios. Ello obedece a que el mayor clima educacional de los hogares se manifiesta en una más alta valoración de la educación de los hijos y en una visión más equitativa de los roles que, además de aumentar las oportunidades de bienestar de varones y mujeres, tiende a igualarlos desde la niñez” (*ibid.*).

D. FORMAS DE REPRESENTACIÓN Y PARTICIPACIÓN JUVENIL

Los jóvenes que en la actualidad tienen entre 15 y 24 años, son hijos del ajuste y de la democratización. Nacieron entre mediados de los años setenta y mediados de los años ochenta y crecieron en medio del ajuste y de las reformas estructurales de los últimos 15 años. No conocieron directamente las revueltas estudiantiles de los años sesenta ni las protestas antidictatoriales del cono sur o la guerra civil centroamericana de los años setenta y principios de los ochenta. Sólo los más grandes vieron por televisión la caída del Muro de Berlín y pudieron hacerse una idea medianamente clara del significado del histórico evento, pero la mayor parte de ellos disfruta, o al menos conoce, la existencia de consumos culturales altamente globalizados.

Sin duda, les tocó nacer y crecer en un contexto notoriamente distinto del de sus padres. Pero, ¿cómo son realmente estos jóvenes? ¿Qué piensan del país en que viven? ¿Valoran la democracia? ¿Qué expectativas tienen en relación al futuro? ¿Son todos iguales o existen diferencias muy marcadas entre los diferentes subgrupos juveniles? ¿Cómo los ven los adultos? Algunas encuestas específicas realizadas durante la última década en varios países de la región —Argentina, Bolivia, Chile, Costa Rica, Paraguay, Uruguay y Venezuela—, así como otros estudios más genéricos efectuados en un conjunto más amplio de países en los últimos años permiten acercarse a las posibles respuestas, al menos parcial y preliminarmente.

1. Organizaciones y movimientos juveniles: diversidad y transitoriedad

La mayoría de los jóvenes latinoamericanos y caribeños está totalmente al margen de las organizaciones y movimientos juveniles existentes. Apenas entre un 5% y un 20% —según los países y los momentos en que las encuestas fueron realizadas— declaran participar de alguna en especial. La abrumadora mayoría de los que participan lo hacen en organizaciones deportivas o religiosas. Si bien muchos asisten alguna vez a conciertos de rock u otros eventos musicales similares, las principales actividades que realizan en su tiempo libre tienen que ver con “pasarla con amigos”, mirar televisión o ir al cine o a bailar.

Así lo demuestran las respuestas a las encuestas de juventud realizadas en Argentina (1993 y 1997), Bolivia (1996), Chile (1994 y 1997), Costa Rica (1996), Paraguay (1998), Uruguay (1990 y 1995) y Venezuela (1992); y constataciones similares surgen de muchas otras encuestas de opinión pública efectuadas en una gama más amplia de países por diferentes empresas privadas. Las mismas encuestas demuestran que la presencia de jóvenes en partidos políticos, movimientos estudiantiles, sindicatos y

otras organizaciones sociales es ínfima; esto contrasta notoriamente con las respuestas que dan cuando se les consulta acerca de su interés en participar en dichas organizaciones, que siempre es más alto.

La aparente contradicción resulta lógica, dado que los jóvenes quisieran participar, pero con otras reglas de juego, más abiertas y horizontales y sin sentirse manipulados. Allí radica, probablemente, una de las claves para interpretar a los jóvenes de hoy (y probablemente de todos los tiempos), puesto que si algo los caracteriza es —como ya vimos— su deseo de autonomía. Se encuentran recorriendo el camino desde la total dependencia de sus padres (propia de la niñez) a la total autonomía (propia de la condición adulta), y lo que menos quieren tener en las organizaciones y movimientos juveniles es otros padres o tutores; algo de eso ocurre también —en otro contexto— con profesores y maestros.

Entre los que participan se verifica siempre una gran inconstancia, medida a través de la permanencia de los jóvenes en las diferentes organizaciones. De tal manera que, en la mayor parte de los casos, se trata más de una participación en ciertas actividades durante ciertos períodos de tiempo, que de una pertenencia efectiva y estable a esas entidades. Esto evidencia otra característica propia de los jóvenes, quienes viven el presente con una gran intensidad, sin que en sus vidas cotidianas pese demasiado la noción de mediano y largo plazo. La paradoja, en este caso, es que los adultos siempre hacen referencia a los jóvenes identificándolos con el futuro.

Si las encuestas fueran menos rigurosas en el momento de decidir lo que se va a entender por organizaciones y movimientos juveniles, y consideraran la participación en estructuras más informales y efímeras, como las “barras de amigos” o los “grupos de fans” de artistas de moda, es probable que los porcentajes de participación y la permanencia de los jóvenes en su dinámica experimentarían un alza. Pero la mayor parte de las encuestas las hacen quienes fueron jóvenes en los años sesenta y setenta, socializados en otro contexto histórico y adscritos a definiciones más rígidas en la materia.

En cualquier caso, los grupos de pares son fundamentales en la socialización juvenil, y los jóvenes valoran significativamente su opinión y actitudes. Pero estos grupos han ido cambiando con el paso del tiempo de manera significativa y siguiendo los procesos de segmentación y segregación social que se han desarrollado, especialmente en las grandes ciudades. De este modo, el origen social heterogéneo que los caracterizó durante mucho tiempo ha dado paso a orígenes mucho más homogéneos desde el punto de vista social, con lo que las oportunidades de movilidad social se han ido perdiendo. A la par de la segregación tanto residencial como de los establecimientos educativos, los grupos de amigos se han ido homogeneizando y cerrando, al tiempo que —siguiendo las tendencias de la fragmentación social— se van diferenciando y distanciando cada vez más entre sí. Y aun en los casos en que los establecimientos educativos mantienen cierta heterogeneidad en materia de reclutamiento, los grupos homogéneos se estructuran y se enfrentan duramente en su interior, generando nuevos problemas a la dinámica educativa.

Éste es, quizás, el principal problema que en esta materia debe encararse, pues resulta bastante más serio que los identificados con el presunto desinterés de los jóvenes por participar en movimientos y organizaciones juveniles formales, como las que promueven o manejan los adultos con muy diversas orientaciones y finalidades, según el sentido último con el que operan en cada caso concreto. Con todo, algunas organizaciones —vinculadas sobre todo a las iglesias— tratan de enfrentar estas tendencias, promoviendo encuentros horizontales e intercambios de experiencias entre jóvenes de diferentes estratos sociales; si bien esto es muy importante, se trata en general de iniciativas de escasas dimensiones, que habría que ampliar significativamente para lograr efectos visibles que pudieran incidir en las tendencias generales que estamos comentando.

2. Participación política y ciudadanía: ¿apatía, rechazo o alternatividad?

Lo expresado anteriormente se visualiza —también y sobre todo— en lo que atañe a la participación política de los jóvenes, en el marco del ejercicio de sus derechos y deberes ciudadanos. Todos los estudios consultados (INJ, 1999; Morinigo, 1999; Sidicaro y Tenti (comps.), 1998; Encuestas y Estudios, 1996; Ministerio de la Familia, 1993; Rama y Filgueira, 1991) destacan el escaso interés de los jóvenes en estas materias, visible en muchos casos nacionales en la escasa participación electoral (donde el voto no es obligatorio) y en la muy escasa confianza que los jóvenes tienen en los partidos políticos y en instituciones básicas de cualquier sistema democrático, como el parlamento o el sistema judicial.

Sin embargo, las opiniones de los jóvenes no son demasiado diferentes de las que expresan otros grupos poblacionales en las mismas encuestas y en torno al mismo tipo de temas. También los adultos son sumamente críticos, y esto parece reafirmar la impresión que refiere la cuestión a las propias limitantes de las instituciones mencionadas al interior de democracias que se van afirmando, al menos por la vía de la permanencia de las reglas del juego democrático electoral a través del tiempo. Y si a aquellas se suman las limitantes vinculadas a las precarias capacidades de estas democracias emergentes respecto de la resolución de problemas en general, se puede concluir fácilmente que —para lograr mayores niveles de adhesión democrática— es preciso profundizar la democracia, generando nuevos espacios para la participación ciudadana en los procesos de desarrollo. Dicho de otro modo, luego de la tendencia hacia *más mercado*, predominante en la última década, es preciso afirmar una tendencia hacia *más sociedad*, buscando nuevos equilibrios.

El tema se hace más complejo si se tiene en cuenta que, con la globalización, se han venido acentuando tendencias vinculadas al repliegue de las personas hacia el espacio privado y a dinámicas más ligadas con la individualidad, lo que ha minado los procesos participativos en el plano grupal, social y político. En la misma línea, se aprecian propensiones que han reforzado las prácticas relacionadas con el consumo, sobre todo con el consumo suntuario o superfluo. La revolución en las comunicaciones incluyó a todos como potenciales consumidores, aunque luego, en función de sus ingresos reales sólo unos pocos puedan concretar efectivamente ese consumo. Todo lo anterior ha planteado una evidente tensión entre *consumidores* y *ciudadanos*, tal como lo expone García Canclini (1996), que en el caso de los jóvenes asume formas muy particulares.

Por una parte cambian muy claramente los sentimientos de representación. Si en los años sesenta una buena parte de los jóvenes se sentían representados por figuras asociadas a procesos políticos y sociales (el Che Guevara puede ser el ejemplo más paradigmático), en las últimas décadas comienzan a identificarse con cantantes famosos o deportistas destacados, lo que manifiesta la influencia decisiva de los medios de comunicación y el desarrollo de prácticas consumistas propias de los jóvenes. En el caso de los sectores populares, nuevas figuras comienzan a ocupar el lugar de aquellos ídolos tan perfectos como lejanos, encarnadas en personajes mucho más cercanos a la vida cotidiana y más eficaces a la hora de facilitar el acceso al consumo de ciertos bienes y servicios (por vías alejadas de la legalidad establecida), como los líderes de las bandas y pandillas juveniles, hecho que muestra una faceta aún más preocupante del fenómeno.

Por otra parte, la crisis de las instituciones públicas más directamente vinculadas a los jóvenes —en términos de eficiencia, transparencia y equidad para la prestación de servicios—, conduce directamente a un marcado distanciamiento, pues las perciben cada vez más cruzadas por serios problemas de ineficiencia, corrupción y parcialidad en la asignación y distribución de bienes y servicios;

ello abre el paso a discursos proclives al elogio incondicional y acrítico del mercado, mostrando las ventajas de la dinámica del sector privado como efectiva respuesta a las limitaciones mencionadas del desempeño público. En palabras de Emilio Tenti, “el repliegue generalizado hacia uno mismo se inscribe en este contexto objetivo donde se conjugan un efectivo deterioro (físico, tecnológico, moral) de las instituciones del Estado (nacional, provincial, municipal, empresas públicas, etc.) y una campaña exitosa en el campo ideológico cultural donde los privatistas logran imponer sus representaciones del mundo, es decir, su interpretación de la crisis y su propuesta de solución: la privatización de todo lo privatizable” (Sidicaro y Tenti (comps.), 1998).

Sin embargo, las propias encuestas que estamos comentando informan también del gran interés manifestado por los jóvenes en participar en el diseño y aplicación de soluciones a los principales problemas de su entorno (local, nacional e internacional), que no es otra cosa que la política entendida como deber ser y no como lo que realmente es actualmente. Esto, seguramente, explica el gran interés de los jóvenes en participar en la dinámica política cuando perciben que pueden incidir en la concreción de cambios en esa dinámica. El ejemplo del protagonismo juvenil en la campaña por la Constituyente en Colombia a comienzos de los años noventa, y en la defensa de las instituciones democráticas en marzo del año pasado en Paraguay, es paradigmático en tal sentido.

Lo señalado refuerza claramente la idea ya expuesta, en cuanto a la necesidad de concentrar esfuerzos con el objeto de desarrollar más sociedad, y así equilibrar las tendencias al desarrollo de más mercado de la última década. En el caso concreto de los jóvenes, este tipo de esfuerzos puede tener expresiones de muy variada índole, pero una de las más importantes tiene que ver con la incorporación adecuada de estas dinámicas en el sistema educativo medio, que hasta el momento ha ignorado estos temas o los ha manejado con un criterio excesivamente normativo, rechazado por los jóvenes en todos los niveles. De nuevo en palabras de Tenti, “cuestiones tan básicas para entender el mundo y la sociedad contemporánea tales como el sistema productivo, el sistema monetario, la inflación, el desempleo, los sistemas electorales vigentes, los resultados electorales durante los últimos años, el funcionamiento de la justicia, etc., suelen quedar excluidos de los programas escolares reales.... Sin esta formación sistemática y basada en teoría y en información empírica es menos probable la aparición de actitudes y aptitudes orientadas a la participación efectiva de los ciudadanos en la vida pública” (*ibid.*).

Estamos ante una gran paradoja, pues esto ocurre en un contexto en el que el egreso de la escuela media coincide con el comienzo del ejercicio de la ciudadanía, en la mayor parte de los casos a los 18 años de edad. El tema, sin duda, debería ser encarado con decisión y firmeza en el futuro inmediato.

3. La violencia como “otra” forma de participación juvenil

De lo tratado hasta el momento surgen algunos asuntos cuyo análisis importa profundizar. Uno de ellos se relaciona con los jóvenes de estratos populares urbanos y su vínculo con diversas formas organizadas de violencia. El tema ha sido analizado en diversos contextos nacionales, y es atravesado por notorias complejidades; resulta conveniente, entonces, evitar ciertos simplismos todavía vigentes en la interpretación del fenómeno. Uno de ellos es el que vincula mecánicamente pobreza y delincuencia. Bajo este enfoque, la violencia es un derivado lógico de la pobreza, pero la evidencia disponible muestra que —contrariamente a lo que esa teoría indica— las mayores expresiones de violencia no se concentran en las zonas más pobres del continente, sino en aquellos contextos donde se combinan perversamente diversas condiciones económicas, políticas y sociales.

En realidad, resulta imprescindible asumir que estamos ante un problema estructural sumamente complejo y enraizado en la propia cultura de nuestros países, y aceptar que muchos de los que realizan actos violentos se han visto impulsados, estimulados, seducidos u obligados a cometerlos. De alguna manera, se vieron instrumentalizados, en la medida en que no fueron ellos quienes eligieron la violencia, sino que fueron elegidos por ella. Esto es así, en la medida en que —tal como sostiene la OPS— “la cultura de la violencia no resulta de la manifestación de comportamientos de seres humanos instintivos, sino de la expresión de seres humanos alienados. La violencia es una adulteración de las relaciones humanas como producto de instituciones sociales —la familia, la escuela, los grupos a los que se pertenece, las cárceles, la policía, las instituciones oferentes de servicios— que la permiten, generan o recrean, cuando se distorsionan” (De Roux, 1993).

Esto resulta patente en el caso de los jóvenes. Ellos “desean afirmar su identidad como personas y el modelo que les ofrece la sociedad es el consumidor a ultranza; quieren ser reconocidos como individuos y la sociedad los anonimiza o registra como peligro; buscan diversión y se les ofrece espectáculos televisados de violencia y armas, primero de juguete y después letales; reclaman un ambiente sano y se les concede uno de privaciones, exclusión y violencia (...) La violencia es un fenómeno histórico que encuentra relación con las condiciones y procesos económicos, sociales, jurídicos, políticos, culturales y psicológicos. Las particularidades que asume en cada sociedad la conjugación entre la acción del narcotráfico, los enfrentamientos políticos, las movilizaciones sociales, las formas de inclusión o exclusión de grupos poblacionales en la toma de decisiones fundamentales, entre muchos otros factores, sobre un sustrato de pobreza, se traduce de manera diferenciada en resquebrajamiento o debilitamiento institucionales, alteración de los valores éticos predominantes y en descomposición familiar y social” (*ibid.*).

No hace falta volver sobre las cifras ya destacadas, pero importa recordar que todos los estudios comparados existentes sitúan a América Latina como la región más violenta del mundo, lo que da la pauta de las dimensiones del fenómeno que estamos analizando. Lo más sintomático y preocupante es que los rostros de la violencia son casi siempre jóvenes, tanto en su carácter de víctimas como en su calidad de victimarios. En efecto, son jóvenes (casi niños) los “sicarios” colombianos que asesinan a quien sea, contratados por quien esté dispuesto a pagar por este tipo de servicios, y son jóvenes los miles de miembros de las “maras” (de marabunta) guatemaltecas o salvadoreñas, que, en el marco de sus actividades delictivas, arrasan con todo lo que encuentran en su camino. Son también jóvenes los que protagonizan los enfrentamientos armados entre soldados y guerrilleros en Colombia, México, y Perú y asimismo jóvenes los que matan y mueren en enfrentamientos entre “barras bravas” seguidoras de diferentes equipos de fútbol en Argentina, Chile y Uruguay, o incluso los que prueban fuerzas a través de modalidades cada vez más violentas frente a otros jóvenes en los establecimientos educativos y en los locales bailables de casi todos los países de la región.

En el análisis de este tipo de temas, la literatura disponible es muy abundante y algunos de los textos son ya clásicos en la materia (Salazar, 1993, por ejemplo). Algunos de los estudios más destacados se han concentrado en el análisis de las pandillas juveniles (Reguillo, 1991; Argudo, 1991), mientras que otros han tratado de interpretar el problema como un derivado lógico del desarrollo urbano desordenado de las principales ciudades latinoamericanas (Carrión, 1995) y otros han tratado de demostrar que el tema no afecta solamente a los jóvenes del estrato popular, sino también a jóvenes de clase media (Waiselfisz, (coord.), 1998). Los análisis más actualizados (Rodríguez, 1997) han intentado reflejar las múltiples facetas del fenómeno, pero lo que aquí interesa es destacar un aspecto poco trabajado, vinculado al significado de la violencia como otra forma de participación juvenil.

Desde este ángulo, los jóvenes recurren a la violencia cuando no tienen otras alternativas más eficaces —desde sus puntos de vista— para hacer oír sus reclamos o para acceder a ciertos bienes y servicios que les están vedados por muy diversas razones. En el mismo sentido, recurren a la violencia para romper con su invisibilidad y demostrar que son capaces de incidir en ciertos procesos sociales y políticos, y así convertirse en receptores de atención por parte de la opinión pública y de las políticas públicas. Más acotadamente, la recurrencia a la violencia opera como un mecanismo de sobresalir ante la imposibilidad de lograr ese objetivo por otras vías (las buenas notas en el colegio, por ejemplo). Desde esta óptica, un joven que no trabaja, no estudia, no tiene acceso a los servicios básicos de salud y recreación a los que acceden los jóvenes integrados, ni cuenta con reconocimientos sociales de ningún tipo, transforma radicalmente su existencia a través de la violencia. Ese joven comienza a contar con ingresos propios (por muy irregulares que sean las vías a través de las cuales los obtiene), adquiere visibilidad (incluso es noticia en los medios de comunicación) y reconocimientos comunitarios y sociales (trae bienestar al barrio, consigue novia más fácilmente, y otros), y comienza a desempeñar un papel relevante en el seno familiar (la madre es depositaria de todos los resultados del nuevo rol de su hijo).

4. El rock y las nuevas formas de expresión y representación juvenil

La música rock es toda una forma de expresión y participación juvenil. El tema había quedado planteado anteriormente, pero su relevancia amerita algunos comentarios adicionales y específicos. Sobre todo, por lo que ha significado en las últimas cuatro décadas, en las que se ha consolidado como una corriente cultural de gran arraigo entre los jóvenes de varias generaciones, lo que impide el camino simplista de considerarlo una moda pasajera. De hecho, y como sostiene Rossana Reguillo en el prólogo de un riguroso estudio reciente sobre el rock mexicano (Urteaga, 1998), “cuatro décadas después, los vaticinios en torno a *esa música estridente condenada a desaparecer* se estrellaron contra la evidencia de una expansión y especialización creciente de la música, las propuestas, el vestuario y la lectura del mundo que trajo el rock ... es imposible pensar las culturas juveniles por fuera de este movimiento cultural que, pese a las especificidades locales, es un fenómeno global (los rockeros eran globales antes de que se inventara la etiqueta)”.

Se trata de un fenómeno netamente juvenil. Eva Giberti lo expresa claramente: “el advenimiento del rock evidenció la potencia de algo no-imaginado e inesperado protagonizado por jóvenes y adolescentes. Fue la aparición de un fenómeno que carecía de representación por parte de los adultos, y que había sido gestado dentro del sistema pero destinado a oponérsele. Por eso puede considerárselo dentro de la categoría de acontecimiento y es una dimensión política consistente, pues fue reconocida su posibilidad de ser interpretada de acuerdo con pautas nuevas, pero aquello que lo origina y sostiene es difícilmente representable. El acontecimiento, inserto en lo imprevisible, es lo que viene a faltar a los hechos: interfiere la serialidad de los sucesos porque fue una producción original que quebró el orden de lo conocido; el surgimiento de una cultura rock es del orden de lo imprevisible. Y, a partir de su desarrollo, ya nada vuelve a ser como antes” (“Los hijos del rock”, incluido en Cubides, Laverde y Valderrama, 1998).

Y si bien es cierto que las industrias culturales se apropiaron en gran medida del fenómeno, no lo es menos cierto que éste sigue siendo un signo identitario inconfundiblemente juvenil y que se renueva permanentemente. En su interior conviven formas y expresiones muy diferentes, que reflejan identidades locales y hasta preferencias juveniles específicas, cruzadas por diferencias sociales y culturales particulares; sin embargo, dichas especificidades se confunden sin problemas en los grandes conciertos ya impuestos en casi todas las grandes ciudades de la región.

Desde las políticas públicas de juventud, por tanto, resulta imprescindible interpretar adecuadamente los códigos del rock. No sólo porque el fenómeno concita grandes cantidades de jóvenes adeptos, sino además y fundamentalmente, porque desafía a muy diversas instituciones establecidas, que no siempre reaccionan como corresponde ante tales retos. Son conocidos, por ejemplo, los enfrentamientos entre asistentes a conciertos de rock y la policía, así como la asociación, jamás demostrada como conjunto, entre tales conciertos y el consumo de drogas. Del mismo modo, son conocidos los enfrentamientos que ha generado y genera este fenómeno entre jóvenes y familia y entre jóvenes y escuela, desde el momento en que se desarrolla sobre la base de códigos sumamente distantes de la cultura establecida. Y, por si todo esto no fuese suficiente, tampoco ha sido siempre buena la experiencia de apoyar recitales desde el Estado, promovida por algunos organismos nacionales y municipales de juventud. En consecuencia, no es exagerado afirmar que —hasta el momento— las políticas públicas no han sabido incorporar estas dimensiones tan particulares a su dinámica específica, y esto también debiera cambiar en el futuro inmediato, si lo que se pretende es contar con políticas públicas que acerquen a los jóvenes a la dinámica del desarrollo en todos los niveles.

IV. SALUD REPRODUCTIVA DE LOS JÓVENES

A. ELEMENTOS DE REFERENCIA CONCEPTUAL

1. Conducta, salud y derechos reproductivos: especificidades de los adolescentes y jóvenes

Los jóvenes son vitales para la reproducción de la sociedad. Por una parte, conforman las generaciones de reemplazo que relevan, de manera paulatina, a las generaciones mayores en los ámbitos productivos y en los decisorios. Procurar que los jóvenes se incorporen adecuadamente en estos ámbitos requiere de un proceso de formación previa —que atañe principalmente a las familias y a las instituciones educacionales— y de la existencia de una dinámica laboral, política y cultural que les ofrezca oportunidades efectivas. Este tema ya ha sido examinado en secciones previas de este documento.

Por otra parte, los jóvenes son el grupo en el que tradicionalmente ha recaído el grueso de la reproducción biológica, pues la mayoría de las mujeres tiene sus hijos entre los 15 y los 29 años, por lo que las decisiones juveniles en materia reproductiva ejercen una influencia crucial sobre el futuro demográfico de la sociedad. Además, estas decisiones son claves para las trayectorias de vida de los jóvenes. En efecto, tres hitos fundamentales de la conducta reproductiva (véase el recuadro IV.1), específicamente la iniciación sexual, la constitución de una unión estable y el comienzo de la fecundidad, juegan un papel central en los procesos de transición hacia la adultez, emancipación y búsqueda de identidad que caracteriza a la juventud en tanto etapa biosocial de la vida. Más aún, la concreción de algunos de estos hitos significa asumir roles contrapuestos a la consigna propia de la juventud. En particular, la constitución de uniones estables o el tener hijos entrañan un conjunto de obligaciones objetivas que impelen a los jóvenes a dejar la etapa de “preparación para” y, como contrapartida, a asumir algún rol adulto, ya sea en el plano laboral, en la actividad doméstica o en la crianza de hijos.

Como se desprende del anterior razonamiento, tanto la emancipación juvenil como el tránsito desde la juventud a la adultez, están estrechamente relacionados con los comportamientos demográficos de los jóvenes. Esta vinculación es de la mayor relevancia en términos conceptuales, pues contribuye a comprender los cambios que experimenta la etapa juvenil en diferentes contextos sociales e históricos. Un factor que inhibe la consolidación de la juventud como una fase diferenciada e institucionalizada dentro del ciclo de vida de las personas, es el paso automático o rápido desde la pubertad a la unión con propósitos reproductivos. Esto era común en tiempos pretéritos (siglos previos al XX), y todavía sigue ocurriendo en algunos grupos de población de los países latinoamericanos y caribeños. Ahora bien, resulta claro que, aun en contextos sociales en que se reconoce de manera general la moratoria específica de la etapa juvenil, la extensión y características de esta etapa son diferentes, a causa de la existencia de brechas entre la pubertad y la unión (o la reproducción), distintas entre los grupos socioeconómicos. En cualquier caso, parece evidente que la postergación de los acontecimientos reproductivos antes mencionados constituye una fuerza que alienta el fortalecimiento y la extensión del período juvenil en la vida de las personas, lo que tiene ventajas poderosas y claras para los jóvenes, pues entraña la potencialidad de alargar la etapa de formación y estructuración de su personalidad e identidad, y para las sociedades en las que se insertan, que pueden beneficiarse de recursos humanos más calificados. Además, la sola posibilidad de decidir libremente sobre el retraso de la formación de pareja y del inicio

de la reproducción significa un reconocimiento del ejercicio de derechos consustanciales a la condición humana de los jóvenes.

Sin embargo, de un período juvenil más largo no sólo se derivan aspectos positivos. Amén de representar costos, por ejemplo, los originados en el lapso más extendido de la formación, también representa algunos riesgos. Por una parte, están los relacionados con el cumplimiento de las expectativas crecientes que se forman estos recursos humanos cada vez más calificados, lo que exige oportunidades efectivas de insertarse productiva y socialmente en posiciones en que puedan desplegar sus capacidades, obtener gratificaciones en consecuencia, contribuir a la toma de decisiones y ejercer sus derechos. Por la otra, la postergación de algunos eventos reproductivos, en particular la fecundidad, puede traducirse en su cancelación si se sobrepasa cierto límite etario. La generalización de esto último importa una anomalía sociodemográfica que puede ocasionar un rápido envejecimiento de la población y, en situaciones extremas —por carencia de cohortes de reemplazo—, su virtual extinción.

En suma, la forma en que ocurren o se deciden —a qué edad, bajo qué condiciones, con la participación de quiénes, entre otros— los principales acontecimientos reproductivos es crucial para la juventud como etapa biosocial, y también para las sociedades en que se insertan los jóvenes.

Por otra parte, los tres componentes que conforman el ámbito de lo reproductivo —conducta, salud y derechos (véase el recuadro IV.1)—, presentan significativas peculiaridades entre los jóvenes.

Recuadro IV.1

CONDUCTA, SALUD Y DERECHOS REPRODUCTIVOS

El proceso reproductivo es una cadena de acontecimientos —de base biológica pero con determinaciones psicosociales— que conducen al nacimiento de nuevos individuos; a trazos gruesos se articula según una lógica como la siguiente: establecimiento de pareja/actividad sexual/regulación/embarazo/parto. En la sociedad humana, estos acontecimientos se definen dentro de contextos históricos, sociales y culturales que les confieren significados específicos y, por tanto, forman parte de una conducta reproductiva. Si bien es frecuente destacar dentro de las decisiones relevantes en materia reproductiva aquellas relacionadas con el número de hijos que se tienen (intensidad de la fecundidad) y la manera en que se distribuyen sus nacimientos a lo largo de la vida de las mujeres y las parejas (calendario de la fecundidad), no menos importantes son las referidas al momento y las condiciones para formar pareja, desenvolverse sexualmente y usar medios de regulación de la fecundidad.

La salud reproductiva puede definirse como "un estado general de bienestar físico, mental y social, y no de mera ausencia de enfermedades o dolencias, en todos los aspectos relacionados con el sistema reproductivo y sus funciones y procesos. En consecuencia, la salud reproductiva entraña la capacidad de disfrutar de una vida sexual satisfactoria y sin riesgos y de procrear, y la libertad para decidir hacerlo o no hacerlo, cuándo y con qué frecuencia" (Naciones Unidas, 1997a, p. 32). Así las cosas, la salud reproductiva falla cuando: i) la actividad sexual encierra riesgos de enfermedad, daño físico, o procreación no deseada; ii) la actividad sexual no se disfruta; iii) el embarazo y el parto no son atendidos adecuadamente y, por tanto, pueden ocasionar patologías a madres o hijos; iv) el aparato reproductivo no es controlado (y autocontrolado) con fines de prevención de enfermedades; v) no hay una atención especializada para enfermedades relacionadas con la reproducción.

Finalmente, la noción de derechos reproductivos refleja algunos de los derechos humanos reconocidos en los documentos de las Naciones Unidas que contienen consensos alcanzados por la comunidad internacional y consagrados en las leyes nacionales. Entre ellos, destacan el derecho básico que asiste a las parejas y a los individuos en cuanto "a decidir libre y responsablemente acerca del número de hijos, el espaciamiento de los nacimientos y el intervalo entre éstos, y a disponer de la información y de los métodos para ello" (*ibid.*) y a la posibilidad de adoptar decisiones relativas a la reproducción sin discriminación, coacción ni violencia. Como puede desprenderse de las especificaciones precedentes, el ejercicio efectivo de los derechos reproductivos supone una adopción libre, responsable e informada de decisiones que atañen a las esferas de la procreación y de la vida sexual. Desde luego, para que esta condición pueda satisfacerse será necesario que los individuos dispongan de opciones, a las que debe contribuir una oferta integral de servicios de salud reproductiva. Por tanto, asegurar el ejercicio de los derechos reproductivos y el acceso a los servicios de salud reproductiva es una condición básica para la generación de un clima social y cultural que favorezca la concordancia entre conductas y aspiraciones de las personas en el ámbito reproductivo.

Fuente: Adaptado de CEPAL, "Población, salud reproductiva y pobreza (LC/G.2015/SES.27/20)", vigesimoséptimo período de sesiones, Oranjestad, Aruba, 11 al 16 de mayo de 1998.

Los eventos de la conducta reproductiva que se relacionan con los ámbitos de la unión (la sexualidad, la regulación de la fecundidad, el embarazo y el parto) tienen connotaciones especiales entre los jóvenes, pues juegan un papel muy relevante en sus trayectorias de vida. Sin embargo, sus implicaciones varían según el período de la juventud en que se experimentan.

Por razones biológicas, socioeconómicas o culturales, las comunidades humanas contemporáneas definen papeles alejados de la reproducción para los y las adolescentes. En consecuencia, el establecimiento de parejas estables y, con mayor razón, la iniciación de la fecundidad en esas edades se

aparta de la norma, entraña desafíos y obligaciones para los que ellos y ellas suelen no estar preparados, y obstaculiza el cumplimiento de requisitos para un desempeño social adecuado —por ejemplo, la acumulación de conocimiento obtenida en los establecimientos educacionales. En suma, se convierte en una cortapisa para una inserción social apropiada; más aun, en muchos casos la iniciación reproductiva durante la adolescencia es una fuerza exógena que fija límites estrechos al proyecto de vida de los muchachos y muchachas (FNUAP, 1998; CEPAL, 1998c; Mensch y otros, 1998; Naciones Unidas, 1996; Cage, 1995).

En etapas más avanzadas de la juventud —por ejemplo, después de los 20 años— las conductas reproductivas adquieren otra connotación, pues resultan biológica, cultural y demográficamente normales. La expresión final de la conducta reproductiva: la fecundidad, se concentra abrumadoramente entre los 20 y 29 años y algo parecido ocurre con la constitución de parejas estables. En este sentido, es más probable que esas conductas, aun ejerciendo un efecto muy poderoso sobre las trayectorias vitales de los jóvenes, puedan ser integradas funcionalmente a tales proyectos. Las decisiones sobre cuándo unirse y cuándo y cuántos hijos tener se enmarcarían en un proyecto de vida definido con antelación y lo retroalimentarían, ya sea consolidándolo o, eventualmente, modificándolo.¹¹

La salud reproductiva tiene una importancia sobresaliente durante la adolescencia y la juventud, puesto que en esta etapa el aparato reproductivo se activa, lo que hace necesario que los jóvenes conozcan su funcionamiento y, sobre esa base, puedan asumir con naturalidad los cambios que esta activación implica; y que estén en condiciones de prevenir los riesgos (en particular de enfermedad) que acompañan al desarrollo de la sexualidad, siendo capaces de detectar eventuales trastornos o patologías relacionadas con el sistema reproductivo. También en esta etapa se producen acontecimientos reproductivos cruciales, como la iniciación sexual, el establecimiento de pareja y la fecundidad. Por esta razón, los muchachos y muchachas se exponen a riesgos que no estaban presentes previamente y se enfrentan a situaciones que requieren decisiones para cuya adopción deben estar preparados (FNUAP, 1999; Monroy y Martínez, 1986).

Ahora bien, de una manera similar a lo que acontece con la conducta reproductiva, la salud reproductiva tiene marcadas especificidades etarias dentro del período juvenil. En la adolescencia, los jóvenes suelen carecer de conocimientos y de experiencia, dando pábulo a conductas de riesgo y decisiones apresuradas. En etapas más avanzadas de la juventud, los problemas anteriores no dejan de existir, pero adquieren más relevancia aquellos que se producen en el contexto de uniones. Esto significa que ya se han definido los trazos gruesos del proyecto vital y de la trayectoria reproductiva deseados y que las personas tienen más información, claridad, madurez y autonomía para buscar la satisfacción de sus requerimientos en materia de salud reproductiva.

En el ejercicio de sus derechos reproductivos, los jóvenes —sobre todo los y las adolescentes— suelen enfrentar restricciones, originadas en la escasa autonomía que la sociedad suele darles en estas materias, en las señales contradictorias que reciben de diferentes actores e instituciones sociales, y en los vacíos de las políticas destinadas a fortalecer la educación y la información sobre los asuntos

¹¹ Por cierto, el contraste efectuado entre la conducta reproductiva durante la adolescencia y aquella que acontece una vez superado cierto umbral (operativamente los 20 años, pero en la práctica puede ser mayor), simplifica la realidad, pues, en algunos casos, la unión y la reproducción durante la adolescencia pueden ser concebidas como estrategias de vida por los muchachos; incluso más, de no ser así, hay mecanismos para moderar el impacto limitante de tales conductas en el futuro de los adolescentes. Por otra parte, aun en los tramos etarios más avanzados de la juventud, la unión y la reproducción pueden ser disfuncionales para la estrategia de vida de las personas.

reproductivos y sexuales. Históricamente, las sociedades —y esto es válido para las latinoamericanas y caribeñas contemporáneas— han sido muy sensibles frente a los temas sexuales. En el pasado, el discurso normativo tendía a limitar el ejercicio de la sexualidad dentro de uniones estables y formadas con propósitos reproductivos; a causa de esto último, la iniciación sexual, el comienzo de la unión y la llegada del primer hijo tendían a estar cercanos en el tiempo; si los adolescentes eran sexualmente activos se debía a que se casaban a edades precoces y tenían hijos también a muy temprana edad.

La situación actual es mucho más compleja, pues diferentes fuerzas estimulan un retraso de la unión y de la reproducción; sin embargo, no ocurre lo mismo con la actividad sexual, que es promovida mediante una variedad de mecanismos, la mayoría de ellos indirectos (la publicidad, por ejemplo), lo que se traduce en un creciente segmento de adolescentes que tienen relaciones sexuales sin encontrarse en unión o sin propósitos reproductivos. A la postre, lo que ocurre con una parte importante de los muchachos y muchachas adolescentes es que son de hecho sexualmente activos, pero ocultan tal condición a la sociedad y a sus padres en particular. Además de los problemas de confianza intrafamiliar que esto último provoca, suele redundar en relaciones sexuales riesgosas, tanto en lo que atañe a patologías o daños como en lo que respecta a la fecundidad no deseada.

En suma, los adolescentes son un grupo particularmente complejo en cuanto al ejercicio de los derechos reproductivos (si bien con los jóvenes de edades más avanzadas ocurre otro tanto, aunque a menor escala). Las cuestiones valóricas que señalan los discursos y las prácticas sobre la sexualidad no deben impedir ver la realidad de adolescentes y jóvenes sexualmente activos y con escasos instrumentos para evitar los riesgos que esto entraña, es decir, sin opciones de ejercer sus derechos reproductivos.

2. Juventud, reproducción e inequidad social

Retomando un asunto recién esbozado y que guarda estrecha relación con uno de los temas prioritarios de la agenda social contemporánea —más específicamente, la equidad—, cabe agregar que las disparidades de la conducta reproductiva pueden conducir, a escala macrosocial, a un ensanchamiento de las brechas entre segmentos socioeconómicos aventajados y desventajados y a la pérdida de oportunidades en materia de mejoramiento de los recursos humanos. A escala microsociales esas disparidades constituyen un mecanismo de transmisión intergeneracional intrafamiliar de las desigualdades y de la pobreza.

Si se adopta una escala macrosocial, resulta factible identificar dentro de toda sociedad estratos con arreglo a diversos criterios, sean ellos de índole económica, cultural, geográfica o étnica. Se advierte que el ritmo de incremento demográfico de los diversos estratos es diferenciado; si no hubiesen otros factores intervinientes, esta tasa estaría delimitando la trayectoria de las magnitudes demográficas de cada estrato. Si consideramos un grupo de la población manifiestamente afectado por las inequidades socioeconómicas, específicamente la población pobre, se advierte que sus niveles de fecundidad son sistemáticamente superiores a los promedios globales, lo que suele originar que este grupo registre índices de crecimiento vegetativo mayores que el resto de la población. En consecuencia, *ceteris paribus*, esta particular dinámica demográfica conduce a un aumento absoluto y relativo de la población pobre. Como corolario, de no mediar procesos intensos y sostenidos de movilidad social —en este caso, el tránsito desde la condición de pobreza a una de no pobreza— la pobreza tendería a extenderse inexorablemente.

Por otra parte, existe una polaridad entre la concentración de las responsabilidades reproductivas en los grupos más postergados (los pobres y los menos educados) y la cada vez menor participación de

los grupos socialmente aventajados (el quintil superior de ingresos, los más educados). Pese a que esta distribución de tareas puede tener una cierta racionalidad individual —tener hijos puede resultar antagónico con, primero, la acumulación de recursos como capital, información, educación y experiencia y, segundo, con el aprovechamiento de esta acumulación de recursos en el plano del consumo; y social: resulta más rentable y eficiente que los recursos humanos más calificados se dediquen a las actividades productivas y eviten gastar su “valioso” tiempo en la crianza—, a largo plazo entraña una paradoja de hondas y adversas repercusiones sociales. En efecto, la crianza, la socialización primaria y la interacción cotidiana de los niños —etapas cruciales en la formación de los recursos humanos del futuro— es realizada mayoritariamente por las personas y unidades domésticas, que tienen menos capital humano para transmitir, mientras que el segmento de la población portador de activos variados y numerosos se excluye crecientemente de este proceso, dejando enormes potencialidades sin traspasar a las futuras generaciones.

El anterior planteamiento —que, como ya se explicó, es de índole más bien macrosocial— tiene también expresiones a escalas microsociales. En el caso de los jóvenes, la mayor fecundidad que tienen los pobres se expresa en un síndrome de tríada reproductiva temprana y en índices de paridez acumulada mayores (niños tenidos hasta cierta edad), hecho que contrasta con lo que ocurre en los grupos de estrato alto, cuyos jóvenes postergan los principales acontecimientos reproductivos, sobre todo aquellos que implican más compromisos —como la unión y la fecundidad— y que, por tanto, pueden resultar más antagónicos con los procedimientos establecidos para la acumulación de activos: asistencia escolar, inserción laboral, adquisición de experiencia, y otros. En consecuencia, la conducta reproductiva de los jóvenes pobres se añade a las desventajas inherentes a su condición y, por lo mismo, da forma a uno de los mecanismos de transmisión intergeneracional de las desigualdades y de la pobreza.

B. FECUNDIDAD Y EQUIDAD

1. Las tasas de fecundidad (proyecciones): principales tendencias

Entre principios de los años setenta y fines del siglo XX la tasa global de fecundidad cayó en todos los países de la región, y en algunos de ellos de manera muy intensa, pero no lo hizo con fuerza equivalente en todos los grupos etarios. Las cifras del cuadro IV.1 son elocuentes. En todos los países, el porcentaje de cambio¹² de la tasa global de fecundidad (TGF) en el citado período tiene un signo negativo —lo que refleja una tendencia a la baja en ese lapso— y su magnitud va desde valores del orden de 20% en los países de transición demográfica más avanzada —y que, por tanto, en 1970 ya tenían una fecundidad relativamente baja— hasta valores del orden de 60%, que se registran en países en estado de “plena transición demográfica” (CEPAL, 1995b) y en Cuba.

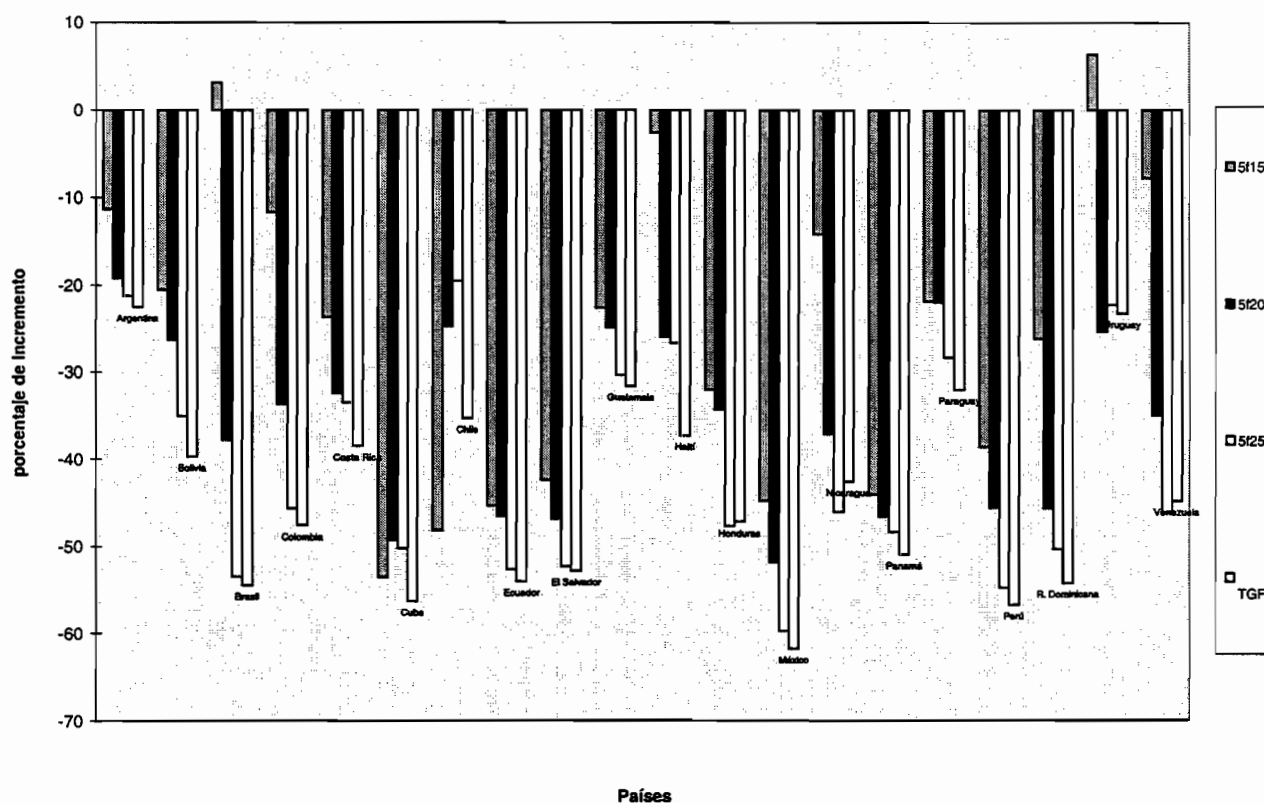
En concordancia con este proceso generalizado de baja de la fecundidad, las tasas específicas de fecundidad en las edades jóvenes también han tendido a declinar, y así lo muestran las cifras del cuadro IV.1. Sin embargo, la revisión de los meros porcentajes de reducción —y con más claridad, de los cálculos de relación entre la reducción de cada tasa específica y la TGF¹³— permite concluir que las tasas específicas de los jóvenes han experimentado un descenso menos intenso que la TGF, vale decir, la

¹² Calculado como $[(TGF^{2000} - TGF^{1970}) / TGF^{1970}] * 100$.

¹³ Calculado como $(\% \text{ de reducción de } \text{sf}_x / \% \text{ de reducción de TGF}) * 100$.

fecundidad que ha caído más fuertemente es la que ocurre después de los 29 años (véase el cuadro IV.1). Cabe destacar que la tasa específica de fecundidad adolescente (menos de 20 años) es la que presenta una tendencia más distintiva, pues en varios países se reduce mucho menos que las otras tasas específicas y que la TGF e, incluso, en un par de ellos (Brasil y Uruguay, ambos, en todo caso, con tasas de fecundidad adolescentes no superiores al promedio regional en la actualidad) registra un aumento en el período de referencia (véase el gráfico IV.1). Las tasas de los grupos 20-24 y 25-29 años también caen menos que la TGF, pero en ningún país experimentan alzas y, en general, su decrecimiento es similar al de la TGF. Estas diferencias se manifiestan nítidamente en la correlación simple del porcentaje de caída de las tasas específicas de fecundidad, por una parte, y la TGF, por otra; mientras que en el caso de la fecundidad adolescente el índice es de 0.55, en las otras dos tasas supera el 0.9 (véase el cuadro IV.1).

Gráfico IV.1
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: INCREMENTO DE LAS TASAS ESPECÍFICAS DE FECUNDIDAD
JUVENILES Y DE LA TGF^a ENTRE 1970-1975 Y 2000-2005



Fuente: Cuadro IV.1

^a Tasa global de fecundidad.

Cuadro IV.1

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: TASAS ESPECÍFICAS DE FECUNDIDAD JUVENIL Y TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD (TGF), E INDICADORES DE CAMBIO ENTRE 1970-1975 Y 2000-2005

Países	Períodos de referencia, tasas específicas de fecundidad (5f15, 5f20, 5f25) y tasa global de fecundidad (TGF)														
	1970-1975					1980-1985					1990-1995				
	5f15	5f20	5f25	TGF	TGF	5f15	5f20	5f25	TGF	TGF	5f15	5f20	5f25	TGF	TGF
Argentina	0.068	0.163	0.172	3.2	3.2	0.074	0.164	0.171	3.2	3.2	0.070	0.147	0.154	2.8	0.061
Bolivia	0.095	0.272	0.303	6.5	6.5	0.086	0.240	0.256	5.3	5.3	0.082	0.228	0.237	4.8	0.075
Brasil	0.068	0.212	0.240	4.7	4.7	0.067	0.187	0.193	3.6	3.6	0.082	0.147	0.127	2.5	0.071
Colombia	0.090	0.230	0.238	5.0	5.0	0.088	0.182	0.191	3.7	3.7	0.100	0.174	0.144	3.0	0.080
Costa Rica	0.106	0.223	0.200	4.3	4.3	0.098	0.194	0.175	3.5	3.5	0.089	0.166	0.148	3.0	0.081
Cuba	0.141	0.195	0.165	3.6	3.6	0.085	0.120	0.091	1.8	1.8	0.067	0.101	0.085	1.6	0.065
Chile	0.084	0.196	0.182	3.6	3.6	0.084	0.150	0.145	2.7	2.7	0.056	0.149	0.148	2.5	0.044
Ecuador	0.120	0.265	0.281	6.0	6.0	0.100	0.223	0.223	4.7	4.7	0.079	0.176	0.169	3.5	0.066
El Salvador	0.151	0.299	0.289	6.1	6.1	0.130	0.236	0.207	4.5	4.5	0.111	0.192	0.166	3.5	0.087
Guatemala	0.143	0.304	0.301	6.5	6.5	0.142	0.294	0.293	6.3	6.3	0.126	0.268	0.255	5.4	0.111
Haití	0.066	0.203	0.265	5.8	5.8	0.090	0.212	0.290	6.2	6.2	0.076	0.179	0.233	4.8	0.064
Honduras	0.151	0.305	0.320	7.1	7.1	0.140	0.282	0.270	6.0	6.0	0.127	0.252	0.219	4.9	0.103
México	0.116	0.293	0.320	6.5	6.5	0.095	0.219	0.215	4.2	4.2	0.077	0.171	0.161	3.1	0.064
Nicaragua	0.158	0.339	0.334	6.8	6.8	0.163	0.319	0.298	6.2	6.2	0.168	0.254	0.222	4.9	0.136
Panamá	0.135	0.271	0.243	4.9	4.9	0.108	0.202	0.173	3.5	3.5	0.091	0.167	0.147	2.9	0.075
Paraguay	0.096	0.257	0.260	5.7	5.7	0.094	0.243	0.241	5.3	5.3	0.087	0.212	0.209	4.6	0.075
Perú	0.086	0.247	0.292	6.0	6.0	0.074	0.204	0.225	4.6	4.6	0.063	0.165	0.170	3.4	0.053
Rep. Dominicana	0.117	0.282	0.262	5.6	5.6	0.097	0.212	0.208	3.9	3.9	0.091	0.180	0.161	3.1	0.086
Uruguay	0.065	0.165	0.163	3.0	3.0	0.063	0.140	0.140	2.6	2.6	0.071	0.123	0.134	2.5	0.070
Venezuela	0.103	0.240	0.244	4.9	4.9	0.101	0.206	0.194	4.0	4.0	0.101	0.181	0.162	3.3	0.095

Cuadro IV.1 (Concl.)

Países	Períodos de referencia, tasas específicas de fecundidad (5f15, 5f20, 5f25) y tasa global de fecundidad (TGF)							
	% de cambio entre 1970-1975 y 2000-2005				Relación entre % de cambio de 5f _x y TGF			
	5f15	5f20	5f25	TGF	5f15	5f20	5f25	TGF
Argentina	-11.3	-19.2	-21.2	-22.5	50.0	85.4	93.9	100.0
Bolivia	-20.5	-26.3	-35.0	-39.7	51.6	66.3	88.1	100.0
Brasil	3.2	-37.8	-53.4	-54.4	-5.9	69.4	98.0	100.0
Colombia	-11.6	-33.7	-45.7	-47.6	24.3	70.8	96.1	100.0
Costa Rica	-23.7	-32.4	-33.5	-38.5	61.7	84.2	87.1	100.0
Cuba	-53.5	-49.3	-50.2	-56.3	95.0	87.5	89.1	100.0
Chile	-48.2	-24.8	-19.5	-35.3	136.6	4.0	55.2	100.0
Ecuador	-45.4	-46.6	-52.6	-54.0	84.1	86.3	97.4	100.0
El Salvador	-42.4	-46.9	-52.3	-52.8	80.4	88.8	99.0	100.0
Guatemala	-22.6	-24.9	-30.4	-31.6	71.4	78.7	96.0	100.0
Haití	-2.6	-26.0	-26.7	-37.3	6.9	69.8	71.5	100.0
Honduras	-32.0	-34.3	-47.7	-47.2	67.8	72.6	101.0	100.0
México	-44.8	-51.8	-59.7	-61.8	72.5	83.8	96.5	100.0
Nicaragua	-14.1	-37.1	-46.1	-42.6	33.0	87.3	108.3	100.0
Panamá	-44.1	-46.6	-48.3	-50.9	86.5	91.5	94.8	100.0
Paraguay	-21.9	-22.0	-28.4	-32.0	68.4	68.6	88.8	100.0
Perú	-38.6	-45.6	-54.7	-56.7	-68.1	80.4	96.6	100.0
R. Dominicana	-26.2	-45.7	-50.3	-54.2	48.4	84.3	92.8	100.0
Uruguay	6.4	-25.4	-22.3	-23.3	-27.5	108.8	95.7	100.0
Venezuela	-7.8	-35.0	-46.2	-44.9	17.4	77.9	102.7	100.0

Correlaciones simples entre:	
5f15 y TGF	0.525
5f20 y TGF	0.926
5f25 y TGF	0.945

Fuente: CELADE, cálculos basados en estimaciones y proyecciones de población vigentes.

La tendencia descendente de las tasas específicas de fecundidad no supone una reducción concomitante del número absoluto de nacimientos en madres adolescentes y jóvenes; de hecho, la mayor parte de los países registra un aumento de estos nacimientos en el período de referencia; mas aun, sólo en el caso de Cuba se advierte un descenso en la cantidad absoluta de nacimientos en madres adolescentes y jóvenes en los tres grupos quinquenales de edad considerados.

En síntesis, la fecundidad entre los jóvenes ha bajado considerablemente en los últimos 30 años, aunque en una magnitud inferior al descenso de la fecundidad total, sobre todo en el caso de la fecundidad adolescente, la más refractaria a la declinación.

El menor descenso relativo de la fecundidad durante la juventud se traduce en un fenómeno típico de la transición demográfica: la concentración de la fecundidad en las edades previas a los 30 años, es decir, en las edades jóvenes. Esto se aprecia claramente en el cuadro IV.2, en el que se presenta el peso relativo de cada tasa específica dentro de la fecundidad total y el peso agregado de la fecundidad juvenil (sumas de las tres tasas específicas de las edades jóvenes), pues en todos los países este último subió —entre un 5% y un 20% según el país— en los últimos treinta años. Ahora, al comparar los tres grupos etarios del segmento joven resalta el aumento relativo del peso de la fecundidad adolescente; en el caso más sobresaliente (Brasil) aumentó desde un 7% de la fecundidad total a principios de 1970 a un 16% a fines del siglo XX (es decir, se incrementó en un 55% en el período de referencia). Cuba, en cambio, aparece como un caso singular, pues la fecundidad adolescente pierde importancia relativa dentro de la fecundidad total.

Cuadro IV.2
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PESO DE LAS TASAS ESPECÍFICAS DE FECUNDIDAD JUVENIL SOBRE LA
FECUNDIDAD TOTAL Y CONCENTRACIÓN DE LA FECUNDIDAD EN LA ETAPA JUVENIL
ENTRE 1970-1975 Y 2000-2005

Períodos de referencia, peso de las tasas específicas de fecundidad (5f15, 5f20, 5f25) y concentración de la fecundidad en la edades jóvenes												
Países	1970-1975			1980-1985			1990-1995					
	5f15	5f20	5f25	TGF	5f15	5f20	5f25	TGF	5f15	5f20	5f25	TGF
Argentina	10.8	25.8	27.2	63.9	11.8	26	27.2	64.9	12.3	26	27.2	65.5
Bolivia	7.3	20.9	23.3	51.5	8.1	22.6	24.1	54.8	8.6	23.7	24.7	57
Brasil	7.2	22.5	25.4	55.1	9.2	25.7	26.6	61.5	16.4	29.3	25.4	71.1
Colombia	9	23	23.8	55.9	9.3	24.6	25.9	59.8	16.5	28.8	23.9	69.2
Costa Rica	12.2	25.6	23	60.8	14	27.7	25	66.7	14.8	27.6	24.7	67.2
Cuba	19.8	27.4	23.2	70.5	23.2	32.8	24.8	80.8	21	31.6	26.6	79.2
Chile	11.6	27	25	63.6	12	28.3	27.3	67.5	11	29.4	29.1	69.4
Ecuador	10	22.1	23.4	55.5	10.6	23.7	23.8	58.1	11.3	24.9	24	60.2
El Salvador	12.3	24.5	23.7	60.5	14.4	26.3	23	63.7	15.7	27.3	23.5	66.5
Guatemala	11.1	23.6	23.3	58	11.4	23.5	23.4	58.2	11.7	24.8	23.6	60.1
Haití	5.7	17.6	23	46.3	7.2	17.1	23.3	47.7	7.9	18.7	24.3	50.9
Honduras	10.7	21.6	22.7	55	11.7	23.5	22.5	57.6	12.9	25.6	22.3	60.8
México	8.9	22.5	24.5	55.9	11.2	25.8	25.4	62.4	12.3	27.5	25.8	65.5
Nicaragua	11.6	25	24.6	61.2	13.2	25.7	24	63	17	25.7	22.5	65.3
Panamá	13.7	27.5	24.7	65.8	15.3	28.7	24.6	68.6	15.7	29	25.6	70.3
Paraguay	8.5	22.7	23	54.1	8.9	23.1	23	55	9.5	23.3	22.9	55.8
Perú	7.2	20.6	24.4	52.1	8.1	22.2	24.4	54.7	9.2	24.3	25	58.5
Rep. Dominicana	10.4	25.1	23.3	58.7	12.4	27.4	26.8	66.6	14.8	29.2	26.1	70
Uruguay	10.9	27.5	27.1	65.5	12.2	27.1	27.3	66.6	14.2	24.8	26.8	65.8
Venezuela	10.4	24.3	24.7	59.3	12.8	26	24.5	63.3	15.4	27.4	24.5	67.31

Cuadro IV.2 (Concl.)

Países	2000-2005						% de cambio entre 1970-1975 y 2000-2005					
	sf15	sf20	sf25	TGF	sf15	sf20	sf25	TGF	sf15	sf20	sf25	TGF
Argentina	12.4	26.9	27.7	67	12.7	4.1	1.7	4.7				
Bolivia	9.6	25.6	25.1	60.3	24.2	18.1	7.3	14.6				
Brasil	16.4	30.7	26	73.1	55.9	26.8	2.3	24.6				
Colombia	15.2	29.2	24.7	69	40.7	21	3.4	19.1				
Costa Rica	15.1	28.2	24.8	68.1	19.3	9	7.4	10.7				
Cuba	21.1	31.8	26.5	79.5	6.1	13.9	12.4	11.3				
Chile	9.3	31.4	31.1	71.8	-24.9	13.9	19.6	11.4				
Ecuador	11.9	25.6	24.1	61.6	15.7	13.9	3	10				
El Salvador	15.1	27.6	23.9	66.6	18	11.2	1.1	9.1				
Guatemala	12.6	25.9	23.7	62.2	11.7	9	1.8	6.8				
Haití	8.9	20.8	26.9	56.6	35.7	15.3	14.5	18.1				
Honduras	13.8	26.9	22.5	63.2	22.4	19.7	-0.9	13				
México	12.9	28.4	25.9	67.2	30.8	20.8	5.3	16.7				
Nicaragua	17.4	27.3	23.1	67.8	33.2	8.6	-6.6	9.8				
Panamá	15.6	29.9	26	71.5	12.3	8.1	5.1	7.9				
Paraguay	9.7	26.1	24.2	60	13	12.9	5	9.7				
Perú	10.2	25.8	25.4	61.5	29.4	20.4	4.3	15.2				
Rep. Dominicana	16.7	29.7	25.3	71.6	37.9	15.6	7.8	18.1				
Uruguay	15.1	26.8	27.5	69.3	28	-2.8	1.3	5.5				
Venezuela	17.4	28.7	24.1	70.2	40.3	15.3	-2.3	15.4				

Fuente: Cálculos basados en el cuadro IV.1.

Correlaciones simples entre:	
sf15 y TGF	0.525
sf20 y TGF	0.926
sf25 y TGF	0.945

2. ¿Cómo evaluar estas tendencias de la fecundidad durante la juventud?

Conviene responder a esta pregunta en dos planos. En términos interpretativos, esas tendencias no resultan del todo sorprendentes, pues corresponden al patrón típico observado durante procesos de transición demográfica. En términos generales, el descenso de la fecundidad opera reduciendo los nacimientos de orden superior, que tienen más probabilidades de ocurrir en las etapas más avanzadas del período reproductivo de las mujeres (30 años o más); en consecuencia, la baja de la fecundidad tiende a ser más intensa en dicho lapso. Ahora bien, en la interpretación deben considerarse dos elementos adicionales de juicio. El primero es el relativo a la fecundidad adolescente, pues la experiencia histórica indica que no existe un modelo único de cambio de aquélla durante la transición (Naciones Unidas, 1998, pp. 47-52). Sin embargo, y casi sin excepciones en los países de América Latina y el Caribe, esta fecundidad es la más refractaria a la baja, coincidiendo con el patrón que se verifica en los Estados Unidos —cuya fecundidad adolescente representa una proporción importante de la fecundidad total, sobre todo en algunos grupos socioeconómicos y raciales normalmente postergados—, pero difiriendo del que se advierte en la mayor parte de los países de Europa Occidental o en Japón, donde la fecundidad adolescente es virtualmente marginal. Por tanto, la fecundidad adolescente amerita un análisis especial y que arroje luces sobre las fuerzas que impulsan su peculiar comportamiento en las sociedades latinoamericanas y caribeñas. El segundo elemento es el relativo a la eventual postergación de la fecundidad durante la juventud y su concreción en etapas posteriores, fenómeno que se ha verificado en varios países europeos e incorporado entre los componentes de la denominada “segunda transición demográfica”.¹⁴ Las estimaciones y proyecciones de la fecundidad latinoamericana y caribeña sugieren que este fenómeno todavía no acontece en la región. Por diferentes razones —trayectorias educacionales menos extendidas, pautas culturales de iniciación nupcial y reproductiva más bien tempranas, baja participación de la mujer en el mercado de trabajo, entre otras— las mujeres y las parejas latinoamericanas y caribeñas, aun teniendo menos hijos que en el pasado, siguen teniéndolos básicamente durante su juventud.

En segundo lugar, ahora desde el prisma de las políticas —lo que está estrechamente asociado con las consecuencias que estos cambios tienen para la vida de las personas y el funcionamiento de la sociedad— estas tendencias arrojan un balance de dulce y de agraz. El descenso absoluto de las tasas específicas de fecundidad, sobre todo la adolescente, acarrea ventajas para las personas, en particular las mujeres, que evitan algunos vetos sociales relacionados con la reproducción precoz (especialmente si es premarital) y se abstienen de enfrentar tempranamente los desafíos de la crianza. Asimismo, la concentración de la fecundidad entre los 20 y los 29 años parece conveniente, pues las parejas están biológicamente y sicosocialmente aptas no sólo para el embarazo sino también para encarar los sacrificios que implica el cuidado de un niño. Por lo demás, la mayoría de los y las jóvenes de la región termina la etapa de consignación —cuyo hito decisivo es la salida del sistema educativo— antes de los 25 años, por lo que puede suponerse que las decisiones sobre fecundidad que se adoptan en la fase postrera de la juventud (25-29 años) están dentro del marco de un proyecto de vida relativamente definido. En suma, la concentración de la fecundidad entre los 20 y los 29 años tiene en general ribetes

¹⁴ Incluye fenómenos consolidados en países desarrollados occidentales y emergentes en algunos países de la región, como: a) niveles de fecundidad por debajo del nivel de reemplazo; b) incremento de la soltería; c) retraso del matrimonio; d) postergación del primer nacimiento; e) expansión de las uniones consensuales; f) expansión de los nacimientos fuera del matrimonio; g) incremento de las rupturas matrimoniales; y h) diversificación de las modalidades de estructuración familiar (Lesthaeghe, 1998, pp. 5-6).

positivos, aun cuando, mirado con el prisma de los requerimientos de formación prevalecientes en una sociedad moderna, la conducta más funcional pudiera ser postergar más aún la reproducción, incrementando paulatinamente el peso de la fecundidad entre los 30 y 34 años, como parece estar ocurriendo en algunos países desarrollados (Naciones Unidas, 1997b, p. 22 y 24). Como ya se planteó, el incremento del peso de la fecundidad adolescente ciertamente no es una buena noticia, pues resulta disfuncional al cumplimiento de un conjunto de actividades necesarias para el logro de un desempeño social idóneo en las sociedades contemporáneas.

3. La evolución de la fecundidad durante la juventud según segmentos socioeconómicos

En el punto anterior se trabajó de manera general con estimaciones y proyecciones de población, lo que tiene ventajas (hay información precisa para todos los países de América Latina, entre otras) y desventajas (se trata de tasas y no de otros indicadores intuitivamente más sugerentes, no hay segmentaciones sociales, y otras). A continuación se dará prioridad a los asuntos que no pudieron ser considerados con apoyo en las estimaciones y proyecciones, lo que supone también algunas desventajas; la principal de ellas es el hecho de que la información comparable corresponde solamente a un conjunto de 8 a 12 países de la región, específicamente aquellos que cuentan con Encuestas de Demografía y Salud (EDS) recientes.

a) La experiencia reproductiva

En el marco de este documento, experiencia reproductiva significa que una mujer ya haya sido madre o haya declarado estar embarazada en el momento de la entrevista. Por un mero efecto de ciclo de vida, cabe esperar que la proporción de mujeres con experiencia reproductiva se incremente de manera más o menos sistemática con la edad, pues con el aumento de esta última confluyen dos fuerzas que promueven la reproducción: una netamente demográfica, que es la exposición al riesgo de experimentar el evento (embarazo o parto), vale decir, las mujeres con más edad han estado más tiempo expuestas a este riesgo; y otra más social, que atañe a la intensidad diferente de la fecundidad según edad, ya sea por la existencia de vetos sociales o de especificidades biológicas. De acuerdo al examen ya realizado de las tasas específicas de fecundidad, éstas son significativamente más intensas entre los 20 y los 29 años, lo que debiera reflejarse en las proporciones de mujeres con experiencia reproductiva.

Las cifras comprueban la validez de los razonamientos anteriores, pues en todos los países examinados la proporción de mujeres con experiencia reproductiva sube con la edad. Por lo demás, los grandes altos y bajos se producen al pasar los 18 años y al superar los 30; esto último resulta plenamente coherente con la baja intensidad de la fecundidad después de los 29 años que se registra en la región (véase el cuadro IV.3).

Cuadro IV.3

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE MUJERES DE 15 A 49 AÑOS CON EXPERIENCIA REPRODUCTIVA POR GRUPOS SOCIOECONÓMICOS Y SEGÚN GRUPOS DE EDAD, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998

País y grupo socioeconómico	Grupos de edad						País y grupo socioeconómico	Grupos de edad					
	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total		15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total
Bolivia, 1997							Haití, 1995						
Rural	12.6	38.8	76.7	91.6	95.5	78	Rural	8.3	32.2	61.1	87.1	95.6	70.2
Urbana	5.4	21.1	50.5	80.6	94	64.4	Urbana	6.4	22	42.9	70.2	89	55.9
Quintil 1	18.7	46.2	80.5	93	96	80.6	Quintil 1	8.2	44.4	75.8	94.4	97.3	79
Quintil 5	2.2	10.3	28.5	67.2	91	55.6	Quintil 5	4.2	8.8	30	61.1	85.2	46.6
menos de 6 años de educación	19.2	48.9	79.8	94.7	96.3	85.9	menos de 6 años de educación	8.4	35.8	67.3	88	94.4	72.3
10 o más años de educación	1.8	7.5	32.7	67.3	89.6	59.3	10 o más años de educación	5	6.5	20.1	46.2	77.9	35.9
Total	7.1	25.3	56.9	83.7	94.5	68.2	Total	7.4	27	52.3	79.2	93.1	64
Brasil, 1996							Nicaragua, 1998						
Rural	15.6	41	60.1	85.8	92.6	72.7	Rural	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total
Urbana	10.4	27.1	50.8	73.3	89.8	67.2	Urbana	23.5	53.5	79.3	91.3	96.1	76.6
Quintil 1	22	54.3	73.7	89	95	77.1	Quintil 1	15.5	35.4	64.7	82	94.6	70.4
Quintil 5	7	10.8	32.2	59.3	88.6	62.8	Quintil 5	27.9	61.5	87.2	94.2	97.8	81.3
menos de 6 años de educación	17.7	49.2	69.1	87.1	94.2	80.2	menos de 6 años de educación	7.9	25.7	49	70.3	93.2	64.5
10 o más años de educación	1.4	7.5	25	55.3	81.3	56.4	10 o más años de educación	31	67.5	84.6	92.3	96.9	84.2
Total	11.5	29.6	52.5	75.3	90.3	68.2	Total	3.7	12.2	40	67.4	90.3	59.2
Colombia, 1995							Perú, 1996						
Rural	15.2	44.7	74.2	88.3	93.6	76.3	Rural	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total
Urbana	7	27.5	54.1	76.4	88.7	66.2	Urbana	15	45.5	76.8	90.3	96.8	78
Quintil 1	18.5	53.8	80.5	91.9	94.8	79	Quintil 1	4.5	16.9	47.5	72.3	91.8	62.6
Quintil 5	2.5	9.6	37.2	63.5	82.2	58.4	Quintil 5	19.2	55.7	82.1	93.3	97.2	81.3
menos de 6 años de educación	16.4	53.9	80.1	91.2	93.9	82.5	menos de 6 años de educación	0.8	6.5	26.3	50.3	86.2	51.9
10 o más años de educación	3.2	12.1	34.6	63.7	81.4	55.6	10 o más años de educación	17.8	51.6	80.1	92.8	97.5	85.3
Total	9.2	31.7	59.2	79.2	90	68.8	Total	2.5	9.8	37.3	63.4	86.5	58.9
Guatemala, 1995							Rep. Dominicana, 1996						
Rural	14.4	46.3	72.4	88.4	96.1	74.2	Rural	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total
Urbana	8	27.4	61	83.7	93.9	67.6	Urbana	21.3	45.5	76.1	89.5	96.2	76.7
Quintil 1	21.5	53.5	84.4	94.4	97.2	81.5	Quintil 1	10.6	29.7	54.7	78.3	91.9	67.2
Quintil 5	5.8	22	43.7	73.7	93.9	62.1	Quintil 5	30.2	60.6	90.2	93.4	98.9	82.9
menos de 6 años de educación	18.5	51.9	79.3	91	96	79.8	menos de 6 años de educación	3.3	15.4	35.4	64.3	87.3	57.1
10 o más años de educación	2	8.8	30.6	70.9	91	56.6	10 o más años de educación	28.7	70.1	94.2	97	97	86.5
Total	11.5	38.2	67.6	86.5	95.1	71.3	Total	5.4	15.4	38.6	68.8	86.7	58.7

Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía (EDS) respectivas.

Un dato que cabe mencionar —aunque no es particularmente sorprendente para los demógrafos— es que la proporción de mujeres con experiencia reproductiva aparece muy similar entre los países una vez superado un cierto límite etario, que en el cuadro IV.3 corresponde a los 29 años. En efecto, la proporción de mujeres de 30 años y más con experiencia reproductiva va desde un mínimo de 90% en Brasil y Colombia a un máximo de 95% en Guatemala y Nicaragua. Esta virtual homogeneidad ocurre porque la transición demográfica opera básicamente reduciendo los nacimientos de orden superior, pero afecta marginalmente a los nacimientos de orden uno; esto se debe a que, en un contexto de transición avanzada, las mujeres tienen menos hijos que en un contexto de transición incipiente, pero la gran mayoría de ellas sigue teniendo al menos un hijo a lo largo de su vida reproductiva. Cabe destacar, en todo caso, que las ligeras diferencias entre países antes señaladas son coherentes con el estado de la transición demográfica.

Contrastando con las cifras anteriores, las proporciones de adolescentes con experiencia reproductiva varían sensiblemente entre países (véase el cuadro IV.3). Considerando primero al grupo prioritario en términos de políticas —las menores de 18 años y que, por tanto, todavía se encuentran en edad escolar—, las proporciones de niñas con experiencia reproductiva van desde un máximo de 19% en Nicaragua a un mínimo de 7% en Bolivia y Haití. La magnitud de las cifras las hace preocupantes; en Nicaragua, el caso más alarmante, al menos una de cada 5 niñas debe enfrentar los desafíos del embarazo y de la crianza a una edad tan temprana como los 17 años o menos.

Las cifras también presentan elementos hasta cierto punto sorprendentes; cabe destacar sobre todo el hecho de que los dos países en que la proporción de niñas de 15 a 17 años con experiencia reproductiva es menor se encuentran en estado incipiente de la transición demográfica (CEPAL, 1995c). Esto último puede explicarse por la ya mencionada autonomía relativa de la fecundidad adolescente respecto de la total, pero cabe subrayar que, en ambos casos, esta “autonomía” actúa en un sentido diferente al especificado; en efecto, siendo países de alta fecundidad, tienen una fecundidad peculiarmente baja durante la adolescencia, lo que es compatible con las estimaciones y proyecciones del cuadro IV.1, que muestra bajas tasas de fecundidad adolescente en los dos países. Como contrapartida, en Brasil, que se encuentra en plena transición demográfica, un 12% de las muchachas de entre 15 y 17 años tiene experiencia reproductiva, revelando que en este país el descenso generalizado de la fecundidad no ha operado para la fecundidad en las primeras etapas de la vida reproductiva; no en vano Brasil es uno de los países que muestra un aumento absoluto de la tasa específica de fecundidad adolescente entre 1970 y el 2000, tal como se aprecia en el gráfico IV.1. Los resultados que se entregan en el cuadro IV.3 indican también que la experiencia reproductiva de las jóvenes de 20 a 24 años guarda una compleja relación con la transición demográfica, revelando ciertas especificidades nacionales del calendario de la fecundidad que no se reflejan con claridad en su intensidad. Si bien Brasil registra una menor proporción de jóvenes de esa edad con experiencia reproductiva —hecho plenamente coherente con su estado en la transición demográfica—, Bolivia y Haití vuelven a descollar por su baja proporción; de hecho, en estos tres países la proporción citada es menor al 57%. En el otro extremo se encuentran Guatemala y Nicaragua, donde sólo 3 de cada 10 mujeres de 20 a 24 años no tienen experiencia reproductiva. Asimismo, tanto Colombia como República Dominicana, ambos países en un acelerado proceso de transición demográfica y con tasas globales de fecundidad muy inferiores a Haití y Bolivia, registran proporciones del orden del 60% (véase el cuadro IV.3).

¿Qué importancia tienen estos resultados?

Como ya se ha visto empírica y conceptualmente, la experiencia reproductiva no tiene una relación de dependencia marcada con la transición demográfica —porque sólo da cuenta de un nacimiento o un embarazo y, por tanto, no capta el espacio en que se produce la reducción sostenida de la fecundidad, dado por los nacimientos de orden superior—, aun cuando el caso de Brasil es sugerente en el sentido de que el avance de la transición abre espacios para que un conjunto creciente de mujeres se mantengan sin experiencia reproductiva en plena juventud. Esto último es de gran relevancia desde el punto de vista de políticas, pues proporciona la fracción de mujeres sin compromisos inmediatos de crianza y, por tanto, en mejores condiciones de disponibilidad para ingresar al mercado de trabajo, proseguir en el sistema educativo o acumular experiencias mediante diversos mecanismos. Y las diferencias no son despreciables, como lo ilustra la comparación de los casos de Brasil y Nicaragua: en el primero un 47% de las mujeres de entre 20 y 24 años no tienen compromisos inmediatos de crianza mientras que en Nicaragua sólo un 30% están en dicha condición (véase el cuadro IV.3).

Las diferencias son mucho más apreciables dentro de los países, lo que se advierte al comparar la trayectoria de la experiencia reproductiva según quintiles socioeconómicos. Todos los países registran enormes brechas en la proporción de mujeres con experiencia reproductiva en los tramos inferiores de edad; por ejemplo, en Bolivia la proporción de muchachas de 15 a 17 años del quintil más pobre de la población con experiencia reproductiva es 8.4 veces la del quintil superior. Aunque estas diferencias persisten en edades más avanzadas, se estrechan significativamente después de los 30 años, confirmando que, en todos los países y en todos los grupos socioeconómicos, el descenso de la fecundidad no se traduce en un aumento significativo de las mujeres nulíparas al final de la vida fértil; es decir, aunque las jóvenes de estrato alto tienen un promedio de hijos muy inferior al promedio, la abrumadora mayoría de ellas tendrá al menos un hijo después de los 29 años (véase el cuadro IV.3).

Revisando con más prolijidad los resultados del cuadro IV.3, se aprecian claras especificidades socioeconómicas de la iniciación que, como se expondrá a continuación, pueden ser consideradas inequidades. El quintil más pobre, un grupo de etario que bajo toda circunstancia debiera estar asistiendo al sistema escolar (15 a 17 años), registra altas proporciones de niñas con experiencia reproductiva; esas cifras son alarmantes en Nicaragua y República Dominicana, donde más del 25% de las muchachas de 15 a 17 años del quintil más pobre de la población tiene experiencia reproductiva, lo que virtualmente las inhabilita para asistir a la escuela y les impone la pesada carga de sobrellevar el embarazo y la crianza en condiciones socioeconómicas y biosicosociales muy adversas. En cambio, en todos los países para los que se cuenta con información, la mayoría de las jóvenes de los estratos altos posterga la iniciación de su fecundidad hasta después de los 24 años; por el contrario, entre las mujeres del quintil más pobre la situación es abiertamente distinta, pues una minoría de las mujeres de 20 a 24 años —que en el caso extremo de República Dominicana alcanza sólo al 10%—, se mantiene sin experiencia reproductiva. Aunque en las etapas postreras de la juventud las diferencias entre grupos socioeconómicos en este indicador se reducen, todavía son denotativas de trayectorias vitales diferentes. En efecto, mientras en el quintil más pobre la maternidad es virtualmente universal en el grupo de 25-29 años (cifras de 90% o más), al menos un 30% del quintil superior de las mujeres (50% en el caso de Perú) no registra experiencia reproductiva (véase el cuadro IV.3). Así, los datos sugieren que las mujeres de los grupos socioeconómicos más desfavorecidos (mujeres rurales, mujeres pobres, mujeres con menos de 6 años de educación) tienen experiencia reproductiva a edades más tempranas —o lo que es equivalente, los grupos

socioeconómicos aventajados postergan el inicio de la reproducción—, lo que restringe sus ya limitadas opciones iniciales de acumulación de activos y, por ende, de movilidad social ascendente.¹⁵

En suma, tanto entre países como dentro de ellos la experiencia reproductiva durante la juventud presenta disparidades relevantes tanto por su magnitud como por sus consecuencias de políticas. Estas disparidades son mucho mayores en los grupos de menor edad. La comparación entre países revela peculiaridades de la trayectoria reproductiva que se apartan de las determinaciones más generales derivadas de la transición demográfica y sugiere que esta transición todavía no afecta a los nacimientos de orden uno. Dentro de los países, las diferencias entre grupos socioeconómicos son sistemáticas y van en desmedro de los grupos desventajados, pues una fracción mucho mayor de las mujeres rurales, del quintil inferior y de las con menos educación enfrenta antes de los 20 años los desafíos de la crianza.

b) La paridez

Una forma distinta de analizar la vida reproductiva es haciendo uso de la paridez, es decir, de los hijos acumulados por las mujeres hasta ciertas edades. Como puede apreciarse en el cuadro IV.4 y en el gráfico IV.2, la paridez es altamente dependiente de la edad, debido a que el tiempo de exposición al riesgo de quedar embarazadas y tener hijos aumenta con la edad.

¹⁵ De esta aseveración no cabe concluir que la fecundidad en la adolescencia es responsable de que las muchachas sigan en la pobreza; sin duda es un obstáculo, pero si carecen de oportunidades o proyectos de vida, el hecho de que no sean madres durante la adolescencia difícilmente les asegura un ascenso social. Asimismo, tal como varios especialistas han planteado, entre ellos algunos latinoamericanos como E. Pantelides (1995) y Stern y García (1999), en condiciones de pobreza la falta de proyectos vitales puede convertir a la maternidad, en particular durante la adolescencia, en un motivo de vida.

América Latina y el Caribe: partidez acumulada de las mujeres de 15 a 49 años por grupos socioeconómicos y según grupos de edad, países seleccionados, 1995-1998

Cuadro IV.4

País y grupo socioeconómico	Grupos de edad					Total	País y grupo socioeconómico	Grupos de edad					Total
	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más			15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	
Bolivia, 1997							Haití, 1995						
Rural	0.1	0.4	1.4	2.8	4.6	3.0	Rural	0.1	0.3	0.9	2.3	4.2	2.4
Urbana	0.0	0.2	0.7	1.7	3.3	1.8	Urbana	0.0	0.2	0.6	1.3	2.9	1.4
Diferencial	-	2.0	2.0	1.6	1.4	1.7	Diferencial	-	1.5	1.5	1.8	1.4	1.7
Quintil 1	0.2	0.5	1.6	2.9	4.8	3.2	Quintil 1	0.0	0.3	1.1	2.5	4.6	2.9
Quintil 5	0.0	0.1	0.4	1.1	2.6	1.4	Quintil 5	0.0	0.0	0.4	1.0	2.4	1.1
Diferencial	-	5.0	4.0	2.6	1.8	2.3	Diferencial	-	-	2.8	2.5	1.9	2.6
menos de 6 años de educación	0.1	0.6	1.5	2.7	4.4	3.3	menos de 6 años de educación	0.1	0.3	1.0	2.3	3.9	2.4
10 o más años de educación	0.0	0.1	0.4	1.1	2.4	1.3	10 o más años de educación	0.0	0.0	0.2	0.6	1.7	0.6
Diferencial	-	6.0	3.8	2.5	1.8	2.5	Diferencial	-	-	5.0	3.8	2.3	4.0
Total	0.1	0.3	0.9	2.0	3.7	2.2	Total	0.0	0.2	0.7	1.8	3.7	2.0
Brasil, 1996							Nicaragua, 1998						
Rural	0.2	0.4	1.0	2.0	3.8	2.4	Rural	0.2	0.7	1.5	2.9	5.2	2.9
Urbana	0.1	0.3	0.7	1.4	2.6	1.7	Urbana	0.1	0.4	1.0	1.9	3.6	2.1
Diferencial	-	1.3	1.4	1.4	1.5	1.4	Diferencial	-	1.8	1.5	1.5	1.4	1.4
Quintil 1	0.2	0.6	1.3	2.4	4.4	2.7	Quintil 1	0.2	0.9	1.9	3.3	6.1	3.5
Quintil 5	0.1	0.1	0.4	0.9	2.1	1.3	Quintil 5	0.1	0.2	0.7	1.2	2.9	1.7
Diferencial	2.0	6.0	3.3	2.7	2.1	2.1	Diferencial	2.0	4.5	2.7	2.8	2.1	2.1
menos de 6 años de educación	0.2	0.6	1.1	2.1	3.4	2.5	menos de 6 años de educación	0.3	0.9	1.8	3.1	5.2	3.5
10 o más años de educación	0.0	0.1	0.3	0.9	1.8	1.1	10 o más años de educación	0.0	0.1	0.4	1.1	2.2	1.2
Diferencial	-	6.0	3.7	2.3	1.9	2.3	Diferencial	-	9.0	4.5	2.8	2.4	2.9
Total	0.1	0.4	0.8	1.5	2.8	1.8	Total	0.1	0.5	1.2	2.2	4.1	2.4
Colombia, 1995							Perú, 1996						
Rural	0.1	0.5	1.3	2.3	4.0	2.5	Rural	0.1	0.5	1.4	2.5	4.7	2.9
Urbana	0.1	0.3	0.7	1.4	2.6	1.6	Urbana	0.0	0.2	0.6	1.4	3.1	1.7
Diferencial	-	1.7	1.9	1.6	1.5	1.6	Diferencial	-	2.5	2.3	1.8	1.5	1.7
Quintil 1	0.1	0.7	1.7	2.7	4.7	3.0	Quintil 1	0.2	0.6	1.6	2.8	5.1	3.2
Quintil 5	0.0	0.1	0.4	0.9	2.0	1.3	Quintil 5	0.0	0.1	0.3	0.7	2.3	1.2
Diferencial	-	7.0	4.3	3.0	2.4	2.3	Diferencial	-	6.0	5.3	4.0	2.2	2.7
menos de 6 años de educación	0.1	0.6	1.5	2.3	3.7	2.7	menos de 6 años de educación	0.1	0.6	1.5	2.7	4.6	3.3
10 o más años de educación	0.0	0.1	0.3	0.9	1.8	1.0	10 o más años de educación	0.0	0.1	0.4	1.0	2.2	1.2
Diferencial	-	6.0	5.0	2.6	2.1	2.7	Diferencial	-	6.0	3.8	2.7	2.1	2.8
Total	0.1	0.4	1.0	1.7	3.0	1.9	Total	0.1	0.3	0.9	1.8	3.6	1.2
Guatemala, 1995							Rep. Dominicana, 1996						
Rural	0.1	0.5	1.5	2.8	5.0	2.9	Rural	0.2	0.5	1.5	2.5	4.0	2.5
Urbana	0.1	0.3	1.0	2.1	3.5	2.0	Urbana	0.1	0.3	0.9	1.7	2.9	1.7
Diferencial	-	1.7	1.5	1.3	1.4	1.5	Diferencial	-	1.7	1.7	1.5	1.4	1.5
Quintil 1	0.2	0.7	2.0	3.5	5.6	3.6	Quintil 1	0.3	0.8	1.9	2.8	4.7	2.9
Quintil 5	0.0	0.2	0.6	1.4	2.8	1.6	Quintil 5	0.0	0.1	0.5	1.2	2.3	1.3
Diferencial	-	3.5	3.3	2.5	2.0	2.3	Diferencial	-	8.0	3.8	2.3	2.0	2.2
menos de 6 años de educación	0.1	0.6	1.6	3.0	5.0	3.2	menos de 6 años de educación	0.2	0.9	1.9	2.8	4.1	3.1
10 o más años de educación	0.0	0.1	0.4	1.3	2.4	1.3	10 o más años de educación	0.0	0.1	0.5	1.3	2.1	1.2
Diferencial	-	6.0	4.0	2.3	2.1	2.5	Diferencial	-	9.0	3.8	2.2	2.0	2.6
Total	0.1	0.4	1.3	2.5	4.3	2.5	Total	0.2	0.5	1.2	2.1	3.3	2.0

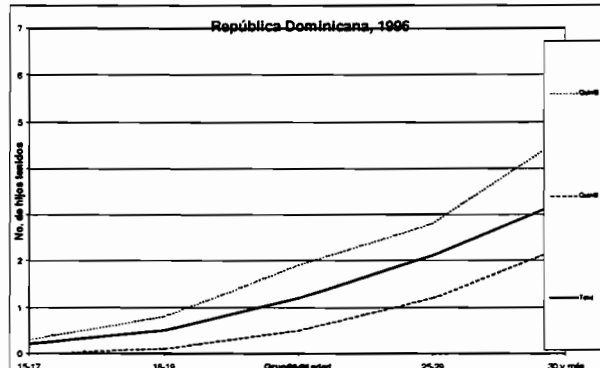
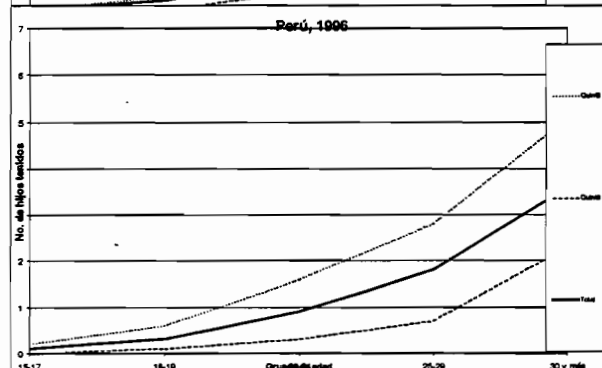
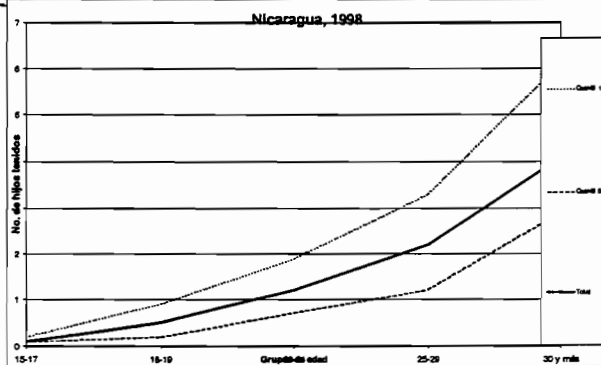
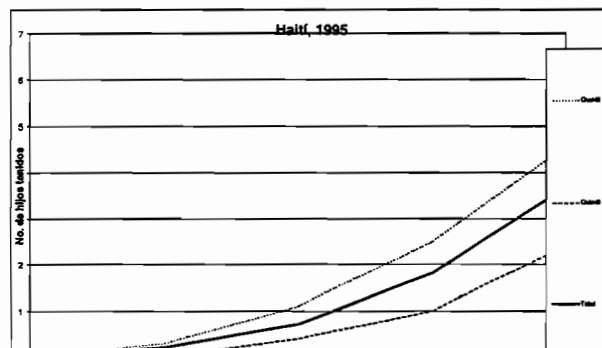
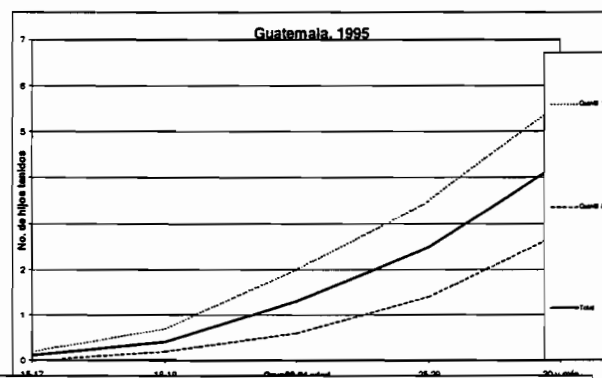
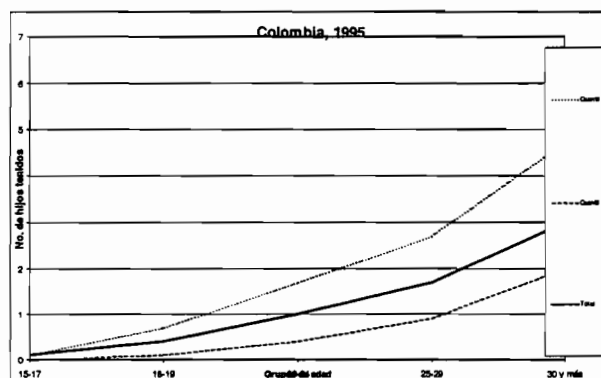
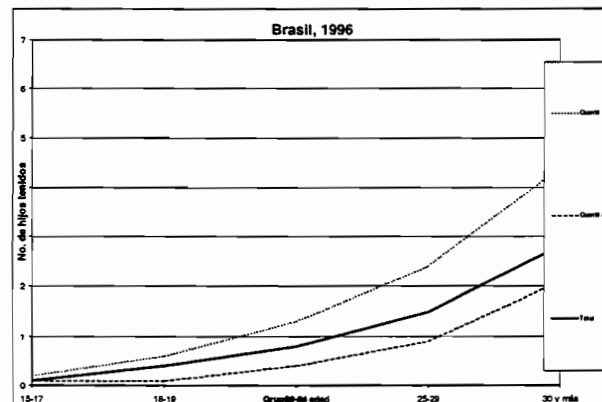
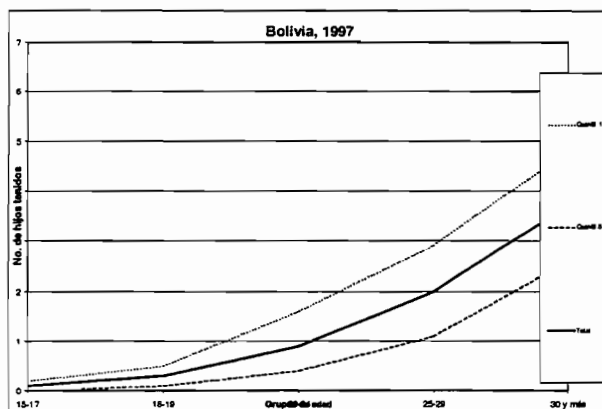
Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Nuevamente se advierten diferencias importantes entre países. De manera similar a lo verificado con la experiencia reproductiva, la paridez durante la adolescencia, incluso hasta el grupo 20 a 24 años, presenta bastante independencia del respectivo proceso de transición demográfica. Se consolida la imagen de contextos nacionales que favorecen la reproducción temprana —como Guatemala, Nicaragua, República Dominicana y Colombia (estos dos últimos en plena transición demográfica), cuyas mujeres de 20 a 24 años de edad ya tienen más de un hijo en promedio— y otros que favorecen su postergación, como ocurre con Bolivia, Haití y Perú, pese a encontrarse los primeros en fases incipientes de la transición demográfica. La transición demográfica sí ejerce un efecto intenso sobre los niveles que alcanza la paridez en las etapas finales de la juventud y luego en la adultez plena, pues el número medio de hijos tenidos por las mujeres brasileñas de 25 a 29 años es, con nitidez, el menor entre los ocho países analizados. Así, a diferencia de lo que ocurría con el indicador de experiencia reproductiva, que con la edad tendía a la homogeneidad, en el caso de la paridez, la registrada hacia el final de la juventud presenta una variación importante y que tiende a originarse en el grado de avance de la transición demográfica.

Finalmente, y en lo que atañe a la paridez, se verifica notoriamente que las trayectorias reproductivas están marcadas desde sus inicios por la segmentación socioeconómica y que mantienen sus disimilitudes a lo largo del ciclo de vida de las mujeres (véase el gráfico IV.2). Los pobres tienden a tener una paridez más alta desde el inicio de la adolescencia y registran una paridez acumulada en la adultez considerablemente mayor que la de las mujeres del quintil superior. En suma, la iniciación reproductiva temprana tienen efectos en sí —como los subrayados en el marco de referencia conceptual y que se traducen en desventajas y dificultades para el logro de una inserción social adecuada— pero, además, tiene sistemáticas implicaciones en la trayectoria reproductiva total de las mujeres; esto último se grafica con claridad en el caso de las mujeres pobres, que comienzan a tener sus hijos más precozmente y al final de su juventud han acumulado un número mucho mayor de hijos.

Gráfico IV.2

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PARIDEZ ACUMULADA POR LAS MUJERES DE 15 A 49 AÑOS DE EDAD, POR GRUPOS DE EDAD Y SEGÚN QUINTILES SOCIOECONÓMICOS, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1999



Fuente: Cuadro IV.4.

4. Preferencias reproductivas entre estratos y su relación con la realidad

Como ya se ha comprobado (CEPAL, 1998c), las preferencias reproductivas suelen ser más homogéneas —entre los países y dentro de ellos— que el comportamiento reproductivo. Los datos del cuadro IV.5 refrendan esta recurrencia empírica, pero añaden otros elementos a la reflexión.

Un primer hecho destacable es que no hay una relación determinista entre la transición demográfica y las expectativas reproductivas que declaran las mujeres. Esto, fácilmente apreciable en los valores totales del número medio de hijos deseado —por ejemplo, Bolivia y Nicaragua tienen valores inferiores o equivalentes a Brasil y bastante menores que República Dominicana—, también ocurre entre las jóvenes, pues las jóvenes bolivianas, nicaragüenses y peruanas tienen ideales reproductivos inferiores a los de sus contrapartes brasileñas y dominicanas (véase el cuadro IV.5).

En segundo término, aunque entre los países la fecundidad deseada registra, en general, una distribución más homogénea que la observada, entre las jóvenes la homogeneidad incluso es mayor. Está claro que las generaciones más jóvenes de la región han estado expuestas a mensajes, cambios y acontecimientos más o menos comunes, y que han influido en la configuración de ciertas actitudes y visiones de mundo compartidas, dentro de las cuales probablemente se encuentran las relacionadas con los tamaños preferidos de familia.

En tercer lugar, las jóvenes registran muy constantemente preferencias reproductivas inferiores a las cohortes adultas, reflejando diferencias generacionales que debieran plasmarse en conductas reproductivas distintas. Así, las generaciones jóvenes presentan el sustrato subjetivo necesario para seguir avanzando en la transición demográfica. Por cierto, hay casos excepcionales, como el de Brasil, donde las adolescentes pobres declaran un número medio de hijos deseado superior a las jóvenes pobres de 25 a 29 años. Esta peculiaridad de las adolescentes pobres brasileñas estaría explicando los elevados porcentajes —ya comentados— de muchachas con experiencia reproductiva, pese al intenso proceso de transición demográfica que experimenta el conjunto del país.

América Latina y el Caribe: número medio de hijos deseado por las mujeres de 15 a 49 años, por grupos socioeconómicos y según grupos de edad, países seleccionados, 1995-1998

Cuadro IV.5

País y grupo socioeconómico	Grupos de edad					País y grupo socioeconómico	Grupos de edad				
	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más		15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más
Bolivia, 1997						Haití, 1995					
Rural	2.0	2.0	2.2	2.6	2.9	Rural	3.3	3.4	3.3	3.5	3.8
Urbana	2.2	2.2	2.3	2.4	2.9	Urbana	2.9	2.7	2.7	2.8	3.0
Diferencial	0.9	0.9	1.0	1.1	1.0	Diferencial	1.1	1.3	1.2	1.3	1.2
Quintil 1	1.7	2.0	2.2	2.6	2.9	Quintil 1	3.9	3.7	3.5	3.8	4.1
Quintil 5	2.3	2.3	2.5	2.5	2.9	Quintil 5	2.9	2.6	2.7	2.8	3.1
Diferencial	0.7	0.9	0.9	1.0	1.0	Diferencial	1.3	1.4	1.3	1.4	1.3
menos de 6 años de educación	1.8	1.9	2.2	2.5	2.9	menos de 6 años de educación	3.1	3.2	3.2	3.4	3.7
10 o más años de educación	2.2	2.4	2.4	2.4	2.8	10 o más años de educación	2.8	2.6	2.8	2.7	3.3
Diferencial	0.8	0.8	0.9	1.0	1.0	Diferencial	1.1	1.2	1.1	1.3	1.2
Total	2.2	2.2	2.3	2.5	2.9	Total	3.1	3.0	3.0	3.2	3.6
Brasil, 1996						Nicaragua, 1998					
Rural	4.1	3.2	3.2	2.8	4.2	Rural	2.4	2.4	2.7	3.3	4.0
Urbana	2.3	2.3	2.2	2.3	2.9	Urbana	2.0	2.1	2.2	2.5	2.9
Diferencial	1.8	1.4	1.5	1.2	1.4	Diferencial	1.2	1.1	1.2	1.3	1.4
Quintil 1	4.0	3.3	3.7	3.0	4.8	Quintil 1	2.5	2.5	2.9	3.7	4.6
Quintil 5	2.2	2.1	2.0	2.0	2.7	Quintil 5	2.2	2.2	2.1	2.4	2.7
Diferencial	1.8	1.9	2.2	2.5	2.9	Diferencial	1.1	1.1	1.4	1.5	1.7
menos de 6 años de educación	3.1	3.3	2.7	2.5	3.6	menos de 6 años de educación	2.3	2.4	2.7	3.3	3.8
10 o más años de educación	2.2	2.0	2.2	2.4	2.6	10 o más años de educación	2.1	2.2	2.2	2.3	2.5
Diferencial	1.4	1.7	1.2	1.0	1.4	Diferencial	1.1	1.1	1.2	1.4	1.5
Total	2.6	2.5	2.3	2.4	3.2	Total	2.2	2.2	2.4	2.8	3.2
Colombia, 1995						Perú, 1996					
Rural	2.3	2.3	2.5	2.6	3.3	Rural	2.1	2.2	2.3	2.6	3.2
Urbana	2.1	2.1	2.2	2.2	2.7	Urbana	2.1	2.1	2.2	2.3	2.7
Diferencial	1.1	1.1	1.1	1.2	1.2	Diferencial	1.0	1.0	1.0	1.1	1.2
Quintil 1	2.4	2.3	2.6	2.8	3.7	Quintil 1	2.2	2.2	2.3	2.7	3.3
Quintil 5	2.1	2.1	2.1	2.3	2.6	Quintil 5	2.1	2.2	2.3	2.2	2.6
Diferencial	1.1	1.1	1.2	1.2	1.4	Diferencial	1.0	1.0	1.0	1.2	1.3
menos de 6 años de educación	2.3	2.2	2.4	2.5	3.1	menos de 6 años de educación	2.1	2.1	2.2	2.5	3.0
10 o más años de educación	2.2	2.1	2.2	2.2	2.5	10 o más años de educación	2.1	2.2	2.2	2.2	2.6
Diferencial	1.0	1.0	1.1	1.1	1.2	Diferencial	1.0	1.0	1.0	1.1	1.2
Total	2.2	2.2	2.2	2.3	2.9	Total	2.1	2.1	2.2	2.3	2.8
Guatemala, 1995						Rep. Dominicana, 1996					
Rural	3.2	3.4	3.5	3.8	4.8	Rural	2.8	2.7	2.9	3.2	4.0
Urbana	2.6	2.6	2.8	3.1	3.5	Urbana	2.6	2.8	2.7	2.9	3.4
Diferencial	1.2	1.3	1.3	1.2	1.4	Diferencial	1.1	1.0	1.1	1.1	1.2
Quintil 1	3.8	3.8	3.9	4.4	5.3	Quintil 1	2.7	2.7	3.0	3.4	4.2
Quintil 5	2.4	2.5	2.6	2.7	3.1	Quintil 5	2.6	2.9	2.8	2.6	3.2
Diferencial	1.6	1.5	1.5	1.6	1.7	Diferencial	1.0	0.9	1.1	1.3	1.3
menos de 6 años de educación	3.4	3.5	3.6	3.9	4.7	menos de 6 años de educación	2.7	2.8	2.9	3.1	4.0
10 o más años de educación	2.4	2.5	2.6	2.5	2.8	10 o más años de educación	2.7	2.9	2.7	2.8	3.1
Diferencial	1.4	1.4	1.4	1.6	1.7	Diferencial	1.0	1.0	1.1	1.1	1.3
Total	2.9	3.0	3.2	3.5	4.2	Total	2.7	2.7	2.8	3.0	3.6

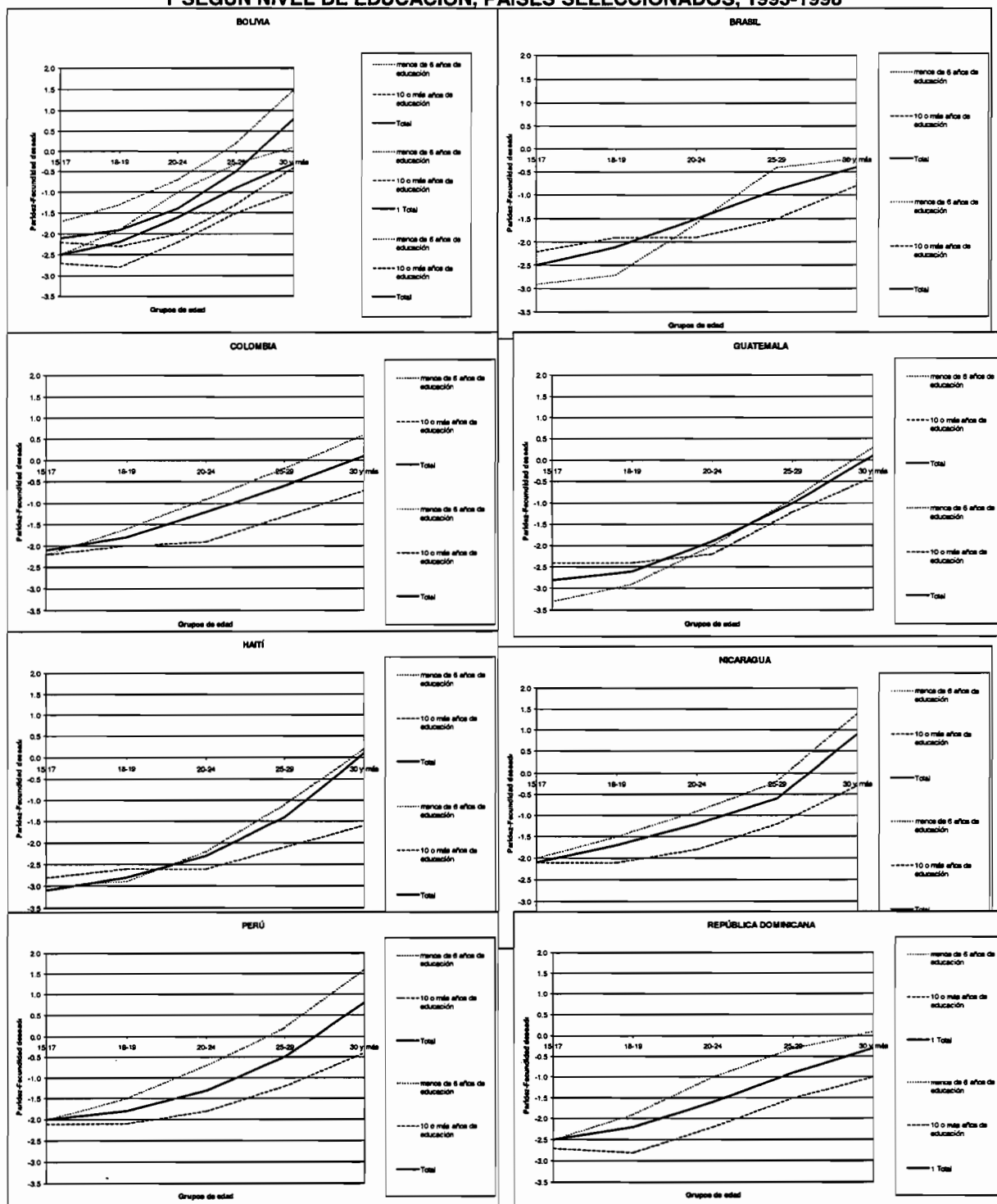
Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

En cuarta instancia, las disparidades socioeconómicas en el plano de los deseos reproductivos de los jóvenes no siguen estrictamente la lógica advertida en la experiencia reproductiva y la paridez. Aunque los segmentos socioeconómicos desventajados (los pobres, los habitantes del campo y los escasamente educados) de la mayor parte de los países, registran las preferencias reproductivas más altas, en la mayoría de los casos examinados las discrepancias entre grupos socioeconómicos polares son mínimas e, incluso, en Bolivia las jóvenes pobres desean un número menor de hijos que las jóvenes del quintil más pudiente.

Tan importantes como los hallazgos sobre las especificidades juveniles de las preferencias reproductivas, son las relaciones entre estos deseos y las conductas observadas en el plano reproductivo. El cotejo de las cifras de los cuadros IV.4 y IV.5 y del gráfico IV.3 ratifica los antecedentes previos, pero añade nuevos elementos sobre todo en lo que atañe a la juventud. En la mayoría de los países, la fecundidad acumulada por el gran grupo de edad de 30 años y más supera los deseos reproductivos manifestados por los grupos socioeconómicos desventajados —hecho ilustrado, en el gráfico IV.3, por las personas que tienen menos de 6 años de educación— y, en cambio, tiende a ser menor que estas mismas preferencias entre los grupos socioeconómicos más aventajados. Se perfila una polarización cuyos dos extremos dejan de manifiesto el potencial incumplimiento de derechos reproductivos básicos: los pobres tienen más hijos de los que desean y las mujeres de nivel socioeconómico alto tienen menos de los que quieren. Ahora bien, ¿son equivalentes ambas situaciones? Todo parece indicar que no lo son, pues tanto por razones sustantivas como por otras más formales, el exceso de fecundidad resulta más agravante que los deseos. En efecto, el déficit de fecundidad acumulado que registran los grupos más acomodados todavía tiene espacio temporal para subsanarse de manera natural con nacimientos en el tramo de entre 30 y 49 años; en cambio, el sobrepasamiento de la fecundidad deseada entre las mujeres pobres de entre 30 y 49 años de edad es un hecho irreversible.

Gráfico IV.3

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: DIFERENCIA ENTRE LA PARIDEZ ACUMULADA Y EL NÚMERO IDEAL DE HIJOS DECLARADO POR LAS MUJERES DE 15 A 49 AÑOS DE EDAD, POR GRUPOS DE EDAD Y SEGÚN NIVEL DE EDUCACIÓN, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998



Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

¿Qué ocurre entre los jóvenes?

Dado que están en plena etapa reproductiva, la gran mayoría de ellos —independientemente de su condición socioeconómica—, no han alcanzado sus ideales reproductivos; de hecho, Bolivia y Perú son los únicos países cuyas jóvenes pobres de 25 a 29 años ya registran un exceso de fecundidad, signo que sugiere la presencia de fecundidad no deseada. Las mujeres de grupos sociales desventajados de los otros países no alcanzan sus preferencias reproductivas durante la juventud, y, en promedio, el grupo de 25 a 29 años tiene una paridez acumulada inferior al número medio de hijos deseado (véase el gráfico IV.3).

En resumen, si bien las jóvenes también registran desemejanzas en las preferencias reproductivas según grupos socioeconómicos, éstas son menores que las disparidades en el plano de las conductas. A diferencia de lo que acontece en las edades mayores, en las que el cotejo de fecundidad deseada y observada proporciona señales claras de fecundidad no deseada, entre los jóvenes tal comparación es menos útil, pues, por estar en las fases iniciales y plenas de la trayectoria reproductiva, es poco frecuente que completen sus deseos reproductivos. Por lo mismo, el que las jóvenes tengan una fecundidad observada inferior a la deseada no significa que *toda* su fecundidad haya sido deseada. Para acercarse a una estimación de este último hecho hay que trabajar con otros indicadores, por ejemplo la declaración sobre la condición de deseado o no del último hijo tenido. Pero, aun así, la edad de las jóvenes debiera afectar a estos valores, ya que es más probable que su último hijo haya tenido un orden de nacimiento bajo y, entre estos casos, las proporciones de “no deseados” suelen ser menores que entre los de órdenes más altos. Finalmente, las declaraciones de intenciones reproductivas de las jóvenes muestran la presencia de un sustrato subjetivo para seguir avanzando en la transición demográfica, pero señalan que este avance también tiene límites, puesto que en todos los países las aspiraciones reproductivas de las muchachas están por sobre el nivel de reemplazo.

C. LA TRÍADA INICIACIÓN SEXUAL/NUPCIAL/REPRODUCTIVA

Hasta este acápite del capítulo, la discusión y los resultados se concentraron en la experiencia reproductiva, que atañe a las fases finales de la conducta reproductiva, es decir, alude a los nacidos vivos. Sin embargo, en los elementos de referencia conceptual se puso énfasis en la visión más amplia de la conducta reproductiva, que incluye la larga concatenación de eventos que lleva a un nacimiento, entre los que destacan los relacionados con la sexualidad y la formación de una pareja estable (o nupcialidad).

Es posible advertir la existencia de una tríada articuladora del comportamiento reproductivo, compuesta por la iniciación sexual, la iniciación nupcial y la iniciación reproductiva. De acuerdo a lo planteado en los elementos conceptuales de referencia, esta tríada está determinada por una compleja trama de factores, uno de los cuales es la fase de la transición demográfica en que se encuentran los países. En contextos pretransicionales o de transición muy incipiente, las tres iniciaciones suelen darse a edades muy tempranas y ocurrir casi simultáneamente, porque las muchachas se unen a edades muy precoces, en ese contexto inician su vida sexual y tienen rápidamente su primer hijo. En cambio, en contextos de transición avanzada o postransicionales, se retrasan claramente la unión y la reproducción, pero no es tan claro que ocurre lo mismo con la iniciación sexual (Naciones Unidas, 1998).

Este último asunto es objeto de controversias. Por una parte, se argumenta que el desarrollo económico y sociocultural unido a la transición demográfica —que además suelen tener una fuerte asociación— provocan la postergación de la unión, a causa de la emergencia de proyectos de vida alternativos a los tradicionales y del aumento de las exigencias para un desempeño social adecuado —esto último entra en colisión con la adquisición de compromisos a edades muy jóvenes, sobre todo con la unión o la crianza de niños— que retrasan la iniciación sexual. Por otra parte, se arguye que el desarrollo económico y sociocultural desata fuerzas que promueven el adelantamiento de la iniciación sexual —como la mayor permisividad sexual o una mayor exposición de los jóvenes a mensajes y estímulos de índole sexual—, pero en un contexto distinto, específicamente desligado del matrimonio (Naciones Unidas, 1997b). Si bien la primera hipótesis encuentra un mayor respaldo en las cifras en América Latina y el Caribe (Naciones Unidas, 1998, *ibid.* p. 26), la segunda parece estar más extendida entre líderes de opinión y tomadores de decisiones. La evidencia disponible no es categórica. Asimismo, puede que tanto o más relevante que la tendencia de la edad de iniciación sexual, sea estar de acuerdo en que el desarrollo y la transición demográfica operarían un cambio del contexto en que ocurre tal iniciación, estrechamente vinculada al matrimonio en las sociedades tradicionales y mucho menos en las modernas, donde buena parte de la iniciación sexual es prematrimonial.

Por lo demás, sí existen antecedentes conceptuales y empíricos que indican que la condición socioeconómica también ejerce influencia sobre esta tríada y que, a la vez, ésta tiene canales de retroalimentación con la situación socioeconómica. Concretamente, en los grupos pobres parecen confluir, por una parte, pautas socioculturales de iniciación nupcial/sexual/reproductiva temprana y, por otra, escasez de proyectos vitales alternativos a los tradicionales —que en el caso de la mujer significa dedicarse a criar y a las labores domésticas y en el de los hombres incorporarse precozmente a la actividad laboral. En consecuencia, una variedad de fuerzas promueven una tríada temprana en los grupos socialmente desventajados. En cambio, en los grupos de mayor nivel socioeconómico se percibe más claramente la contraposición entre una tríada adelantada y un proyecto de vida moderno, lo que constituye una fuerza adicional que, al menos, estimula la postergación de la iniciación nupcial y reproductiva (Stern y García, 1999).

Una primera aproximación cuantitativa a la tríada puede hacerse con el uso de indicadores de edad media (o más bien edad mediana) del acontecimiento. En el cuadro IV.6 se exponen los datos disponibles, pero cabe advertir que su interpretación debe efectuarse con cautela, pues no consideran la dispersión de la serie, atañen a un grupo etario que mezcla a jóvenes y adultas y (una falla metodológica) no toma en cuenta la fracción de mujeres que no han experimentado el evento. Del citado cuadro se desprenden tres hechos fundamentales:

i) en general, más de la mitad de las mujeres de la región se inician sexualmente antes de los 20 años, vale decir, se convierten en sexualmente activas durante la adolescencia, lo que entraña varios desafíos, entre los que están el de evitar que esta iniciación se transforme en fecundidad no deseada, el de lograr decisiones maduras, responsables e informadas en este plano y el de encontrar medios de ofrecer servicios de salud reproductiva capaces de superar los vetos sociales al reconocimiento de las y los adolescentes como sujetos sexualmente activos;

ii) la diferencia entre la edad de la iniciación sexual y la de la primera unión no supera los tres años y en algunos países, como Nicaragua, prácticamente coinciden. De lo anterior se desprende que hay un cierto lapso en el que la actividad sexual es prematrimonial;

iii) contra lo planteado en el marco conceptual de referencia, la relación de dependencia entre la condición temprana o tardía de la tríada y el estado de la transición demográfica es débil, lo que ostensiblemente se ejemplifica con los casos contrastantes de Haití, por una parte, con una tríada tardía en un contexto de transición demográfica incipiente, y de Jamaica y República Dominicana, por otra, con una tríada temprana —extremadamente temprana en el caso de Jamaica, donde el 80% de las mujeres se inician sexualmente antes de los 20 años— en un contexto de transición demográfica en pleno avance.

Cuadro IV.6

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, PAÍSES SELECCIONADOS: EDAD MEDIANA A LA PRIMERA RELACIÓN SEXUAL, A LA PRIMERA UNIÓN Y AL PRIMER HIJO, MUJERES DE 20 A 49 AÑOS DE EDAD, 1995-1998

País	Año	Primera relación sexual	Primera unión
Bolivia	1998	18.9	20.9
Brasil	1996	19.5	21.1
Colombia	1995	19.6	21.4
Ecuador	1994	19.8	-
El Salvador	1993	18.5	-
Guatemala	1995	18.2	19
Haití	1995	19.0	20.8
Honduras	1996	18.3	-
Jamaica	1997	17.3	-
Nicaragua	1998	18.2	18.3
Perú	1996	18.9	20.9
Rep. Dominicana	1996	18.7	19.3
Venezuela	1998	18.1	-

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, “Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe”, México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

En un cálculo menos complejo y sin mayores debilidades intrínsecas, la proporción de mujeres de una cierta cohorte que han iniciado su vida sexual, nupcial y reproductiva durante la adolescencia y subtramos dentro de aquélla¹⁶ entrega antecedentes que permiten comparar trayectorias reproductivas entre países y dentro de ellos; en estos últimos, entre grupos socioeconómicos y cohortes: el análisis de cohortes entrega indicios sobre el cambio de las pautas de iniciación sexual/nupcial/reproductiva en el tiempo, asunto sobre el que hay opiniones divididas.

De esta manera, usando esta proporción como indicador puede ratificarse la conclusión de que la mayoría de las jóvenes de la región se inician sexualmente antes de cumplir los 20 años, mientras que una minoría, de envergadura oscilante según el país, comienza las relaciones sexuales antes de los 15

¹⁶ En el marco de este documento serán: i) antes de los 15 años (precoz); ii) antes de los 18 años (temprano); iii) antes de los 20 años (adolescente).

años. Considerando sólo a las jóvenes que al momento de la entrevista tenían entre 20 y 24 años (véase el cuadro IV.7), los valores extremos corresponden, en el caso de las iniciaciones tempranas, a Nicaragua —donde un 14% de las muchachas tuvo su primera relación sexual antes de los 15 años y un 65% antes de los 20 años— y en el de las iniciaciones tardías a Bolivia —donde sólo un 6% de las muchachas se inició sexualmente antes de los 15 años y un 53% antes de los 20 años. En la misma línea, Bolivia, Perú y Haití destacan por mostrar los índices de mayor retraso en la formación de la primera unión: menos del 5% de las mujeres de entre 20 y 24 años se unió antes de los 15 años, y menos del 25% antes de los 18 años. Como contrapartida, un 16% de las nicaragüenses se unió antes de los 15 años, y un 50% antes de los 18 años. Por cierto, estos inicios temprano o tardío de la sexualidad y la unión influyen decisivamente sobre el comienzo de la fecundidad; de hecho, Bolivia, Perú y Haití registran las menores proporciones de madres precoces (antes de los 15 años), tempranas (antes de los 18 años) y adolescentes (antes de los 20 años), mientras que Nicaragua registra la situación inversa, pues más del 50% de las jóvenes fueron madres antes de los 20 años (véase el cuadro IV.7).

Entre los dos extremos de países con una tríada notoriamente tardía o temprana —en el contexto latinoamericano y caribeño—, cabe poner de relieve la situación de Brasil, tanto por su gravitación cuantitativa como por sus especificidades empíricas, entre ellas la de ser el país con la transición demográfica más avanzada de todos los considerados. La transición demográfica brasileña parece no ejercer un efecto claro sobre la iniciación sexual —en el sentido de retrasarla—, pues Brasil ocupa el tercer lugar entre los ocho países, después de Nicaragua y Guatemala, en el porcentaje de sexualmente activas antes de los 18 años (véase el cuadro IV.7). Sí, en cambio, parece tener implicaciones sobre la formación de pareja y el inicio de la reproducción, ya que después de Bolivia y Perú, es el país que registra un menor porcentaje de mujeres unidas y de mujeres madres antes de los 18 años; es más, en el ámbito estrictamente reproductivo, es el país que registra un menor porcentaje de madres antes de los 20 años. Los casos de Brasil y Haití también son interesantes, porque las jóvenes del quintil superior, si bien tienen una tríada evidentemente más tardía que las del quintil inferior, debutan sexualmente antes que sus contrapartes del quintil superior de los otros países (véase el gráfico IV.4).

Cuadro IV.7

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, PAÍSES SELECCIONADOS: PORCENTAJE DE MUJERES DE 20-24 AÑOS QUE TUVO SU PRIMERA EXPERIENCIA SEXUAL ANTES DE LOS 15, 18 Y 20 AÑOS, 1993-1998

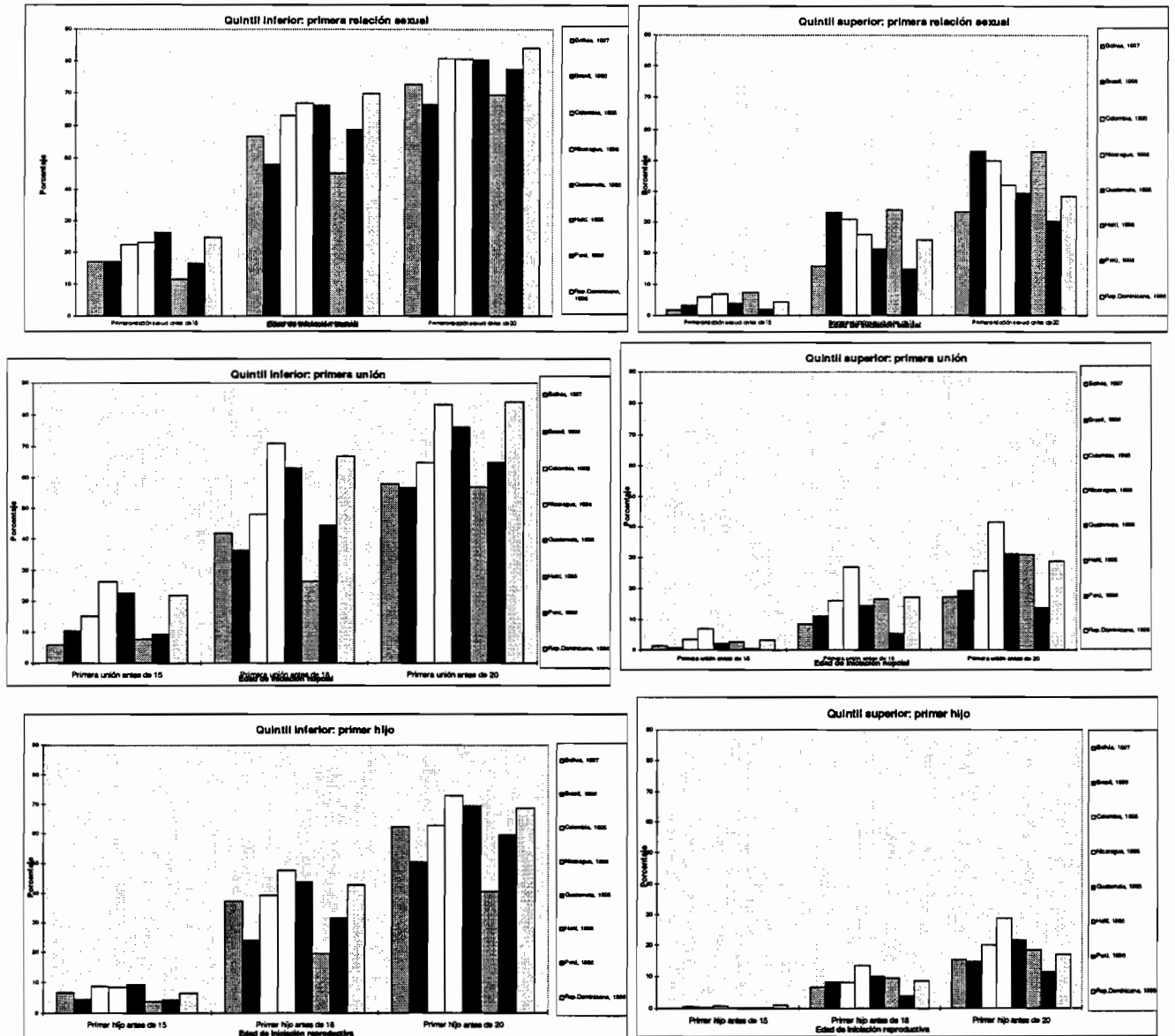
País		Porcentaje que tuvo su primera experiencia sexual antes de los			Porcentaje que tuvo su primera unión antes de los			Porcentaje que tuvo su primer hijo antes de los		
		15 años	18 años	20 años	15 años	18 años	20 años	15 años	18 años	20 años
Encuestas EDS	Año									
Bolivia	1998	5.8	32.6	53.3	2.6	21.2	38.4	1.3	16.0	36.1
Brasil	1996	9.7	42.4	61.0	4.4	23.7	38.8	1.8	16.1	32.0
Colombia	1995	8.9	40.6	61.5	5.7	25.7	41.6	2.5	17.7	36.0
Guatemala	1995	13.7	43.7	60.6	10.4	38.5	56.1	4.0	26.3	46.7
Haití	1995	9.2	40.9	61.9	4.9	23.9	44.9	1.9	15.1	31.5
Nicaragua	1998	14.2	49.0	64.9	16.0	50.2	65.5	3.9	31.2	52.4
Perú	1996	6.9	33.8	53.0	3.9	21.3	37.6	1.4	14.3	32.1
Rep. Dominicana	1996	12.5	42.1	59.3	10.8	37.5	53.3	2.8	21.7	39.3
Encuestas CCE^b	Año	Porcentaje que tuvo su primera experiencia sexual antes de los^a								
		15 años			18 años			20 años		
Ecuador	1994	8.0			34.0			53.1		
El Salvador	1993	13.7			48.3			66.5		
Honduras	1996	11.3			46.8			66.4		
Jamaica	1997	12.8			62.6			83.9		
Venezuela	1998	8.8			35.6			53.0		

Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) y Guzmán, Hakkert y Contreras, "Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe", México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

^a Calculado para el grupo de mujeres de 20 a 49 años.

^b Centros para el Control de Enfermedades.

Gráfico IV.4
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE MUJERES DE 20 A 24 AÑOS QUE TUVO
SU PRIMERA RELACIÓN SEXUAL, PRIMERA UNIÓN Y PRIMER HIJO ANTES DE LOS 15, DE LOS 18
Y DE LOS 20 AÑOS SEGÚN QUINTIL SOCIOECONÓMICO, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998



Fuente: Procesamiento de la base de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectiva.

Por cierto; estas cifras son plenamente compatibles con los hallazgos anteriores sobre la fecundidad durante la adolescencia. Incluso más, añaden un elemento explicativo de la baja fecundidad adolescente en países de transición demográfica incipiente como Bolivia, pues sus raíces parecen encontrarse —más que en normas, limitaciones o actitudes vinculadas con la regulación de la fecundidad entre las muchachas— en fuerzas socioculturales que promueven una postergación de la iniciación sexual/nupcial. Dado que tales fuerzas pueden estar enraizadas en formas de vida tradicionales —por ejemplo, instituciones de la comunidad que sancionan fuertemente el sexo fuera del matrimonio y que a la vez rechazan el alejamiento del hogar de origen antes de los 20 años, y que por esa vía promueven la postergación del matrimonio—, la modernización económica y cultural de estos países podría acarrear una bifurcación de procesos en el plano reproductivo de los jóvenes, ya que por una parte contribuiría al descenso de la fecundidad total, pero por otra podría gatillar un aumento o un descenso mucho menos marcado de la fecundidad adolescente.

En síntesis, y además de las señales proporcionadas por otros indicadores que mostraban grados no menores de independencia entre la fecundidad en la adolescencia y el estado y avance de la transición demográfica, el examen de la tríada iniciación sexual/nupcial/reproductiva proporciona una imagen de gran heterogeneidad entre países, la que nuevamente presenta cierta independencia del grado de avance de la transición demográfica e incluso del nivel de desarrollo socioeconómico. Hay un grupo de países con una tríada reproductiva tardía (Bolivia, Haití y Perú), que no siendo evidentemente consecuencia de un estado avanzado en la transición demográfica o de un grado de desarrollo económico y social elevado, sólo puede originarse en pautas culturales que promueven esta trayectoria reproductiva más bien diferida. Hay otro grupo de países —la mayoría de los centroamericanos y del Caribe, con la excepción de Haití— que se caracterizan por una tríada temprana, que coincide con una transición demográfica rezagada y grados de desarrollo económico y social bajos. Brasil resume la complejidad de la trama de determinantes de la tríada, pues es más precoz en lo que atañe a iniciación sexual que varios países con transición demográfica mucho más rezagada; sin embargo, en lo que respecta a la iniciación reproductiva, se encuentra entre los más tardíos y, de hecho, registra el menor porcentaje de madres antes de los 20 años.

La heterogeneidad de la tríada resulta mucho más marcada, sistemática y sencilla de interpretar en términos conceptuales cuando se le examina dentro de los países. En el gráfico IV.4 se coteja a las mujeres —de 20 a 24 años al momento de la encuesta, por lo que las cifras son reveladoras de la situación contemporánea de la tríada entre las jóvenes— pertenecientes a los quintiles socioeconómicos extremos. Sin excepciones, las integrantes del quintil más pobre se inician —sexual, nupcial y reproductivamente— a edades muy inferiores a las que registran las integrantes del quintil de mayor nivel socioeconómico. Estas cifras llaman a la reflexión y despiertan preocupación, tanto por sus valores absolutos como por los comportamientos polares que se advierten entre los grupos socioeconómicos extremos.

Con relación a las cifras absolutas, en tres de los ocho países considerados un 10% de las mujeres del quintil más pobre fueron madres antes de los 15 años y un 20% iniciaron su vida nupcial y sexual antes de esa edad. Se trata de un grupo particularmente vulnerable, incluso frente a riesgos de salud producto del embarazo. Desde el punto de vista de su inserción social, la unión y la fecundidad antes de los 15 años conspira muy seriamente contra cualquier proyecto de vida alternativo al tradicional. Las cifras se tornan más alarmantes si se considera la trayectoria de la tríada antes de los 18 años, puesto que en seis de los ocho países analizados —con la persistentemente paradójica excepción de Haití y la no

sorprendente de Brasil, que exhiben proporciones menores— más de un 30% de las mujeres tuvieron su primer hijo antes de los 18 años y más de un 40% se unieron antes de esa edad. Nuevamente cabe señalar que se trata de un segmento de las jóvenes pobres particularmente vulnerable, pues han asumido responsabilidades grandes, como la crianza de niños o el compromiso de pareja, en edades escolares. Sin duda, sus posibilidades de una trayectoria educacional completa (es decir, secundaria terminada) son muy bajas. Finalmente, en los grupos pobres la iniciación sexual antes de los 20 años es ampliamente mayoritaria —en al menos tres países de los ocho, más de un 70% de las mujeres del quintil inferior se inició sexualmente antes de los 20 años—, lo que convierte en poco sorprendente el hecho de que, con la excepción de Haití, más del 50% haya sido madre antes de los 20 años.

En comparación, las mujeres del quintil socioeconómico superior postergan su triada, lo que es particularmente marcado en el caso de la reproducción y de la unión, pues la de tipo precoz es virtualmente inexistente y, en la mayor parte de los países, menos del 20% de las mujeres de este segmento socioeconómico se unieron o fueron madres antes de los 20 años. Las disparidades persisten en materia de iniciación sexual, pero la brecha es algo menor. En lo que respecta a sexualidad precoz, en ningún país se supera el 10%; por otra parte, sólo en tres de los ocho países el 50% o más de las mujeres del quintil socioeconómico superior se iniciaron sexualmente antes de los 20 años.

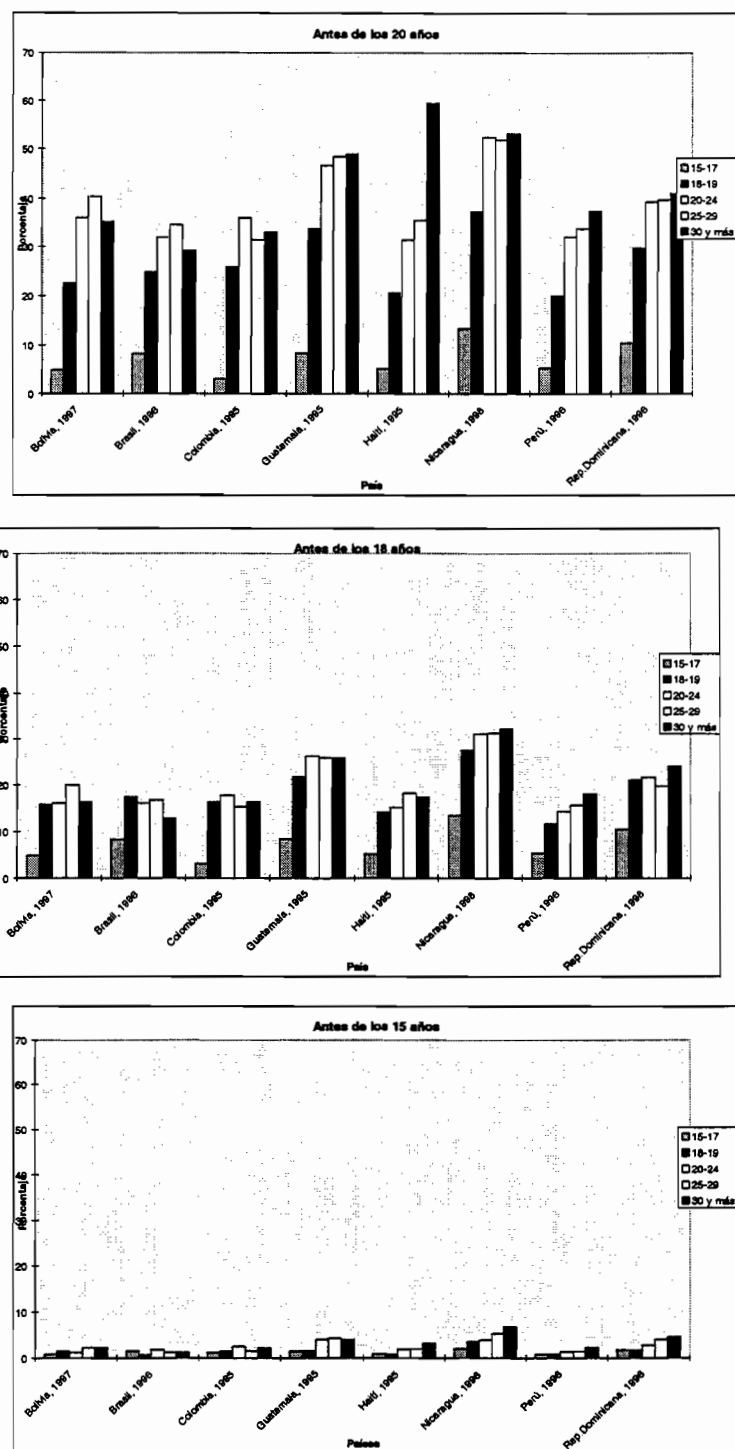
De los resultados anteriores pueden colegirse tres importantes conclusiones. En primer lugar, se ratifica la existencia de comportamientos reproductivos dispares entre los jóvenes de grupos socioeconómicos extremos; la especificidad de la triada reproductiva en el segmento más pobre está en la temprana ocurrencia de las iniciaciones sexuales, nupciales y reproductivas, lo que se traduce en otro factor que se añade a las desventajas sociales y económicas de este grupo. En segundo lugar, y con la mirada puesta en el terreno de las políticas, dos líneas de acción son claves para modificar esta pauta de iniciación temprana. De una parte, están las que consideran la situación actual para minimizar sus efectos. En este caso, el principal “hecho” reconocido es el de los altos riesgos de salud reproductiva que enfrentan las jóvenes pobres desde las primeras etapas de la adolescencia, a causa de su temprana iniciación sexual y de los vetos y barreras socioculturales que suelen oponerse al tratamiento de los temas de sexo para muchachos y muchachas muy jóvenes (McDevitt y otros, 1996). Las medidas que cabe adoptar apuntan a reforzar la educación —para evitar prácticas dañinas o riesgosas— y a facilitar servicios y medios que eviten que la actividad sexual se convierta en fecundidad no deseada, uniones forzadas o patologías venéreas. De otra parte, están las orientadas a la prevención de conductas disfuncionales a la inserción social de los jóvenes pobres. Éstas debieran tener como objetivo estimular una postergación de la unión y promover la responsabilidad entre los jóvenes en lo concerniente a decisiones sobre su sexualidad. En tercer lugar —si bien el contraste entre los quintiles socioeconómicos extremos ratifica la condición de “síndrome” (es decir, de un conjunto de eventos que actúan de manera concomitante) con que sigue operando la triada iniciación sexual/nupcial/reproductiva entre los jóvenes latinoamericanos y caribeños— la menor diferencia entre quintiles en la iniciación sexual es indicativa de que pueden ocurrir quiebres en esta condición de síndrome, independizándose la iniciación sexual de la nupcial y la reproductiva. Esto se vería facilitado por la aplicación de medidas de “minimización de efectos” (que, en la práctica, facilitan que la actividad sexual se desligue de la reproducción), pero obedecería en última instancia a la presencia de fuerzas sociales que promueven una iniciación sexual temprana en contextos de desarrollo económico y sociocultural avanzado. Una situación como la anterior controlaría las expresiones más disfuncionales de la triada temprana, aunque emergerían como asuntos sin resolver el de la madurez para la iniciación sexual, y la polémica valórica sobre las relaciones sexuales prematrimoniales.

Conviene agregar, que el análisis según cohortes entrega antecedentes valiosos respecto de la evolución de la tríada iniciación sexual/nupcial/reproductiva, sobre cuya evolución existen planteamientos contrapuestos. Según una visión, que pone de relieve los cambios en materia de conducta sexual, en virtud de la mayor permisividad entre las generaciones jóvenes, se concluye que la iniciación sexual debiera estar adelantándose. Según otra visión, que considera el carácter de “síndrome” de la tríada, las fuerzas predominantes tenderían a una postergación de la unión en las generaciones jóvenes, lo que, dado que la iniciación sexual está estrechamente vinculada a la formación de pareja estable, se traduciría en un atraso de la edad de la primera relación sexual. Las cifras disponibles propenden a apoyar esta última visión, aunque la evidencia es menos consistente en lo que atañe a iniciación sexual.

Tal como se advierte en el gráfico IV.5, en prácticamente todos los países de la región (con la excepción de Brasil) la proporción de muchachas que fueron madres antes de los 15 años es menor entre las cohortes actualmente jóvenes. Vale decir, las generaciones jóvenes —en particular la cohorte de adolescentes en el momento de las encuestas— exhiben un cambio en materia de conducta reproductiva respecto de las generaciones precedentes, que puede considerarse positivo habida cuenta de los desfavorables efectos biosociales de la fecundidad precoz. Cuando se considera la reproducción durante la adolescencia el panorama es menos alentador, ya que tres países muestran trayectorias más bien erráticas. De acuerdo a la información proporcionada por las EDS, la proporción de mujeres brasileñas que fueron madres antes de los 20 años sería mayor en las cohortes jóvenes que en las cohortes adultas (mujeres de 30 años y más en el momento de la encuesta), hecho no del todo sorprendente pues ya hemos visto que la fecundidad adolescente ha tendido a aumentar en este país. Por otra parte, en Bolivia y Colombia una cohorte del grupo juvenil —25 a 29 años en Bolivia y 20 a 24 años en Colombia— registra un salto al alza en este indicador, lo que impide considerar que se trata de una tendencia consolidada. En los otros cinco países se advierte que las cohortes jóvenes —en este caso, las mujeres de entre 20 y 29 años en el momento de la encuesta— tienen su primer hijo a una edad superior que las cohortes precedentes; dicho de otra forma, las jóvenes inician su vida reproductiva a una edad mayor que aquella en que lo hicieron sus madres.

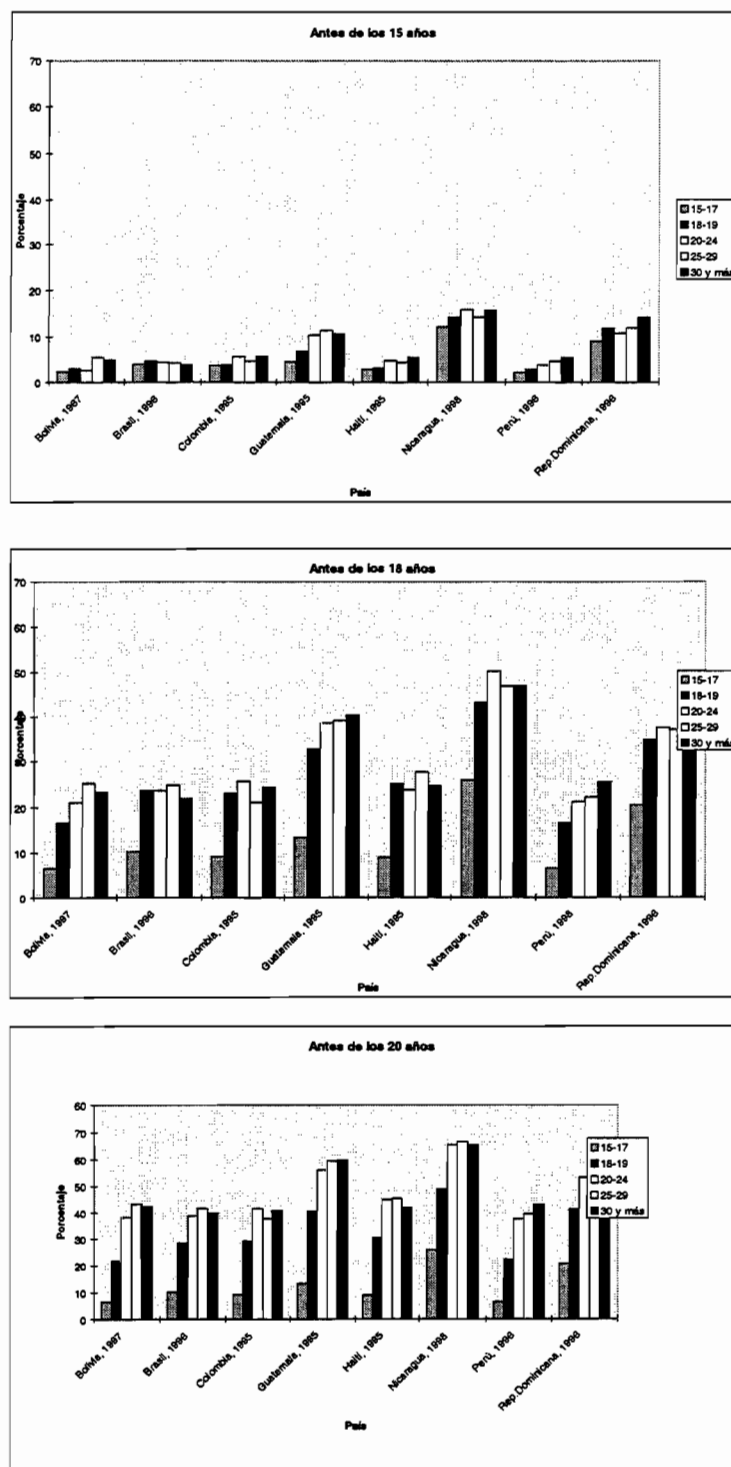
Cuando se compara el cambio generacional en el plano estrictamente reproductivo con el que ocurre en los planos nupcial y sexual, se advierten importantes coincidencias, pero también emergen algunas disparidades (véanse los gráficos IV.6 y IV.7). Tanto la unión como la iniciación sexual antes de los 15 años son menos frecuentes en las generaciones jóvenes; no obstante, en Brasil la cohorte adolescente en el momento de la encuesta registró una proporción de unidas e iniciadas sexualmente antes de los 15 años superior a las otras cohortes jóvenes y a las adultas; en Colombia, Haití, Nicaragua y República Dominicana la trayectoria no tiende hacia un descenso más o menos claro, como ocurría con la reproducción antes de los 15 años. Cuando se consideran la nupcialidad y la iniciación sexual durante la adolescencia las disparidades adquieren mayor significación y, de acuerdo a las cifras, en cuatro países la proporción de iniciadas sexualmente antes de los 20 años es mayor entre las jóvenes que entre las adultas (apoyando la tesis del efecto “adelantador” de la mayor liberalidad sexual), y en los restantes cuatro ocurre lo contrario (lo que apoya el planteamiento del cambio conjunto de los tres componentes de la tríada). En suma, fuerzas variadas y que parecen operar en sentidos contrapuestos se conjugan para definir una trayectoria errática de la iniciación sexual de los jóvenes en los países analizados.

Gráfico IV.5
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE MADRES PRECOCES, TEMPRANAS
Y ADOLESCENTES SEGÚN COHORTE, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998



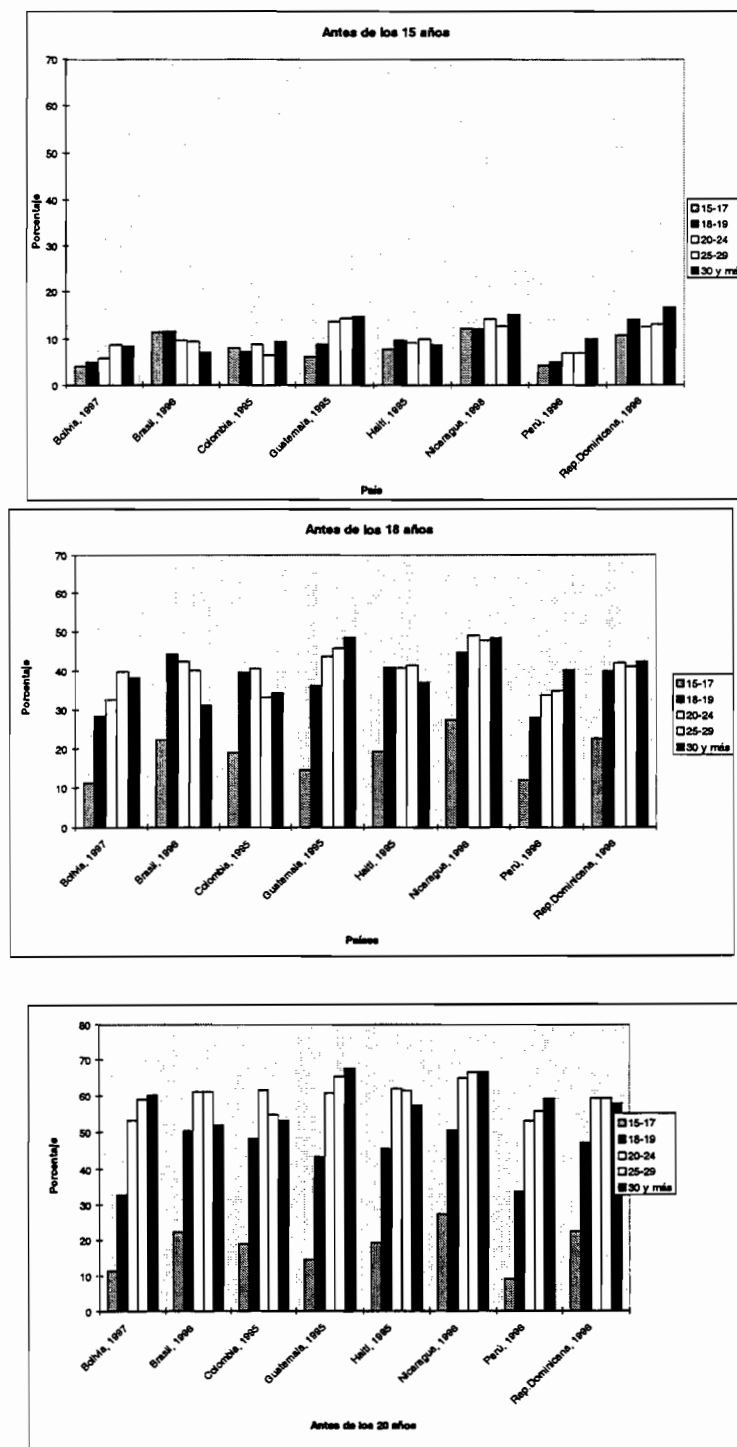
Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Gráfico IV.6
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE MUJERES CON UNIÓN PRECOZ, TEMPRANAS Y ADOLESCENCIA SEGÚN COHORTE, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998



Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Gráfico IV.7
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE MUJERES CON INICIACIÓN SEXUAL PRECOZ, Y EN LA ADOLESCENCIA SEGÚN COHORTE, PAÍSES SELECCIONADOS 1995-1998



Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

El caso de Brasil arroja más pistas sobre la compleja trayectoria de la tríada. Las jóvenes de 20 a 24 años de este país registran una iniciación sexual antes de los 20 años, más frecuente que la registrada por las adultas de 30 años y más;¹⁷ sin embargo, estas mismas jóvenes no mostraron una unión más temprana que las adultas, pese a lo cual sí presentaron una proporción más alta de madres antes de los 20 años. ¿Cómo puede interpretarse lo anterior? Básicamente en términos de una creciente actividad sexual adolescente fuera de la unión y en que ésta se realiza sin que las muchachas cuenten con medios de control natal. En Brasil parece tener asidero la hipótesis de una nueva cultura sexual entre los jóvenes —más tolerante y permisiva, y con adolescentes más expuestos a estímulos de índole sexual—, que favorece su iniciación más temprana. Como esta nueva cultura sexual no está acompañada —entre los y las adolescentes, porque entre los jóvenes y adultos sí es clara la emergencia de una nueva cultura reproductiva que favorece la regulación de la fecundidad— de una nueva cultura reproductiva orientada al control de la fecundidad, ella se traduce en un aumento de la fecundidad adolescente.

Los resultados respecto de la trayectoria de la tríada también deben ser examinados, atendiendo a la segmentación socioeconómica prevaleciente entre los y las jóvenes. Resulta preocupante que en la mayoría de los países —Brasil, Colombia, Guatemala, Nicaragua, Perú y República Dominicana— las trayectorias se muestran opuestas entre las mujeres de bajo y alto nivel socioeconómico, pues las jóvenes pobres se están iniciando (sexual/nupcial y reproductivamente) antes de los 20 años con más frecuencia de lo que lo hicieron las adultas pobres (es decir, la tríada se está adelantando entre las pobres), mientras que en las jóvenes de hogares pudientes ocurre lo contrario, sobre todo en lo que atañe a la unión y a la fecundidad, y menos claramente en materia de iniciación sexual.

Ciertamente, este hallazgo llama a la reflexión, a la inquietud y a la acción. Una de las tesis “tranquilizadoras” en materia de brechas e inequidades demográficas es la de la convergencia, según la cual a largo plazo la fecundidad total de los diferentes grupos socioeconómicos tenderá a coincidir. Sin embargo, las cifras que aquí se proporcionan muestran que, en una dimensión de especial relevancia de la conducta reproductiva —que no es la fecundidad total, sino más bien el conjunto de factores que explica la fecundidad producida en las primeras etapas del período reproductivo, y cuyas consecuencias son muy poderosas para la trayectoria vital de las personas— tal convergencia no está ocurriendo y, que por el contrario se está produciendo es una agudización de las disparidades entre grupos socioeconómicos. Los jóvenes pobres, que ya tenían una tríada mucho más temprana que los jóvenes de hogares de alto nivel socioeconómico, están adelantándola incluso más, lo que los desfavorece enormemente.

D. SEXUALIDAD, NUPCIALIDAD Y REPRODUCCIÓN DE LOS JÓVENES: ALGUNAS INEQUIDADES SOCIOECONÓMICAS

Las diferencias socioeconómicas en materia sexual, nupcial y reproductiva no sólo se vinculan a la tríada de iniciaciones puesta de relieve en el análisis previo. Las condiciones en que se dan las relaciones sexuales (por ejemplo, las asociadas al riesgo de contraer enfermedades o de derivar en fecundidad no deseada), la nupcialidad (sobre todo el tipo de arreglo institucional que formaliza la unión) y la reproducción (en particular, el carácter deseado o no de los hijos y la existencia de apoyos para la crianza) difieren según cuál sea el nivel socioeconómico del joven.

¹⁷ Edades en el momento de la encuesta (1996).

En lo que atañe a las condiciones en que se dan las relaciones sexuales, preocupan dos tipos de asuntos. El primero, concerniente al marco de pareja en que ocurren, y el segundo, referido a los riesgos que ellas entrañan. Respecto del primero, la discusión en torno a la tríada de iniciación sexual, nupcial y reproductiva ya proporcionó antecedentes sobre la tendencia al aumento de la actividad sexual fuera del matrimonio, en especial entre adolescentes y jóvenes. Sin embargo, la evidencia disponible para el conjunto de las mujeres en edad reproductiva se concentra en la actividad sexual antes de la primera unión (prematrimonial), y se carece de mayor información sobre la actividad que sostienen las mujeres después de unidas. Las cifras disponibles no son concluyentes, pues si bien hay varios países —Brasil y Colombia, por ejemplo— en los que la actividad sexual prematrimonial entre las adolescentes y jóvenes actuales es más frecuente que en el pasado, en otros la tendencia es de estabilidad o incluso de reducción de la actividad sexual antes del matrimonio (véase el cuadro IV.8). En cualquier caso, e independientemente de sus tendencias y de sus facetas éticas, la actividad sexual prematrimonial y la que ocurre al margen del matrimonio son objeto de interés, pues pueden estar asociadas a mayores riesgos de salud reproductiva, ya sea por la mayor probabilidad de rotación de compañeros sexuales como por la más alta probabilidad de que un embarazo producto de tales relaciones sea no deseado.

Cuadro IV.8

**AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE MUJERES DE 25-49 AÑOS
UNIDAS QUE LLEGARON VÍRGENES AL MATRIMONIO, POR GRUPOS
QUINQUENALES, 1995-1998**

País	Cohortes				
	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49
Bolivia (1998)	44.6	46.6	43.1	47.1	46.1
Brasil (1996)	48.8	55.1	56.0	63.9	72.7
Colombia (1995)	51.7	56.2	59.0	65.0	64.7
Guatemala (1995)	74.1	73.8	71.6	68.8	67.9
Haití (1995)	39.1	40.9	42.1	43.3	42.5
Nicaragua (1998)	77.7	74.2	72.4	71.2	68.4
Perú (1996)	46.8	42.9	42.2	42.6	48.4
Rep. Dominicana (1996)	75.1	77.2	76.3	76.4	76.7

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, “Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe”, México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

El segundo asunto que preocupa dice relación con las protecciones que las mujeres y las parejas adoptan para evitar que las relaciones sexuales ocasionen enfermedades venéreas y fecundidad no deseada. Dos antecedentes muy simples dan una campanada de alerta sobre las conductas sexuales de los jóvenes y las desigualdades sociales que es posible advertir en ellas. Dada la importancia que adquirió el VIH/SIDA como enfermedad y causa de muerte, los países de la región desplegaron diversas iniciativas y programas destinados a informar a la población sobre esta enfermedad y a incentivar la adopción de

medidas profilácticas, destacando entre ellas el uso del preservativo. La información que proporcionan las EDS muestra un panorama nacional y subnacional variado en ambos planos.

En lo que respecta al conocimiento del SIDA, existen claramente dos polos: i) los países donde de manera generalizada (95% o más) las mujeres “han escuchado hablar del SIDA:” Brasil, Colombia, Haití y República Dominicana, y ii) los países donde al menos un 10% de las mujeres “no han escuchado hablar del SIDA:” Bolivia, Guatemala y Perú, en menor medida. Aunque en el primer elenco de países existen subgrupos de mujeres —como las adolescentes pobres— que registran un grado de desconocimiento del SIDA que puede superar el 5%, es en el segundo donde las desigualdades etarias y socioeconómicas se presentan más marcadas. En Bolivia, por ejemplo, un 65% de las jóvenes del quintil socioeconómico inferior desconoce completamente el SIDA —y a una edad en que la gran mayoría es sexualmente activa— mientras que sólo el 2% de las jóvenes del quintil superior se encuentra en tal situación. El 75% de las adolescentes pobres en Guatemala —que tienen una iniciación sexual temprana— “no han escuchado hablar del SIDA”, cifras que duplican la proporción de ignorantes del SIDA que registra el quintil socioeconómico superior (véase el cuadro IV.9). En suma, queda claro que en varios países de la región las adolescentes —sobre todo las pobres— se encuentran abiertamente desprotegidas ante la amenaza del SIDA, lo que exige un redoblamiento de los esfuerzos de información y educación. Cabe destacar que las condiciones de pobreza o de rezago demográfico no son obstáculo para una ampliación significativa del conocimiento del SIDA, y así lo demuestran los casos de Haití y Nicaragua, aunque ambos países todavía deben avanzar en esta materia en lo que se refiere a las adolescentes pobres. En esa línea, y dadas las características socioculturales de los tres países que registran mayor grado de desconocimiento del SIDA, es probable que la distancia cultural y lingüística de algunas de sus etnias estén en la base de estas cifras preocupantes. Ciertamente, las iniciativas de educación bilingüe, como las ya probadas exitosamente en algunos poblados altiplánicos, pueden ser de gran utilidad para revertir este desconocimiento del SIDA.

En lo que atañe al uso del preservativo, la imagen generalizada es que está muy lejos de ser popular entre los jóvenes; de hecho, la gran mayoría de ellos declaró no haber usado condón en su última relación sexual (véase el cuadro IV.10). Aunque la información que proporciona esta declaración es algo débil —no distingue entre tipos de relación sexual (con pareja estable u ocasional, por ejemplo) y se refiere sólo a la última relación sexual— sí muestra que los jóvenes de estrato socioeconómico alto de algunos países (Brasil, Colombia, Perú) sobresalen por un porcentaje mayor de uso de preservativo, lo que puede estar indicando conductas profilácticas en un marco de mayor permisividad sexual.

Cuadro IV.9
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE LAS MUJERES DE 15 A 49 AÑOS DE EDAD QUE
"NO HA ESCUCHADO HABLAR DEL SIDA", SEGÚN GRUPOS Y QUINTILES
SOCIECONÓMICOS, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998

País, año y quintiles socioeconómicos	Grupos de edad					
	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total
Bolivia, 1997, Q1	64.0	67.6	64.2	65.8	72.1	68.8
Bolivia, 1997, Q5	5.8	7.6	2.2	1.3	0.9	2.6
Bolivia, 1997, total	18.5	16.4	16.5	18.5	25.8	21.2
Brasil, 1996, Q1	4.2	0.6	1.9	0.9	1.3	1.7
Brasil, 1996, Q5	0.7	0.0	0.0	0.0	0.1	0.1
Brasil, 1996 total	1.0	0.3	0.6	0.2	0.3	0.4
Colombia, 1995, Q1	11.9	5.1	3.6	2.1	4.9	5.2
Colombia, 1995, Q5	0.3	0.5	0.5	0.0	0.1	0.2
Colombia, 1995, total	2.2	1.5	1.0	0.5	1.1	1.2
Guatemala, 1995, Q1	77.8	74.4	66.0	53.3	71.0	68.5
Guatemala, 1995, Q5	6.8	6.0	1.5	3.9	1.9	3.3
Guatemala, 1995, total	32.0	32.9	28.4	24.7	28.7	28.9
Haití, 1995, Q1	19.4	6.3	3.9	4.0	4.1	6.1
Haití, 1995, Q5	0.8	0.0	0.0	0.0	0.0	0.1
Haití, 1995, total	4.7	1.7	1.0	0.9	1.6	1.9
Nicaragua, 1998, Q1	22.9	15.4	17.8	12.4	12.9	15.5
Nicaragua, 1998, Q5	1.5	0.3	1.1	0.0	0.5	0.6
Nicaragua, 1998, total	7.2	3.9	4.7	3.5	3.7	4.4
Perú, 1996, Q1	51.0	43.8	39.8	38.6	47.4	44.9
Perú, 1996, Q5	2.9	1.9	0.6	0.1	0.3	0.8
Perú, 1996, total	12.2	10.1	9.0	9.0	11.8	10.8
Rep. Dominicana, 1996, Q1	2.5	1.8	0.8	0.5	0.9	1.1
Rep. Dominicana, 1996, Q5	0.0	0.0	0.0	0.0	0.2	0.1
Rep. Dominicana, 1996, total	0.6	0.3	0.1	0.2	0.4	0.3

Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Nota: Q1 = quintil de nivel socioeconómico más bajo; Q5 = quintil de nivel socioeconómico más alto.

Cuadro IV.10
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE MUJERES DE 15 A 49 AÑOS DE EDAD QUE "NO USÓ
CONDÓN" EN SU ÚLTIMA RELACIÓN SEXUAL, SEGÚN GRUPOS DE EDAD Y QUINTILES
SOCIOECONÓMICOS, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998

País, año y quintiles socioeconómicos	Grupos de edad					
	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total
Bolivia, 1997, Q1	93.9	98.2	94.1	93.1	91.9	92.7
Bolivia, 1997, Q5	79.4	88.3	87.1	88.2	94.0	91.7
Bolivia, 1997, total	90.1	94.5	92.6	92.8	94.4	93.7
Brasil, 1996, Q1	84.9	86.4	94.1	95.0	97.5	95.2
Brasil, 1996, Q5	70.0	73.1	73.3	79.9	88.5	84.4
Brasil, 1996 total	74.2	80.0	84.7	86.9	92.2	89.0
Colombia, 1995, Q1	93.1	95.7	96.7	95.5	98.0	97.0
Colombia, 1995, Q5	70.3	79.1	80.9	80.9	91.2	87.5
Colombia, 1995, total	87.0	90.0	90.7	90.8	94.0	92.5
Guatemala, 1995, Q1	98.5	100.0	94.6	98.7	97.7	97.5
Guatemala, 1995, Q5	90.6	90.6	90.9	85.2	94.2	92.1
Guatemala, 1995, total	97.8	96.2	95.4	93.6	96.1	95.6
Haití, 1995, Q1	...	...	...	...	...	...
Haití, 1995, Q5	...	...	...	...	...	...
Haití, 1995, total	...	...	...	...	...	...
Nicaragua, 1998, Q1	97.8	94.4	95.7	94.3	96.2	95.7
Nicaragua, 1998, Q5	97.1	90.1	95.5	93.1	94.0	94.0
Nicaragua, 1998, total	97.2	93.2	95.3	94.6	95.6	95.3
Perú, 1996, Q1	97.9	96.4	96.0	97.3	97.0	96.9
Perú, 1996, Q5	79.1	78.1	81.9	82.7	90.4	87.7
Perú, 1996, total	89.2	90.0	92.1	91.9	94.1	93.1
Rep. Dominicana, 1996, Q1	96.3	95.8	96.0	97.6	97.6	97.1
Rep. Dominicana, 1996, Q5	100.0	86.5	90.4	93.7	95.0	93.8
Rep. Dominicana, 1996, total	96.7	95.6	95.2	95.9	96.1	95.9

Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Nota: Q1 = quintil de nivel socioeconómico más bajo; Q5 = quintil de nivel socioeconómico más alto.

Sobre la formación de uniones, la edad de su inicio marca distinciones socioeconómicas nítidas, pero la modalidad de unión también lo hace. En los gráficos IV.8, IV.9 y IV.10 se advierte claramente que la formación de uniones tiene especificidades etarias y nacionales. En cuanto a las primeras, poco queda por anotar, pues ya se hizo hincapié en el progresivo desplazamiento desde la condición de solteras a las de unidas —bajo cualquier modalidad— que se produce con el avance de la edad, hecho ratificado plenamente por las cifras del gráfico IV.8. Además, este gráfico refuerza algunas de las especificidades nacionales de la tríada antes vistas y añade otras relacionadas con el tipo de unión. En este último plano se registran dos grupos: i) los países donde la modalidad predominante de unión entre los jóvenes es el

matrimonio: Bolivia, Brasil y Guatemala; ii) los países en que la convivencia o unión consensual es el arreglo mayoritario —en algunos casos ampliamente (Haití, Nicaragua y República Dominicana) y en otros estrechamente (Colombia y Perú).

El gráfico IV.8 entrega otros antecedentes relevantes:

a) como podía esperarse tratándose de acontecimientos que tienden a ocurrir en etapas más avanzadas de la vida, las jóvenes viudas o divorciadas representan una fracción ínfima del total;

b) la concentración en parejas consensuales entre las adolescentes unidas se acentúa, hasta el punto de representar una fracción mayor que la de las casadas en países donde la norma es el matrimonio, como Guatemala;

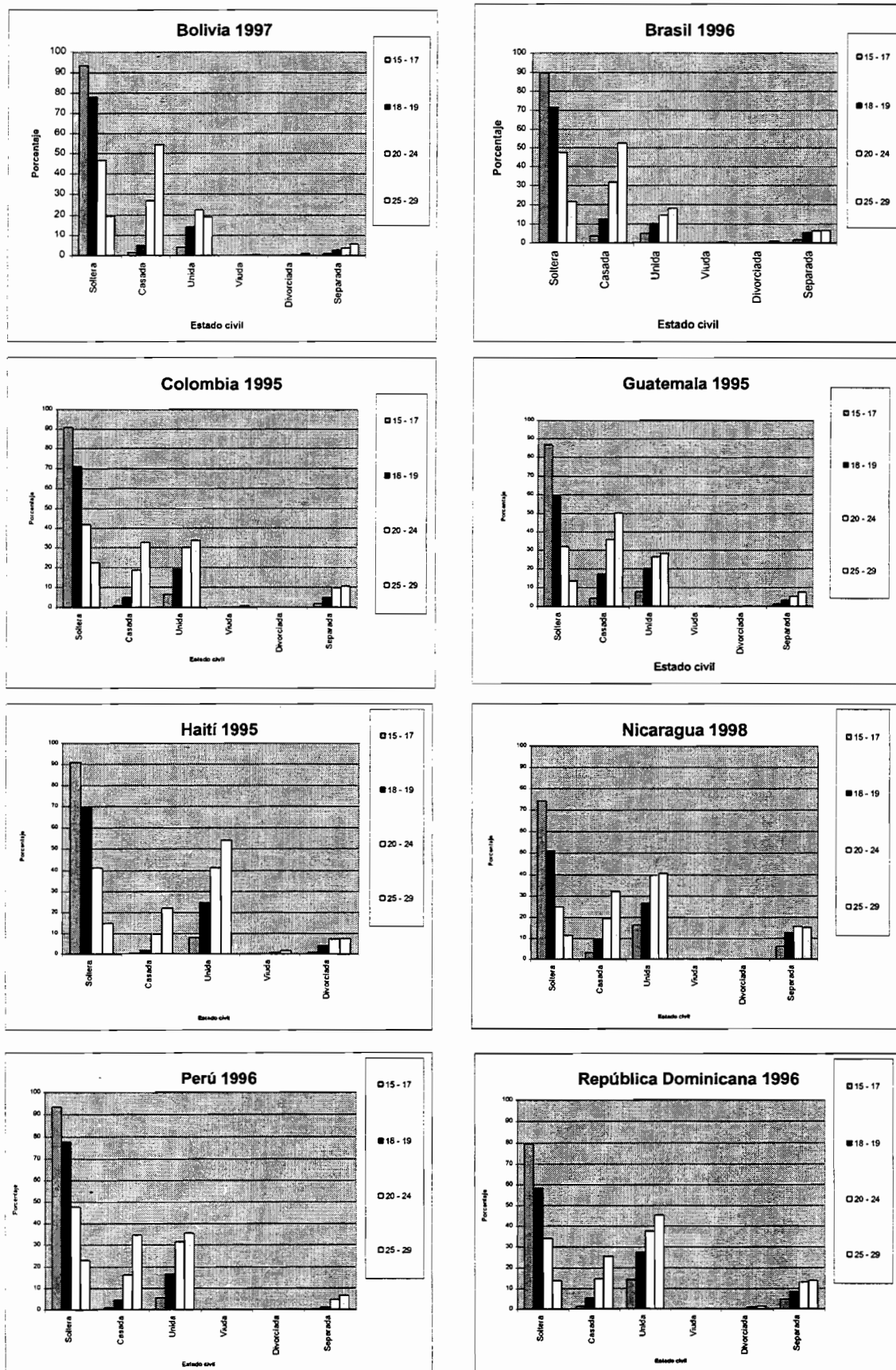
c) en los países donde predomina la unión consensual también es más frecuente la situación de “separada de la pareja”, ya sea por razones circunstanciales o de quiebres definitivos; en Nicaragua, por ejemplo, algo más del 15% de las jóvenes se encuentra en tal situación y en Bolivia y Perú esa proporción apenas supera el 5%;

d) no parece haber un vínculo manifiesto entre la clasificación de la tríada de iniciaciones según temporalidad (temprana/tardía) y aquella que segmenta a los países según modalidad de unión predominante; tal situación puede ilustrarse con los casos de Haití y Bolivia, que descollan por tener tríadas tardías pese a su rezago en la transición demográfica ya que clasifican en categorías distintas según modalidad predominante de unión.

Tal vez más relevante que la comparación entre países sea el cotejo entre grupos socioeconómicos dentro de los países. Los gráficos IV.9 y IV.10 son elocuentes. Reiterando hallazgos anteriores, las proporciones de solteras —sobre todo entre las adolescentes— difieren ostensiblemente entre los quintiles extremos, y el de mayor nivel socioeconómico se caracteriza por una menor frecuencia relativa de “unidas”. Pero la diferencia entre ambos grupos socioeconómicos no es sólo cuantitativa sino también cualitativa, porque en todos los países, excluido Haití, entre las jóvenes unidas de nivel socioeconómico alto predomina ampliamente el matrimonio (véase el gráfico IV.10).¹⁸ De lo anterior no corresponde sacar una conclusión determinista, en el sentido de que el matrimonio formal sería una eventual salvaguarda contra la pobreza; sí cabe anotar el hecho debido a las implicaciones de política dadas por la mayor fragilidad de las uniones consensuales y por los problemas que pueden enfrentar los programas de salud reproductiva orientados a las parejas pobres que, por estar mayoritariamente unidas de manera consensual y no legal, pueden quedar marginadas de algunas iniciativas institucionales.

¹⁸ En el caso de las adolescentes, las cifras son menos concluyentes porque en varios países, incluso en el quintil superior, predomina la convivencia entre las unidas (véase el gráfico IV.10).

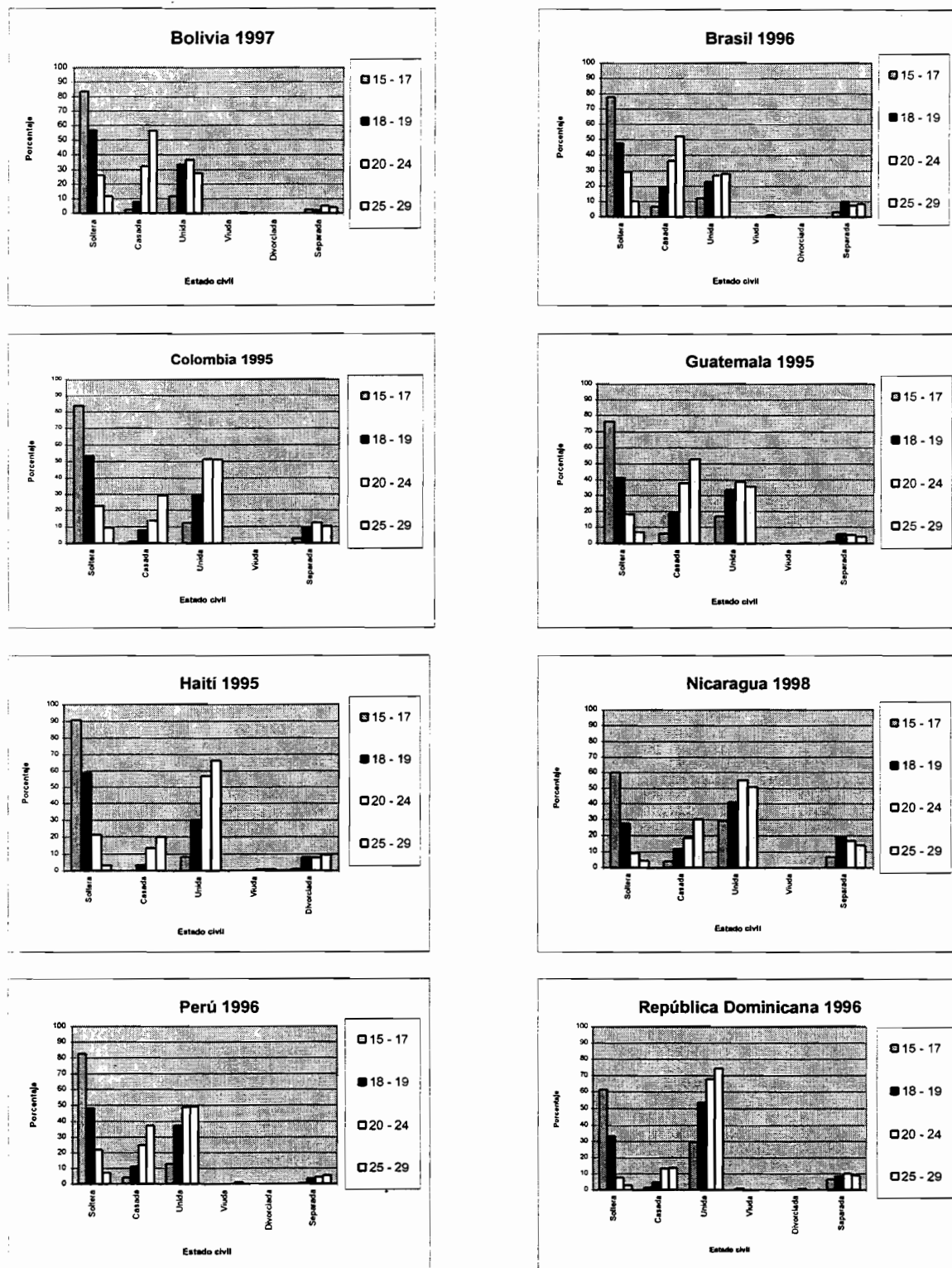
AMERICA LATINA Y EL CARIBE: ESTADO CIVIL DE LAS MUJERES SEGÚN GRUPOS DE EDAD,
PAISES SELECCIONADOS
(porcentajes)



Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

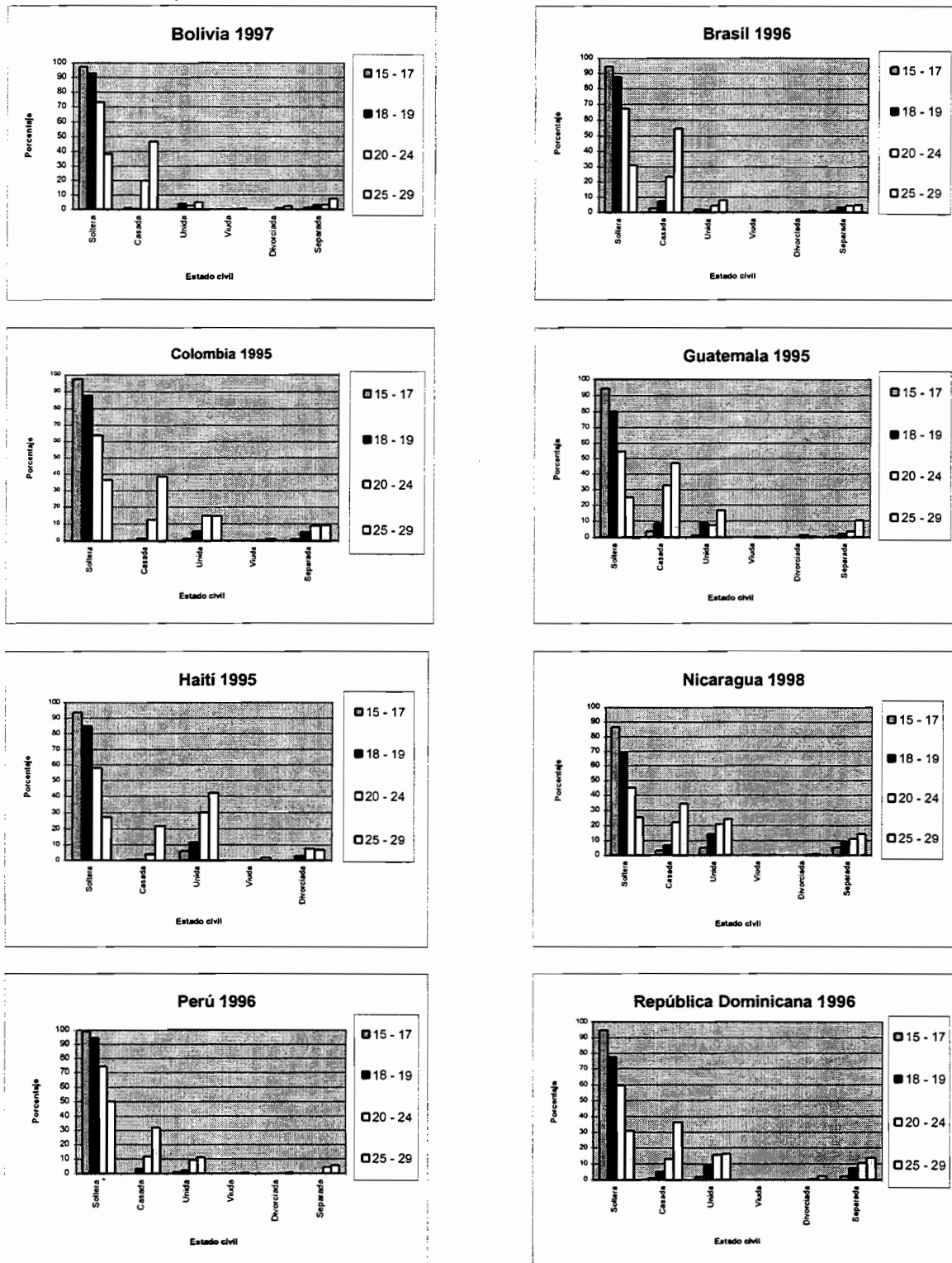
Gráfico IV.9

AMERICA LATINA Y EL CARIBE: ESTADO CIVIL DE LAS MUJERES SEGÚN GRUPOS DE EDAD,
QUINTIL SOCIOECONOMICO INFERIOR, PAISES SELECCIONADOS
(porcentajes)



Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de demografía y Salud (EDS) respectivas.

Gráfico IV.10
 AMERICA LATINA Y EL CARIBE: ESTADO CIVIL DE LAS MUJERES SEGÚN GRUPOS DE EDAD,
 QUINTIL SOCIOECONOMICO SUPERIOR PAISES SELECCIONADOS
 (porcentajes)



Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y salud (EDS) respectivas

En lo que se refiere a desigualdades en el plano de la reproducción, y dadas las limitaciones inherentes de la información, parece procedente recomendar una complementación del análisis efectuado sobre la base de la consulta respecto de las preferencias reproductivas de las mujeres. El cuadro IV.11 es la expresión más elocuente de los nacimientos no deseados según grupos de edad y quintiles socioeconómicos, y permite una evaluación de la fecundidad no deseada entre las jóvenes, algo a lo que era imposible aproximarse con los datos sobre discrepancias entre la paridez observada y las preferencias reproductivas. Las cifras permiten dos grandes conclusiones:

i) hay una relativa, si no total, coherencia entre la brecha de la paridez observada y la fecundidad deseada (véase el gráfico IV.3) y la proporción de últimos hijos no deseados. Bolivia y Perú ilustran esta coherencia y Nicaragua se aparta de ella, pues presenta una proporción de fecundidad no deseada inferior a la que cabía esperar de su enorme brecha entre deseos y realidad reproductiva;

ii) con muy pocas excepciones, la proporción de fecundidad no deseada tiende a aumentar con la edad; en particular, los índices de último nacimiento no deseado entre mujeres de 30 años y más son sistemáticamente los más altos. Esto no debiera resultar extraño, pues se ha planteado con majadería que los nacimientos que se evitan (o se desea evitar) durante procesos de baja de la fecundidad son los de órdenes superiores, que ocurrieren precisamente a edades más avanzadas. El panorama entre los jóvenes es más bien irregular, pues en algunos países las adolescentes son las que registran menores índices de fecundidad no deseada, mientras que en otros son las muchachas de 20 a 24 años. En cualquier caso, estos datos son sugerentes respecto de las dificultades que supone intervenir sobre la fecundidad adolescente, pues —ya sea por un efecto del orden de nacimiento, por racionalización a posteriori, por falta de proyectos de vida alternativos o por condición materna intrínseca a la adolescencia— no habría un interés manifiesto de las muchachas en controlar su fecundidad. Finalmente, y nuevamente casi sin excepciones —solamente Haití y adolescentes en Brasil y Nicaragua—, las mujeres pobres enfrentan una vulnerabilidad mucho más frecuente en sus derechos reproductivos, pues sus índices de último embarazo no deseado son significativamente mayores. En todos los países (salvo Haití), los índices de “no deseo” del último embarazo entre las jóvenes del quintil socioeconómico superior fueron inferiores al 15%,¹⁹ mientras que entre las jóvenes del quintil inferior este porcentaje se empina por sobre el 30% en varios países.

E. ANTICONCEPCIÓN

Uno de los factores de mayor incidencia en las condiciones de salud reproductiva y el ejercicio de los derechos reproductivos es la disponibilidad de medios para regular la fecundidad. Su uso permite prevenir los embarazos considerados de alto riesgo para la salud de las mujeres y su disponibilidad facilita el cumplimiento del predicamento básico de los derechos reproductivos, es decir, aquel que se refiere a la decisión libre, soberana e informada de las parejas sobre cuándo y cuántos hijos(as) tener. A continuación se examinarán algunos aspectos de la cobertura y disponibilidad de medios para regular la fecundidad en América Latina y el Caribe, poniendo énfasis en la situación de la juventud y en los segmentos socioeconómicos desventajados.

¹⁹ De lo anterior no se desprende que el 85% o más de los últimos nacimientos hayan sido “buscados”, pues como se aprecia en el cuadro IV.12, una fracción de ellos era deseado “para después”.

Cuadro IV.11
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE LAS MUJERES DE 15 A 49 AÑOS DE EDAD QUE
“NO DESEABA MÁS HIJOS” CUANDO OCURRIÓ SU ÚLTIMO EMBARAZO, SEGÚN GRUPOS DE EDAD Y QUINTILES
SOCIOECONÓMICOS, 1995-1998

País, año y quintiles socioeconómicos	Grupos de edad					Total
	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	
Bolivia, 1997, Q1	9.4	12.2	28.3	35.1	61.7	46.7
Bolivia, 1997, Q5	0.0	8.3	13.7	9.0	16.9	13.6
Bolivia, 1997, total	10.0	11.2	17.8	27.7	46.3	33.3
Brasil, 1996, Q1	11.1	10.5	18.4	27.8	44.4	29.4
Brasil, 1996, Q5	15.4	6.3	7.2	14.8	27.5	17.8
Brasil, 1996 total	16.2	10.5	14.9	19.0	33.7	23.2
Colombia, 1995, Q1	7.4	6.9	17.2	33.1	50.8	32.8
Colombia, 1995, Q5	0.0	7.7	5.6	10.5	22.1	14.7
Colombia, 1995, total	4.7	5.4	11.1	21.4	35.1	22.6
Guatemala, 1995, Q1	2.2	3.6	7.0	12.2	21.0	14.6
Guatemala, 1995, Q5	0.0	15.2	8.4	11.1	18.8	13.9
Guatemala, 1995, total	5.1	6.2	7.4	10.6	20.3	13.5
Haití, 1995, Q1	0.0	5.6	15.2	24.5	47.4	34.5
Haití, 1995, Q5	14.3	33.3	19.2	27.5	39.8	31.5
Haití, 1995, total	9.3	13.8	17.7	29.6	50.4	36.2
Nicaragua, 1998, Q1	2.7	12.3	13.1	21.6	28.2	20.3
Nicaragua, 1998, Q5	12.5	6.7	8.6	9.5	21.1	13.7
Nicaragua, 1998, total	7.6	10.1	10.9	17.7	27.6	18.3
Perú, 1996, Q1	13.1	16.0	30.6	48.9	69.5	51.8
Perú, 1996, Q5	0.0	8.3	12.3	11.3	25.8	19.5
Perú, 1996, total	14.8	13.2	19.5	31.7	51.5	36.9
Rep. Dominicana, 1996, Q1	0.0	0.0	7.8	17.7	33.5	16.3
Rep. Dominicana, 1996, Q5	0.0	0.0	2.7	3.3	8.8	5.3
Rep. Dominicana, 1996, total	0.0	0.0	4.7	10.3	20.4	10.8

Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Nota: Q1 = quintil de nivel socioeconómico más bajo; Q5 = quintil de nivel socioeconómico más alto.

1. Conocimiento de medios anticonceptivos

La celeridad de la difusión del conocimiento sobre los métodos anticonceptivos ha sido uno de los procesos más dinámicos que registra la historia reciente de los países de América Latina y el Caribe (CEPAL, 1998c). Las cifras que proporcionan las EDS ilustran sobre el conocimiento generalizado de los medios anticonceptivos en varios países de la región, pero también advierten sobre la existencia de subgrupos de la población donde este conocimiento aún presenta grandes lagunas (véanse el cuadro IV.12 y el gráfico IV.11). Producto de la dinámica sexual, nupcial y reproductiva propia de la juventud —como ya se ha visto, la fracción de jóvenes sexualmente activos, en unión y con experiencia reproductiva, aumenta sistemáticamente con la edad— así como de los vetos y debates socioculturales que genera la sexualidad de los adolescentes, los jóvenes de 25 a 29 años de edad son los que, virtualmente sin excepciones, registran los mayores índices de conocimiento de medios anticonceptivos modernos, mientras que los adolescentes registran los menores. Por otra parte, las jóvenes de 25 a 29 años registran grados de conocimiento de medios anticonceptivos superiores a las generaciones precedentes, aunque en varios países las diferencias son ínfimas. Estos últimos resultados sugieren que la exposición a información sobre métodos modernos de regulación de la fecundidad es un fenómeno no tan reciente en la región.

La transición demográfica guarda una estrecha relación con el grado de conocimiento sobre medios anticonceptivos modernos que manifiestan la mujeres. Así, en Brasil, Colombia y República Dominicana se destacan dos rasgos sobresalientes: i) registran niveles de conocimiento relativamente universales entre las mujeres (99.5% o más del total); ii) virtualmente no hay disparidades en el grado de conocimientos entre grupos socioeconómicos y entre las diferentes cohortes. En cambio, dos países retrasados en materia de transición demográfica (Bolivia y Guatemala) registran índices de conocimiento inferiores al 90% y, tal vez más relevante que lo anterior, hay claras diferencias socioeconómicas y etarias en los índices de conocimiento; más específicamente, un alto porcentaje de las mujeres pertenecientes a grupos socioeconómicos desventajados desconoce los medios anticonceptivos modernos —los índices de desconocimiento entre las adolescentes pobres superan el 50% (véanse el cuadro IV.12 y el gráfico IV.11). En Haití y Nicaragua también se verifican disparidades entre grupos etarios y socioeconómicos, pero los niveles de desconocimiento más bajos no superan el 30%.

Las anteriores cifras parecen alentadoras, pues están revelando un conocimiento generalizado de medios anticonceptivos modernos y contribuyen a identificar los países y grupos socioeconómicos y etarios donde cabría ampliar la información y educación sobre estos medios. Sin embargo, la realidad no es tan halagüeña, pues este conocimiento abarca una gama de situaciones que van desde una información básica acerca de la posibilidad de impedir que una relación sexual origine una concepción hasta una capacidad de manejo instrumental de los procedimientos pertinentes. Recientes investigaciones han mostrado que la declaración de conocimiento de medios anticonceptivos modernos no implica la capacidad de usarlos adecuadamente y menos un conocimiento apropiado del sistema reproductivo, sobre todo entre las adolescentes (CEPAL, 1998c; Mensch y otros, 1998).

Cuadro IV.12
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE LAS MUJERES DE 15 A 49 AÑOS DE EDAD QUE CONOCE
MEIOS ANTICONCEPTIVOS MODERNOS, SEGÚN GRUPOS DE EDAD Y QUINTILES SOCIOECONÓMICOS,
PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998

País, año y quintiles socioeconómicos	Grupos de edad						Total
	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más		
Bolivia, 1997, Q1	49.1	61.5	61.8	61.9	56.0	57.2	
Bolivia, 1997, Q5	95.8	94.3	97.6	98.7	99.2	97.9	
Bolivia, 1997, total	84.3	88.0	89.5	89.9	85.1	86.7	
Brasil, 1996, Q1	96.5	99.4	98.7	99.7	99.1	98.8	
Brasil, 1996, Q5	100.0	100.0	100.0	100.0	99.9	100.0	
Brasil, 1996 total	99.0	99.7	99.5	99.9	100.0	99.6	
Colombia, 1995, Q1	91.0	99.1	99.4	100.0	99.2	98.3	
Colombia, 1995, Q5	99.4	99.5	99.7	99.7	99.9	99.8	
Colombia, 1995, total	98.2	99.7	99.8	99.9	99.8	99.6	
Guatemala, 1995, Q1	30.3	48.6	55.2	62.6	58.2	54.1	
Guatemala, 1995, Q5	89.0	91.4	97.1	94.9	98.7	95.7	
Guatemala, 1995, total	64.7	72.6	77.8	83.1	82.5	78.2	
Haití, 1995, Q1	74.2	93.7	95.3	96.8	97.1	93.8	
Haití, 1995, Q5	98.3	100.0	99.7	99.5	100.0	99.6	
Haití, 1995, total	92.8	98.5	98.5	98.8	98.7	97.8	
Nicaragua, 1998, Q1	80.9	86.7	93.3	93.1	93.4	90.8	
Nicaragua, 1998, Q5	97.2	99.0	99.3	100.0	99.3	99.1	
Nicaragua, 1998, total	92.4	96.8	97.9	98.5	98.2	97.2	
Perú, 1996, Q1	64.3	80.7	84.8	90.3	83.3	82.4	
Perú, 1996, Q5	96.3	98.8	99.4	99.9	99.8	99.2	
Perú, 1996, total	90.9	94.8	96.8	97.8	95.8	95.6	
Rep. Dominicana, 1996, Q1	98.5	98.1	98.8	99.5	99.3	99.0	
Rep. Dominicana, 1996, Q5	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	
Rep. Dominicana, 1996, total	99.3	99.4	99.7	99.9	99.9	99.7	

Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

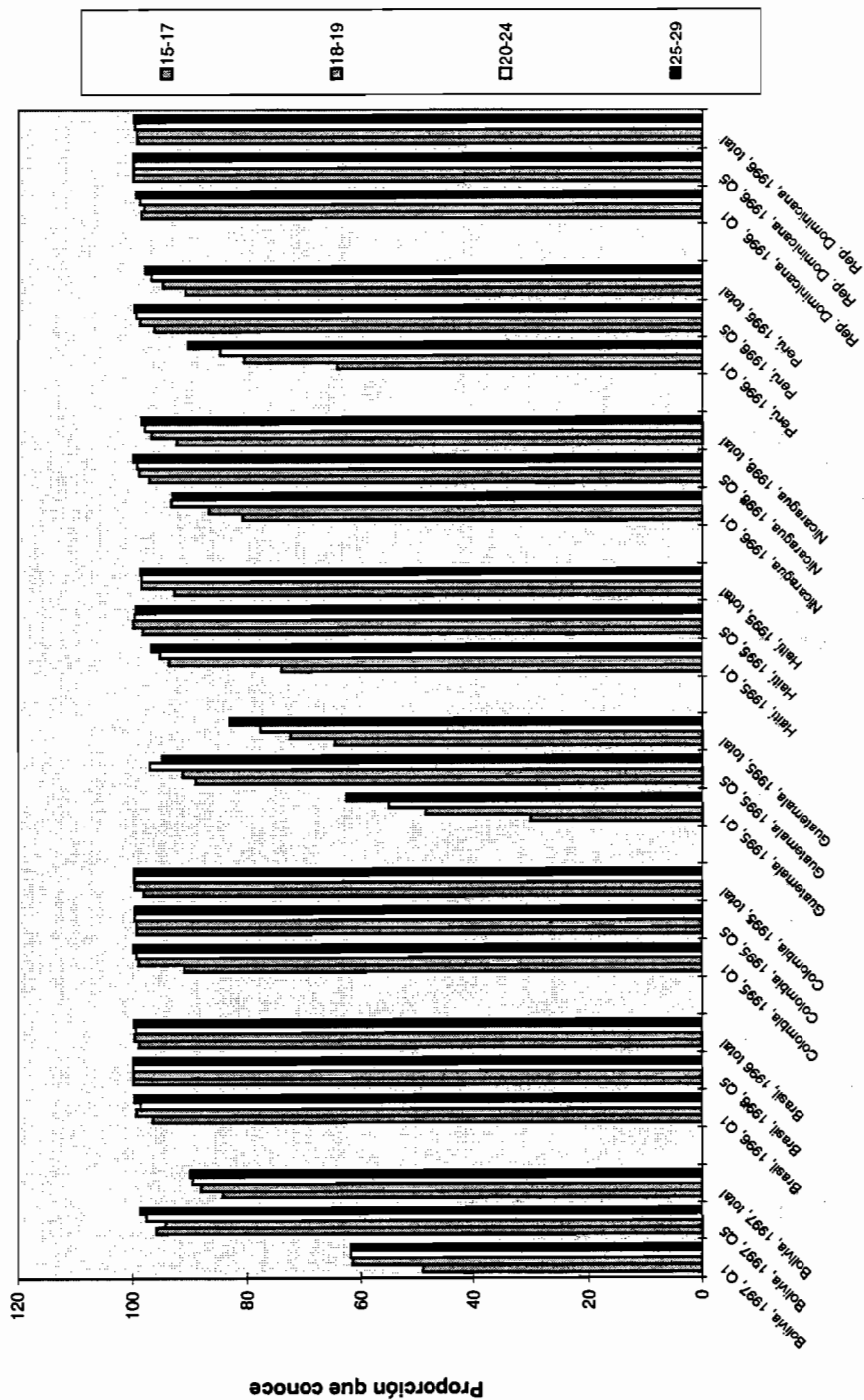
Cuadro IV.13
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE LAS MUJERES DE 15 A 49 AÑOS DE EDAD QUE USA MEDIOS ANTICONCEPTIVOS MODERNOS, SEGÚN GRUPOS DE EDAD Y QUINTILES SOCIOECONÓMICOS, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998

País, año y quintiles socioeconómicos	Grupos de edad						Total
	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más		
Bolivia, 1997, Q1	0.9	0.0	6.6	7.8	6.3	5.5	
Bolivia, 1997, Q5	0.4	2.3	12.5	30.4	38.6	23.6	
Bolivia, 1997, total	0.9	2.9	12.2	23.7	23.1	16.5	
Brasil, 1996, Q1	8.7	19.1	33.0	54.2	54.3	41.7	
Brasil, 1996, Q5	11.3	17.7	44.3	56.9	72.5	56.1	
Brasil, 1996 total	9.0	20.8	40.6	59.0	66.4	51.0	
Colombia, 1995, Q1	2.9	9.4	24.9	37.4	42.6	31.1	
Colombia, 1995, Q5	2.2	8.1	25.1	37.0	53.5	37.7	
Colombia, 1995, total	3.9	14.2	29.9	46.2	53.9	39.5	
Guatemala, 1995, Q1	0.0	0.6	3.1	8.7	4.9	4.2	
Guatemala, 1995, Q5	1.0	9.7	20.6	32.7	53.7	32.9	
Guatemala, 1995, total	0.8	5.0	12.0	19.8	29.3	18.4	
Haití, 1995, Q1	0.0	0.0	0.8	7.2	4.9	3.6	
Haití, 1995, Q5	1.7	3.4	9.2	20.3	16.2	11.4	
Haití, 1995, total	1.6	3.2	7.8	13.3	11.8	8.9	
Nicaragua, 1998, Q1	7.6	15.3	31.7	42.8	37.9	30.8	
Nicaragua, 1998, Q5	4.7	9.6	26.7	43.5	58.1	38.9	
Nicaragua, 1998, total	7.0	17.6	33.8	50.1	53.1	39.0	
Perú, 1996, Q1	3.3	11.5	19.3	27.4	20.3	18.6	
Perú, 1996, Q5	1.0	6.2	16.1	30.4	40.3	26.4	
Perú, 1996, total	2.4	8.5	22.6	35.8	34.8	26.4	
Rep. Dominicana, 1996, Q1	6.5	11.0	28.0	50.0	63.7	42.9	
Rep. Dominicana, 1996, Q5	2.4	9.2	14.2	35.9	57.5	34.9	
Rep. Dominicana, 1996, total	4.7	13.5	25.4	48.1	62.1	41.3	

Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Nota: Q1 = quintil de nivel socioeconómico más bajo; Q5 = quintil de nivel socioeconómico más alto.

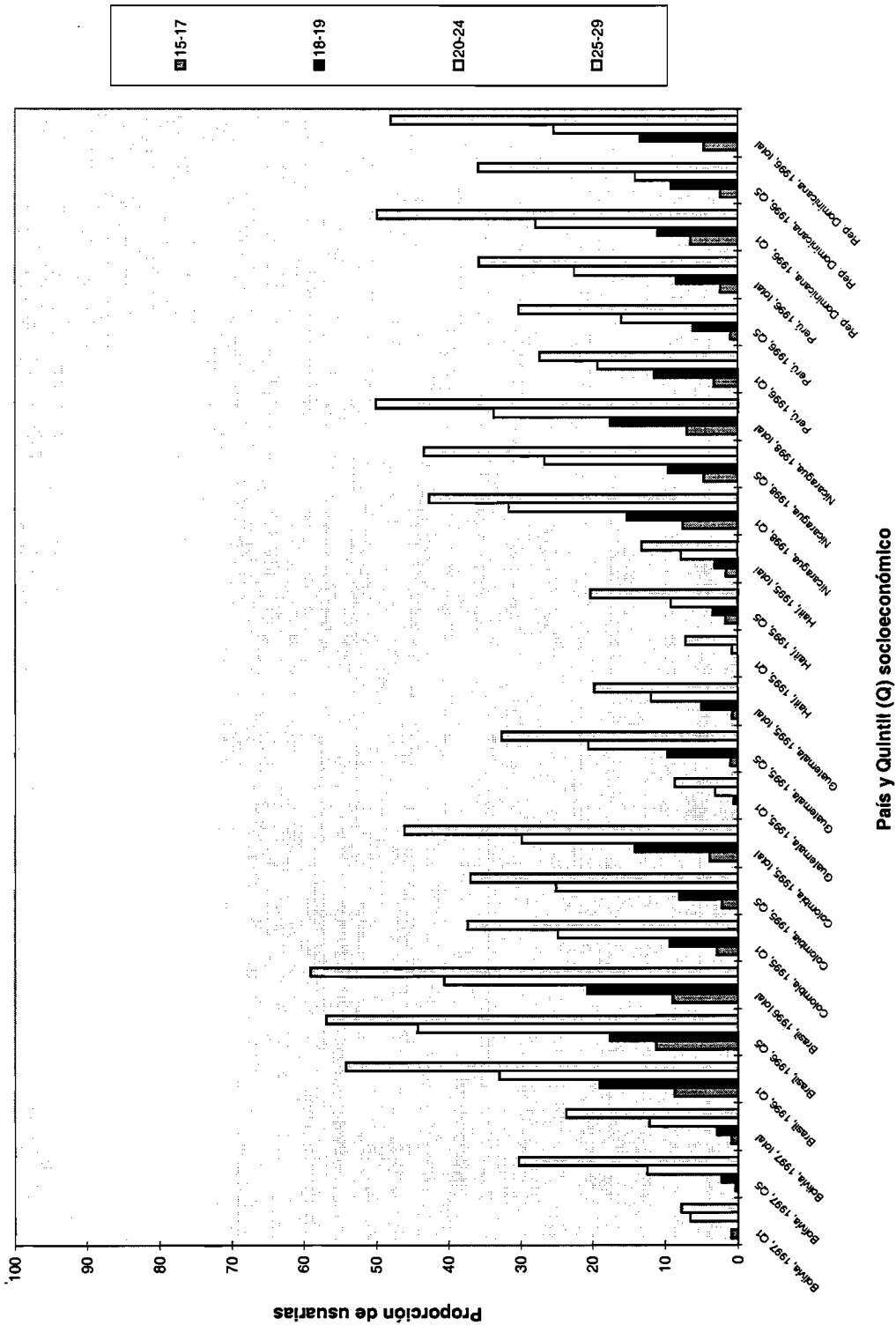
Gráfico IV.11
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: CONOCIMIENTO DE MEDIOS ANTICONCEPTIVOS
MODERNOS ENTRE LAS JÓVENES, POR NIVEL SOCIOECONÓMICO Y SEGÚN GRUPOS DE
EDAD, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998



País y Quintil (Q) socioeconómico

Fuente: Cuadro IV.12.

Gráfico IV.12
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: USO DE MEDIOS ANTICONCEPTIVOS MODERNOS ENTRE LAS JÓVENES,
SEGÚN NIVEL SOCIOECONÓMICO Y GRUPOS DE EDAD, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998



Fuente: Cuadro IV.13

2. Uso de métodos anticonceptivos

La sola comparación entre los gráficos IV.11 y IV.12 y los cuadros IV.12 y V.13 indica que hay una enorme brecha entre el conocimiento y el uso de los métodos anticonceptivos modernos. Esta brecha no tiene en principio nada de extraño, pues muchas mujeres pueden no requerir medios anticonceptivos, por ejemplo, porque no están unidas, porque están embarazadas, porque desean embarazarse, y otros motivos. Más aún, la curva de prevalencia de uso según edades —que arroja de modo sistemático un uso de métodos modernos de regulación de la fecundidad mucho menos frecuente entre las adolescentes— no indica forzosamente una situación de “abandono” de estas últimas; como ya se ha visto, la proporción de sexualmente activas y de unidas antes de los 20 años es mucho menor que los índices que presentan las cohortes que están en sus “veinte”. No obstante, sí resulta sugerente que en algunos países (en particular Bolivia, Guatemala y Haití) la prevalencia de uso de anticonceptivos modernos sea significativamente menor en los grupos más pobres, pese a que éstos se caracterizan por una tríada de iniciación sexual/nupcial/reproductiva mucho más temprana.

El cuadro IV.14 y el gráfico IV.13, que muestran la prevalencia del uso de anticonceptivos modernos entre las mujeres unidas en el momento de las encuestas, también proporcionan una visión más precisa de las desigualdades etarias y socioeconómicas en el acceso a medios para regular la fecundidad, pues controlan el efecto distorsionador que introducen las pautas diferenciales de formación de unión entre grupos socioeconómicos.

Ahora bien, ¿qué está pasando con el uso de medios modernos de regulación de la fecundidad entre las jóvenes latinoamericanas?

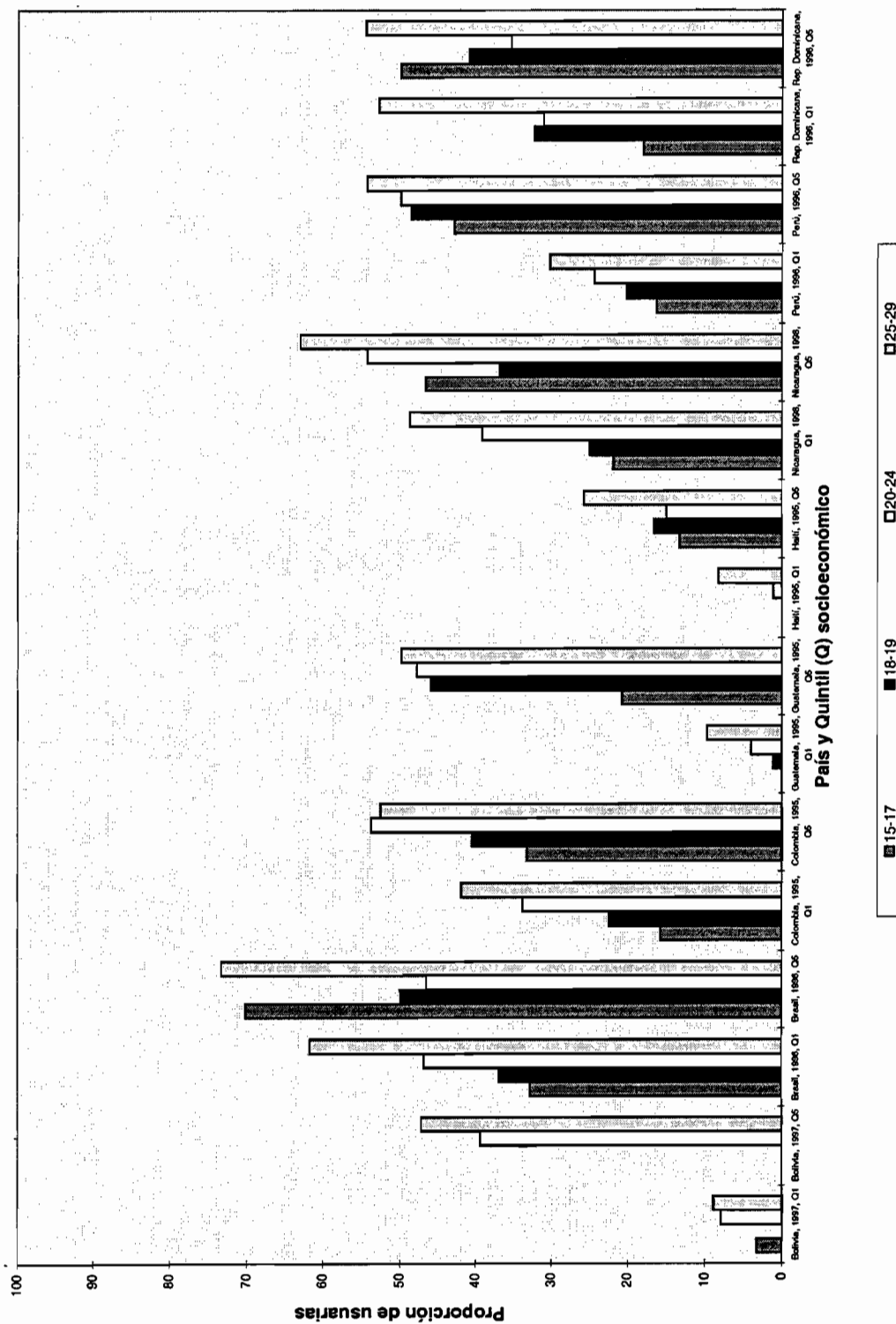
Cuadro IV.14
AMERICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE LAS MUJERES UNIDAS DE 15 A 49 AÑOS DE EDAD QUE USA MEDIOS ANTICONCEPTIVOS MODERNOS, SEGÚN GRUPOS DE EDAD Y QUINTILES SOCIOECONÓMICOS, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998

País, año y quintiles socioeconómicos	Grupos de edad					
	15-17	18-19	20-24	25-29	30 y más	Total
Bolivia, 1997, Q1	3.3	0.0	7.9	8.9	6.9	7.0
Bolivia, 1997, Q5	0.0	0.0	39.4	47.2	46.6	45.6
Brasil, 1996, Q1	32.9	37.0	46.8	61.7	58.3	54.7
Brasil, 1996, Q5	70.2	50.0	46.5	73.4	78.5	76.4
Colombia, 1995, Q1	15.8	22.4	33.8	41.9	47.1	41.6
Colombia, 1995, Q5	33.3	40.5	53.8	52.5	67.5	62.3
Guatemala, 1995, Q1	0.0	1.1	4.0	9.7	5.3	5.4
Guatemala, 1995, Q5	20.8	46.0	47.8	49.8	61.4	56.7
Haití, 1995, Q1	0.0	0.0	1.1	8.3	5.3	5.0
Haití, 1995, Q5	13.3	16.7	15.0	25.7	21.4	21.0
Nicaragua, 1998, Q1	21.9	25.0	39.2	48.8	41.9	40.1
Nicaragua, 1998, Q5	46.7	37.0	54.3	63.0	68.4	63.7
Perú, 1996, Q1	16.4	20.2	24.4	30.3	23.0	24.3
Perú, 1996, Q5	42.9	48.6	50.0	54.4	48.9	49.8
Rep. Dominicana, 1996, Q1	18.1	32.4	31.1	52.8	66.6	51.2
Rep. Dominicana, 1996, Q5	50.0	41.0	35.4	54.5	68.7	60.4

Fuente: Procesamiento de las bases de datos de las Encuestas de Demografía y Salud (EDS) respectivas.

Nota: Q1 = quintil de nivel socioeconómico más bajo; Q5 = quintil de nivel socioeconómico más alto

Gráfico IV.13
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: USO DE MEDIOS ANTICONCEPTIVOS MODERNOS ENTRE LAS JÓVENES
UNIDAS, POR NIVEL SOCIOECONÓMICO Y SEGÚN GRUPOS DE EDAD, PAÍSES SELECCIONADOS, 1995-1998



Fuente: Cuadro IV.14

En primer lugar, y como era de esperar, se aprecia una heterogeneidad entre países, la que no es del todo coherente con la que se desprende de las cifras de fecundidad según edad. Resulta muy llamativo el caso de Nicaragua, donde más del 50% de las jóvenes unidas de 20 a 29 años declaran estar usando algún método moderno de regulación de la fecundidad, superando los registros de países como Colombia y Perú. Incluso entre las adolescentes, las nicaragüenses muestran índices muy superiores a Bolivia, Haití y Guatemala. Una lectura superficial de estos datos podría conducir a una interpretación contradictoria con algunos hallazgos discutidos en secciones previas, por ejemplo, los relativos a los bajos índices de maternidad en la adolescencia en Bolivia y Haití en comparación a los altos que registra Nicaragua. No hay tal contradicción; tras estas cifras se esconden poblaciones expuestas al riesgo de embarazo muy diferentes y también la imposibilidad de controlar la temporalidad embarazo/anticoncepción con los datos disponibles. Respecto de la exposición al riesgo, la información del gráfico IV.8 contribuye a esa argumentación. La abrumadora mayoría de las adolescentes bolivianas declaran que su situación marital es “nunca unida”; en consecuencia, se encuentran fuera de una situación de probabilidad cotidiana de relación sexual y, por tanto, de embarazo en ausencia de control natal. Así, el hecho de que dentro de las unidas el uso de anticonceptivos modernos esté poco extendido tendrá un efecto menor sobre los índices de reproducción durante la adolescencia, aunque —para las pocas adolescentes que se unen tempranamente— ciertamente supone una fecundidad antes de los 20 años casi asegurada. Como contrapartida, el 50% de las muchachas nicaragüenses de entre 18 y 19 años se declara “no unida” y eso ocurre sólo con el 30% de las jóvenes de 20 a 24 años. De este modo, aunque una fracción mayor, pero en cualquier caso inferior al 50%, de las adolescentes y jóvenes nicaragüenses usen un método moderno de regulación de la fecundidad, el resultado final de esta inclinación hacia la unión temprana será una iniciación reproductiva temprana para las que no los usan y que representan una fracción importante del total de adolescentes y jóvenes. Sobre el asunto de la temporalidad, lo que ocurre es que el uso actual de un método moderno pudo haberse derivado de la experiencia reproductiva y, por tanto, no estuvo presente para evitar una maternidad temprana.

En segundo lugar, las diferencias socioeconómicas se hacen sentir, si bien con especificidades nacionales. En Bolivia, Guatemala, Haití y Perú, entre otros, la prevalencia de uso de anticonceptivos entre las jóvenes pobres es la mitad o menos de la de las jóvenes de hogares del quintil superior. En casos extremos, como el de Guatemala, la prevalencia entre los jóvenes de este último grupo quintuplica la de los jóvenes del quintil inferior. Las diferencias son menores en Brasil y República Dominicana. La situación de los primeros países nombrados entraña una desigualdad que va en desmedro de las jóvenes pobres, pues, como ya se ha visto, ellas presentan una tríada de iniciación sexual y nupcial mucho más adelantada que la de las jóvenes de hogares pudientes. Entonces, para evitar que lo anterior se traduzca en una reproducción también temprana debieran contar con un mayor acceso a medios modernos de regulación de la fecundidad y lo que ocurre es justamente lo opuesto.

En tercer lugar, las adolescentes constituyen el grupo más desprotegido, sobre todo cuando pertenecen a los segmentos pobres de la población. En varios países de la región, sólo una de cada cuatro adolescentes pobres unidas usa anticonceptivos modernos, lo que explica la cercanía temporal entre la unión y la fecundidad en estos grupos. Las especificidades de las adolescentes y la relevancia de sus comportamientos reproductivos para su trayectoria de vida ameritan un tratamiento aparte, al que se aboca el siguiente acápite.

F. LA FECUNDIDAD ADOLESCENTE Y SUS CONSECUENCIAS: UNA APROXIMACIÓN EMPÍRICA

En la Conferencia sobre la Población y el Desarrollo de El Cairo (Naciones Unidas, 1994) la necesidad de focalizar acciones de salud reproductiva en los adolescentes ocupó un lugar central en las discusiones, y ella se reflejó en el Programa de Acción. En dicho documento se enfatizan los aspectos de la salud reproductiva que influyen negativamente en la vida de los adolescentes, en particular los relacionados con el embarazo temprano, el sexo no consentido y los riesgos de enfermedades de transmisión sexual (ETS) y VIH/SIDA, y se propone que los gobiernos tomen acciones para promover y proteger los derechos de los adolescentes a la asistencia en materia de salud reproductiva mediante programas apropiados. Estas recomendaciones son enfatizadas en la evaluación de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (CIPD) hecha cinco años más tarde (CIPD+5); (Naciones Unidas, 1999c), sobre todo en cuanto a la necesidad de fomentar el acceso de los adolescentes al "... disfrute de los más altos niveles asequibles de salud, proporcionar servicios adecuados, concretos, comprensibles y de fácil acceso, para atender eficazmente sus necesidades de salud genésica y sexual, inclusive educación, información y asesoramiento sobre salud genésica y estrategias de fomento de la salud. Estos servicios deben proteger los derechos de los adolescentes a la intimidad, la confidencialidad y el consentimiento fundamentado, respetando los valores culturales y las creencias religiosas y de conformidad con los acuerdos y convenciones internacionales vigentes pertinentes" (Naciones Unidas, 1999c).

La preocupación por la salud reproductiva de los y las adolescentes tiene sus raíces en varios factores:

- i) las señales de resistencia a la baja de la fecundidad adolescente;
- ii) los desiguales comportamientos reproductivos que hay entre los y las adolescentes de los grupos socialmente desventajados y los y las adolescentes de los segmentos de mejores condiciones socioeconómicas;
- iii) las aprensiones socioculturales existentes para el tratamiento de los temas relativos a la sexualidad, sobre todo en un marco de rápidos cambios en las pautas de conducta y en los valores que atañen a la sexualidad y a la reproducción;
- iv) los vetos sociales a macro y microescala que impiden un acceso fluido y seguro de los y las adolescentes a los servicios de salud reproductiva y que, por lo mismo, tiende a dejarlos indefensos frente a numerosos riesgos sobre su salud reproductiva;
- v) las consecuencias biosicosociales de los principales acontecimientos de la conducta reproductiva (actividad sexual, formación de pareja, reproducción) que pueden tener una alta incidencia sobre las trayectorias de vida de los y las adolescentes.

A continuación se presenta un rápido repaso de la situación actual de estos factores en América Latina y el Caribe, procurando aprovechar las secciones previas cuyo énfasis fue el análisis del estado actual y las tendencias sobresalientes de la conducta, la salud y los derechos reproductivos de los jóvenes latinoamericanos y caribeños.

1. La sexualidad durante la adolescencia

La información que proporciona las EDS para ocho países de la región (véase el cuadro IV.15) permite observar que en el momento de las encuestas la mayoría de las adolescentes todavía no ha comenzado su vida sexual; más aún, sólo en Brasil, República Dominicana y Nicaragua las adolescentes iniciadas representan más del 30% del total de muchachas.²⁰ Salvo en Haití, las proporciones de adolescentes que ya se iniciaron sexualmente son más altas en las zonas rurales, aunque en Brasil y Colombia las diferencias urbano-rurales son pequeñas. En la misma línea, la proporción de adolescentes que han tenido relaciones sexuales tiende a disminuir con el aumento del nivel de instrucción, excluidos Brasil y Colombia, países donde las muchachas de nivel educativo alto registran también elevados índices de iniciación sexual.

Cuadro IV.15

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, PAÍSES SELECCIONADOS: PORCENTAJE DE ADOLESCENTES (15-19 AÑOS) QUE HAN TENIDO RELACIONES SEXUALES, SEGÚN ZONA DE RESIDENCIA Y ESCOLARIDAD

País	Zona de residencia			Nivel de escolaridad			
	Total	Urbano	Rural	Sin instrucción	Primaria	Secundaria	Medio y más
Bolivia	19.6	17.0	27.6	60.0	37.9	14.1	9.7
Brasil	32.5	32.2	33.5	58.8	40.4	29.4	41.7
Colombia	29.6	27.7	35.5	59.1	42.8	23.8	25.4
Guatemala	25.0	17.3	31.0	44.8	30.0	8.5	-
Haití	29.0	33.1	25.2	30.8	29.0	27.7	-
Nicaragua	36.1	31.5	44.3	65.1	48.7	21.6	17.1
Perú	20.2	16.2	32.2	57.4	39.2	15.9	8.5
Rep. Dominicana	32.6	28.9	39.6	74.0	40.6	19.8	8.9

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, "Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe", México D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito

La información que contiene el cuadro IV.15, aunque simple, es de gran valor, pues permite hacer una estimación básica y relativamente actualizada de la cantidad de muchachas que debieran tener una cultura sexual sólida y un acceso cotidiano a los servicios de salud reproductiva especializados en adolescentes. Asimismo, proporciona un perfil básico de esta población objetivo, insumo imprescindible para diseñar programas ajustados a las peculiaridades de los beneficiarios, que es un rasgo decisivo para el éxito de esas iniciativas. Finalmente, los datos constituyen un aporte a la discusión sobre las fuerzas que promueven la iniciación sexual durante la adolescencia —como ya fue señalado, la confrontación entre pautas culturales "tradicionales" que estimulan una tríada de iniciación sexual/nupcial/reproductiva temprana y pautas culturales "modernas" que promueven la liberalidad sexual junto con la exposición de

²⁰ Esto no implica que el 65% o más de las mujeres se inicie sexualmente después de los 20 años exactos, porque una proporción de las adolescentes vírgenes al momento de la encuesta terminarán debutando sexualmente antes de cumplir los 20 años. De hecho, en secciones previas de este capítulo se presentaron cifras que indicaban que en casi todos los países de la región cerca de la mitad de las jóvenes de 20 a 29 años se iniciaron sexualmente en la adolescencia (véase el gráfico IV.7).

los jóvenes a mensajes que estimulan el sexo desligado del matrimonio y la reproducción— y, aunque apoyan la hipótesis de que la iniciación sexual más temprana tiende a darse en contextos tradicionales, también abonan la hipótesis del efecto “permisivo” de la modernización, en particular frente al caso de las adolescentes con alto nivel de instrucción en Brasil.

Aunque en lo que concierne a tendencias de la iniciación sexual hay una amplia discusión conceptual y pública —y lamentablemente los datos no han sido concluyentes al respecto (Naciones Unidas, 1998)— sí parece existir más consenso en cuanto a que la modernización estimula la actividad sexual premarital y, por ende, aumenta el tiempo de exposición al riesgo de embarazos premaritales. La conjunción de varios factores explica esta asociación entre modernidad e iniciación sexual antes del matrimonio, entre ellos la ya analizada tendencia al aumento de la edad a la primera unión, la disminución de la edad al inicio de la menstruación y los procesos de modernización y de globalización que están experimentando los adolescentes de la región y que implican actitudes cambiantes, normalmente más permisivas, respecto de la sexualidad. Las cifras avalan ampliamente esta hipótesis. En el cuadro IV.16 se observa que en la mayoría de los países las relaciones sexuales premaritales aumentarían entre las mujeres unidas y sólo en Bolivia y Guatemala sucede lo contrario.

Cuadro IV.16

**AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PORCENTAJE DE ADOLESCENTES UNIDAS
QUE HAN TENIDO RELACIONES SEXUALES PREMARITALES
Y CAMBIO PORCENTUAL ANUAL**

País	Año	Han tenido relaciones sexuales premaritales	Cambio porcentual anual
Bolivia	1989	16.5	-2.4
	1998	12.9	
Brasil	1986	9.7	14.2
	1996	23.5	
Colombia	1986	10.3	8.9
	1995	18.5	
Ecuador	1987	7.4	17.0
	1994	16.2	
El Salvador	1985	7.9	12.2
	1998	20.4	
Guatemala	1987	7.1	-1.8
	1995	6.1	
Paraguay	1990	18.4	7.5
	1998	29.5	
Perú	1986	10.5	2.0
	1996	12.6	
Rep. Dominicana	1986	5.5	6.1
	1996	8.8	

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, “Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe”, México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000

2. Sexualidad, matrimonio y procreación entre las adolescentes

Ahora bien, ¿el aumento en la actividad sexual premarital principalmente en países como Brasil y Colombia ha significado un incremento de nacimientos premaritales? El cuadro IV.17 muestra que el único país que presenta una clara tendencia al aumento de nacimientos premaritales o concebidos antes del matrimonio es Colombia; en el resto este indicador se mantuvo estable e incluso experimentó una disminución. Con la información de las últimas encuestas se constata que Bolivia, Colombia y Perú registran prácticamente un 40% de nacimientos o concepciones antes del matrimonio. Guatemala, Nicaragua y República Dominicana son los países donde este porcentaje es menor.

Lo anterior se debe, entre otras cosas, a que en la región la brecha entre la primera relación sexual y la primera unión es relativamente corta —el cuadro IV.18 muestra que este lapso de tiempo varía entre un poco más de medio año hasta dos años— y, lo que es más relevante, se ha estrechado en varios países de la región, tal como lo muestran la cifras de las diferentes cohortes en el cuadro IV.19.

Cuadro IV.17

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LOS NACIMIENTOS DE ADOLESCENTES (15-19), SEGÚN SITUACIÓN MARITAL, 1986-1998

País	Año	Nacimientos			Total
		Antes del matrimonio	Concebidos antes y nacidos después del matrimonio	Concebidos después del matrimonio	
Bolivia	1989	34.4	15.4	50.2	100.0
	1994	28.5	14.2	57.3	100.0
	1998	26.0	17.8	56.2	100.0
Brasil	1986	13.1	16.6	70.3	100.0
	1996	8.0	22.7	69.3	100.0
Colombia	1986	16.9	12.3	70.8	100.0
	1990	20.0	16.5	63.5	100.0
	1995	20.5	18.5	61.1	100.0
Guatemala	1987	9.5	12.5	78.0	100.0
	1995	12.3	11.0	76.7	100.0
Haití	1995	4.7	22.2	73.1	100.0
Nicaragua	1998	6.4	4.1	89.5	100.0
Perú	1986	20.3	17.6	62.1	100.0
	1991	18.7	18.7	62.5	100.0
	1996	20.7	16.0	63.3	100.0
Rep. Dominicana	1986	5.1	13.9	81.1	100.0
	1991	6.6	9.9	83.5	100.0
	1996	5.3	9.0	85.6	100.0

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, "Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe", México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

Cuadro IV.18**AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PROMEDIO DE TIEMPO TRANSCURRIDO (AÑOS) ENTRE LA PRIMERA RELACIÓN SEXUAL Y LA PRIMERA UNIÓN, 1995-1998**

País	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49	Total
Bolivia (1998)	1.7	2.1	2.4	2.3	2.6	2.0
Brasil (1996)	1.6	1.5	1.7	1.5	1.2	1.5
Colombia (1995)	1.4	1.6	1.7	1.5	1.5	1.4
Guatemala (1995)	0.5	0.6	0.9	0.8	1.2	0.7
Haití (1995)	1.6	1.7	1.8	2.1	1.9	1.6
Nicaragua (1998)	0.5	0.6	0.8	1.0	1.0	0.6
Perú (1996)	1.5	2.0	2.2	2.4	2.2	1.8
Rep. Dominicana (1996)	0.6	0.6	0.8	0.8	0.6	0.6

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, "Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe", México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

En los países de la región analizados se observaron principalmente dos comportamientos nítidamente diferenciados respecto de la nupcialidad y sexualidad, que se encuentran también relacionados con la fecundidad. El primero se da en países principalmente centroamericanos, que están en una etapa incipiente de su transición y que tienen alta fecundidad adolescente, en donde el inicio sexual y el embarazo están estrechamente relacionados con la unión. Este comportamiento obedece principalmente a patrones culturales plenamente establecidos y se caracteriza por una unión con gran intensidad en edades tempranas, sobre todo en las áreas rurales y en niveles de escolaridad más bajos. En estas sociedades una mujer entre 15 y 19 años a menudo no está concebida como adolescente, sino como en plena madurez para la vida conyugal y sexual.

Por otra parte, se observa un comportamiento distinto y relativamente nuevo caracterizado por un aumento de la edad a la primera unión y una ligera disminución de la edad a la primera relación sexual. Se observa un aumento de las relaciones sexuales premaritales, principalmente en adolescentes con mayor nivel de escolaridad, lo que parece estar influyendo en el aumento de la fecundidad adolescente en estos países. En ellos la unión no es tan temprana como en el caso anterior, la actividad sexual premarital es más intensa y los nacimientos premaritales son mucho mayores. Brasil y Colombia fueron los países más representativos de esta conducta.

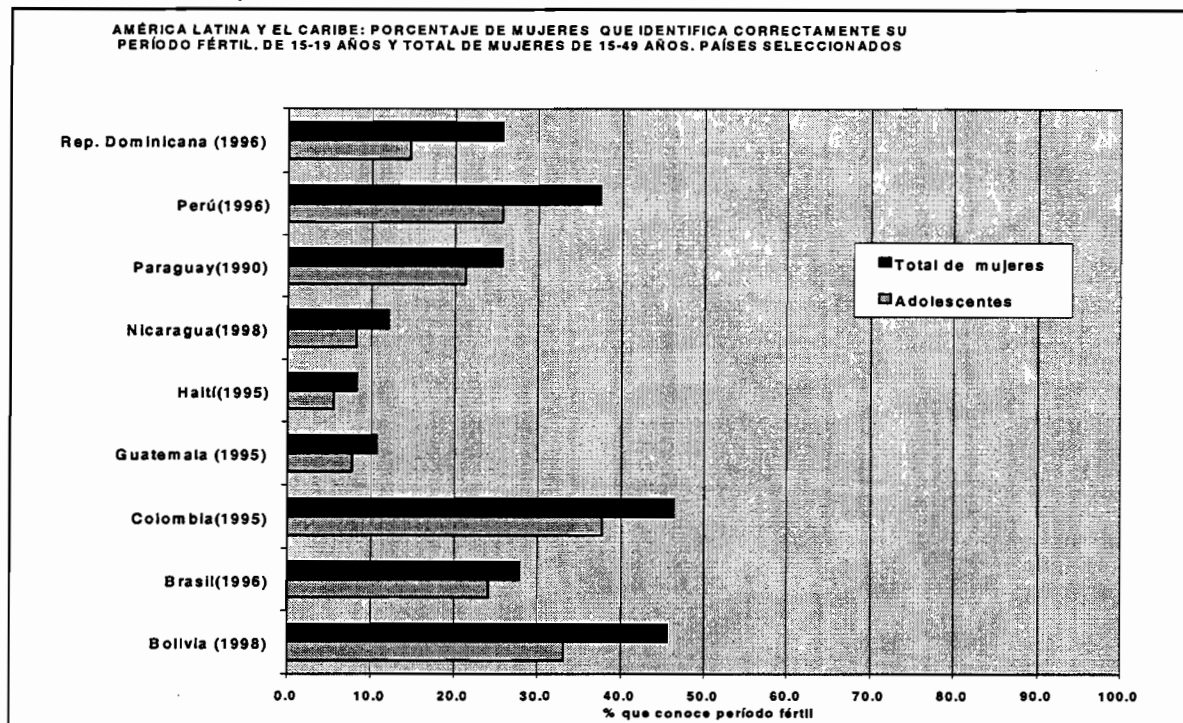
3. Los adolescentes y la regulación de la fecundidad

Pese a que las adolescentes de la región, sobre todo las pertenecientes a grupos socialmente desventajados, forman un grupo donde el desconocimiento de métodos anticonceptivos modernos está menos extendido que en el resto de las edades, el nivel general de conocimiento de métodos es elevado, tanto entre las que están unidas como entre aquellas que están actualmente fuera de una unión, sean o no sexualmente activas. Por supuesto, el nivel de conocimiento es variado de acuerdo al tipo de método, y, en general, la píldora y la esterilización femenina son los métodos más nombrados. Este elevado nivel de conocimiento es el resultado de un largo proceso, en que la discusión sobre el uso de métodos ha sido un

tema inserto en los medios de comunicación, especialmente a partir de los años setenta y que en muchos países de la región incluyen contenidos sobre educación sexual. Por ejemplo, este indicador aumentó de 70% a 87% entre 1994 y 1998 en Bolivia, de 80% a 93 % entre 1986 y 1996 en Perú y de 58% a 68% entre 1987 y 1995 en Guatemala.

Sin embargo, el nivel de conocimiento alcanzado en cuanto a anticonceptivos no se refleja en otros aspectos claves de la vida reproductiva de la mujer, y así lo muestra el gráfico IV.14, que contiene información sobre la proporción de mujeres que identifican correctamente el período del mes en que pueden quedar embarazadas. Teniendo en cuenta no sólo los niveles de conocimiento antes analizados, sino también los niveles de uso de anticonceptivos, los países con encuestas recientes registran porcentajes más bajos de lo esperado. Al parecer, los programas de planificación familiar han puesto mayor énfasis en los métodos en sí que en la fisiología de la reproducción. Los valores más elevados encontrados, al menos en Bolivia y Perú, son congruentes con la mayor prevalencia que la abstinencia periódica tiene en estos países. Si bien es cierto que, en general, las adolescentes están peor informadas que las mujeres de mayor edad, en algunos casos los valores no son sustancialmente distintos.

Gráfico IV.14



Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, “Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe”, México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

Cuando se analiza este indicador dentro del grupo de mujeres adolescentes de 15-19 años según el área de residencia, el nivel de instrucción y el estrato de pobreza aparecen como diferencias sustanciales. Sin embargo, aun las mujeres de mayor nivel de instrucción o del área urbana o aquellas de los quintiles más altos muestran elevados niveles de desconocimiento del período fértil. En ningún grupo de mujeres el conocimiento del período fértil supera el 80%. (véase el cuadro IV.19).

Cuadro IV.19

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, PAÍSES SELECCIONADOS: PORCENTAJES DE MUJERES ADOLESCENTES (15-19 AÑOS) QUE IDENTIFICA CORRECTAMENTE LA ETAPA FÉRTIL DENTRO DE SU PERÍODO MENSTRUAL, SEGÚN ÁREA DE RESIDENCIA, NIVEL DE INSTRUCCIÓN Y QUINTILES DE POBREZA

País y fecha de la encuesta	Total	Lugar de residencia		Nivel de escolaridad				Quintiles de pobreza				
		Urbano	Rural	Sin instrucción	Primaria	Secundaria	Medio y más	1	2	3	4	5
Bolivia (1998)	33.1	38.5	16.5	3.3	11.3	37.0	67.0	12.0	25.1	33.7	38.0	42.4
Brasil (1996)	24.1	26.9	12.1	..	4.7	30.0	78.3	6.7	16.3	25.2	33.2	38.0
Colombia (1995)	37.7	44.1	18.7	..	11.1	47.7	79.7	13.1	25.8	38.2	47.1	53.5
Guatemala (1995)	7.7	12.3	4.1	1.4	3.0	17.2	37.9	1.6	1.2	4.5	8.8	17.1
Haití (1995)	5.5	7.9	3.4	3.6	2.5	13.0	..	1.3	0.9	5.0	6.0	9.9
Nicaragua (1998)	8.2	10.1	4.8	2.3	4.0	11.8	24.1	2.4	4.0	8.5	10.8	12.5
Paraguay (1990)	21.2	24.3	18.0	21.4	15.7	28.3	37.5	..	..	..	..	..
Perú (1996)	25.7	28.6	17.3	11.6	9.5	27.6	44.1	12.0	22.0	26.4	29.9	31.8
Rep.Dominicana (1996)	14.5	16.7	10.5	7.8	7.7	21.7	63.6	7.9	9.4	13.6	13.3	25.1

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, "Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe", México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

El cuadro IV.20 muestra la prevalencia y las diferencias entre países en el uso actual de métodos anticonceptivos. En realidad, estos valores no se relacionan directamente con los niveles de fecundidad anteriormente mostrados y este resultado implica que la variabilidad de la fecundidad entre países está determinada en buena medida por la entrada en uniones. Por ejemplo, en Haití, si bien el uso de anticonceptivos en mujeres unidas es bajo, la fecundidad es más baja que en Brasil, debido a que en el primer país las mujeres inician más tardíamente su sexualidad y su nupcialidad. Cabe destacar que, cuando se calcula el indicador uso para las mujeres sexualmente activas que no están unidas (legal o consensualmente), se observa una prevalencia anticonceptiva aún mayor, lo que de algún modo desmisticifica la creencia de que las adolescentes solteras que tienen una vida sexual no se protegen del embarazo.

En cuanto a los métodos usados por las adolescentes unidas en la mayoría de los países predomina la píldora: Belice, Brasil, Colombia, Ecuador, El Salvador y Honduras, Nicaragua, República Dominicana, Trinidad y Tabago y Venezuela; sin embargo, en Guatemala y Perú predomina la inyección y en Haití y Jamaica, el condón. Bolivia es el único país en que la abstinencia periódica es el método más usado por las adolescentes que están unidas.

Cuadro IV.20

**AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, PAÍSES SELECCIONADOS: PORCENTAJE DE MUJERES
ADOLESCENTES QUE USAN ACTUALMENTE UN MÉTODO ANTICONCEPTIVO.
TOTAL, UNIDAS Y NO UNIDAS SEXUALMENTE ACTIVAS**

País/ fecha de la encuesta	Total	Unidas	No unidas sexualmente activas
Belice (1991)	..	26.2	..
Bolivia (1998)	5.1	31.1	63.5
Brasil (1996)	14.8	54.0	65.9
Colombia (1995)	10.9	50.9	67.0
Costa Rica (1990)	2.6	52.0	66.0
Ecuador (1988)	3.0	15.3	..
El Salvador (1994)	..	22.5	..
Guatemala (1995)	2.8	12.1	41.7
Guyana (1992)	..	18.1	..
Haití (1995)	3.6	10.5	24.3
Honduras (1996)	..	27.6	..
Jamaica (1993)	29.3	58.8	..
México (1996)	7.7	43.5	..
Nicaragua (1998)	11.3	39.9	23.7
Paraguay (1998)	..	47.1	..
Perú (1996)	7.5	46.0	69.8
Rep. Dominicana (1996)	10.1	35.1	57.7
Suriname (1992)	..	29.6	..
Trinidad y Tabago (1987)	9.7	42.4	42.9
Venezuela (1998)	10.3	59.6	40.0

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, "Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe", México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

(..) = No disponible.

G. EFECTOS DEL EMBARAZO ADOLESCENTE: LA DESERCIÓN ESCOLAR Y LA FORMACIÓN DE FAMILIAS

1. Relación entre la fecundidad adolescente y el abandono escolar. El embarazo como causa de abandono escolar

Además de sus posibles riesgos de salud, el embarazo de las adolescentes puede tener consecuencias desfavorables desde el punto de vista social, interrumpiendo o modificando un proyecto de vida y forzando al padre y principalmente a la madre adolescente a abandonar su educación y, eventualmente, a buscar un trabajo para sustentar su familia. El tema de la deserción escolar concita un interés especial, por su relación con la formación de capital humano y la superación de la pobreza. Sin embargo, en los países en desarrollo existe escasa investigación sistemática sobre el peso del embarazo precoz como motivo del abandono escolar.

Los primeros estudios sobre el embarazo adolescente en los Estados Unidos (por ejemplo, Moore y Waite, 1977) concluyeron que generalmente existía una fuerte asociación causal entre el embarazo en la adolescencia y el abandono escolar prematuro. Estudios más recientes han encontrado asociaciones más modestas. Por una parte, esto se debe a políticas más progresistas en relación a la aceptación de alumnas embarazadas y a la expansión de programas especiales que permiten que los desertores escolares completen su educación por otras vías. Sin embargo, también se ha señalado que las asociaciones inicialmente encontradas estaban sobrestimadas, pues no prestaban la debida consideración a condiciones preexistentes (Hoffman, Foster y Furstenberg, 1993; Hotz, McElroy y Sanders, 1997; Marini, 1984; Moore y otros, 1993). Por ejemplo, algunos estudios han comparado las experiencias educativas y laborales de hermanas que tuvieron o no un hijo durante la adolescencia, pero que, en lo demás, compartían las mismas ventajas o desventajas sociales.

Basados en este tipo de comparaciones, Hoffman, Foster y Furstenberg encontraron que el efecto promedio de la postergación de un nacimiento de madre adolescente hasta después de los 20 años era de sólo 0.38 años de educación adicional. Hotz, McElroy y Sanders compararon madres adolescentes con adolescentes de la misma edad que se embarazaron pero tuvieron un aborto espontáneo. Aunque en ambos grupos poco más del 50% terminó su educación secundaria, las madres recurrieron más frecuentemente a programas especiales para lograr una educación equivalente al diploma secundario. Olson y Farkas (1989), que usaron modelos econométricos, no encontraron ninguna relación causa-efecto entre embarazos y la deserción escolar en alumnas secundarias negras y pobres, mientras Ribar (1994, 1996), utilizando técnicas semejantes, no encontró efectos en las adolescentes, fueran ellas blancas, negras o hispanicas. Moore y otros (1993) sólo encontraron una relación significativa en el caso de las adolescentes hispanicas. Upchurch y McCarthy (1990), finalmente, encontraron que las madres adolescentes que continúan en la escuela tienen prácticamente la misma probabilidad de terminar su educación secundaria que sus compañeras. Pero, una vez que abandonan la escuela, su probabilidad de terminar es de sólo 30%, la mitad de la probabilidad de las alumnas que desertaron por otros motivos.

Cuando existen cifras sobre la relación entre el embarazo en adolescentes y el abandono escolar en los países menos desarrollados, ellas se refieren generalmente a cifras de desertoras escolares. Senderowitz y Paxman (1985) estiman que anualmente en Zambia el 2% de las alumnas primarias y secundarias son expulsadas por motivos de embarazo. Aun cuando a nivel secundario estos números son más altos, su efecto sobre la escolaridad femenina promedio, principalmente en los países donde ésta es

muy baja, tiende a ser relativamente modesto, porque gran parte de las alumnas ya desertaron por otros motivos. Engle y Smidt (1998), en su trabajo sobre comunidades rurales en Guatemala, observan que en los Estados Unidos la maternidad adolescente representa un desajuste entre las tareas que exige la adolescencia y la maternidad. Es poco probable que ese desajuste haya existido en Guatemala rural, donde la mayoría de las mujeres están fuera de la escuela antes de que empiece la menarquia y tienen a sus primeros hijos antes de los 20 años.

Al igual que en los países más desarrollados, existe una asociación entre el embarazo de alumnas y el bajo rendimiento escolar previo al embarazo. Un estudio en Kenya, por ejemplo, encontró que la deserción escolar por embarazo entre alumnas en el cuartil más bajo de desempeño académico duplicaba con creces la deserción en el cuartil más alto (Division of Family Health / GTZ Support Unit, 1988). En muchos de estos casos es posible que la adolescente se haya embarazado deliberadamente para poder abandonar la escuela (Dynowski-Smith, 1989). Por esto, no es razonable asumir que, en caso de que la adolescente no se hubiera embarazado, habría continuado en la escuela. Lloyd y Mensch (1999), que también describen la situación en Kenya, señalan que la literatura sobre el embarazo en alumnas en los países en desarrollo implícitamente asume que las adolescentes que son forzadas a retirarse de la escuela por embarazo, continuarían en la escuela si no se hubieran embarazado. Sin embargo, hay muchas otras razones por las cuales una adolescente pudiera abandonar la escuela durante la adolescencia. Además, en el caso de las adolescentes que sí se embarazan, la falta de apoyo recibido por parte del ambiente escolar puede aumentar las probabilidades de que ellas den a la luz, en vez de procurar un aborto y continuar su educación. En realidad, puede no ser el embarazo lo que lleva a las adolescentes a abandonar la escuela, sino la falta de oportunidades sociales y económicas para adolescentes y mujeres y las demandas domésticas a las cuales están sujetas, junto con las desigualdades de género del sistema educativo, las cuales pueden derivar en experiencias escolares insatisfactorias, bajo desempeño académico, y la aceptación o la opción por la maternidad temprana.

Bledsoe y Cohen (1993) enfatizan que el problema de fondo estribaría en que las oportunidades de una buena educación, prontamente disponibles para las adolescentes de familias acomodadas, pueden desincentivar la fecundidad adolescente. Por otra parte, la escasa posibilidad de obtener una buena educación, junto con otros factores, puede estimular a las adolescentes de familias pobres a embarazarse. Estas adolescentes muchas veces tienen menos posibilidades de acompañar el ritmo académico, debido a las demandas que enfrentan de ayudar en el hogar, que les dejan poco tiempo para estudiar. También son las que tienen menos posibilidades de comprar materiales escolares o de matricularse en las escuelas privadas costosas que escrupulosamente supervisan las idas y venidas de sus alumnas..... No debería sorprender que adolescentes de este tipo decidan que los vínculos con un hombre a través del embarazo pueden ser más ventajosos que continuar los estudios.

Además de las tasas de deserción escolar, otra información sobre los efectos de la adolescencia temprana en la educación —disponible a través de las EDS— es la que se refiere al número de años estudiados. Prada-Salas (1996), por ejemplo, utiliza datos de las EDS de Colombia en 1986 para mostrar que sólo el 32% de las mujeres rurales y el 67% de las mujeres urbanas de 20-29 años que tuvieron su primer hijo antes de los 20, completaron 5 ó más años de educación, contra 49% y 82%, respectivamente, de las demás mujeres. El cuadro IV.21, basado en la información de algunas de las EDS más recientes de la región, presenta una comparación semejante, y se aprecia una diferencia de 2-5 años entre el nivel educativo de mujeres que se embarazaron por primera vez con menos de 18 años y el de las que lo hicieron cuando tenían 21-29 años.

Cuadro IV.21

**NÚMERO PROMEDIO DE AÑOS DE ESCOLARIDAD DE MUJERES DE 25-34 AÑOS
SEGÚN SU EDAD AL NACIMIENTO DEL PRIMER HIJO**

País y año	Menos de 18 años	18-20 años	21-29 años
Bolivia, 1998	5.06	6.42	8.03
Brasil, 1996	4.55	5.7	7.53
Colombia, 1995	5.13	6.57	8.59
Guatemala, 1995	2.16	3.38	5.95
Haiti, 1995	1.63	2.4	3.76
Nicaragua, 1998	4.28	6.46	8.51
Perú, 1996	5.15	6.6	8.97
Rep. Dominicana, 1996	5.07	7.29	10.23

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, "Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe", México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

Sin embargo, es poco probable que las diferencias presentadas por Prada-Salas obedezcan al abandono escolar por embarazos accidentales, pues normalmente una mujer con menos de 5 años de educación ya no está en la escuela en el momento de embarazarse de su primer hijo, o si lo está es porque inició tardíamente la escuela o experimentó repitencias sucesivas.

La tercera ronda de la EDS (en este trabajo identificadas como EDS III) contiene una pregunta dirigida a mujeres de 15 años y más que ya no están en la escuela sobre la razón de abandonar la educación. El cuadro IV.22 identifica los resultados para mujeres de 15-24 años en algunos países de la región.

Cuadro IV.22

**RAZONES DECLARADAS DEL ABANDONO ESCOLAR POR MUJERES
CON EDADES ACTUALES DE 15-24 AÑOS**

Razones	Bolivia	Brasil	Colombia	Guatemala	Nicaragua	Perú	República Dominicana (1996)
Asiste actualmente	52.5	47.7	40.4	27.0	40.9	44.8	32.6
Quedó embarazada	3.8	4.9	4.7	0.8	5.4	6.6	3.4
Se casó o unió	5.9	6.0	5.1	3.2	10.5	4.3	17.1
Para cuidar los niños	2.1	2.2	1.0	1.9	2.2	2.2	1.9
La familia necesitaba ayuda	11.6	2.5	1.2	11.5	1.8	4.4	1.4
No pudo pagar estudios	1.7	2.8	16.6	5.6	9.9	10.7	5.1
Necesitaba ganar dinero	9.1	9.9	6.8	7.8	5.0	9.1	8.3
Se graduó, suficiente estudio	2.5	2.9	1.6	3.9	0.7	3.4	0.1
No pasó los exámenes	0.5	0.8	1.4	1.7	-	0.8	-
No quiso estudiar	2.9	8.1	15.2	23.6	13.3	5.3	15.7
La escuela quedaba muy lejos	2.6	6.6	1.8	2.9	3.0	1.1	4.2
Los padres no quisieron	-	-	0.7	-	-	-	-
Razones médicas	-	1.1	1.2	-	-	-	-
Otra razón	2.5	3.7	2.4	5.2	2.8	6.0	9.3
No sabe/sin información	0.5	0.6	-	3.2	1.1	1.2	0.8

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, “Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe”, México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

Como lo demuestra el cuadro IV.22, las razones económicas (la familia necesitaba ayuda, no pudo pagar estudios, necesitaba ganar dinero) suelen ser las más importantes, y dan cuenta desde el 28% de las deserciones escolares en Nicaragua, hasta el 47% en Bolivia. El peso de factores académicos (se graduó, ya estudió lo suficiente, no pasó los exámenes, no quiso estudiar) varía mucho según los países, y motiva desde un 12% de las deserciones en Bolivia hasta el 31% en Colombia. El cuadro no permite evaluar directamente cuál es la importancia del motivo de embarazo. Las razones “quedó embarazada” y “para cuidar los niños” deben ser interpretadas como consecuencias directas de un embarazo precoz. Sin embargo, la respuesta a “se casó o unió” no significa necesariamente que hubo un embarazo. Comparando la fecha de la primera unión con el nacimiento del primer hijo, se averigua que, en la mayoría de los países de la región, entre un 30% y un 35% de las adolescentes que mencionaron este motivo (se casó o unió) ya habían dado a luz o estaban embarazadas cuando se casaron, con un mayor porcentaje (55%) en Guatemala y porcentajes menores en Nicaragua y República Dominicana. Al atribuir estas proporciones de cada categoría, se considera que —en la mayoría de los países— los embarazos tempranos pueden estimarse responsables del 15%-20% del abandono escolar a todos los niveles.

También se calculó, sobre la base de la intensidad y de las razones del abandono escolar de mujeres con edades actuales inferiores a 25 años, cuál habría sido el aumento de la escolaridad promedio —en años completados de estudio— si los embarazos no deseados o todos los embarazos que condujeron a una deserción escolar pudieran haber sido evitados. Los resultados aparecen en el cuadro IV.23 y son

cifras mucho más modestas que las mostradas en el cuadro IV.21. En ningún país de la región la postergación de todos los embarazos en adolescentes hasta después de los 20 años aumentaría la escolaridad femenina en más de un año. La razón de este efecto modesto es la presencia de muchos otros factores que pueden propiciar el abandono escolar, principalmente en los años previos a que el embarazo precoz comience a constituir una amenaza real.

Cuadro IV.23

**NÚMERO PROMEDIO DE AÑOS DE ESCOLARIDAD POR MUJER PERDIDOS
DEBIDO A ABANDONO ESCOLAR Y PORCENTAJE DE ABANDONO ESCOLAR
EN TODOS LOS NIVELES ATRIBUIBLE A EMBARAZOS**

País y año	Años de escolaridad perdidos debido a		Porcentaje de abandono debido a	
	Embarazos no deseados	Todos los embarazos	Embarazos no deseados	Todos los embarazos
Bolivia, 1998	0.5	0.9	9.8	17.2
Brasil, 1996	0.4	0.7	10.6	17.5
Colombia, 1995	0.3	0.5	8.1	12.3
Guatemala, 1995	0.2	0.3	3.3	5.7
Nicaragua, 1998	0.3	0.7	7.3	16.1
Perú, 1996	0.4	0.7	11.4	18.9
Rep. Dominicana, 1996	0.4	0.8	9.4	17.0

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, "Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe", México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

El número promedio de años de educación perdidos en el cuadro IV.23 debe ser considerado como un límite superior. Por una parte, no se toma en cuenta que un número de desertoras regresa o completa su educación mediante otras vías. Por otra, el cálculo del cuadro IV.24 supone implícitamente que los diferentes motivos de abandono escolar son estadísticamente independientes, es decir, una adolescente cuyo embarazo es evitado sigue sujeta a las mismas probabilidades de abandono escolar debido a otros motivos que sus pares. En la realidad, las adolescentes que se embarazan también están sujetas a probabilidades de abandono debido a otros motivos. Esto se percibe, por ejemplo, al dividir la población por quintil de pobreza, lo que hace que las poblaciones sean más homogéneas y el supuesto de independencia más realista. El cuadro IV.25 muestra los resultados para Brasil y Nicaragua.

Cuadro IV. 24

**BRASIL Y NICARAGUA: NÚMERO PROMEDIO DE AÑOS DE ESCOLARIDAD
POR MUJER PERDIDOS DEBIDO A ABANDONO ESCOLAR
Y PORCENTAJE DE ABANDONO ESCOLAR EN TODOS LOS NIVELES
ATRIBUIBLE A EMBARAZOS, SEGÚN QUINTILES DE POBREZA**

País y % de pobreza	Años de escolaridad perdidos debido a		Porcentaje de abandono debido a	
	Embarazos no deseados	Todos los embarazos	Embarazos no deseados	Todos los embarazos
Brasil, 1996	0.4	0.7	10.6	17.5
20% más pobres	0.3	0.5	9.5	16.2
Próximo 20%	0.4	0.7	11.6	19.4
Próximo 20%	0.3	0.5	10.3	16.3
Próximo 20%	0.3	0.6	11.3	19.3
20% más ricos	0.3	0.5	10.0	15.7
Nicaragua, 1998	0.3	0.7	7.3	16.1
20% más pobres	0.1	0.2	3.4	7.9
Próximo 20%	0.2	0.5	6.2	11.8
Próximo 20%	0.5	1.0	14.6	22.7
Próximo 20%	0.2	0.7	8.6	21.8
20% más ricos	0.3	0.7	10.1	19.8

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, "Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe", México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

Este cuadro demuestra, además, que los efectos son más modestos en los estratos más pobres y más ricos: en el estrato más rico porque el embarazo en la adolescencia es menos común y en el estrato más pobre porque son relativamente pocas las mujeres que alcanzan el nivel de escolaridad donde el embarazo puede constituir un motivo de abandono escolar.

2. Otros efectos sociales del embarazo adolescente: La familia

En los países más desarrollados, la tendencia es que, cada vez más, el hombre con quien una adolescente inicia la actividad sexual es diferente del hombre con quien forma una familia ... si es que ella llega a formar una familia. En los Estados Unidos, existe una inquietud considerable acerca de las relaciones sexuales de adolescentes con hombres considerablemente mayores, lo cual ha llevado incluso a formular una legislación especial. Sin embargo, se ha demostrado que sólo un 8% de los nacimientos en el grupo de 15-19 años corresponde a relaciones de niñas de 15-17 años con hombres que eran por lo menos 5

años mayores (Lindbergh y otros, 1997). Aun así, el sexo no voluntario y no deseado es un problema serio cuando ocurre y es particularmente común entre las adolescentes más jóvenes (Moore y otros, 1998). En algunos países de América Latina y el Caribe, se encuentran diferencias más sustanciales. En el módulo de adolescentes de Jamaica de 1983 (Morris y otros, 1995), se averiguó, por ejemplo, que 28% de las mujeres que habían iniciado su actividad sexual antes de los 18 años lo hicieron con un compañero que era 6 o más años mayor. Sin embargo, en este dato debe tenerse presente que este porcentaje también era alto (30.2%) entre las mujeres que iniciaron su actividad sexual entre los 18-24 años y sustancial (7.5 %) entre los hombres que iniciaron su actividad sexual antes de los 18 años. En la encuesta de Costa Rica de 1993, Achío y otros (1994) encontraron una diferencia promedio de 4.9 años entre mujeres de 15-24 años que habían tenido relaciones sexuales premaritales y su pareja en la primera relación. Más de un tercio de las mujeres que iniciaron su actividad sexual antes de los 20 años lo hizo con compañeros por lo menos 5 años mayores que ellas.

Analizando las eventuales uniones maritales posteriores, Bennett, Bloom y Miller (1995) y más recientemente Lichter y Graefe (1999), han analizado las historias maritales de mujeres estadounidenses que tuvieron o no un hijo cuando eran todavía solteras. Lichter y Graefe encontraron un efecto significativo —que no podía ser explicado por factores previos—, del hecho de haber sido madres solteras. Sin embargo, este efecto no era necesariamente más fuerte en las madres solteras adolescentes. Más bien, encontraron que el porcentaje de madres solteras adolescentes que se habían casado alguna vez antes de los 40 años (73.0%) era levemente superior al porcentaje total de madres solteras que alguna vez se casaron (71.7%), aunque bastante inferior al porcentaje de mujeres que nunca habían sido madres solteras (88.3%). Más específicamente, encontraron que una mujer soltera que tuvo un hijo a la edad de 15 años tenía una probabilidad de 16.3% de no casarse hasta los 35 años, comparado con una probabilidad de 13.1% en mujeres que no fueron madres solteras. Sin embargo, una madre soltera de 19 años tenía una probabilidad de 28.7% de no casarse hasta los 35, lo que se compara con un 18.0% en mujeres solteras sin hijos a los 19 años, es decir que la probabilidad de no casarse de una mujer soltera de 19 años sin hijos es mayor que la de una madre soltera de 15 años. Más que la edad en que nace el primer hijo, es la condición de madre soltera la que determina las probabilidades futuras de matrimonio.

Prada-Salas (1996) presentan datos de Colombia que muestran una mayor propensión a la disolución de uniones en mujeres que se casaron o unieron por primera vez antes de los 20 años. Por ejemplo, entre las mujeres urbanas de 30-39 años que se unieron antes de los 20 años, el 33% de las uniones ya se había disuelto, comparado con un 19% en las demás mujeres urbanas del mismo grupo etario; en el área rural, las cifras eran de 26% y 15%, respectivamente. Los datos no discriminan entre mujeres que se unieron debido a un embarazo previo y aquellas que sólo se embarazaron después de casadas. Comparaciones de este tipo pueden verse afectadas por el hecho de que las uniones de mujeres que se unieron antes de los 20 años son más antiguas y por este mismo hecho tienen mayor probabilidad de ya haberse disuelto. Aunque la autora indica que controló este efecto, un criterio más transparente sería el de formular la comparación no en términos de la edad actual de la mujer, sino en cuanto a la duración de la unión.

Esto es precisamente lo que Goldman (1981) hizo en un estudio comparativo de la disolución de uniones en Colombia, Panamá y Perú. Además, diferenció entre uniones formales y uniones consensuales. Concluye que la probabilidad de disolución de la primera unión después de 10 años en Panamá y Perú es levemente mayor en el caso de mujeres que se casaron antes de los 20 años, con una diferencia más significativa en Colombia. Sin embargo, las uniones consensuales son altamente inestables en todos los casos, independientemente de la edad de la mujer al unirse. Como las uniones consensuales son más comunes entre la población pobre y rural, esto podría significar que la

inestabilidad marital resultante de uniones muy tempranas es más característica de las clases medias y altas urbanas. Por otro lado, Buvinić (1998), que analizó datos de Barbados, Chile, Guatemala y México, no encontró una mayor propensión a la inestabilidad marital en términos de la situación actual de las mujeres (independientemente de si fueron o no madres adolescentes).

Cuadro IV. 25

**COLOMBIA Y NICARAGUA: MUJERES QUE HAN TENIDO SU PRIMER HIJO
HACE 7-13 AÑOS, POR EDAD CUANDO NACIÓ EL HIJO, SITUACIÓN CONYUGAL
EN AQUEL ENTONCES Y SITUACIÓN CONYUGAL ACTUAL**
(Porcentajes)

Situación conyugal cuando nació el primer hijo y actualmente	Colombia (%)			Nicaragua (%)		
	< 18 años	18-20 años	21-29 años	< 18 años	18-20 años	21-29 años
Unida antes de embarazo						
- En primera unión	54	65	79	51	55	65
- Viuda/div./sep. ^a de 1ª unión	12	9	8	7	8	12
- En 2ª, 3ª o más uniones	31	20	10	32	27	16
- Viuda/div./sep. 2ª, 3ª, etc. vez	4	6	3	8	10	7
Total	100	100	100	100	100	100
Unida durante embarazo						
- En primera unión	63	66	84	53	61	74
- Viuda/div./sep. ^a de 1ª unión	9	15	11	8	10	12
- En 2ª, 3ª o más uniones	21	18	4	34	19	11
- Viuda/div./sep. 2ª, 3ª, etc. vez	6	1	1	5	8	3
Total	100	100	100	100	100	100
No unida cuando nació 1º hijo						
- Nunca unida	20	15	27	3	2	11
- En primera unión	54	64	64	53	76	56
- Viuda/div./sep. ^a de 1ª unión	15	12	5	8	10	11
- En 2ª, 3ª o más uniones	9	9	4	32	12	11
- Viuda/div./sep. 2ª, 3ª, etc. vez	2	1	-	4	-	11
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: Guzmán, Hakkert y Contreras, "Salud reproductiva de los adolescentes en América Latina y el Caribe", México, D.F., Equipo de Apoyo del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), Oficina para América Latina y el Caribe, inédito, 2000.

^a divorciada/separada.

El cuadro IV.25 proporciona información de las EDS más recientes de Colombia (1995) y Nicaragua (1998), que permite investigar cuál ha sido la influencia de la edad de la madre cuando tuvo su primer hijo, y de su situación conyugal en aquel entonces sobre su situación conyugal aproximadamente diez años (7-13 años) más tarde. Se observa que las mujeres que tuvieron hijos a edad temprana presentan una menor tendencia a estar todavía en su primera unión después de 10 años. Coincidiendo con Buvinic, se encuentra que generalmente esta mayor inestabilidad de las uniones no conduce a la madre adolescente a vivir sola; más bien las madres adolescentes que se casaron o unieron antes o durante el embarazo muestran una mayor incidencia de uniones múltiples. Sin embargo, el cuadro también pone de manifiesto otro dato importante. De la misma forma que en los Estados Unidos, una madre soltera tiene mayor probabilidad de casarse o unirse si tuvo sus hijos cuando era adolescente y no más tarde.

En lo que se refiere a la calidad de la vida afectiva de las mujeres y a los problemas con la crianza de sus hijos, Furstenberg, Brooks-Gunn y Morgan (1987), entre otros, han mostrado que las madres adolescentes sufren desproporcionadamente con los divorcios y otros trastornos maritales, y tienen más nacimientos fuera del matrimonio. Junto con lo anterior, esto implica que las madres adolescentes pasan una mayor proporción de años solas, cuidando a sus hijos menores. En los Estados Unidos, los hijos de madres adolescentes, cuando llegan a la adolescencia, se caracterizan por incidencias más altas de repetición escolar, delincuencia, encarcelamiento y actividad sexual temprana que los hijos de mujeres adultas (Furstenberg, Brooks-Gunn y Morgan, 1987; Grogger, 1997; Moore, 1986; Moore, Morrison y Greene, 1997). Los hijos de madres adolescentes también registran incidencias más altas de abuso y negligencia que los hijos de mujeres mayores. Haveman, Wolfe y Peterson (1995, 1997) han investigado la probabilidad de que los hijos completen la escuela secundaria, la probabilidad de que una hija acabe teniendo un embarazo en la adolescencia y la probabilidad de que sea madre soltera. Controlando una serie de condicionantes previos, llegaron a la conclusión de que el hecho de haber sido madre antes de los 15 años (en vez de postergar el nacimiento hasta después de los 20 años) reducía la probabilidad de que los hijos completaran la educación secundaria (de 81.9% a 71.0%). La probabilidad de que una hija diera a la luz antes de los 18 años aumentaba de 14% a 18.5% en el caso de que hubiera nacido cuando su madre tenía menos de 15 años. En un estudio sobre la ciudad de Baltimore (Furstenberg, Brooks-Gunn y Morgan, 1987) y en el estudio longitudinal de Horwitz y otros (1991), se encontró que un tercio y un cuarto, respectivamente, de las hijas de madres adolescentes se convertían a su vez en madres adolescentes.

Los autores advierten que, a pesar de la existencia de una relación, la situación socioeconómica y la pobreza de las hijas son factores determinantes más significativos de su comportamiento en la adolescencia que la edad de sus madres cuando ellas nacieron (Brooks-Gunn y Furstenberg, 1986). Por otra parte, muchos de los efectos negativos de la maternidad adolescente sobre los hijos dependen de la presencia o no del padre o de un padrastro en la familia (Furstenberg y Harris, 1993). En su revisión bibliográfica, Levine Coley y Chase-Lansdale (1999) encontraron que varios de los estudios realizados sobre los impactos de la maternidad adolescente en la generación de los hijos necesitan controles más rigurosos para separar los efectos propios de la maternidad temprana de los efectos resultantes de condiciones preexistentes. Por ejemplo, Geronimus, Korenman e Hillemeier (1994), que compararon el desarrollo socioemocional y cognitivo de hijos de madres adolescentes con las características de los hijos de sus primas, que no eran madres adolescentes, no encontraron diferencias significativas.

Todos los estudios sobre efectos intergeneracionales mencionados fueron realizados en los Estados Unidos, con mujeres blancas o afroamericanas. La validez de sus resultados para la población hispanica dentro de los Estados Unidos o para las poblaciones de América Latina ha sido cuestionada. Engle y Smidt (1998) afirman que, debido al contexto sociocultural distinto, muchas de las consecuencias

negativas del embarazo de las adolescentes que se transmiten a la próxima generación no se observan en estas poblaciones. Por ejemplo, Erickson, Lundgen y Monroy de Velasco (1991) encontraron, entre tres grupos de adolescentes embarazadas de bajos ingresos (residentes en Ciudad de México, mujeres mexicanas poco asimiladas residentes en los Estados Unidos y mujeres mexicanas muy asimiladas en los Estados Unidos), que el grupo más asimilado tenía la proporción más alta de solteras sin relación con el padre del bebé en el momento del nacimiento (47%), comparado con el grupo inmigrante menos asimilado (36%) y el grupo mexicano (26%). Otros investigadores (Aneshensel, Becerra y Becerra, 1989; Atkin y Alatorre, 1991; Moss, Iris y Mendoza, 1991) también señalan que la sociedad mexicana y las comunidades mexicanas en los Estados Unidos se caracterizan por patrones culturales que compensan muchas de las tendencias negativas señaladas por Furstenberg, Brooks-Gunn y Morgan (1987) y otros que han basado sus análisis en la población blanca o afroamericana de los Estados Unidos. En su propia investigación con mujeres pobres rurales en Guatemala, Engle y Smidt verificaron que no existía una relación entre la edad del primer nacimiento y la probabilidad de ser madre soltera, e incluso señalan que los hijos varones que durante la infancia vivieron con madres solas obtuvieron calificaciones más altas en pruebas cognitivas, de lectura y de vocabulario en comparación con los adolescentes con padres en unión. Estas diferencias se mantenían cuando se controlaba por indicadores de condición socioeconómica, de calidad de vivienda y escolaridad de la madre.

V. JUVENTUD Y POLÍTICAS PÚBLICAS

Una vez caracterizados los jóvenes latinoamericanos y caribeños, examinados sus rasgos sociodemográficos —incluida la salud reproductiva— y condiciones de vida, e identificados varios de los problemas que enfrentan, corresponde reflexionar respecto del papel de las políticas públicas en ese ámbito. Este capítulo comienza con una revisión esquemática de los principales modelos de intervención vigentes en los últimos cincuenta años y prosigue con una evaluación sumaria de los logros y limitaciones de las acciones emprendidas; posteriormente, se intenta vincular las políticas de juventud con el amplio tema de la reforma del Estado. Por último, se identifican algunas prioridades sustantivas que habrá que atender en el futuro inmediato.

A. LA EVOLUCIÓN DE LAS POLÍTICAS DE JUVENTUD

Las políticas sobre juventud han seguido un itinerario particular en la región, combinando elementos de cuatro modelos hipotéticos, ninguno de los cuales existe o ha sido aplicado en forma pura; más bien han coexistido en las diferentes etapas históricas, superponiéndose y hasta compitiendo entre sí. Sin embargo, su caracterización en términos ideales permite identificar con mayor claridad los principales componentes de las políticas de juventud ensayadas en la región. Aunque podrían rastrearse antecedentes más remotos —por ejemplo, vinculando los orígenes de las políticas de juventud con la revolución industrial, ya que recién entonces comenzó a hablarse de “juventud” como categoría social—, aquí importa rescatar lo ocurrido en los últimos cincuenta años, en el contexto del proceso de modernización y transformación productiva por el que ha venido atravesando la región en su conjunto (Rodríguez, 1996; Bango (coord.), 1996a).

1. Educación y tiempo libre para los jóvenes integrados

Un primer modelo de políticas públicas, cuyas características fundamentales se hicieron patentes durante las tres décadas de más amplio y sostenido crecimiento económico (entre los años 1950 y 1980), se concentró en dos esferas particularmente importantes de la condición juvenil: la educación y el tiempo libre. Los logros obtenidos son evidentes, especialmente respecto de la creciente incorporación de amplios sectores juveniles a los beneficios de la educación, sobre todo en el nivel básico y, más recientemente, en los niveles medio y superior. Así, mientras a comienzos de los años cincuenta las tasas de escolarización en el nivel primario se ubicaban cerca del 48%, a fines de los años noventa llegaron al 98%; en el mismo lapso, las tasas brutas de escolarización secundaria aumentaron de 36% a casi 60% y las de la educación superior de 6% a 30%.

Puede decirse que se ha logrado la universalización de la matrícula en el nivel primario, al tiempo que se ha incorporado —en promedio— a la mitad de los jóvenes en la educación media y a un quinto en la educación superior. Desde el punto de vista de las políticas de juventud, la inversión en educación ha sido una de las principales respuestas que los Estados han dado históricamente a la incorporación social de las nuevas generaciones. Esta respuesta, que concitó una creciente demanda entre los padres de los jóvenes, sobre todo entre aquellos que pertenecen a los estratos medios en ascenso, ha tenido resultados alentadores, al menos desde el punto de vista cuantitativo. Sin embargo, con el paso del tiempo las oportunidades de movilidad social ascendente brindadas por la educación se fueron reduciendo. Por una parte, la inversión en infraestructura, equipamiento y capacitación docente, que acompañó a la rápida

masificación de cobertura de la educación pública, fue relativamente insuficiente y condujo a un deterioro de su calidad. Por otra, y como consecuencia de ese deterioro, parte importante de los sectores medios y altos desertó del sistema público y se inclinó por opciones privadas, dando lugar a una creciente segmentación.

Mientras tanto, y conjuntamente con la expansión del sistema educativo, los gobiernos procuraron brindar más y mejores oportunidades en el uso del denominado tiempo libre de los jóvenes. Esas iniciativas estaban dirigidas, de manera explícita o implícita, a evitar que los jóvenes incurrieran en conductas como el abuso de drogas, el consumo excesivo de alcohol, el ejercicio irresponsable de la sexualidad o en cualquier tipo de comportamiento antisocial que, además de poner en riesgo su bienestar, pudiera tener consecuencias negativas sobre la salud del tejido social. Así, se comenzaron a desarrollar diversas actividades deportivas, recreativas y culturales encaminadas a ocupar creativamente el tiempo libre de los jóvenes. Paralelamente, se establecieron servicios de salud para los adolescentes, enfatizando la prevención de riesgos y promoviendo estilos de vida saludable y no sólo la atención de enfermedades ya desarrolladas. La adecuada atención de la salud física y mental de los jóvenes se convirtió en una clara prioridad de las políticas públicas de juventud.

Los ejemplos abundan en casi todos los países de la región, pero lo que importa es resaltar que la esencia de este modelo de políticas de juventud, concebido como válido para todos los jóvenes, resultó eficaz sólo para los jóvenes integrados a la sociedad en general y a la educación en particular. Enormes contingentes de jóvenes excluidos, a los que no alcanzaban las medidas propias de este modelo, fueron objeto de acciones vinculadas al control social, puesto que se identificaba a pobres con delincuencia de manera casi automática. Aun así, el modelo basado en la educación y el tiempo libre de los jóvenes tuvo una influencia notoria en las orientaciones prioritarias de los Estados de la región respecto de las nuevas generaciones, permitiendo que un amplio conjunto de jóvenes se incorporara paulatinamente a la sociedad mediante procesos de ascenso social hechos viables por la vía educativa. En suma, aunque restringido en sus alcances, el modelo ha rendido (y sigue rindiendo) enormes beneficios para las nuevas generaciones latinoamericanas y caribeñas.

2. Control social de los sectores juveniles movilizados

Con la creciente incorporación de jóvenes al sistema educativo, especialmente en los niveles medio y superior, comenzó a gestarse una gran movilización juvenil organizada en torno a la condición de estudiante. En las raíces de esta movilización está la confluencia histórica de una variedad de fenómenos: los cambios en la composición social del estudiantado universitario, asociados a la gran expansión de la matrícula en esos años; las primeras señales de agotamiento del modelo de sustitución de importaciones y la consecuente reducción de las oportunidades de movilidad en el mercado de trabajo; la vigencia de dos concepciones antagónicas, en el marco de la guerra fría, en cuanto al desarrollo de las sociedades; la resonancia en toda la región de la revolución cubana. En ese contexto, la movilización juvenil asumió rápidamente marcados sesgos contestatarios, en abierto desafío al sistema político y social establecido, y en respuesta a la preocupante situación por la que atravesaban las sociedades latinoamericanas hacia finales de los años sesenta.

Aunque la movilización de los jóvenes latinoamericanos se vio influenciada por acontecimientos en otras partes del mundo —como los “días de mayo” en Francia—, paulatinamente se fue consolidando su asociación con algunos movimientos populares, en particular con los protagonizados por las organizaciones sindicales, que en casi todos los países de la región se habían desarrollado a la sombra de

la industrialización sustitutiva. Si bien en menor medida, se llegó a acuerdos con movimientos campesinos, que básicamente se traducían en apoyar sus fuertes reclamos por el acceso a la tierra.

Los estudiantes universitarios, con una organización creciente, comenzaron a influir en la formación de agrupaciones políticas de izquierda y hasta de movimientos guerrilleros, cuya etapa de auge se sitúa especialmente en los años sesenta y al amparo de la influencia de la revolución cubana. En un esquema de fuertes polarizaciones a escala mundial, tales procesos resultaban lógicos como también las reacciones de los sectores dominantes. Fueron cobrando cuerpo algunas variantes del modelo de políticas de juventud descrito anteriormente; las especificidades de estas variantes, reconocidas por algunos especialistas como evidencias de un nuevo modelo, radicaron en su vínculo con las funciones de control social, tradicionalmente desempeñadas por los ministerios de gobernación o del interior. Se sostuvo que, dado el carácter eminentemente juvenil de las manifestaciones contestatarias de la época, la labor de esos organismos debía ser respaldada por otras instituciones más ligadas a la promoción de los jóvenes. La estrategia, consistente en el aislamiento de los movimientos estudiantiles y su reclusión en los establecimientos universitarios, resultó exitosa desde el punto de vista de quienes propugnaban la noción de control, pues se evitó —en la mayoría de los casos— la expansión de las movilizaciones a otras esferas sociales, impidiendo que las iniciativas estudiantiles se articularan con las provenientes de los jóvenes populares urbanos.

Otro aspecto destacado del movimiento estudiantil estriba en su carácter eminentemente autónomo, es decir, impulsado desde el propio mundo juvenil. Esta característica no estuvo presente en el modelo orientado a la educación y el tiempo libre, que fue una respuesta del Estado a las nuevas generaciones y no una iniciativa impedida y gestada por los propios jóvenes. Aquella autonomía explica, en buena medida, la rápida y extendida politización de los movimientos estudiantiles, que mostraron capacidad para aliarse con otras organizaciones sociales, incluso no juveniles; igualmente, permite entender la escasa capacidad de los movimientos estudiantiles para aquilatar la significación de las demás organizaciones juveniles, como las del medio popular urbano, con las que jamás desarrollaron relaciones generacionales.

3. Enfrentamiento de la pobreza y prevención del delito

La creciente movilización estudiantil y sindical —junto con el desarrollo de los partidos políticos de izquierda y de movimientos guerrilleros de muy variada especie— derivó, en buena medida, en la instauración de gobiernos militares en la mayoría de los países que habían pasado por experiencias populistas, hecho coincidente con el comienzo de la recesión económica y social y la expansión de la pobreza en el decenio de 1980. Los gobiernos democráticos que comenzaron a generalizarse —especialmente en América del Sur a mediados de ese decenio— recibieron una pesada carga, que los obligó a intentar el fortalecimiento de los regímenes políticos nacientes y a poner en práctica programas de ajuste económico sumamente impopulares, pero postulados como necesarios para hacer frente al pago de la deuda externa y reordenar las economías nacionales. En Centroamérica, en cambio, el ajuste se procesó paralelamente al auge de la guerra civil, sustentada en la polarización este-oeste.

En ese marco se gestaron nuevos movimientos juveniles, esta vez con el protagonismo de los jóvenes de las poblaciones marginales de las principales ciudades del continente, mayoritariamente excluidos de la educación y de la sociedad en general. Los especialistas comenzaron a ocuparse de los jóvenes populares urbanos y de las pandillas juveniles que, con diferentes denominaciones —*chavos*, *banda*, *maras*, y otros— se desarrollaban en contextos muy diversos. Paralelamente, y como reacción a la pobreza generalizada, surgieron nuevos fenómenos sociales, que a fines de los años ochenta derivaron en

verdaderas asonadas nacionales, incluyendo asaltos a supermercados. Si bien los hechos ocurridos en Caracas a comienzos de 1989 fueron los más bullados, reacciones similares hubo en ciudades argentinas y brasileñas, por citar sólo dos ejemplos adicionales; el protagonismo juvenil fue evidente en todos estos casos.

Como un paliativo transitorio a los agudos problemas sociales ocasionados por las medidas de ajuste estructural se pusieron en práctica diversos programas de combate a la pobreza, sustentados en la transferencia directa de recursos a los sectores más empobrecidos: mecanismos de asistencia alimentaria y de salud y creación de empleos transitorios. Para ello, se establecieron organismos de compensación social (fondos de emergencia) fuera de las estructuras ministeriales. Si bien ninguna de estas iniciativas fue jamás catalogada como programa juvenil, en casi todos los países la mayor parte de los beneficiarios eran jóvenes y los esquemas de empleo de emergencia contaron con la participación de miles de ellos (Wurgaft, 1988).

Estos programas tenían el claro propósito de prevenir conductas delictivas, ya que el aflojamiento de los controles sociales represivos después del término de los regímenes militares en varios países —sumado a la crisis de representación de las instituciones sociales— dejó un enorme vacío. Sin embargo, los éxitos se vieron mermados tanto por las grandes dimensiones de la crisis como por la tensión entre el carácter coyuntural conferido a estos programas y la persistencia de las restricciones económicas. Tal tensión parece haber incidido en la reinstauración de aquellos programas, esta vez con estrategias más integrales y estables en el tiempo y con medidas dirigidas más claramente a concentrar los esfuerzos en el enfrentamiento decidido de la creciente inseguridad que afecta a la mayor parte de las grandes ciudades de la región; tal es el sentido de los recientes *programas de seguridad ciudadana*, que comprenden componentes explícitos orientados a la población juvenil.

4. Formación de capital humano e inserción laboral de los jóvenes

Un cuarto modelo de políticas de juventud parece haber comenzado a operar desde comienzos de los años noventa; a diferencia de los anteriores, que consideraban a los jóvenes como simples destinatarios de políticas y servicios públicos, éste los concibe como actores estratégicos del desarrollo. Apoyado en las nociones relativas a la importancia del capital humano, y estructurado operativamente en torno a la inserción laboral de los jóvenes, el nuevo modelo trata de imponerse mediante una óptica alternativa a las tradicionalmente vigentes.

Germán Rama fundamentó estas orientaciones: “una sociedad enfrentada al cotidiano desafío de su renovación biológica tiene como requerimiento concebir y establecer procedimientos adecuados para proteger biológicamente su propia reproducción y para asegurar una adecuada socialización de sus nuevas generaciones, para que éstas puedan asumir, desde ya y en el futuro, los roles sociales, los comportamientos, los conocimientos y los valores adecuados a la continuidad de la sociedad en el tiempo ... De ahí que el tratamiento de la juventud sea una dimensión crucial en la supervivencia y desarrollo de la sociedad. De la capacidad que tenga una sociedad para salvaguardar los patrimonios biológicos de las nuevas generaciones, de socializar a los jóvenes en los valores fundamentales que definen su existencia como sociedad, de formarlos en la cultura y el conocimiento apropiados al nivel del desarrollo de los países que figuran en la frontera de la transformación científica y tecnológica, de establecer condiciones de equidad en el acceso a los bienes materiales y culturales para preservar las bases sociales de la democracia, de evitar la pérdida de futuros recursos humanos por la vía de la formación y capacitación adecuadas para todos y de formar a los que van a ser sus ciudadanos con capacidad y responsabilidad para ejercer sus derechos soberanos, depende el desarrollo venidero de las presentes sociedades nacionales”.

Rama insistió también en que “en un mundo de permanentes cambios, la juventud pasa a tener un papel de mayor relieve que en el pasado. Para la sociedad ya no se trata tan solo de asegurar su reproducción colectiva, sino que se presenta el problema de contar con individuos capaces de *aprender a aprender* a lo largo de sus vidas ... La plasticidad de los jóvenes para aprender permanentemente y adaptarse con la naturalidad del iniciado a las nuevas formas de organización social, ha pasado a constituir un capital de tanto valor como el económico en la transformación. De la capacidad de nuestras sociedades para formarlos para un mundo cambiante y de la habilidad de apelar a los jóvenes para incorporarlos a actividades que requieren de tecnologías y procedimientos modernos, dependerá la adaptabilidad de las sociedades, ya no sólo en una etapa inmediata, concebida como de estabilidad luego de un ascenso —ya se llame sociedad moderna o sociedad postmoderna— sino a un tipo de modalidad social que seguramente regirá a lo largo de todo el siglo XXI, que se definirá por una permanente impregnación de la ciencia y la tecnología en el quehacer social y por un cambio constante en las maneras de sentir, de pensar y de hacer de los hombres” (Rama, 1992).

Sobre la base de este tipo de fundamentos, en el último decenio se lograron importantes consensos sobre la centralidad de la educación en los procesos de desarrollo y se otorgó una alta prioridad al tema de la inserción laboral de los jóvenes, no sólo debido a un criterio de estricta justicia con el grupo que ostenta las más elevadas tasas de desempleo y subempleo en los países de la región, sino por la relevancia que dicha incorporación tiene para el propio proceso de desarrollo. El programa de capacitación laboral “Chile Joven”, iniciado en 1990, fue precursor en estas materias y está siendo replicado —con las correspondientes adaptaciones— en otros países. Se trata, en general, de medidas destinadas a entregar capacitación en períodos de tiempo relativamente breves y mediante modalidades operativas novedosas, concentrando las preocupaciones, más que en su mera calificación técnica, en la pertinencia de los oficios que se seleccionan y en la efectiva inserción laboral de los jóvenes. Estos programas son ejecutados a través de diversas entidades públicas y privadas, en un marco de reglas de juego competitivas; los gobiernos participan en funciones de diseño, supervisión y evaluación, alejadas de la ejecución. Parece claro que lo que se procura es incorporar a los jóvenes en la modernización social y la transformación productiva que exigen los procesos de inserción internacional.

B. LOGROS Y CARENCIAS DEL CAMINO RECORRIDO

¿Qué balance puede hacerse de lo obrado hasta el momento? Las evaluaciones realizadas en los últimos años muestran logros y carencias, que cabe examinar brevemente antes de considerar propuestas alternativas; para ello se realiza una apretada síntesis de los principales aprendizajes acumulados, diferenciando entre aspectos programáticos, institucionales, recursos invertidos y percepciones sociales.

1. La evaluación programática: avances desarticulados e inestables

Desde un punto de vista programático, se aprecian avances sustanciales en varias esferas específicas; sin embargo, como estos avances no se articularon adecuadamente ni se mantuvieron por suficiente tiempo, sus repercusiones efectivas sobre las poblaciones destinatarias —los jóvenes— han sido magras e inconstantes. Como era de esperar, las esferas privilegiadas son la educación, el empleo, la salud y la recreación. En cambio, es escaso el avance que registran los temas de participación ciudadana juvenil y prevención de la violencia entre los jóvenes, aspectos que actualmente comienzan a ser atendidos de manera más decidida.

En lo que atañe a la educación, el principal logro es la ampliación de la cobertura de la población objetivo, particularmente entre las mujeres, cuyas actuales tasas de escolarización igualan o superan las de los varones en la mayoría de los países de la región (PNUD, 1998a). Este avance se ha conseguido, en buena medida, gracias al importante aumento de la inversión en educación, ya que el gasto público en el sector se incrementó —en el promedio regional— del 2.9% al 4.5% del producto interno bruto (PIB) entre 1970 y 1997. Los progresos en materia de equidad social y calidad de la enseñanza han sido menores; así lo ponen de manifiesto los serios problemas de repitencia y deserción y las carencias de aprendizajes fundamentales, especialmente respecto del lenguaje y las matemáticas. Un diagnóstico del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) identifica cinco áreas problemáticas en la educación:

- i) desaceleración de la tasa de crecimiento de la matrícula;
- ii) desigual cobertura de la enseñanza entre países, regiones subnacionales y grupos sociales;
- iii) deficiente rendimiento académico de niños y jóvenes, especialmente de los pertenecientes a hogares de escasos recursos y bajo nivel de capital social;
- iv) concentración de la inversión en “los más ricos”, como lo ilustra la enseñanza superior;
- v) múltiples ineficiencias que explican la paradoja que existe entre niveles de inversión crecientes y niveles de rendimiento escolar decrecientes —aun después de controlar los efectos de la masificación— y que se expresan en los problemas ya mencionados de deserción, desgranamiento y retraso escolar (PNUD, 1998).

También se han logrado avances en el ámbito de la inserción laboral de los jóvenes, particularmente en lo que se refiere a capacitación para el trabajo. Varios países de la región disponen de una amplia gama de programas novedosos, que exigen ingentes esfuerzos de inversión y el diseño de prolijas estrategias de ejecución y focalización para asegurar el acceso de los jóvenes de hogares de escasos recursos. Las evaluaciones realizadas subrayan los progresos obtenidos por estos programas y destacan que la focalización ha funcionado bien, tanto en términos sociales como de género. Los jóvenes que participaron en estos programas disfrutaron de ventajas que no están al alcance de aquellos que no lo han hecho (y que fueron encuestados como grupo testigo en los estudios de evaluación): disponen de mayores facilidades para su inserción laboral, empleos más estables, condiciones más apropiadas de trabajo y mejores relaciones sociales. Además, y como estos programas no se han aplicado del mismo modo en todos los países, la variedad de experiencias permite aprender de las potencialidades y debilidades de cada uno de ellos, lo que posibilitará mejorar estos esfuerzos en el futuro inmediato (CINTERFOR/OIJ, 1998; Moura Castro y Verdisco 1999).

En cambio, los avances en los programas destinados a fomentar emprendimientos productivos para jóvenes han sido más acotados. Aunque no se dispone de evaluaciones, las evidencias sugieren serias limitaciones en la instrumentalización de varios de estos programas, y los más antiguos muestran una falta de articulación entre la capacitación, el crédito y la asistencia técnica para la gestión. Además, los fuertes procesos de reconversión productiva y las crisis económicas recientes imponen condiciones adversas a las microempresas y a las pequeñas y medianas, adversidades que son escasamente compensadas por las políticas públicas diseñadas con tal propósito. En años recientes se adoptaron medidas que tienden a superar las limitaciones mencionadas, pero todavía no se puede evaluar su desempeño efectivo.

En la esfera de la salud se verifican importantes progresos en varios rubros específicos. Los programas de prevención y tratamiento del consumo de drogas (legales e ilegales), por ejemplo, han

conseguido avances sustanciales en varios países. Algo similar puede decirse de los programas de prevención y atención de las enfermedades de transmisión sexual —especialmente el VIH/SIDA—, ya que algunos países han logrado estabilizar e incluso hacer retroceder los niveles de contagio y prevalencia. En el caso de la prevención de los embarazos entre adolescentes también se registran avances, aunque todavía queda un largo camino por recorrer. Otro tanto puede decirse de los accidentes de tránsito —una de las principales causas de muerte entre los jóvenes—, pese a los esfuerzos de las autoridades públicas (OPS, 1998a). Pero quizás los mayores avances corresponden a la esfera de sensibilización de la opinión pública y de los tomadores de decisiones en relación a la necesidad de atender más y mejor la salud reproductiva de los adolescentes y jóvenes. Si bien todavía es mucho lo que resta por hacer en estas materias, buena parte de los avances se han conseguido mediante algunas campañas de “advocacy”, que cuentan con la presencia de los jóvenes y cuya participación forma parte de los esfuerzos dirigidos a habilitarlos como actores estratégicos del desarrollo (Burt, 1998; Rodríguez, Russel, Madaleno y Kastrinakis, 1998).

También son visibles los avances obtenidos en la esfera de la recreación, la cultura y el deporte, tanto merced a políticas públicas específicas en las últimas décadas —especialmente en los decenios de 1950 y 1960— como debido a esfuerzos privados (con y sin fines de lucro) en las décadas siguientes. Los medios de comunicación de masas han ejercido una influencia creciente en este ámbito; articulados con los intereses lucrativos de empresas privadas transnacionales, han descubierto en los jóvenes un mercado de consumo amplio y sofisticado, que bien vale la pena atender.

Relativamente menor es el trabajo en lo atinente a la prevención y atención de las diversas expresiones de violencia juvenil, la formación ciudadana de los jóvenes y el fomento de su participación activa en el desarrollo. Las iniciativas en estos dominios adoptadas en los últimos años coinciden con la puesta en práctica de programas de seguridad ciudadana —principalmente en Colombia, El Salvador y Uruguay— y con la preocupación de los tomadores de decisiones por la real (o supuesta) apatía juvenil, incluyendo su distanciamiento creciente de la mayor parte de las instituciones democráticas, como lo ilustran las encuestas comparativas disponibles.

2. La evaluación institucional: confusión de roles y superposición de esfuerzos

Si bien los logros obtenidos en varias esferas son importantes, su concreción se ha producido de manera desarticulada, como resultado del diseño y la ejecución de políticas sectoriales que rara vez interactúan y se refuerzan mutuamente. Aun cuando en algunos países como Argentina, Paraguay y Colombia se ha tendido a sistematizar los programas existentes (Gabinete de Juventud, 1999; Rodríguez, 1999a y 1999b), los estudios efectuados en 20 países de la región a mediados del decenio de 1990 por la Organización Iberoamericana de la Juventud y el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo de Canadá indican que los problemas de desarticulación son generalizados y persistentes. En términos institucionales, esta desarticulación suele asociarse a una confusión de competencias entre los entes ejecutores y aquellos encargados del diseño, la supervisión y evaluación. No obstante que las teorías sobre desarrollo institucional insisten en la diferenciación de roles y funciones entre los agentes implicados en cualquier política pública, la dinámica real muestra instituciones que pretenden hacerlo todo a la vez, con lo que resulta frecuente la superposición de esfuerzos en varios niveles de operación y el descuido de otros. Estos problemas se advierten cuando se trata de establecer nexos entre las instituciones especializadas en los asuntos de la juventud: institutos nacionales y ministerios o viceministerios de juventud, y las secretarías o ministerios sectoriales: salud, educación, y otros. Como muchas entidades actúan en forma monopólica, la preocupación por diseños programáticos rigurosos y mecanismos de seguimiento apropiados tiende a ser escasa; en estas condiciones se hace muy difícil que

las evaluaciones a posteriori tengan objetividad suficiente. Asimismo, la dispersión y desarticulación de los esfuerzos impide conseguir un tipo de repercusión como la que se derivaría de la operación concertada de las diferentes instituciones; de allí que una prioridad para la formulación de las políticas sea una distribución de roles y funciones más explícita y efectiva entre los agentes participantes.

Las evaluaciones disponibles señalan, además, que los programas sectoriales se concentran excesivamente en los problemas y en los individuos, perdiendo de vista la integralidad de las intervenciones institucionales, tanto más necesaria toda vez que existen evidentes nexos entre problemas diversos, como dificultades económicas del entorno, disfunciones y limitaciones en las dinámicas familiares y factores de riesgo que predisponen al desarrollo de conductas atípicas. Por tanto, la búsqueda de mayores y mejores articulaciones entre programas sectoriales, que combinen la prevención con la atención, constituye otra clara prioridad para el desarrollo futuro de las políticas públicas de juventud.

La OPS insiste en la necesidad de superar estas limitaciones metodológicas en su *Plan de Acción de Desarrollo y Salud de Adolescentes y Jóvenes en las Américas 1998-2001*; citando a Catalano y Hawkins, este informe identifica algunos factores de riesgo “comunes en los casos de consumo de drogas, delincuencia, embarazo adolescente, abandono de la escuela y violencia: carencia extrema de recursos económicos, conflicto familiar, historia de conducta problemática en la familia y dificultades en el manejo de los conflictos familiares. Además, el abuso de drogas, la delincuencia y la violencia comparten características del vecindario que brindan oportunidades para desarrollar conductas problema: leyes y normas comunitarias que favorecen las actividades delictivas, el consumo de drogas y la adquisición de armas de fuego, grupos de pares involucrados en conductas problemáticas, una actitud favorable de los padres hacia el comportamiento problemático, poco sentido de pertenencia a las comunidades, y en general, desorganización social ... En esas circunstancias los jóvenes que luchan por desarrollar su identidad, destrezas y estilos de vida, tienen fácil acceso a actividades sociales consideradas problema, y un acceso restringido a actividades que favorecen su desarrollo. Mientras más adverso es el contexto en que se desarrolla el adolescente, mayor será la necesidad de apoyo que le permitirá sobrevivir y prosperar en el futuro” (OPS, 1998a).

Si este razonamiento se aplica en cualquier otra esfera del desarrollo de los jóvenes y adolescentes se llegará a conclusiones similares: los programas desarticulados no sólo son más ineficientes en el uso de los recursos disponibles, sino también más caros. Estas conclusiones justifican la necesidad de impulsar programas integrales, concertados entre los actores involucrados y diseñados de acuerdo con una lógica que destaque la atención de los grupos juveniles ubicados en sus entornos respectivos.

3. Los recursos invertidos: ausencia de focalización y exceso de centralización

Si al análisis de la gestión institucional se suma la evaluación de la inversión realizada en conformidad con las políticas públicas de juventud en las últimas décadas, resulta posible agregar nuevos argumentos sobre la necesidad de reformular lo hecho hasta ahora. Aunque no se cuenta con estudios comparativos para un número suficiente de países, las evaluaciones disponibles demuestran al menos dos tendencias claras:

- a) la inversión en juventud, en un sentido amplio, es significativa pero acotada en comparación con la inversión en otros grupos de la población;

- b) esta inversión, en disonancia con las prioridades fijadas a partir del diseño de las políticas públicas, se concentra abrumadoramente en la educación regular. Si bien las metodologías utilizadas hasta el momento son todavía aproximativas y aún disímiles entre sí, estudios realizados en Brasil (Piola y Pereira, 1998), Puerto Rico (Quiles, 1996) y Uruguay (Rodríguez y Vanrrell, 1993) ilustran sobre aquellas tendencias y dejan en claro que la política pública implícita, inherente a las asignaciones presupuestales, es la que realmente se aplica, incluso si dista de la política pública explícita.

En un plano más genérico, el *Panorama social de América Latina* de la CEPAL muestra, año a año, las tendencias del gasto público (GP) en general y del gasto público social (GPS) en particular. Las cifras disponibles para el bienio 1996–1997 muestran con elocuencia las diferencias del GPS entre países, que van de 49 dólares per cápita en Nicaragua en el bienio 1996–1997 a 1 570 dólares per cápita en Argentina (CEPAL, 1999b). Cabe agregar que durante el decenio de 1990 “la región ha mostrado significativos avances en cuanto al monto de recursos públicos destinados a los sectores sociales, el que aumentó en 14 de 17 países. Esto ha permitido que 12 de ellos compensaran con creces el descenso del gasto social predominante en los años ochenta, superando en la actualidad sus niveles respectivos de 1980–1981. Sin embargo, en los dos últimos años, 1996–1997, el ritmo de crecimiento se ha desacelerado hasta alcanzar una tasa promedio anual de 3.3%, la mitad de la del período 1990–1995, que fue del 6.4%” (*ibid*). En dicho marco importa considerar la composición interna del GPS según áreas del desarrollo. Al respecto, la CEPAL sostiene que “en la expansión del gasto social en el conjunto de la región influyeron en proporciones similares el aumento de éste en sectores tanto progresivos como regresivos, en términos de la distribución del gasto por estrato socioeconómico. El 44% del incremento, agrega el informe, es atribuible a educación y salud, áreas de gasto progresivo, con una incidencia del 25% y del 19% respectivamente, mientras que el 41% proviene de la seguridad social, sector con gasto regresivo. Sin embargo, en los países con gasto medio y bajo predominaron los sectores globalmente más progresivos, es decir educación y salud, que aportaron 61% del total, mientras que la seguridad social sólo contribuyó con un 21%. En cambio, en los países de gasto alto y medio-alto, la seguridad social representó casi el 50% del aumento” (*ibid*).

En términos agregados, las tendencias anotadas son relevantes para el examen de la distribución del GPS entre diferentes grupos de la población. Así, la inversión en seguridad social —predominante en los países con gasto social medio y alto— es asimilable casi completamente a la población adulta y de la tercera edad, afirmación también válida para buena parte de la inversión en salud; sólo en el caso de la educación puede decirse que se trata de una inversión concentrada significativamente en niños y jóvenes. Asimismo, se puede afirmar que la regresividad predomina en las inversiones más cuantiosas (la seguridad social), mientras que la progresividad se manifiesta sólo en algunas esferas de la enseñanza (educación primaria, principalmente) y de la salud (atención primaria y secundaria, fundamentalmente). Todo lo anterior ilustra la concentración de los recursos en la población adulta, especialmente si las erogaciones en la seguridad social son financiadas por toda la sociedad. Es decir, además de recibir cuotas reducidas de recursos por la vía de la asignación del GPS, los jóvenes contribuyen a financiar a la tercera edad, ampliándose —en lugar de reducirse— las brechas de inequidad generacional. Lo expresado no implica ignorar que, en un mundo con crecientes incertidumbres, el nivel y la estabilidad de las pensiones brindan garantías de seguridad a un número importante de hogares que se benefician de la presencia de al menos un miembro de la tercera edad; lo que sí resulta evidente es la relativa desprotección en que se encuentran las parejas jóvenes y sus hijos, pues es justamente en las primeras etapas del ciclo de vida de las familias donde la pobreza se concentra desproporcionadamente.

Si, además, las evidencias indican que incluso el gasto en educación está desigualmente distribuido —sobre todo en la enseñanza superior, cuyo gasto se torna regresivo—, se concluye que el

GPS en juventud no está adecuadamente focalizado. Este problema se agrava con la excesiva centralización de dicho gasto. De allí que sea imprescindible adoptar medidas tendientes a focalizar mejor y a descentralizar el GPS en general y el correspondiente a los jóvenes en particular. No menos imperiosa es la necesidad de asignar cuotas crecientes de recursos a otras políticas diferentes a las educativas, que tienen prioridad en el diseño de las políticas públicas, pero que no cuentan con la jerarquización debida en los presupuestos nacionales, como sucede con los programas de inserción laboral y de prevención de conductas de riesgo. Además, algunos estudios señalan que la inversión en salud es más eficiente cuando se asigna a los programas preventivos más que a los curativos; análogamente, la inversión asociada a las políticas carcelarias es más eficiente cuando se aplican medidas preventivas y no punitivas. Sin embargo, las tendencias predominantes en la región son exactamente las contrarias.

4. La visión de los actores implicados: discursos y prácticas corporativas

Este análisis quedaría inconcluso si no incorporara algunos comentarios sobre las actitudes predominantes entre los actores implicados en el diseño y ejecución de las políticas públicas de juventud. Algunas de estas actitudes son conocidas, pero otras sólo se expresan indirectamente y quedan subsumidas en circuitos acotados en su alcance e influencia. No es posible examinar cada uno de los casos que cabría considerar, pero al menos importa contrastar la actitud de algunas estructuras corporativas con la de los movimientos juveniles y de algunas instituciones estatales relevantes, sin descuidar las de los padres y de la comunidad, que son referentes centrales en la vida cotidiana de los jóvenes.

El argumento que interesa destacar alude a las razones que explicarían la mayor o menor atención brindada al tema de la juventud en el marco de sociedades corporativas como las de la región, asumiendo —como ya se indicó— que los jóvenes, al guiarse más por las dimensiones simbólicas que por las materiales de su existencia, no actúan corporativamente en defensa de sus intereses particulares. Por tanto, cabe analizar las actitudes de los otros actores que participan de la dinámica de las políticas públicas de juventud; si se concluye que muchos de ellos no se sienten impulsados a respaldar dichas políticas, la pregunta central es “quién” o “quiénes” podrían cumplir dicho rol. Además de ser útiles para reflexionar sobre el papel de aquellos actores, estos antecedentes pueden aportar elementos de juicio para la reformulación de las políticas públicas.

Los estudios disponibles no abundan en estos temas, pero se inclinan a sostener dos argumentos centrales: los movimientos juveniles no actúan en términos corporativos y los actores corporativos involucrados no están interesados en potenciar las políticas de juventud. Algunos análisis fundamentan esas actitudes en explicaciones coyunturales, confiando en que tales circunstancias puedan cambiar; en otros, las interpretaciones se basan en argumentos más estructurales y son menos optimistas respecto de las posibilidades de cambio en el futuro. Desde esta perspectiva se asume que los partidos políticos se interesan sólo marginalmente por los temas de la juventud, ya que la edad no es una variable relevante para propósitos electorales. En los países donde los jóvenes conforman un sector relativamente pequeño de la población en edad de votar, esa relevancia se acota en términos estrictamente cuantitativos; en los países de elevada población juvenil, la condición de jóvenes no se expresa en el comportamiento electoral y la relevancia del tema se acota en términos cualitativos.

Los sindicatos y las cámaras empresariales tampoco expresan mayor inquietud por el tema de la juventud. Los primeros dan prioridad a la atención de los trabajadores ya incorporados al proceso productivo y los segundos a la contratación de trabajadores adultos más experimentados. Otro tanto puede decirse de las instituciones estatales, más preocupadas de su propia existencia que de incorporar decididamente a las nuevas generaciones en su dinámica operativa; en un contexto en el que los usuarios

que realmente cuentan son los adultos —pues pueden incidir en esa dinámica—, los jóvenes no tienen voz (en el sentido que Hirschman (1977) otorga al concepto) suficiente para hacerse oír. El panorama se torna inquietante cuando a lo anterior se agregan las limitaciones estructurales de los movimientos juveniles.

Es conveniente ir más allá en el análisis e incorporar otras dimensiones; en particular, interesa rescatar la visión de algunos actores que no siempre se expresan corporativamente, pero que tienen relevancia. Es el caso, por ejemplo, de los padres de los jóvenes, que casi siempre siguen con más preocupación que sus hijos la situación en la que éstos crecen y maduran. Los padres no realizan manifestaciones públicas del estilo de una huelga sindical ni publican mensajes al gobierno y a la opinión pública como lo hacen los empresarios, pero, por ejemplo, cuando se los consulta en encuestas de opinión pública, sus juicios y puntos de vista surgen con gran nitidez. Los padres sí son influyentes en otros planos, aunque tampoco tienen voz propia, por lo que no son considerados en tanto tales en el sistema educativo, en las instancias electorales o incluso en la fijación de prioridades en materia de políticas públicas.

El rol de las instituciones especializadas en la promoción juvenil tiene mayor importancia que en cualquier otra política pública, por cuanto deben suplir el papel corporativo que cumplen los destinatarios organizados en otros dominios (las políticas sobre la mujer, por ejemplo). Esta situación parece paradójica, especialmente en relación con los enfoques que postulan la participación juvenil como motor de la transformación productiva, la modernización social y la afirmación democrática. Sin embargo, lo cierto es que las apuestas exageradas a la organización y movilización juveniles han terminado, en general, en fracasos evidentes en contextos disímiles y en circunstancias históricas diversas. Estos factores no se han considerado debidamente en las políticas públicas, ya que la experiencia indica que la mayor parte de los instrumentos puestos a disposición de los jóvenes —los centros de información, por ejemplo— son utilizados más intensamente por los padres, quienes los emplean para orientar y apoyar más sólidamente a sus hijos. Tales mediaciones, como las que cumplen y pueden cumplir los docentes en los establecimientos educativos, los promotores y líderes de los movimientos de jóvenes, los sacerdotes y pastores y algunos periodistas sensibilizados en estos dominios, resultan claves para el desarrollo de las políticas públicas de juventud; sin embargo, hasta el momento estas mediaciones apenas han sido atendidas parcialmente y en unos pocos casos concretos, por lo que constituyen otro desafío para las reformulaciones que se realicen en el futuro.

C. POLÍTICAS DE JUVENTUD Y REFORMA DEL ESTADO

Los argumentos expuestos hasta el momento fundamentan la pertinencia y urgencia de cambios en la funcionalidad de las políticas públicas de juventud. Por ello, corresponde pasar a la consideración de propuestas que permitan diseñar y poner en práctica esos cambios. Esta sección enfrenta el tema desde el punto de vista institucional y en la sección siguiente se identifican las prioridades sustantivas para la primera década del siglo XXI.

1. La reforma institucional como prioridad de la próxima década

Muchas reformas estructurales llevadas a cabo en América Latina y el Caribe en los años noventa fueron impulsadas al amparo del Consenso de Washington y se concentraron principalmente en asuntos de disciplina fiscal, liberalización de la política comercial y del régimen de inversiones, desregulación de los mercados internos y privatización de empresas públicas. Como sostiene un informe reciente del Banco Mundial, “los dictámenes de políticas del Consenso de Washington ignoraron la función que podrían

cumplir los cambios institucionales en acelerar el desarrollo económico y social de la región” (Banco Mundial, 1998a). En esencia, las prioridades de la región durante la crisis de la deuda de los años ochenta se centraron en la búsqueda de estabilidad económica y en desmontar los andamiajes del modelo proteccionista de desarrollo.

Pero, al parecer, “una nueva oportunidad para el cambio se presenta ahora, teniendo como base que la sostenibilidad de las reformas económicas está condicionada por las reformas institucionales. Organismos como el Banco Mundial propician y dan apoyo financiero a las denominadas reformas de segunda generación, incluyendo en ellas las de la justicia, los parlamentos y la administración pública. Postulan, además, que las transformaciones deben, por sobre todo, cambiar el sistema de incentivos y constricciones sobre los que actúan burócratas y políticos” (Cunill Grau, 1999). Según el Banco Mundial, “la globalización (y los poderosos efectos demostrativos de las recientes crisis financieras), las reformas pasadas, la democratización de la región y el fin de la Guerra Fría han abierto una ventana de oportunidades para emprender reformas institucionales de gran amplitud, destinadas a alterar profundamente los incentivos conductuales de los individuos y las organizaciones dentro de la región de América Latina y el Caribe. Esta evolución ha aumentado la demanda real por reformas institucionales...” (y) “...los líderes de la región aceptaron explícitamente el desafío de responder a la creciente demanda por reformas institucionales ... adoptando muchos elementos de esta agenda de reformas durante la Segunda Cumbre de las Américas de Santiago de Chile realizada en abril de 1998. La declaración de los presidentes comienza con metas ambiciosas para la educación, seguidas por apoyo explícito a las reformas del sector financiero, judicial y público. Este Consenso de Santiago puede desempeñar el mismo papel catalizador para la agenda de reformas de la siguiente década, que aquel que cumplió anteriormente el Consenso de Washington” (Banco Mundial, 1998a).

Dentro de este marco, se consolidan las preocupaciones vinculadas a la propia gobernabilidad democrática (Urzúa y Agüero, 1998), se multiplican las experiencias que tratan de poner en práctica un modelo más “gerencial” y menos “burocrático” de administración pública (Brezzer Pereyra, 1998; Osborne y Plastrik, 1998; ILPES, 1995; y CEPAL, 1998a) y se intenta aplicar diversos instrumentos para lograr una más activa participación de la sociedad civil en los procesos de desarrollo, tratando de ampliar el protagonismo del denominado “sector público no estatal” (Brezzer Pereyra y Cunill Grau (ed.), 1998; Cunill Grau, 1997). En cuanto a la primera dimensión, las prioridades se refieren a la modernización de los partidos políticos y de los sistemas electorales, de representación y de participación popular, y tratan de incorporar más y mejor la percepción de los ciudadanos en la dinámica de los procesos de afirmación democrática en que se hallan inmersos casi todos los países de la región (Achard y Flores, 1997). Naturalmente, cada proceso enfrenta desafíos particulares: en los países con tradiciones democráticas arraigadas, las mayores preocupaciones conciernen a la corrupción, las desigualdades y al eficaz funcionamiento de la justicia (Strasser, 1999; Jarquin y Carrillo, 1997); en otros países, donde la construcción del Estado está en proceso, preocupan la vigencia de los derechos humanos y el ejercicio legítimo y monopolístico de la fuerza.²¹

En la segunda dimensión, se pretende perfilar un nuevo “paradigma” de gestión pública, caracterizado por:

- i) la adopción del principio de ciudadano cliente o usuario, con derechos mejor especificados y más respetados;

²¹Véase el artículo “Jóvenes, formación y empleabilidad”, *Boletín Interamericano de Formación Profesional* N° 139-140, CINTERFOR-OIT, Montevideo, 1977.

- ii) la adopción de un nuevo estilo de administrador, que tenga el tipo del ejecutivo o gerente público, motivado por la búsqueda de resultados;
- iii) el establecimiento de contratos de gestión, que hagan explícitos los objetivos, la misión y las metas institucionales;
- iv) la separación nítida entre las actividades de financiamiento, prestación de servicios, supervisión y ejecución;
- v) la formación de mercados o cuasimercados que permitan fomentar la competencia entre oferentes de servicios y programas;
- vi) la reingeniería de procesos, con miras a su simplificación, a la reducción de la burocracia y a minimizar los costos para el ciudadano;
- vii) la devolución de responsabilidades, derechos y obligaciones desde el vértice del poder a los niveles intermedios e inferiores;
- viii) el establecimiento de métodos modernos de evaluación de impactos (sobre los beneficiarios) y del desempeño (de los operadores de políticas).

Por último, y en lo que atañe a la participación de la sociedad civil, los mecanismos que se están poniendo en práctica se concentran en dos roles fundamentales: la prestación de servicios y la representación de intereses. En la esfera de las políticas sociales, la desmonopolización de los servicios públicos se concibe como una alternativa a la privatización (la “publicización”); la representación de intereses se vincula con el desarrollo de mecanismos de control social de las políticas públicas —como el “poder ciudadano” en Argentina y las “veedurías” en Colombia— o con la participación en su propio diseño, como la experiencia del “presupuesto participativo” en Porto Alegre, por ejemplo.

2. La distribución concertada de roles y funciones a desempeñar

La esfera más acotada de las políticas públicas de juventud puede ubicarse en el marco descrito y es importante aludir a dos dimensiones: a) la distribución de roles y funciones y b) la modernización de la gestión propiamente tal; esta segunda dimensión será considerada en la próxima sección. La distribución concertada de roles se concibe como la principal respuesta a la desarticulación de esfuerzos institucionales. En la óptica que aquí se postula, esta distribución debería incluir a todos los actores pertinentes y la totalidad de los espacios en los que operan las políticas públicas de juventud. Un requisito básico es la definición de los roles y funciones de los institutos, direcciones o ministerios de juventud y de sus contrapartes en las divisiones administrativa internas; también se deben definir los roles y funciones de las direcciones y ministerios sectoriales: educación, salud, empleo, y otros. Otro requisito básico es la diferenciación de niveles de concertación, que pueden corresponder a las instancias responsables de fijar los grandes lineamientos de política, los planos horizontales de operación, los mecanismos dinamizadores y articuladores de esfuerzos particulares, los agentes ejecutores sectoriales y los espacios de encuentro y socialización cotidiana de los jóvenes (Rodríguez, 1999c).

A nivel central, los institutos, direcciones generales o ministerios de juventud deben dedicar muchos de sus esfuerzos al conocimiento de los problemas que afectan a los jóvenes y al seguimiento sistemático de la dinámica de las políticas públicas dirigidas a ellos. En segundo lugar, pueden cumplir un papel decisivo como facilitadores de las articulaciones y tareas compartidas por diversas instituciones

públicas. También pueden brindar información y asesoramiento a los jóvenes para contribuir a su inserción fluida en la sociedad. Para efectuar estas tareas se requiere la realización sistemática de estudios e investigaciones y la evaluación continua de las políticas públicas ligadas al tema, actividades que deben cumplirse con el concurso sostenido de redes formales e informales de trabajo y utilizando instrumentos modernos, ágiles, flexibles y atractivos de información para y sobre los jóvenes. Asimismo, estas instancias institucionales centrales y especializadas pueden contribuir a la formación de recursos humanos con el propósito de potenciar las instituciones y grupos que trabajan en temas de juventud, armonizando enfoques y entregando herramientas útiles para el desempeño profesional de sus miembros. Debido a lo señalado, no parece aconsejable que estas instancias institucionales asuman, desde el Estado central, roles de ejecución en ninguna esfera temática sustantiva.

A su vez, las contrapartes estatales, provinciales y municipales de los institutos, direcciones y secretarías de juventud deben incursionar en la ejecución de programas y proyectos, evitando celosamente competir con otras instancias ejecutoras de su mismo nivel —como las direcciones de educación o de salud en las divisiones administrativas subnacionales—, con las que deben cooperar de la manera más amplia posible. También deben articular sus tareas con las instancias nacionales. ¿Cómo se puede definir este rol intermedio? Una manera de hacerlo es mediante la promoción de la participación juvenil, lo que exige retomar con fuerza la idea de que los jóvenes son actores estratégicos del desarrollo y no meros beneficiarios de políticas. Entre otros aspectos, esto supone abrir espacios para la intervención de los jóvenes en el diseño y la ejecución de los programas de desarrollo social; por ejemplo, en los programas de combate de la pobreza y de alfabetización o en las campañas preventivas tendientes a desarrollar estilos de vida saludables y a evitar el embarazo en la adolescencia, los jóvenes pueden brindar una amplia cooperación, con lo que ganarían experiencias determinantes para su proceso de maduración. También es posible concebir mecanismos para que los diversos grupos y movimientos juveniles expresen críticas, propuestas y puntos de vista sobre todos aquellos temas de su interés y para que, con los respaldos necesarios, materialicen las iniciativas que consideren prioritarias. Pero debe evitarse el riesgo de incurrir en extremos que pueden ser perjudiciales, como la manipulación estatal o el fomento de acciones opositoras. En todo caso, es esencial aceptar que los movimientos juveniles son bastante distintos de lo que los adultos o las instituciones quisieran: son efímeros en su existencia, muy cambiantes en materia de intereses y expectativas, “indisciplinados” (vistos desde fuera) y, sobre todo, reacios a directivas externas, especialmente cuando éstas son percibidas como autoritarias.

Los ministerios, secretarías y direcciones generales, como encargados de la ejecución de las políticas sectoriales —de educación, salud, empleo, y otras— deben contar con equipos técnicos especializados en los temas de la juventud, capaces de mirar sus actividades desde la lógica de los destinatarios y abiertos a trabajar con una mentalidad moderna y apropiada. ¿Cómo ocuparse de la salud de los adolescentes, si la medicina sigue clasificando sus recursos humanos entre pediatras y médicos de adultos?, ¿a quién recurre un joven que ya no es un niño, pero todavía no es un adulto?, ¿cómo se puede pretender enfrentar la apatía juvenil desde concepciones puramente normativas?, ¿cómo se puede pretender lograr diálogos fluidos con los jóvenes sobre su sexualidad desde concepciones que no guardan ninguna relación con las que éstos tienen?, ¿a qué lógica debería responder la instrumentalización de un programa de empleo para jóvenes?

Es también importante considerar una esfera escasamente atendida en esta clase de análisis: los espacios de encuentro y socialización juvenil. Si en algún sitio operan efectivamente las políticas públicas destinadas a la juventud, es allí, pero sólo excepcionalmente se analizan sus dinámicas operativas. Así, muchas veces se ponen en práctica programas destinados a promover la instalación y el funcionamiento de casas y clubes de juventud, pero no se repara en las perversiones de su desarrollo efectivo, como la apropiación que unos pocos jóvenes hacen de esos espacios. Otras veces se crean figuras especiales, como

animadores y promotores juveniles, sin reparar en la carga autoritaria con la que —más allá de los discursos participativos— éstos actúan. En ocasiones se promueven instancias de participación juvenil institucionalizadas (los consejos de la juventud, por ejemplo), desconociendo la existencia de organizaciones juveniles de larga tradición o exagerando el control adulto de esas instancias. Algunos estudios realizados en Colombia (Marques y Ospina, 1999; González, 1999; Pérez, 1998) revelan las potencialidades de la sistematización de este tipo de experiencias, que cabría replicar en otros contextos particulares.

3. Los cambios en los modelos de gestión en las políticas públicas

Pero, ¿cómo se articulan efectivamente estos esfuerzos tan autónomos?, ¿cómo lograr que desde esta lógica se puedan alcanzar resultados pertinentes?, ¿qué mecanismos permitirían evitar los problemas que surgen cuando se trata de coordinar las acciones entre instituciones diversas? Las respuestas deben buscarse en la gestión operativa, desentrañando sus claves y diseñando mecanismos alternativos en aquellos casos en que sea pertinente. En suma, y como las formas organizativas y los modelos de gestión no son neutros, cualquier modificación puede tener impactos considerables en los resultados de la gestión operativa (Saveedof, 1998; BID, 1998b; Moore, 1998). Una de las claves a este respecto alude al financiamiento de las políticas públicas, esfera en la que cabe reconocer la importancia tanto de la separación entre financiamiento y ejecución como de las vías de asignación de recursos.

En cuanto a la separación entre financiamiento y ejecución, los fundamentos parecen categóricos: si quien financia a la vez ejecuta, no hay mecanismos objetivos para discernir si lo que se hace está bien y si los caminos estratégicos y metodológicos elegidos para operar son los mejores. Cuando se opera bajo condiciones monopólicas, no importa mucho si lo que se hace es caro o barato, de modo que no existen incentivos para preguntarse —por ejemplo— si con los mismos recursos se podría hacer más o mejor, mediante otras opciones estratégicas o metodológicas. Por tanto, es fundamental separar ambas funciones y operar sobre la base de licitaciones que fomenten la más amplia competencia y la más efectiva transparencia. En realidad, en ningún caso se puede tener la certeza de que el camino elegido es el único (y el mejor de los posibles) para enfrentar un problema cualquiera, por lo que resulta más pertinente la convocatoria a diversos actores, invitándolos a presentar propuestas de solución a los problemas que se pretendan enfrentar.

Del mismo modo, si en lugar de financiar a las instituciones (la oferta de servicios) se entregara el manejo de los recursos a los beneficiarios (la demanda), se contaría con mejores herramientas para evitar la rutinización de los programas y la burocratización de las instituciones encargadas de operarlos. Un ejemplo teórico es el de los bonos educativos: su distribución entre los estudiantes puede potenciarlos como usuarios si las instituciones que prestan los servicios se esfuerzan por convencerlos de la conveniencia de que los utilicen en un establecimiento educativo determinado y no en otro; si el estudiante no está conforme con el servicio que recibe, podrá marcharse con su bono a otro establecimiento, y quien pierda será la institución prestadora del servicio. En la práctica, sin embargo, este esquema se enfrenta a numerosas dificultades operativas y genera efectos no deseables. Con este ejemplo se busca señalar que la sola revisión crítica de las reglas de juego establecidas constituye un asunto de gran importancia.

Sin duda, es imprescindible separar financiamiento y ejecución en las funciones de evaluación, las que deben ser desempeñadas por un tercer agente institucional. Cuando el agente financiador es el mismo que evalúa, siempre dispondrá de la última palabra y el que ejecuta no podrá actuar con autonomía e independencia, situación que define un monopolio de hecho, aunque haya separación entre roles y

funciones. La separación entre financiamiento y ejecución exige celebrar acuerdos de trabajo entre las instituciones involucradas y que ninguna de ellas pueda operar por sí sola. Si, por ejemplo, se asigna la función de financiamiento a los institutos o ministerios de juventud, se estará reforzando su rol articulador; si se crean fondos especiales se fortalecerá aún más este tipo de funciones, especialmente cuando se trabaja con entidades estatales o municipales. Asimismo, se puede incentivar el establecimiento de programas de juventud en las diferentes secretarías o ministerios sectoriales, promoviendo un diálogo continuo entre los organismos implicados. Un enfoque similar se puede utilizar respecto de los medios masivos de comunicación para promover un mejor y más sistemático tratamiento de los temas de la juventud, en lugar de producir programas oficiales sobre ella (que pocos atienden) o de reglamentar —mediante leyes (que no se pueden aplicar)—, los posibles excesos.

Estas propuestas contienen medidas claramente orientadas a la descentralización, pero procuran trascender los mecanismos puestos en práctica hasta el momento, y que han presentado limitaciones y problemas (Di Gropello y Cominetti, 1998).²² La descentralización pura y simple no siempre trae consigo mejores niveles de vida para la población en el plano local; además, muchas veces contribuye a profundizar las desigualdades territoriales y al desarrollo de tendencias autárquicas perjudiciales. Por tanto, es aconsejable que la descentralización conlleve una genuina distribución concertada de roles y funciones entre los niveles centrales, intermedios y locales; ello contribuirá al mejoramiento de la gestión en todos los niveles.

4. Grupos de población y transversalidad de las políticas públicas

Si todo lo dicho hasta el momento se adecúa a la condición transversal que las políticas de juventud comparten con aquellas referidas a otros grupos específicos de la población: niños, mujeres, grupos étnicos, tercera edad, migrantes, y otros, la modernización de la gestión puede tener repercusiones sumamente relevantes para la modernización de la gestión pública en su conjunto, puesto que se constituirían en focos de acumulación de experiencias de trabajo simultáneo y coordinado en diversas esferas específicas. Las políticas de juventud podrían complementar la visión limitada de las políticas sectoriales específicas, como las educativas —que se concentran exclusivamente en la enseñanza (y descuidan los aprendizajes efectivos)—, o las de empleo —que se concentran excesivamente en el jefe de hogar (el típico hombre adulto integrado al sector formal de la economía), omitiendo la situación de las mujeres y los jóvenes (los más perjudicados por el desempleo y el empleo precario)—, o las de salud, abrumadoramente concentradas en la atención de la enfermedad y no en la prevención y mejoramiento de la salud de la población.

Con este tipo de enfoque se contribuirá a la formulación de políticas públicas más realistas, apoyadas en un sustrato sociodemográfico tan necesario para asegurar que las acciones sean pertinentes y aplicables. De este modo, las políticas públicas sobre la juventud —como las referidas a la infancia y los adultos mayores— podrían recorrer rutas estratégicas similares a las seguidas por los programas de igualdad de oportunidades para las mujeres, que lograron articular —por la vía de los hechos y enfrentando grandes resistencias institucionales y políticas— programas sectoriales que jamás se habían mirado de frente. Cabe mencionar también el ejemplo de los fondos sociales de emergencia que —establecidos como estructuras paralelas a las instituciones gubernamentales— supieron resistir la competencia de las instituciones sectoriales (e incluso las utilizaron en su favor); sin embargo, no puede desconocerse que esta experiencia combina éxitos parciales y fracasos evidentes. Es posible que la

²² Véase también *Descentralización fiscal de América Latina: Nuevos desafíos y agenda de trabajo*, CEPAL-GTZ, Santiago, 1997.

modernización de la gestión de las instituciones públicas encargadas del diseño y ejecución de las políticas de población brinde una opción operativa más adecuada, eficaz y estable que la de los fondos sociales (Goodman y otros, 1997; Godoy y Rangel, 1997; Glaessner y otros, 1995). Los ministerios de bienestar social, desarrollo social o planificación podrían ser los entes que albergaran estas iniciativas, puesto que comprenden en su órbita a las instituciones especializadas en los grupos de población. El refuerzo que significa la existencia de una clara autoridad social, como es el caso de la Vicepresidencia de Costa Rica, constituye un avance aún mayor.

D. LAS PRIORIDADES SUSTANTIVAS DE LA PRÓXIMA DÉCADA

En la medida en que, por lo general, son el resultado de complejas negociaciones entre actores muy diversos, los planes nacionales de juventud han sido tradicionalmente confeccionados como una larga lista de temas que termina incluyendo todo, sin jerarquizaciones de ninguna especie. Aquí se propone un camino diferente, que prioriza algunos elementos claves para promoverlos como grandes metas para los próximos años. Por supuesto, la aplicación de estas orientaciones requerirá la formulación de programas más precisos y adaptados a las circunstancias locales.

Sustantivamente, se propone incidir en el proceso de emancipación juvenil, procurando demorarlo en el caso de los grupos juveniles que enfrentan procesos de emancipación temprana (a raíz de carencias críticas en el hogar de origen y de las exigencias económicas del entorno familiar y social) y acelerarla en aquellos grupos en los que el proceso se manifiesta como una emancipación tardía (ya que los que más invierten en capital humano tienden a postergar la asunción de roles adultos). En el primer caso la sociedad pierde, porque los jóvenes no logran acumular suficiente capital humano para lograr una inserción social más fluida; en el segundo, la sociedad es la que pierde, pues no utiliza en todo su potencial la acumulación de capital humano realizada por los jóvenes mejor preparados para contribuir al proceso de desarrollo.

1. Educación y salud como claves para la formación del capital humano

Tal como se sostiene en un documento reciente del CELADE, “es frecuente que en la actual literatura económica se enfatice que la inversión en los recursos humanos es un elemento central del proceso de crecimiento económico sostenido y del logro de bienestar social, tanto por los rendimientos crecientes sobre los niveles de productividad como por las externalidades asociadas a la mejora de sus atributos. La experiencia de las economías del Este asiático, caracterizadas por un franco crecimiento en las tres últimas décadas, evidencia que la expansión de la producción —y sus posibilidades de sostenimiento— se asienta en un proceso creciente de acumulación de capital físico y en un importante esfuerzo formativo de recursos humanos” (Rivadeneira, 1999).

De acuerdo con esta concepción, desde diversos ángulos se ha insistido en que la educación y la salud son los dos factores claves para la adecuada formación de recursos humanos. Desde principios de los años noventa, la CEPAL ha venido considerando que la educación y el conocimiento son los ejes centrales de la transformación productiva con equidad (CEPAL/UNESCO, 1992); asimismo, se destaca el papel de la salud como garante de adecuados niveles de vida y de potenciación de los recursos humanos (OPS/CEPAL, 1997). En el mismo sentido se ha pronunciado el Banco Mundial en sus informes dedicados a los temas de la salud y el conocimiento. Otro tanto ha sostenido el BID, especialmente en su informe sobre las desigualdades en América Latina (BID, 1998a).

En virtud de la sustancial importancia de los jóvenes como recurso humano calificado para impulsar los procesos de desarrollo, en las políticas públicas de la juventud se debe poner un énfasis muy especial en la educación y la salud. Los gobiernos de la región han manifestado reiteradamente su voluntad de trabajar intensamente en estas esferas y es necesario identificar las prioridades y estrategias que contribuyan al desarrollo de capital humano juvenil.

La educación amplía las posibilidades del ser humano para vivir con mayor plenitud y proporciona conocimientos, destrezas y habilidades generales que impulsan sus dotes productivas; además, constituye un factor clave en el enfrentamiento de la pobreza y las desigualdades, y así lo demuestran los estudios disponibles en la materia. La educación actúa favorablemente sobre los hábitos de salud —especialmente en materia de nutrición e higiene— y sobre las principales variables demográficas: —fecundidad, mortalidad y migración—; en particular, la mayor educación de las mujeres afecta positivamente el desarrollo personal y social de sus hijos (CELADE/BID, 1996).

Si bien las prioridades diferirán entre los países, existen cuatro desafíos fundamentales:

- i) generalizar la universalidad del acceso a la enseñanza básica y media;
- ii) asegurar estándares adecuados de calidad y rendimiento escolar, enfrentando decididamente los problemas de aprendizaje y deserción escolar;
- iii) mejorar sustancialmente la equidad entre los diferentes grupos sociales, buscando frenar o revertir los procesos de segmentación educativa;
- iv) expandir la enseñanza preescolar a toda la población de 3 a 5 años, con el doble propósito de compensar las deficiencias de la capacidad de socialización en los hogares más humildes y facilitar el ingreso de las madres jóvenes al mercado de trabajo. Para ello deberán profundizarse los procesos de reforma educativa actualmente en marcha, modernizando la gestión e involucrando a los actores que todavía no participan activamente en esos procesos —los padres, las comunidades y los propios estudiantes— dándoles la voz que todavía no tienen.

La salud es un factor fundamental para asegurar las buenas condiciones físicas y mentales de las personas y contribuye a mejorar y potenciar su rendimiento en las actividades cotidianas, tanto en el plano productivo como en el de los vínculos sociales, incluido el cumplimiento de los roles ciudadanos. La adecuada salud de las mujeres es un factor clave y también lo es una apropiada atención sanitaria de los niños en las fases iniciales de su ciclo de vida, que condicionan su desarrollo futuro. La salud reproductiva cumple un papel primordial en la lucha contra la pobreza y en el combate contra las desigualdades sociales (CEPAL, 1998c).

Las prioridades relativas a la salud también varían entre los países y dentro de ellos, pero existen al menos tres desafíos comunes:

- i) atención adecuada y oportuna de la salud sexual y reproductiva, otorgando prioridad a los y las adolescentes y a la prevención de las enfermedades de transmisión sexual;
- ii) detección y tratamiento oportuno de las principales conductas de riesgo, incluyendo las vinculadas con los accidentes de tránsito, el consumo de drogas legales e ilegales y las actividades ligadas con diversas formas de violencia;

iii) fomento de estilos de vida saludables, promoviendo actividades recreativas, culturales y deportivas en ambientes sanos para la socialización, el crecimiento y la maduración personal y social de los destinatarios.

Si bien el cumplimiento de estas metas implica un papel protagónico de los ministerios de educación y de salud, debe promoverse una participación más activa e intensa de todos los actores públicos y privados. Para ello se requiere fomentar campañas a escala de la comunidad y con esquemas como los de municipios saludables y ciudades educadoras, procurando que los jóvenes intervengan decididamente en el desarrollo de los programas y proyectos específicos.

2. La salud reproductiva como clave del desarrollo de las y los adolescentes

La presencia de condiciones de salud física y mental satisfactorias contribuye a mejorar y potenciar el desempeño de las personas en todos los planos de su vida. El consenso sobre el tema se manifiesta en diversas declaraciones e iniciativas de los gobiernos de la región tendientes a elevar la cobertura de las prestaciones, mejorar la calidad de la atención y fomentar una cultura de la prevención. Es común que los programas de salud se diseñen con una orientación explícita hacia ciertos subgrupos muy básicos de la población, con peculiaridades en su constitución fisiológica y en sus perfiles epidemiológicos. Entre estos subgrupos se encuentran los niños, las mujeres —y dentro de ellas, las que están en edad reproductiva— y los ancianos.

Los adolescentes y los jóvenes revisten claras especificidades en materia de salud y, por tanto, los programas o intervenciones sanitarias focalizadas en ellos parecen altamente convenientes, sobre todo en el caso de los adolescentes que, en la práctica, suelen quedar en “tierra de nadie”. Pero, ¿en qué estriban estas peculiaridades sanitarias de los jóvenes? Se trata de uno de los grupos menos afectados por la mortalidad y que tampoco destaca por la prevalencia de enfermedades; más aún, la juventud parece ser la etapa más “saludable de la vida”. Sin embargo, tras esta primera imagen de fortaleza es posible percibir al menos dos fuentes de riesgo para la salud que alcanzan expresiones particularmente poderosas durante la juventud. Por una parte, existe un conjunto de conductas potencialmente riesgosas y que presentan una prevalencia mucho más alta en los y las jóvenes, entre ellas están las relacionadas con el consumo de drogas legales e ilegales, la violencia y los accidentes de tránsito. Las razones por las que los jóvenes presentan mayor propensión hacia el consumo de drogas, la actuación violenta o la siniestralidad de tránsito son complejas, y aunque algunas dicen relación con las características de la juventud —escasa aversión al riesgo, poco sentido del peligro, inexperiencia en la resolución de conflictos, necesidad de mostrar “rasgos” especiales frente al grupo, entre otras— una buena parte de ellas se enlaza con la exclusión, la carencia de oportunidades y la falta de proyectos vitales.

En cualquier caso —y además de la acción sectorial que opera a través del sistema educativo y de los mecanismos de inserción en el mundo adulto, sobre todo en el empleo— los programas y acciones específicos que fomenten estilos saludables de vida constituyen mecanismos idóneos para promocionar una cultura de la prevención entre los jóvenes. Estas iniciativas deben contar con la participación activa de todos los actores y, en este sentido, parece adecuada la combinación de las intervenciones que apuntan a la generalidad de los jóvenes —por ejemplo, las relacionadas con sus actividades recreativas, culturales y deportivas y con las necesidades de espacios para la socialización, el crecimiento y la maduración personal y social— con aquellas dirigidas a grupos específicos de jóvenes. Si éstos tienen una identidad territorial, la acción a escala subnacional —y con mayor razón la de naturaleza municipal—, parece

particularmente aconsejable, pues permite dar cuenta con mayor precisión y celeridad de los detalles y rasgos específicos de la realidad juvenil, que suelen variar significativamente de localidad en localidad. Por cierto, cualquiera sea el tipo de programa o la instancia ejecutora, un esfuerzo redoblado debe ponerse en involucrar a los propios jóvenes en su diseño, puesta en marcha y evaluación.

Por otra parte, está el elenco de decisiones y acontecimientos que dan forma a lo que en este documento se ha denominado la conducta reproductiva de los jóvenes y cuya trayectoria entraña diversos riesgos para su salud sexual y reproductiva y para su proyecto de vida.

El análisis sobre la conducta y la salud reproductiva de los jóvenes sugiere un conjunto de ámbitos en los que cabe desplegar iniciativas públicas, privadas, comunitarias y no gubernamentales. Éstas deben considerar la heterogeneidad en materia de condiciones y amenazas a la salud reproductiva de los jóvenes. En este sentido resultan gravitantes dos fuerzas de diferenciación:

- i) la madurez biosicosocial vinculada a la edad y que hacen posible distinguir entre los adolescentes y los jóvenes que superaron la adolescencia;
- ii) las características socioeconómicas que hacen posible distinguir entre jóvenes socialmente desventajados y jóvenes socialmente privilegiados.

Estas iniciativas deben tener presente que la trayectoria reproductiva de los jóvenes constituye un complejo entramado de decisiones, conductas y acontecimientos del que la fecundidad —foco tradicionalmente concentrador de la preocupación y dedicación de autoridades e investigadores— es sólo un componente, por cierto relevante y ostensible. Una visión amplia de la trayectoria reproductiva permite advertir efectos, en los planos de la salud y también en otros de orden sicosocial, derivados de cada uno de sus eslabones componentes. Simultáneamente, esta visión amplia de la trayectoria reproductiva —cuyos núcleos articuladores son los conceptos de conducta, salud y derechos reproductivos— abre un espacio para intervenciones destinadas a prevenir más que a actuar sobre hechos consumados.

Ahora bien, ¿qué orientaciones de política resultan pertinentes a la luz de los planteamientos y de los resultados analizados en el capítulo sobre salud reproductiva de los jóvenes latinoamericanos y caribeños?

La primera directriz está, precisamente, en redoblar los esfuerzos por comprender y atender los requerimientos relacionados con la reproducción que tienen los jóvenes, porque en América Latina y el Caribe los antecedentes empíricos expuestos son inequívocos en señalar que una fracción muy significativa y creciente de la reproducción biológica tiene lugar durante la juventud, por lo que las decisiones que adopten los jóvenes contemporáneos moldearán el perfil demográfico de los países de la región; durante su juventud, la gran mayoría de las personas comienzan a experimentar el conjunto de eventos que constituyen la trayectoria reproductiva, pues en esta etapa de la vida se inician sexualmente, forman su primera unión estable y tienen la mayor parte de sus hijos; todos los acontecimientos antes señalados ejercen una enorme influencia sobre la configuración de las trayectorias de vida de los individuos. Los jóvenes experimentan una permanente tensión entre su condición de “sustentadores” de la reproducción biológica de sus naciones y las crecientes presiones que impone la sociedad para extender el período de dedicación exclusiva a la acumulación de conocimientos, desarrollo de habilidades y adquisición de experiencia; los adolescentes, en particular, están sometidos a fuerzas contrapuestas aunque distintas a la señalada anteriormente. Las contradicciones provienen de su creciente exposición a mensajes que estimulan el ejercicio de la sexualidad desligado de la procreación, lo que choca con los vetos sociales que tienden a negar su condición de sexualmente activos o a impedir su acceso a servicios

de salud reproductiva. Un asunto de gran preocupación es que las consecuencias de estas fuerzas contrapuestas pueden afectar seriamente a los adolescentes a causa de los persistentes riesgos de embarazo en estas edades y más aún cuando se producen fuera de una unión estable.

Una segunda línea de acción se refiere a la sociedad en su conjunto y tiene origen en la constatación de que el grueso de la responsabilidad de la reproducción biológica de los colectivos de todos los países analizados recae en los jóvenes de los segmentos más desvalidos de la población, mientras que los jóvenes de los grupos sociales más aventajados reducen sistemáticamente su participación. Tal segmentación de tareas, que ciertamente responde a raciocinios individuales y estímulos sociales, entraña también una pérdida neta de capacidad de socialización para la comunidad en su conjunto; entonces resultan aconsejables las medidas destinadas a evitar una agudización de esta polarización del peso reproductivo entre segmentos socioeconómicos y que apunten a los dos polos identificados; ellas suponen, por una parte, reducir la carga reproductiva que sobrellevan las jóvenes de los grupos pobres de la población, sobre todo si ésta no es deseada y, por otra, generar mayor compatibilidad entre la reproducción y los requerimientos para su inserción social que experimentan los jóvenes de los grupos de alto nivel socioeconómico.

Una tercera línea debe dirigirse a la tríada de iniciaciones sexual, nupcial y reproductiva. Esto requiere un cierto grado de flexibilidad analítica, puesto que la evidencia empírica dejó relativamente bien establecido que si bien suele comportarse como síndrome —vale decir, los tres eventos señalados están estrechamente relacionados y, por lo mismo, tienden a presentarse simultáneamente o cercanos en el tiempo— también hay señales de que el desarrollo económico y social y los cambios culturales concomitantes pueden estimular su fragmentación, estableciendo brechas temporales crecientes entre sus tres eventos constitutivos.

Cuando la tríada opera como un síndrome, suele deberse a pautas de iniciación sexual, nupcial y reproductiva tradicionales, esto es, a una tendencia a unirse en edades tempranas, en ese marco comenzar la vida sexual y rápidamente tener el primer hijo. Dado que este comportamiento entraña, como se ha argumentado insistentemente en este documento, obstáculos y cargas para el desempeño de los jóvenes en una sociedad moderna, parecen altamente convenientes intervenciones que tiendan a modificar tales pautas de conducta. Lo importante en este caso es considerar que la bisagra que articula este patrón de comportamiento es la unión temprana, y que su postergación implica un atraso de toda la tríada. Si bien la legislación que establece límites mínimos para la edad en que se puede contraer el matrimonio es útil, para tales efectos resulta insuficiente. Se requieren, además, otras iniciativas que se orienten en tres grandes sentidos:

- i) remover, si existen, las instituciones y mecanismos sociales que promueven uniones tempranas sin el consentimiento de los y las adolescentes implicados;
- ii) sensibilizar a los jóvenes sobre las inconveniencias de una unión temprana, en particular de las uniones durante la adolescencia;
- iii) ampliar las oportunidades y opciones de los jóvenes para que efectivamente dispongan de alternativas a la unión temprana.

Los esfuerzos por modificar las pautas de unión temprana deben necesariamente ser acompañados por programas destinados a que las parejas minimicen sus riesgos de salud sexual y reproductiva. Pero, tanto o más importante, es que las parejas, aun uniéndose tempranamente, puedan ejercer sus derechos reproductivos básicos, es decir, regular la cantidad de hijos y el momento en que los tienen. Como resulta

obvio, en un escenario como el anterior las políticas públicas debieran procurar que las uniones tempranas no impliquen un inicio inmediato de las carreras reproductivas de las parejas, lo que debe promoverse mediante programas de sensibilización y educación, que probablemente encontrarán resistencias de parte de las fuerzas socioculturales que alimentan la actuación de síndrome de la tríada temprana. Por cierto, aun bajo estas condiciones y reconociendo que la mera unión a edades tempranas implica un compromiso difícil de compatibilizar con los requerimientos de una sociedad moderna, el ensanchamiento de la brecha entre la iniciación nupcial y la reproductiva importa consecuencias positivas para las parejas jóvenes y adolescentes.

El corolario de estas orientaciones de política es la necesidad de un programa de salud reproductiva integrado, que contemple la educación sexual y la oferta de servicios de planificación familiar a las parejas de adolescentes y jóvenes; para que tal programa sea efectivo debe ir acompañado de esfuerzos de concientización y educación tendientes a configurar el distanciamiento entre la unión y el primer embarazo como opción cultural aceptable.

Los antecedentes empíricos son contundentes: la tríada temprana es un rasgo propio de los grupos socialmente desventajados, y en muchos países de la región constituye un componente sobresaliente de la denominada dinámica demográfica de la pobreza. En consecuencia, las líneas de acción recién esbozadas, ya sea para “atrasar” la tríada o para intentar minimizar sus efectos en los planos de la salud sexual y de la reproducción, deben concentrarse en los grupos pobres de la población, justamente aquellos cuyos jóvenes suelen carecer de opciones vitales y oportunidades alternativas a los comportamientos reproductivos “tradicionales”. Más aún, las cifras expuestas en este documento consignan que entre los pobres persisten los mayores niveles de fecundidad no deseada, lo que es indicativo —al menos en lo que atañe a la regulación de la cantidad de hijos— de una amplia demanda insatisfecha de planificación familiar. Este énfasis en los grupos socialmente desventajados es particularmente importante para reducir la fecundidad adolescente. Los resultados disponibles muestran, sistemáticamente, que las muchachas pobres, las sin educación o las residentes en ámbitos rurales tienen muchas más probabilidades de unirse y ser madres durante la adolescencia que las muchachas de nivel socioeconómico alto, las educadas y las rurales. Así, la mayor parte de la fecundidad adolescente en los países de la región no se debe a una “nueva cultura sexual” más permisiva, sino a la persistencia de la tríada temprana entre las jóvenes pobres. Recientemente, esto último ha llevado a reflexiones como la que sigue: “Las cifras demuestran categóricamente que los mayores índices de fecundidad entre adolescentes —así como entre las edades más tempranas de iniciación sexual y constitución de la primera unión— se verifican entre los grupos más postergados de la sociedad. No obstante, estos grupos no se caracterizan por una mayor libertad sexual que otros; por el contrario, una fracción significativa de los segmentos más postergados, ante la escasez de proyectos de vida alternativos, parece virtualmente destinada a una iniciación sexual y a una unión tempranas. La ampliación de horizontes que conlleva la educación y la existencia de alternativas laborales para las y los jóvenes resultan fundamentales para el desarrollo de proyectos de vida que eviten la paternidad o la maternidad durante la adolescencia” (CEPAL, 1998c).

Los antecedentes empíricos sugieren, además, que cuando la tríada no opera como síndrome, se debe básicamente a dos razones, ambas vinculadas con cambios socioculturales enmarcados en la modernización de las sociedades. Por una parte, se extienden las relaciones sexuales prematrimoniales y fuera de la unión y, por otra, las parejas unidas regulan el calendario de su fecundidad, lo que tiende a ensanchar la brecha entre iniciación nupcial y reproductiva. En este escenario, en apariencia más coherente con el libre ejercicio de los derechos reproductivos de los jóvenes y más compatible con las exigencias de una sociedad moderna, emergen nuevos retos en materia de salud reproductiva y sexual.

Los y las adolescentes constituyen un grupo particularmente desafiante en este plano, porque reciben señales que estimulan su sexualidad e incentivan su paso a la condición de sexualmente activos. Como esto ocurre sin que medie el matrimonio —o una unión estable con propósitos reproductivos—, los y las adolescentes comienzan a desarrollar su sexualidad en condiciones premaritales. Y justamente esto último hace recrudecer un conjunto de sanciones culturales existentes para diferenciar entre aquellos cuya condición de sexualmente activos es aceptable para la sociedad y aquellos para los cuales no lo es. La edad ha sido, tradicionalmente, un factor de diferenciación y por lo mismo los adolescentes han llegado a ser “vetados” como sexualmente activos. Al amparo del matrimonio tal veto no tenía sentido, pero ahora la sexualidad de los y las adolescentes se aleja del marco que institucionalizaba su condición de sexualmente activos y quedan en una virtual “tierra de nadie”, en que por una parte son “provocados” a ser activos sexualmente y, por otra, se les niega esa condición; por lo mismo, se les cierra también el acceso a medios anticonceptivos que, al menos, permitirían evitar los riesgos de fecundidad no deseada.

Surge, entonces, la necesidad imperiosa de revisar estos vetos sociales y diseñar programas de salud reproductiva orientados a las y los adolescentes no casados y sexualmente activos. Los programas integrados para los y las adolescentes, que combinan educación, sensibilización, consejería y oferta de medios de regulación de la fecundidad parecen más pertinentes, incluso, que para aquellos otros grupos etarios. Y las particularidades sicosociales de los y las muchachas hacen necesario un trato especializado, que sea capaz de captar las complejidades con que suelen disfrutar su sexualidad y entender los cursos, a veces erráticos —y temerarios según el juicio de la mentalidad adulta—, de sus decisiones.

Uno de los desafíos de estos programas, tal vez el más difícil de encarar, es la necesidad de introducir crecientes dosis de madurez y responsabilidad en las decisiones de los adolescentes no casados, atinentes a la sexualidad, la unión y la reproducción. Esto último, porque se ha reconocido que la mera educación no basta: “la educación formal y la educación sexual no constituyen garantías de comportamientos sexuales y reproductivos responsables. Los adolescentes requieren programas especiales y cuidadosamente diseñados para influir en sus pautas sexuales, nupciales y reproductivas” (CEPAL, 1998c). Asimismo, estos programas no debieran constituirse en un factor adicional de estímulo para la actividad sexual de los adolescentes no unidos. Sin entrar en el terreno de las discusiones valóricas sobre este último tema —y teniendo claro que la actividad sexual premarital en la adolescencia, si se ejercita con las precauciones del caso, no implica trastornos forzosos en los proyectos de vida ni tampoco incompatibilidades con la inserción en una sociedad moderna—, cabe agregar que los y las adolescentes presentan estados de madurez sicosocial que pueden dejarlos más expuestos a consecuencias emocionales adversas y, aún más, volverlos más erráticos en sus comportamientos preventivos.

3. La integración social como la principal prioridad sustantiva del futuro

Cuando se considera el tema de la formación de recursos humanos con una perspectiva amplia, se hace evidente que los esfuerzos en educación y salud deben constituir una tarea permanente, aunque con variantes específicas a lo largo del tiempo. Es imprescindible entonces, delinear algunas prioridades más contingentes, a tono con los grandes problemas que América Latina y el Caribe enfrentan en la actualidad y cuya atención no admite dilaciones. Parece evidente que las principales urgencias tienen que ver con las pésimas condiciones de vida en que viven unos 200 millones de habitantes de la región, y cuya situación es objeto de numerosas investigaciones sobre la pobreza (Tokman y O'Donnell, 1999; Cárdenas y Lustig (comp.), 1999). Sin embargo, varios estudios recientes destacan las limitaciones inherentes a ese concepto y proponen otros con contenidos sustantivos más profundos, como los de exclusión y vulnerabilidad (Pizarro, 1999). Sin duda, se trata de conceptos muy próximos e interrelacionados pero, mientras la noción de pobreza alude a la propia condición socioeconómica de las personas, el concepto de exclusión

enfatisa su interrelación con el entorno en el que viven los pobres; el de vulnerabilidad, por su parte, subraya los cambios que se producen en la relación entre los recursos que pueden movilizar las personas y los hogares y los nuevos requerimientos para acceder a las oportunidades emergentes.

Las diferencias señaladas tienen gran relevancia para el diseño y la ejecución de las políticas públicas dirigidas a enfrentar las situaciones a las que se refieren tales conceptos. Sin desconocer que la pobreza constituye un problema entre los jóvenes, se debe reiterar la importancia de las nociones de exclusión y vulnerabilidad, pues están íntimamente ligadas a la condición juvenil. En la medida en que los problemas fundamentales de los jóvenes sean la exclusión y la vulnerabilidad, la solución deberá encontrarse en el logro de mayores niveles de integración social, incluidos el plano laboral, el acceso a los servicios y el ejercicio de los derechos.

Antes de diseñar estrategias de intervención orientadas a tales propósitos, resulta imprescindible identificar los diversos grupos que componen la juventud y conocer las restricciones que cada uno de ellos enfrenta. De este modo, será necesario diferenciar entre los jóvenes de escasos recursos que no estudian ni trabajan, las madres precoces pertenecientes a hogares desintegrados, los y las adolescentes que laboran en condiciones desmedradas y las parejas jóvenes que enfrentan dificultades para constituir hogares autónomos. Este conocimiento —y las orientaciones pertinentes para las políticas, expresadas en diversas áreas específicas—, debiera ser la principal prioridad en el futuro inmediato.

El tema de la inserción laboral como clave de esta integración social obliga a aludir nuevamente al proceso de emancipación juvenil, que se vive de maneras muy diversas en los diferentes estratos sociales, y estas diferencias deben ser consideradas en las políticas públicas orientadas a facilitar ese proceso. Como la emancipación juvenil hace referencia a la constitución de nuevos hogares autónomos, su examen involucra a lo menos dos dimensiones claves: la regulación voluntaria de la reproducción y las políticas de vivienda. En el primer tema, el objetivo de la intervención apunta a romper la lógica perversa que hace recaer el peso de la reproducción biológica de la sociedad en los sectores más vulnerables; para ello, la educación y la salud juegan un rol fundamental desde el punto de vista de la asistencia a las generaciones jóvenes en materia de información y orientaciones que permitan diferir en el tiempo la tenencia de hijos. En cuanto al segundo tema, resulta crucial la puesta en práctica de programas de vivienda para parejas jóvenes, cuyos beneficiarios podrían aportar trabajo como parte de pago y servir los créditos en plazos más prolongados.

4. La inserción laboral de los jóvenes como clave para la integración social

La inserción laboral de los jóvenes es un factor clave para romper con su exclusión y vulnerabilidad. Como el desempleo y el empleo precario afectan agudamente a los jóvenes de la región, éstos se ven impedidos —al no contar con ingresos propios— de acceder a los servicios disponibles (educación, salud, vivienda, y otros) y enfrentan serias dificultades en su vida cotidiana. Dada la diversidad de estos problemas, se necesitan medidas diferentes y adecuadas a las particularidades de cada uno de los grupos juveniles prioritarios; como las causas de esos problemas no son homogéneas, se requiere de estrategias específicas para cada situación en particular.

Una primera gran respuesta debe seguir siendo la capacitación laboral, esta vez unida al desarrollo de primeras experiencias laborales. De este modo, se estará respondiendo a dos de las principales explicaciones del desempleo juvenil: la falta de experiencia y la falta de capacitación. En los países que ya cuentan con programas en gran escala en estos dominios, el reto será perfeccionar sus

estrategias operativas, corregir los defectos detectados en las experiencias ya desarrolladas y ampliar su cobertura. Los países que todavía no cuentan con este tipo de programas, y que son la mayoría, enfrentan el reto de diseñarlos y ponerlos en práctica.

Lo medular de este tipo de iniciativas programáticas sigue siendo totalmente válido, y las estrategias de focalización deberían seguir perfeccionándose hacia los sectores juveniles más vulnerables mediante una modalidad descentralizada de operación (con un gran protagonismo de los municipios). Esta labor supone obviar los riesgos no monopólicos a través de la colaboración de la más amplia gama de instituciones de capacitación, públicas y privadas, para así respaldar ampliamente las propuestas integrales —capacitación, pasantías laborales y apoyo a la inserción laboral— elaboradas sobre la base de acuerdos en el mercado, fundamentalmente, entre entidades de capacitación y empresas. Asimismo, esta labor debe contener mecanismos exigentes de vigilancia y evaluación.

Una virtud de estos programas es que permiten preparar más y mejor a los jóvenes para competir por los puestos de trabajo disponibles, habilitándolos para enfrentar las notorias desigualdades en el acceso a los mercados de trabajo. Como uno de los principales problemas es la actitud corporativa de los actores implicados —sindicatos, empresarios y Estado—, la ejecución de los programas debe ir acompañada de esfuerzos sistemáticos y permanentes de sensibilización de los tomadores de decisiones, alertando sobre los perjuicios que la resistencia a enfrentar decididamente estos temas ocasiona a las economías y a las sociedades.

Es preciso considerar que la capacitación, per se, no genera puestos de trabajo y por tanto, resultan imperiosas las iniciativas encaminadas a crear nuevos puestos, sobre todo de tipo independiente, dadas las dificultades que actualmente entraña la ampliación de las plazas laborales dependientes. La vía sigue siendo el impulso de las micro y pequeñas empresas, pero éste debiera realizarse sin idealizaciones y adoptando un enfoque nítidamente económico, al que se supediten las eventuales metas de tipo social o cultural. En particular, cabe distinguir entre microempresas de subsistencia y microempresas de desarrollo. Las primeras pertenecen, en general, al sector informal de la economía y están compuestas por trabajadores pobres con escasa calificación, habitualmente familiares o vecinos de pequeñas localidades. En cambio, las segundas funcionan muy integradas al sector moderno de la economía, y establecen nexos estructurales con empresas medianas y grandes, que subcontratan servicios y funciones aleatorias; además, se ven dinamizadas por profesionales y técnicos altamente calificados, en particular en los sectores económicos en ascenso (la informática, por ejemplo).

Cuando son eficientes, las microempresas de subsistencia pueden colaborar en la promoción de la integración social de los jóvenes y unirse a los programas de combate a la pobreza, colaboración que será efectiva cuando contribuya a evitar los circuitos reproductores de la pobreza recorridos por muchas experiencias de este tipo en América Latina y el Caribe. Las microempresas de desarrollo, por su parte, pueden cumplir roles de gran dinamismo en las economías de la región, siempre y cuando ubiquen con precisión los nichos en los que pueden crecer y desarrollarse. Allí donde tienen lugar iniciativas de este tipo se observa una importante participación de los jóvenes, que podrá incrementarse en el futuro mediante una adecuada preparación de éstos. En tal sentido, las experiencias que impulsan las instituciones ligadas al programa *Junior Achievement* han sido exitosas en casi todos los países de la región, pues propician la formación de empresas como una experiencia práctica de aprendizaje en establecimientos de enseñanza media, apoyados por empresarios que actúan como tutores. Una mayor articulación entre este tipo de iniciativas y las políticas públicas de inserción laboral de jóvenes podría redundar en mayores beneficios para la juventud de la región.

Por último, pero no por ello menos importante, también debería actuarse con los jóvenes que ya tienen empleo, tratando de mejorar sustancialmente sus condiciones laborales. Como se señaló, los jóvenes reciben, en general y para las mismas condiciones de trabajo, menores remuneraciones; esta discriminación es aún mayor en el caso de las mujeres jóvenes, que se ven afectadas por su condición etaria y de género. Para enfrentar esta situación debe relativizarse la gravitación relativa de la experiencia y la antigüedad en la fijación de salarios y aumentar el de la calificación, para así equilibrar la distribución generacional de beneficios. Respecto de los adolescentes que trabajan en condiciones inhumanas, es imprescindible aprobar y hacer cumplir los convenios internacionales de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) que prohíben toda forma de explotación en el trabajo, especialmente entre los menores de 15 años.

No obstante la insuficiencia de los estudios, se sabe que parte importante de los jóvenes trabajadores que migran entre países limítrofes se distinguen por su vulnerabilidad, especialmente cuando su documentación no está en regla. Si bien el enfrentamiento de este problema requeriría del concurso de dos o más países y de la adopción de un enfoque multisectorial, es posible identificar algunas medidas. Una primera iniciativa consiste en campañas de sensibilización de los gobiernos, agentes decisorios y de la sociedad civil en general, que se refieran tanto a la necesidad de efectuar un seguimiento sistemático de las tendencias migratorias como a la de conocer y tomar conciencia de las condiciones de los jóvenes migrantes en los países de destino. Esto permitiría establecer en forma realista las posibilidades de intervenir en estos fenómenos, sin sacrificar las aspiraciones y comportamientos migratorios de los grupos que, potencialmente, están más cerca de convertirse en actores estratégicos para sus comunidades de origen, como los estudiantes. Frente a la vulnerabilidad de muchos migrantes jóvenes, los países debieran reconocer que sus comportamientos migratorios expresan situaciones de extrema dificultad de integración en los países de origen y en los de destino, por lo que cabe propiciar acciones dirigidas a fortalecer la retención de la población en el país de origen mediante una inserción laboral estable y productiva.

5. La prevención de la violencia juvenil como clave para una convivencia pacífica

La contracara del desempleo, de la exclusión y de la vulnerabilidad que afectan a la mayor parte de los jóvenes latinoamericanos y caribeños es el aumento de la incidencia de comportamientos socialmente disruptivos, con altos índices de violencia y delincuencia. Si bien no cabe asimilar la pobreza y la delincuencia —so riesgo de penalizar a los pobres—, tampoco se puede desconocer que la inseguridad, la precariedad y el desempleo persistente se vinculan, por diversas vías, a esos comportamientos. Como los contextos en que surge la violencia juvenil son muy diferentes, las medidas que corresponde aplicar deberán tener en cuenta esa diversidad. En los países en que el tema adquiere dimensiones significativas y características abrumadoras, las prioridades deben asignarse al desaprendizaje de la violencia entre los jóvenes vinculados al fenómeno, propiciando una cultura de paz desde las actividades educativas y preventivas. En aquellos países en donde el fenómeno está todavía limitado a núcleos específicos de la juventud, las prioridades deben concentrarse en la prevención, sin descuidar el tratamiento de los casos ya existentes.

Los programas de seguridad ciudadana aplicados en Colombia y Uruguay en los últimos años marcan un camino que puede ser imitado por otros países, pero procurando responder de la mejor manera a las especificidades nacionales. Los componentes desarrollados en Colombia y Uruguay pueden servir de referencia, pues incluyen la recalificación de la policía, el combate a la violencia doméstica —que genera las condiciones básicas para que luego la violencia se utilice en cualquier otro ambiente—, la promoción de mecanismos alternativos de resolución de conflictos (como la mediación social), la modernización de la justicia —rompiendo con la imagen de parcialidad e impunidad que domina en varios países—, el

ofrecimiento de alternativas pacíficas de socialización juvenil (casas y clubes juveniles, por ejemplo), un mejor tratamiento de estos temas en los medios de comunicación —disminuyendo el sensacionalismo y fomentando el análisis más equilibrado y objetivo posible.

Demás está recordar que las vías puramente represivas no son eficientes; de hecho, la cantidad de presos crece constantemente y la inseguridad ciudadana aumenta mucho más. Sin embargo, no es ocioso insistir en que tales vías son muy costosas (en términos financieros y sociales). Por tanto, el diseño y la instrumentación de programas alternativos puede ser una opción más apropiada, puesto que permite esperar la obtención de mejores efectos en los destinatarios, como lo ilustran los avances que se advierten en los países donde estos programas operan desde hace algún tiempo.

Para enfrentar la violencia juvenil es imperioso combinar las medidas vinculadas al desarme y desaprendizaje de la violencia con las dirigidas a facilitar la reinserción social de los implicados. Esta reinserción no es un proceso simple, pues combina elementos diversos y complejos; pero lo importante es romper con el círculo vicioso de retroalimentación que se apoya en mecanismos sumamente perversos, como la existencia de cárceles que utilizan las mismas reglas para delincuentes irrecuperables y para las personas que delinquen por primera vez. Por lo mismo, se necesitan establecimientos carcelarios especiales para jóvenes no reincidentes, que funcionen con una lógica orientada a su recuperación para la sociedad. En el mismo sentido, cabe ampliar y mejorar los programas de libertad asistida como una alternativa para los casos acreedores de mayor confianza social.

Otra clave para enfrentar la violencia juvenil es la constancia y credibilidad de las instituciones que operen en estos dominios. En el caso de las pandillas juveniles, una función importante de las instituciones que atienden el problema es la de hacer cumplir y respaldar los pactos de no agresión acordados con los bandos en conflicto. La experiencia indica que cuando las autoridades públicas cambian las reglas de juego de modo imprevisto o reiterado, se acrecientan las desconfianzas; en cambio, cuando los acuerdos se cumplen, las confianzas mutuas se consolidan y es posible profundizar el alcance de los acuerdos.

Por último, es necesario realizar campañas de sensibilización de la opinión pública, procurando que estos temas se visualicen de modo más realista y menos subjetivo, ya que los jóvenes tienden a ser estigmatizados exageradamente por el conjunto de la población, que ve en cada joven *raro* un delincuente potencial. Asimismo, es aconsejable estimular la colaboración activa de la población para poner en práctica estas iniciativas de sensibilización, acercando la policía a la comunidad y promoviendo mayores niveles de comprensión mutua. Además, es imperioso contar con el compromiso y apoyo de las diferentes instituciones —públicas y privadas— ligadas a este tipo de dinámicas; esto es particularmente cierto en el caso de los clubes de fútbol, que en ocasiones incentivan y apoyan abiertamente a sus barras bravas, contribuyendo a exacerbar la violencia en los estadios deportivos y no a combatirla. Otro tanto ocurre con la propia policía, que en no pocos casos es percibida por los jóvenes como un enemigo del que hay que cuidarse y no como una institución establecida para brindar protección; el recurso sistemático a las *razzias* o redadas como mecanismo preventivo y disuasivo fomenta este tipo de imágenes.

6. La participación ciudadana como contribución al fortalecimiento democrático

La exclusión de los jóvenes también se extiende a su participación ciudadana, por lo que corresponde enfrentarla mediante canales más eficaces y atractivos para el desarrollo de sus derechos. Son muchas las razones que justifican estas medidas, pero la más importante es que esa participación es un medio

fundamental para fortalecer la democracia. La responsabilidad en el diseño y ejecución de estas medidas debe ser compartida por diversos actores institucionales, sociales y políticos.

Una dimensión muy relevante para el fortalecimiento democrático es la participación política juvenil, que puede y debe ser promovida en varios planos simultáneamente. En lo que atañe a la resistencia de los jóvenes a participar en los procesos electorales, parece claro que el problema estriba en la pérdida de credibilidad de los partidos y líderes políticos, situación que puede enfrentarse modernizando las prácticas políticas tradicionales. Paralelamente, se requiere enfatizar la formación cívica, promoviéndola en la enseñanza formal e informal y asegurando una intervención protagónica de los mismos jóvenes en el diseño de los programas pertinentes. Los medios de comunicación de masas pueden proporcionar un apoyo efectivo a esta labor, mediante la apertura de espacios para que los jóvenes opinen y debatan sobre temas de actualidad política, económica y social.

Pero la participación política de los jóvenes no se agota en el plano electoral. Hay otros ámbitos específicos que son objeto de iniciativas interesantes, entre las que se destaca la creación de parlamentos jóvenes similares a los que existen en Chile y Paraguay. En la misma línea, la creación de instancias consultivas a escala municipal con el fin de definir prioridades para la acción y diseñar o reformular planes y programas parece una medida promisorio. La clave, en todo caso, es que los jóvenes no se sientan manipulados, que perciban que su participación tiene sentido y que pesa en la toma de decisiones.

La participación juvenil, en su sentido más amplio, puede ser fomentada mediante la creación o la redefinición de roles específicos e instituciones. Entre los estudiantes, por ejemplo, es imprescindible revitalizar y modernizar su participación en formas de cogobierno universitario, el que cayó en prácticas burocráticas y excesivamente politizadas y alejó al grueso de los estudiantes de sus dinámicas operativas. En la enseñanza media, por su parte, es muy auspiciosa la experiencia de los personeros estudiantiles, figura creada por la vía constitucional y legal en el caso colombiano y que cumple una función de intermediación entre las autoridades educativas, los docentes y los estudiantes, concentrándose en la resolución de conflictos, el impulso de iniciativas y la canalización de los debates (Pérez, 1998).

La revisión de las lógicas de funcionamiento de las organizaciones y los movimientos juveniles es un capítulo aparte. Si bien la creación de consejos nacionales y locales de juventud, que agrupan a las organizaciones y movimientos existentes y asumen la representación de intereses ante los poderes públicos y otras organizaciones de la sociedad civil, parece una vía promisorio, se deben extremar los cuidados para evitar las prácticas clientelistas y las diversas formas de manipulación que complican estos procesos. Otro tema que cabe examinar con sensatez y una inspiración pluralista y sostenida en el tiempo, es el que se refiere a la conducción de las tensiones que se generan entre las organizaciones y movimientos juveniles más politizados y aquellos que tienen perfiles más estrictamente promocionales o sociales. En el mismo sentido, la tensión entre el afán de protagonismo juvenil y los rasgos de inconstancia de los jóvenes —que se liga con la transitoriedad de la condición juvenil— también debe ser administrada con sabiduría y desde alguna forma de lógica adulta que asegure continuidad y crecimiento, sin menoscabar los intereses de los jóvenes.

En suma, la promoción de la participación juvenil en la sociedad, utilizando diversas vías y mecanismos, puede favorecer la contribución de los jóvenes al proceso de desarrollo. Para ello se requiere propiciar instancias colectivas que combatan el aislamiento social de éstos y promover modelos de aprendizaje que faciliten su inserción en todos los niveles de la sociedad. Los esfuerzos de integración deben dirigirse a todos los jóvenes de todos los estratos sociales, lo que implica contrarrestar las actuales tendencias a la segregación residencial y social; ello contribuirá a la acumulación de capital social en los entornos comunitarios y sociales en los que los jóvenes desarrollan su dinámica cotidiana.

7. Voluntariado juvenil: los jóvenes como actores estratégicos del desarrollo

Los argumentos expuestos permiten fundamentar la pertinencia de concebir a los jóvenes desde dos perspectivas complementarias: como destinatarios de una amplia gama de servicios y como actores estratégicos del desarrollo. La primera perspectiva busca enfrentar resueltamente la exclusión y la vulnerabilidad que aquejan a los jóvenes de la región; la segunda, pretende promover su participación efectiva en los procesos de desarrollo. Si ambas perspectivas son consideradas por las políticas públicas y si incorporan componentes como los ya expuestos, será posible imaginar un escenario futuro diferente, donde los problemas que aquejan a las nuevas generaciones se irán solucionando.

Pero es preciso avanzar más lejos, promoviendo el voluntariado juvenil como un eje central de las políticas públicas de juventud, con miras a que se pueda contar con un marco más propicio para impulsar y profundizar las múltiples iniciativas antes destacadas. Así, la participación juvenil en gran escala tendrá presencia en los programas de combate a la pobreza, las campañas de alfabetización, el cuidado de parques y plazas, la construcción de infraestructura o la defensa del medio ambiente, por citar sólo algunas esferas en las que aquellas iniciativas podrían concretarse. El voluntariado propuesto podría tener varios efectos simultáneos que se retroalimentarían de modo positivo, permitiendo a los jóvenes ganar experiencias que les ayudarían a madurar y a conocer más y mejor sus respectivos entornos —locales y nacionales—, y a realizar aportes claramente visibles tanto al desarrollo de sus comunidades como al país. Además de estimular la consolidación de instancias de participación con un significado debidamente valorado por los jóvenes, estas iniciativas harán posible enfrentar los estigmas ya mencionados. Paralelamente, el trabajo del voluntariado contribuirá a reducir los costos de la oferta de servicios que, de otro modo, deberían concretarse con personal rentado de la administración pública o mediante contratos con empresas privadas.

En el marco de este tipo de iniciativas se podrían encarar varios problemas existentes en planos conexos, como el referido a la objeción de conciencia frente al servicio militar obligatorio. Esta obligatoriedad ha sido eliminada en algunos países, que establecieron un servicio civil sustitutorio y con las características de un programa de voluntariado juvenil. Si bien éste constituye un tema complejo, es objeto de examen y debate en casi todos los países de la región.

También cabe revisar los programas de extensión universitaria, que bajo la forma de practicantados funcionan en varios países de la región. Muchos de estos programas se rigen por modalidades burocratizadas y rutinizadas, que no satisfacen a ninguna de las partes intervinientes: los estudiantes participan porque es parte del currículo, pero sin ningún interés real y las instituciones que reciben a los estudiantes en régimen de pasantía los ubican en funciones no relacionadas con la preparación académica de aquéllos. Si bien se trata de un mecanismo sumamente valioso, su sentido queda desvirtuado en los hechos. Sin embargo, esta práctica puede ser revitalizada mediante un impulso renovado al voluntariado juvenil.

Los jóvenes que participen en los programas de voluntariado deben prepararse adecuadamente; con este fin, algunas instituciones —públicas o privadas— debieran especializarse en ofrecer modalidades de capacitación para el tipo de servicio involucrado en el concepto de voluntariado. Ya existen experiencias relevantes que pueden servir de referencia para estudiar formas de ampliación y consolidación efectiva; tanto las universidades como diversas organizaciones no gubernamentales que operan en estos dominios, están en condiciones de entregar aportes calificados al respecto. Para facilitar las articulaciones necesarias, los institutos y ministerios de juventud pueden servir de instancias

coordinadoras de las iniciativas del voluntariado, sin que ello signifique intervención directa en la gestión operativa.

En suma, los programas de voluntariado juvenil constituyen una iniciativa ambiciosa, pero de gran potencialidad, tanto para los jóvenes como para la sociedad en conjunto. Se trata de una iniciativa viable, pues puede basarse en un conjunto de actividades que se realizan en varios países de la región; los múltiples ejemplos de participación de los jóvenes en la atención de las consecuencias de los desastres naturales (inundaciones, erupciones, huracanes, sismos) en Centroamérica y Venezuela son experiencias concretas y dignas del mayor encomio. Por tanto, el voluntariado juvenil puede convertirse en una excelente opción para transformar sufrimientos colectivos en solidaridad y apoyo mutuo y para contribuir a que la comunidad perciba que es posible mejorar la calidad de vida.

El voluntariado puede convertirse en un medio insustituible para facilitar las relaciones intergeneracionales, que en los próximos decenios estarán pautadas por la “ventana de oportunidad demográfica” inherente a la actual etapa de transición por la que atraviesan los países de la región. En efecto, ya no se contará con los voluminosos contingentes de niños que concentraban la atención social en el pasado cercano; además, todavía habrá algún tiempo antes de que los adultos mayores se constituyan en una proporción amplia de la población total. Si bien la transición demográfica sigue trayectorias heterogéneas, la actual relación entre la población activa y la inactiva es probablemente la más favorable de la historia y debiera ser aprovechada para impulsar la transformación productiva, el crecimiento del ahorro y la inversión, la modernización social y el fortalecimiento democrático, combatiendo decididamente las desigualdades sociales existentes y promoviendo la más amplia participación de la población en todos los niveles. En este marco, los jóvenes están llamados a cumplir un rol protagónico, por su mayor calificación relativa, su mayor flexibilidad para lidiar con las nuevas tecnologías y los cambiantes procesos laborales, y su siempre dispuesta voluntad para encarar nuevos y complejos desafíos. Una gran apuesta por los jóvenes latinoamericanos y caribeños en esta particular etapa histórica será la mejor respuesta a los complejos desafíos del desarrollo de la región en este nuevo siglo.

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, D. y otros (comps.) (1999), *Primer Foro de Jóvenes del Mercosur, Bolivia y Chile: Alternativas frente al Desempleo Juvenil*, Buenos Aires, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Banco Interamericano de Desarrollo (BID) e Instituto para la Integración de América Latina y el Caribe.
- Achard, D. y M. Flores (1997), *Gobernabilidad: un reportaje de América Latina*, México, D.F., Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y Fondo de Cultura Económica.
- Achío, Mayra y otros (1994), *Fecundidad y formación de la familia. Encuesta Nacional de Salud Reproductiva de 1993*, San José de Costa Rica, Caja Costarricense del Seguro Social (CCSS), Departamento de Medicina Preventiva, Centros para el Control de Enfermedades.
- Aghón, Gabriel y Herbert Edling (comps.) (1997), *Descentralización fiscal en América Latina: nuevos desafíos y agenda de trabajo (LC/L.1051)*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Aguiar, A. y F. Zumbado (comps.) (1997), *Gobernabilidad democrática y derechos humanos*, Caracas, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y Editorial Nueva Sociedad.
- Aneshensel, C.S., E. Becerra y R. Becerra (1989), "Fertility and fertility-related behavior among Mexican American and non-Hispanic white female adolescents", *Journal of Health and Social Behavior*, N° 30.
- Angulo, Mario (1996), "Balance de las políticas de juventud en Venezuela", Caracas, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Angulo, Mario y G. Castro (1990), *La juventud universitaria de los ochenta*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Argudo, Mariana (1991), *Pandillas juveniles en Guayaquil*, Quito, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS).
- Arias Orozco, Edgar (1998), *Pasajeros del silencio: juventud, cultura y voluntad de saber*, Medellín, Instituto Juventud XXI, Corporación Paisajoven.
- Arriagada, Irma (1997), *Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo*, serie Políticas sociales, N° 21 (LC/L.1058), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.99.II.G.24.
- Arriagada, Irma y Lorena Godoy (1999), *Seguridad ciudadana y violencia en América Latina: diagnóstico y políticas en los años noventa*, serie Políticas sociales, N° 32 (LC/L.1179-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), agosto. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta : S.99.II.G.24.

- Atkin, Lucille D. y Javier Alatorre Rico (1991), "The Psychosocial Meaning of Pregnancy among Adolescent in Mexico City", ponencia presentada en la Reunión bianual de la Sociedad para la Investigación sobre el Desarrollo del Niño, Seattle.
- Bailey, Patricia E. (1991), "The Effect of Young Maternal Age on Infant Mortality and Childhood Morbidity in Honduras: Modifications by Socioeconomic and Behavioral Factors", tesis de Doctorado en Salud Pública, Chapel Hill, North Carolina, Universidad de North Carolina.
- Balardini, S. y J. Hermo (1996), "Políticas de juventud en América Latina: informe de Argentina", Buenos Aires, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Baldivia, José (1996), "Evaluación del Programa sobre información, educación y comunicación en población en Bolivia", La Paz, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Banco Mundial (1999), El conocimiento al servicio del desarrollo. Informe sobre el desarrollo mundial, 1998/1999, Washington, D.C.
- _____ (1998a), Más allá del Consenso de Washington: la hora de la reforma institucional, Washington, D.C.
- _____ (1998b), La larga marcha: una agenda de reformas para la próxima década en América Latina y el Caribe, Washington, D.C.
- _____ (1997), El Estado en un mundo en transformación. Informe sobre el desarrollo mundial, 1997, Washington, D.C.
- _____ (1996), Prioridades y estrategias para la educación: examen del Banco Mundial, Washington, D.C.
- Bango, Julio (coord.) (1996a), "Políticas de juventud en América Latina en la antesala del año 2000: logros, desafíos y oportunidades", Montevideo, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- _____ (1996b), "Informe de las políticas de juventud en la República Oriental del Uruguay", Montevideo, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- BEMFAM (Sociedade Civil Bem-Estar Familiar no Brasil) (1999), "Adolescentes, jovens e a Pesquisa Nacional sobre Demografia e Saúde: un estudo sobre fecundidades, comportamento sexual y saúde reproductiva", Rio de Janeiro, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y Centros para el Control de Enfermedades.
- Bennett, Neil G., D.E. Bloom y C.K. Miller (1995), "The influence of nonmarital childbearing on the formation of first marriages", *Demography*, N° 32.
- Bernales, Enrique (1996), "Políticas de juventud en el Área Andina", Lima, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).

- Bernhard, E., J.M. Guzmán y A. Palloni (1998), "Conocimientos, actitudes y prácticas de la población relacionadas con el VIH-SIDA. Encuesta CAP-SIDA", San Pedro Sula, Honduras, Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP) y DIEM.
- BID (Banco Interamericano de Desarrollo) (1998a), América Latina frente a la desigualdad. Progreso económico y social en América Latina. Informe 1998-1999, Washington, D.C.
- _____ (1998b), Cómo operar con éxito los servicios sociales, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica. (Incluido originalmente en el Informe sobre el progreso económico y social en América Latina, 1996).
- _____ (1998c), "América Latina después de las reformas", Pensamiento iberoamericano, volumen extraordinario, Madrid.
- Bledsoe, Caroline H. y Barney Cohen (1993), Social Dynamics of Adolescent Fertility in Subsaharan Africa, Washington, D.C., National Academy Press.
- Boland, Bárbara (1997), Dinámica de la población y desarrollo en el Caribe: con especial énfasis en la fecundidad de adolescentes, la migración internacional, las políticas de población y la planificación del desarrollo, serie Cuadernos de la CEPAL, N° 76 (LC/G.1879-P; LC/DEM/G.171), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.97.II.G.10.
- Brezzer Pereyra, Luis Carlos (1998), "Reforma do Estado para a cidadanía: a reforma gerencial brasileira na perspectiva internacional", São Paulo, Fundação Nacional de Administração Pública.
- Brezzer Pereyra, Luis Carlos y Nuria Cunill Grau (comps.) (1998), Lo público no estatal en la reforma del Estado, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Brooks-Gunn, Jeanne y Frank F. Furstenberg (1986), "The children of adolescent mothers: physical, academic, and psychological outcomes", Developmental Review, N° 6.
- Burt, Martha (1998), ¿Por qué debemos invertir en el adolescente?, Washington, D.C., Organización Panamericana de salud (OPS) y Fundación Kellogg.
- Buvinic, Mayra (1998), "The cost of adolescent childbearing: evidence from Chile, Barbados, Guatemala, and Mexico", Studies in Family Planning, N° 29 .
- Buvinic, Mayra, A. Morrison, y M. Shifter (1998), Violencia en América Latina y el Caribe: un marco de referencia para la acción, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Cafiero, M., R. Marafioti y N. Tagliabue (comps.) (1997), Atracción mediática. El fin de siglo en la educación y la cultura, Buenos Aires, Editorial Biblos, FUDEPA y Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).
- Cage, A. (1995), "The social implications of adolescent fertility", Demography and Poverty, Lieja, Bélgica, Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población (UIECP).

- Cajías, Huascar (1996), "Ser joven en Bolivia: ¿Divino tesoro o castigo de Dios? Un informe sobre políticas de juventud en Bolivia", La Paz, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Cajías, Huascar y otros (1995), "Juventud boliviana: utopías y realidades", El debate boliviano, N° 12, La Paz.
- Cárdenas, M. y N. Lustig (comps.) (1999), Pobreza y desigualdad en América Latina, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo Editores, Fundación para la Educación Superior y el Desarrollo (FEDESARROLLO), Asociación de Economía de América Latina y el Caribe (ADEALC), Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas y Proyectos Especiales (COLCIENCIAS).
- Cardona, Rokaël (1996), "Evaluación y diseño de las políticas de juventud en Guatemala", Ciudad de Guatemala, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Carrera Lugo, Laura (coord.) (1995), "Mujer joven y estilos de vida en México", México, D.F., Causa Joven y Secretaría de Educación Pública.
- Carrión, Fernando (1995), "Violencia urbana y juventud en América Latina", Caracas, Seminario Sistema Económico Latinoamericano (SELA) y Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- CEE (Comisión de las Comunidades Europeas) (1991), Les jeunes Européens en 1990, Bruselas.
- CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía) (1994), "Dinámica demográfica de la pobreza: documentos seleccionados", serie A, N° 287 (LC/DEM/R.206), Santiago de Chile.
- CELADE/BID (Centro Latinoamericano de Demografía/Banco Interamericano de Desarrollo) (1996), "Impacto de las tendencias demográficas sobre los sectores sociales en América Latina: contribución al diseño de políticas y programas", serie E, N° 45 (LC/DEM/G.161), Santiago de Chile.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), (1999a), Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 1999 (LC/G.2088-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S. 99.II.G.58.
- _____ (1999b), Panorama social de América Latina 1998 (LC/G. 2050-P), Santiago de Chile, mayo. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.99.II.G.4
- _____ (1998a), El pacto fiscal: fortalezas, debilidades, desafíos (LC/G.1997/Rev.1-P), Santiago de Chile, noviembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.98.II.G.5.
- _____ (1998b), Panorama social de América Latina 1997 (LC/G.1982-P), Santiago de Chile, febrero. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.98.II.G.3.
- _____ (1998c), Población, salud reproductiva y pobreza (LC/G.2015(SES.27/20)), Santiago de Chile.

- _____ (1997a), La brecha de la equidad. América Latina, el Caribe y la Cumbre Social (LC/G.1954/Rev.1-P), Santiago de Chile, diciembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.97.II.G.11.
- _____ (1997b), Notas para el estudio del proceso de gestión pública en el campo de las políticas sociales (LC/R.1742), Santiago de Chile.
- _____ (1997c), Institucionalidad social para la superación de la pobreza y la equidad (LC/R. 1768), Santiago de Chile.
- _____ (1997d), Panorama social de América Latina. Edición 1996 (LC/G.1946-P), Santiago de Chile, febrero. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S 97.II.G.4.
- _____ (1996a), Panorama social de América Latina. Edición 1995 (LC/G.1886-P), Santiago de Chile, diciembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.95.II.G.17.
- _____ (1996b), Informe de seguimiento del Plan de Acción Regional Latinoamericano y del Caribe sobre Población y Desarrollo (LC/G.1905(SES.26/10)), Santiago de Chile.
- _____ (1995a), Panorama social de América Latina. Edición 1994 (LC/G.1844), Santiago de Chile, noviembre.
- _____ (1995b), América Latina y el Caribe: dinámica de la población y desarrollo, serie Cuadernos de la CEPAL N° 74 (LC/G.1862-P; LC/DEM/G.156), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.95.II.G.13.
- _____ (1995c), Población, equidad y transformación productiva (LC/G.1758/Rev.2-P; LC/DEM/G.131/Rev.2), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S. 93.II.G.8.
- _____ (1994), Familia y futuro: un programa regional en América Latina y el Caribe (LC/G. 1835-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.94.II.G.6.
- _____ (1993), Cambios en el perfil de la familia: la experiencia regional (LC/G.1761-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.93.II.G.7
- _____ (1985a), La juventud en América Latina y el Caribe, serie Estudios e informes de la CEPAL, N° 47 (LC/G.1345-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.85.II.G.3.
- _____ (1985b), Mujeres jóvenes en América Latina: aportes para una discusión, Montevideo, ARCA/Foro Juvenil.
- CEPAL-CELADE (Comisión Económica para América latina y el Caribe, División de Población - Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía) (1999a), Vulnerabilidad demográfica y desventajas sociales. El caso de Chile (LC/DEM/R.299), Santiago de Chile.
- _____ (1999b), Migración internacional en América Latina y el Caribe: algunos antecedentes empíricos (LC/DEM/R.296), Santiago de Chile.

- _____ (1999c), Migración y desarrollo en América del Norte y Centroamérica: una visión sintética, serie Población y desarrollo, N° 1 (LC/L.1231-P), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.99.II.G.22.
- _____ (1999d), “América Latina: población económicamente activa 1980-2025”, Boletín demográfico, N° 64 (LC/DEM/G.188), Santiago de Chile.
- _____ (1999e), “América Latina: proyecciones de población urbana y rural 1970-2025”, Boletín demográfico, N° 63 (LC/G.2052; LC/DEM/G.183), Santiago de Chile.
- _____ (1999f), América Latina y el Caribe: examen y evaluación de la ejecución del Programa de Acción de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (LC/DEM/G.184), Santiago de Chile.
- _____ (1998a), Temas y desafíos de las políticas de población en los años noventa en América Latina y el Caribe, serie Cuadernos de la CEPAL, N° 83 (LC/G.2046-P; LC/DEM/G.181), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.98.II.G.13.
- _____ (1998b), “América Latina: proyecciones de población, 1970-2050”, Boletín demográfico, N° 62 (LC/DEM/G.180), Santiago de Chile.
- CEPAL/UNESCO (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe) (1992), Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad (LC/G.1702/Rev.2-P), Santiago de Chile, abril. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.92.II.G.6.
- CEPAL/UNICEF/OIJ (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/ Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia/Organización Iberoamericana de la juventud) (1996), Juventud rural, modernidad y democracia en América Latina (LC/L.931), Santiago de Chile.
- Chackiel, Juan y Susana Schkolnik (1998), “América Latina: la transición demográfica en los países rezagados”, serie B, N° 124 (LC/DEM/R.286), Santiago de Chile, División de Población - Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE).
- Chaney, E. y M. García Castro (comps.) (1993), Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha, sirvienta y ... más nada: trabajadoras del hogar en América Latina y el Caribe, Caracas, Editorial Nueva Sociedad.
- CINTERFOR/OIJ (Centro Interamericano de Investigación y Documentación sobre Formación Profesional de la Organización Internacional del Trabajo)/Organización Iberoamericana de la Juventud) (1998), “Juventud, educación y empleo en Iberoamérica”, Montevideo.
- Cisneros, Luis (1996), “Políticas de juventud en el Perú”, Lima, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- CLAD (Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo) (1998), “Una nueva gestión pública en América Latina”, Caracas.

- CNPD (Comisión Nacional de Población y Desarrollo) (1998), "Jovens acontecendo na trilha das políticas públicas", Brasília.
- Comité Interministerial de la Modernización de la Gestión Pública (1998), Dirección y gerencia pública: gestión para el cambio, Santiago de Chile, Dolmen Editores.
- Costa, P., J. Pérez y F. Tropea (1996), Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Cubides, H., M.C. Laverde y C. Valderrama (1998), "Viviendo a toda": Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades, Santafé de Bogotá, Universidad Central, Siglo del Hombre Editores.
- Cuervo, L. (1995), "Algunas tendencias de la movilidad territorial en Bogotá", Las nuevas formas de movilidad de las poblaciones urbanas en América Latina: memorias del Taller CEDE-ORSTOM, F. Dureau y otros (comps.), Santafé de Bogotá, Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico (CEDE).
- _____ (1997), Repensando lo público a través de la sociedad: nuevas formas de gestión pública y representación social, Caracas, Editorial Nueva Sociedad.
- Cunill Grau, Nuria (1999), "¿Mercantilización y neo-institucionalismo o reconstrucción de la administración pública? Retos de las reformas de segunda generación", Revista nueva sociedad, N° 160, Caracas.
- De Domenico, J. y J. Giménez (1998), Situación y perspectivas psicosociales de la juventud residente en el Area Metropolitana de Asunción, Asunción, Universidad Católica.
- De Roux, Gustavo (1993), Ciudad y violencia en América Latina, Washington, D.C., Organización Panamericana de la Salud (OPS).
- Di Gropello, Emanuela y Rossella Cominetti (1998), La descentralización de la educación y la salud: un análisis comparativo de la experiencia latinoamericana (LC/L.1132), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Dirección de Presupuestos, Ministerio de Hacienda/ Comité Interministerial de Modernización de la Gestión Pública (1999), Recursos humanos en el sector público: experiencias, análisis y propuestas, Santiago de Chile, Dolmen Editores.
- Division of Family Health/GTZ Support Unit (1988), Schoolgirl Pregnancy in Kenya: Report of a Study of Discontinuation Rates and Associated Factors, Nairobi, Ministerio de Salud.
- DNJ/FIPA/FNUAP (Dirección Nacional de la Juventud/Fundación Internacioal para la Adolescencia/Fondo de Población de las Naciones Unidas (1996), Plan Nacional de Acción con la Juventud, Quito.
- Durston, John (1998a), "La juventud rural en América Latina: marco conceptual y contextual", serie Políticas sociales, N° 28 (LC/L.1146), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), octubre.

- _____ (1998b), Participación de la juventud en las actividades laborales y en el proceso de toma de decisiones en América Latina y el Caribe: desafíos a las políticas de juventud y a los actores sociales juveniles (LC/R.1777), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Duschatzky, Silvia (1999), La escuela como frontera: reflexiones sobre la experiencia escolar de jóvenes de sectores populares, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Dynowski-Smith, M. (1989), Profile of Youth in Botswana, Gaborone, Comité intersectorial sobre la educación para la vida en familia.
- Ebranks, E. (1993), "Determinantes socioeconómicos de la migración interna, con especial referencia a la región de América Latina y el Caribe", serie E, N° 38 (LC/DEM/G.143), Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE).
- Edwards, Sebastián (1995), Crisis y reforma en América Latina: del desconsuelo a la esperanza, Buenos Aires, Editorial Emece.
- Emmerij, L. y J. Nuñez del Arco (comps.) (1998), El desarrollo económico y social en los umbrales del siglo XXI, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Encuestas & Estudios (1996), Encuesta Nacional de Juventudes: Informe final, La Paz, Secretaría de Asuntos Generacionales.
- Engle, Patrice L. y Robert K. Smidt (1998), "La maternidad adolescente y su influencia en las mujeres y los niños en áreas rurales de Guatemala", Familias y relaciones de género en transformación: cambios transcendentales en América Latina y el Caribe, Beatriz Schmukler (comp.), México, D.F., Consejo de Población y Ed. Asociados Mexicanos.
- Erickson, P.I., R.I. Lundgren y A. Monroy de Velasco (1991), "Socio-cultural Aspects of Adolescent Pregnancy among Mexican Teens in Mexico City and Mexican Origin Teens in Los Angeles", ponencia presentada en la Reunión Bianual de la Sociedad para la Investigación sobre el Desarrollo del Niño, Seattle.
- Feixa, Carles (1998), El reloj de arena: culturas juveniles en México, México, D.F., Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud (CIEJUV) y Causa Joven.
- Ferrando, Delicia (1993), Conocimiento y uso de drogas en los colegios de secundaria: Encuesta Nacional 1992, Lima, Ministerio de Educación.
- Filgueira, Carlos (1998), Emancipación juvenil: trayectorias y destinos (LC/MVD/R.154/Rev.2), Montevideo, Oficina de la CEPAL en Montevideo.
- Filgueira, Carlos, G. Amoroso y A. Fuentes (1998), La percepción del Instituto Nacional de la Juventud (INJU) en el imaginario juvenil (LC/MVD/R.150/Rev.1), Montevideo, Oficina de la CEPAL en Montevideo.
- _____ (1997), Condiciones habitacionales de la juventud: elementos para el diseño de una política de vivienda (LC/MVD/R.148/Rev.1), Montevideo, Oficina de la CEPAL en Montevideo.

- FNUAP (Fondo de Población de las Naciones Unidas) (1999), Estado de la población mundial, 1999. 6 mil millones: es hora de optar, Nueva York.
- _____ (1998), Estado de la población mundial, 1998. Las nuevas generaciones, Nueva York.
- _____ (1997), Estado de la población mundial, 1997. El derecho a optar: derechos de procreación y salud de la reproducción, Nueva York.
- Franco, Rolando (1999), Políticas sociales: reorganización y coordinación (LC/R.1920), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Fundação Mudes (1996), "Juventude. Informe Nacional do Brasil", Rio de Janeiro, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Furstenberg, Frank F. (1998), "When will teenage childbearing become a problem ? The implications of Western experience for developing countries", Studies in Family Planning, vol. 2, Nº 29.
- Furstenberg, Frank F., Jeanne Brooks-Gunn y P. Morgan (1987), Adolescent Mothers in Later Life, Nueva York, Cambridge University Press.
- Furstenberg, Frank F. y K.M. Harris (1993), "When and why fathers matter: impacts of father involvement on children of adolescent mothers", Young Unwed Fathers, R.I. Lerman y T.J. Ooms (comps.), Filadelfia, Temple University Press.
- Gabinete de Juventud (1999), Plan Nacional de Juventud: Acciones 1999, Buenos Aires, Instituto Nacional de la Juventud.
- Gallart, M.A. y otros (1998), "Lo público y lo privado en la formación para el trabajo: nuevo concepto, nuevos actores, nuevas estrategias", Santafé de Bogotá, Fundación FES y otros.
- Galvão, L. y J. Díaz (organizadores) (1999), "Saúde sexual e reproductiva no Brasil", São Paulo, Consejo de Población.
- Gandara, S., C. Mangone y J. Warley (1997), Vidas imaginarias: los jóvenes en la tele, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Gandasegui, Marcos (1996), "La juventud en América Latina: el caso de Panamá", Ciudad de Panamá, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Ganuza, E., E. León y P. Sauma (comps.) (1999), Gasto público en servicios sociales básicos en América Latina y el Caribe: análisis desde la perspectiva de la Iniciativa 20/20 (LC/R.1933), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- García Delgado, Daniel (1998), Estado – Nación y globalización: fortalezas y debilidades en el umbral del tercer milenio, Buenos Aires, Editorial Ariel.

- García Canclini, Néstor (1996), *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales en la globalización*, México, D.F., Editorial Grijalbo.
- Gaviria, N. y otros (1995), *Pensemos la organización juvenil: proceso de estudio sobre las experiencias de participación juvenil en Medellín*, Medellín, Consejería Presidencial para Medellín y su Área Metropolitana.
- Geronimus, Arline T., Sanders Korenman y Marianne M. Hillemeier (1994), "Does young maternal age adversely affect child development ? Evidence from cousin comparisons in the United States", *Population and Development Review*, vol. 3, N° 45.
- Giménez, José (1996), "Políticas de juventud en América Latina: Informe Nacional de Paraguay", Asunción, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Giménez, C. y R. Daza (1996), "Informe de juventud: Colombia 1995", Santafé de Bogotá, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Goldman, Noreen (1981), "Dissolution of first unions in Colombia, Panama, and Peru", *Demography*, vol. 4, N° 18.
- Glaessner, P. y otros (1995), "Alivio de la pobreza y fondos de inversión social: la experiencia latinoamericana", Washington, D.C., Banco Mundial.
- Godoy, L. y M. Rangel (1997), *Nuevas experiencias en política social: los Fondos de Inversión Social en América Latina y el Caribe en los programas sociales (LC/R.1744)*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Gómez Husares, Luis (1996), "Políticas de juventud en Cuba 1990 – 1994", La Habana, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- González, Bernardo (1999), *Casas de la juventud: espacios para soñar, aprender y participar*, Santafé de Bogotá, Ministerio de Educación Nacional y Programa de las Naciones Unidas para la Fiscalización Internacional de Drogas (PNUFID).
- Goodman, M. y otros (1997), *Los fondos de inversión social en América Latina: resultados y papel futuro*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Grogger, Jeff (1997), "Incarceration-related costs of early childbearing", *Kids Having Kids: Economic Costs and Social Consequences of Teen Pregnancy*, Rebecca A. Maynard (comp.), Washington, D.C., Urban Institute Press.
- Guillén, Maritza (1996), "Políticas de juventud en América Latina: estudio del caso de Honduras", Tegucigalpa, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).

- Haveman, Robert, Barbara Wolfe y Elaine Peterson (1997), "Children of young childbearers as young adults", *Kids Having Kids: Economic Costs and Social Consequences of Teen Pregnancy*, Rebecca A. Maynard (comp.), Washington, D.C., Urban Institute Press.
- _____ (1995), "The Intergenerational Effects of Early Childbearing", Discussion Paper, Madison, Wisconsin, Universidad de Wisconsin, Institute for Research on Poverty.
- Henderson, Humberto (1999), *Fomento de la formación e inserción laboral de los jóvenes*, Montevideo, Fondo de Cultura Económica.
- Hirshman, Albert (1977), *Salida, voz y lealtad: respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Hoffman, Saúl D., E. Michael Foster y Frank F. Furstenberg (1993), "Reevaluating the costs of teenage childbearing", *Demography*, vol. 1, N° 30.
- Hopenhayn, Martín (comp.) (1997), *La grieta de las drogas: desintegración social y políticas públicas en América Latina (LC/G.1975-P)*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.97.II.G.12.
- Hopenhayn, Martín, Ibán de Rementería y Guillermo Sunkel (1999), *Criterios básicos para una política de prevención y control de drogas en Chile, serie Políticas sociales, N° 34 (LC/L.1247-P)*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), noviembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.99.II.G.49.
- Horwitz, S. y otros (1991), "School-age mothers: predictors of long-term education and economic outcomes", *Pediatrics*, vol. 6, N° 87.
- Hotz, V. Joseph, Susan Williams McElroy y Seth G. Sanders (1997), "The costs and consequences of teenage childbearing for mothers", *Kids Having Kids: Economic Costs and Social Consequences of Teen Pregnancy*, Rebecca A. Maynard (comp.), Washington, D.C., Urban Institute Press.
- Huneus, Carlos (1997), *Latinobarómetro 1995: opiniones y actitudes de los ciudadanos sobre la realidad económica y social (LC/R.1750)*, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Hunermann, Peter y Margit Eckholt (comps.) (1998), *La juventud latinoamericana en los procesos de globalización*, Buenos Aires, Intercambio Cultural Alemania - América Latina (ICALA), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA).
- INJ (Instituto Nacional de la Juventud) (1999), *Jóvenes de los 90: el rostro de los nuevos ciudadanos. Segunda Encuesta Nacional de la Juventud*, Santiago de Chile.
- _____ (1994), *Primer Informe Nacional de Juventud*, Santiago de Chile

- Jacinto, C. y M.A. Gallart (comps.) (1998a), *Por una segunda oportunidad: la formación para el trabajo de jóvenes vulnerables*, Montevideo, Centro Interamericano de Investigación y Documentación sobre Formación Profesional (CINTERFOR), Organización Internacional del trabajo (OIT) y Red de Educación y Trabajo (RET).
- _____ (1998b), *La evaluación de programas de capacitación de jóvenes desempleados. Una ilustración en los países del Cono Sur*, París, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).
- Jaramillo, Marcelo (1996), "Las políticas de juventud en Ecuador 1975 - 1995", Quito, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Jarquín, E. y F. Carrillo (1997), *La economía política de la reforma judicial*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Kaztman, Rubén (coord.) (1999), *Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay* (LC/MVD/R.180), Montevideo, Oficina del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y Oficina de la CEPAL en Montevideo.
- King, Carlos (1996), "Políticas de juventud en América Latina. Informe de El Salvador", San Salvador, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Konterllnik, I. y C. Jacinto (coords.) (1996), *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo*, Buenos Aires, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y Editorial Lozada.
- Kornblit, Ana Lía (1996), *Culturas juveniles: La salud y el trabajo desde la perspectiva de los jóvenes*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Krauskopf, Dina (1996a), "Políticas de juventud en Centroamérica", San José de Costa Rica, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- _____ (1996b), "Evaluación del Programa de Salud Adolescente de Costa Rica", San José de Costa Rica, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Lattes, A. (1996), "Urbanización, crecimiento urbano y migraciones en América Latina", *Notas de población*, N° 62 (LC/DEM/G.164), Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE).
- Laurnaga, María Elena (1996), "Políticas de juventud en el Cono Sur", Montevideo, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Lesthaeghe, R. (1998), "On theory development: Applications to the study of family formation", *Population and Development Review*, vol. 24, N° 1.

- Levi, G. y J.C. Schmitt (comps.) (1996), *Historia de los jóvenes. Tomo I: de la Edad Antigua a la Edad Moderna; y Tomo II: la Edad Contemporánea*, Madrid, Editorial Taurus.
- Levine Coley, Rebekah y P. Lindsay Chase-Lansdale (1999), "Adolescent pregnancy and parenthood: recent evidence and future decisions", *American Psychologist*.
- Levis, Diego (1997), *Los videojuegos, un fenómeno de masas. Qué impacto produce sobre la infancia y la juventud la industria más próspera del sistema audiovisual*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Lichter, Daniel T. y Deborah R. Graefe (1999), "Finding a mate ? The marital and cohabitational histories of unwed mothers", *Population Research Institute Working Paper*, vol. 10, N° 99, Pennsylvania State University.
- Lindbergh, L. y otros (1997), "Age differences between minors who give birth and their adult partners", *Family Planning Perspectives*, vol. 2, N° 29.
- Lloyd, Cynthia B. y Barbara Mensch (1999), "Implications of formal schooling for girls' transitions to adulthood in developing countries", *Critical Perspectives on Schooling and Fertility in the Developing World*, Washington, D.C., National Research Council, National Academy Press.
- López, Ana Inés (1994), "Embarazo en adolescentes", Madrid, Instituto de la Juventud, Ministerio de Asuntos Sociales.
- Maffesoli, M. (1990), *El tiempo de las tribus: el declive del individualismo en las sociedades de masas*, Barcelona, Editorial Icaria.
- Magri, C. y otros (1998), "Seminario sobre trabajo infantil en la era post-Oslo", Santafé de Bogotá, Oficina Regional del UNICEF para América Latina y el Caribe, 9 al 12 de junio.
- Marafioti, Roberto (comp.) (1996), *Culturas nómades: juventud, culturas masivas y educación*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Marcel, Mario (comp.) (1997), *Calidad de servicio y atención al usuario en el sector público: experiencias internacionales y su relevancia para Chile*, Santiago de Chile, Dolmen Ediciones.
- Margulis, Mario (comp.) (1996), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Marín, Juan Carlos (1996), "Evaluación del Programa de Capacitación Laboral de Jóvenes: Chile Joven", Santiago de Chile, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Marini, M. (1984), "Women's educational attainment and the timing of entry into parent-hood", *American Sociological Review*, N° 49.
- Marques, F. y M. Ospina (1999), "Programa Casas Juveniles: pensando a la juventud de una manera diferente", Medellín, Corporación Región.

- Martínez, Javier y Eduardo Valenzuela (1984) Consideraciones previas para un estudio de la juventud popular urbana en América Latina (LC/R.374), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Mauger, G., R. Bendit y C. Von Wolffersdorff. (1994), *Jeunesses et sociétés: perspectives de la recherche en France et en Allemagne*, París, Éditions Armand Collin.
- Mc Allister, Alfred (1998), *La violencia juvenil en las Américas: estudios innovadores de investigación, diagnóstico y prevención*, Washington, D.C., Organización Panamericana de Salud (OPS), Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo (ASCID) y Fundación Kellogg.
- Mc Devitt, Thomas y otros (1996), "Trends in Adolescent Fertility and Contraceptive Use in the Developing World", Report IPC/95-1, Washington D.C., Oficina del Censo de los Estados Unidos.
- Mensch, B. y otros (1998), *The Uncharted Passage. Girls Adolescence in the Developing World*, Nueva York, Consejo de Población, Naciones Unidas.
- Mertens, Walter (1996), *Crecimiento de la población y desarrollo económico*, serie Cuadernos de la CEPAL N° 75 (LC/G.1878-P;LC/DEM/G.162), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.96.II.G.4.
- Mier, R. y R. Piccini (1987), *El desierto de espejos: juventud y televisión en México*, México, D.F., Plaza y Valdés.
- Ministerio de Justicia y del Derecho (1999), *Plan Nacional de Lucha contra las Drogas: Colombia 1998 – 2002*, Santafé de Bogotá, Dirección Nacional de Estupefacientes.
- Ministerio de la Familia (1993), "La juventud venezolana: informe general. Encuesta Nacional de la Juventud", Caracas.
- Monroy, A. y J. Martínez (comps.) (1986), *Reunión internacional sobre salud sexual y reproductiva de los adolescentes y jóvenes. Memoria*, México, D.F., Centro de Orientación para Adolescentes (CORA).
- Moore, Mark (1998), *Gestión estratégica y creación de valor en el sector público*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Moore, Kristin A. (1986), "Children of teen parents: heterogeneity of outcomes", Final Report to the Center for Population Research, NICHD, Washington, D.C., Child Trends.
- Moore, Kristin A. y Linda J. Waite (1977), "Early childbearing and educational attainment", *Family Planning Perspectives*, N° 9.
- Moore, Kristin A. y otros (1993), "Age at first childbirth and later poverty", *Journal of Research on Adolescence*, vol. 4, N° 3.

- Moore, Kristin A., D.R. Morrison y A.D. Greene (1997), "Effects on the children born to adolescent mothers", *Kids Having Kids: Economic Costs and Social Consequences of Teen Pregnancy*, Rebecca A. Maynard (comp.), Washington, D.C., Urban Institute Press.
- Moore, Kristin A., A. Driscoll y L.D. Lindbergh (1998), *A Statistical Portrait of Adolescent Sex, Contraception, and Childbearing*, Washington, D.C., Campaña Nacional para prevenir el Embarazo Adolescente.
- Mora, M. y S. Muñoz (1996), "Políticas de juventud en América Latina: el caso de Costa Rica", San José de Costa Rica, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Morinigo, José Nicolás (1999), "La voz de los jóvenes paraguayos: Encuesta Nacional", Asunción, Centro de Información y Recursos para el Desarrollo (CIRD) y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
- Morris, Leo y otros (1995), *Jamaica Contraceptive Prevalence Survey 1993. Vol. 4: Sexual Behaviour and Contraceptive Use among Young Adults*, Kingston, Junta Nacional de Planificación Familiar y Centros de Control de Enfermedades.
- Morrison, A. y M. Loreto (comps.) (1999), *El costo del silencio: violencia doméstica en las Américas*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Moss, N., L. Iris y F. Mendoza (1991), "Social Support and Psychological Wellbeing among Mexican, Mexican-American and Anglo Childrearing Adolescents in California", ponencia presentada en la Reunión Bianual de la Sociedad para la Investigación sobre el Desarrollo del Niño, Seattle.
- Moura Castro, Claudio (comp.) (1998), *La educación en la era de la informática*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Moura Castro, Claudio y A. Verdisco (1999), *Training Unemployed Youth in Latin America: Same Old Sad Story?*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Moura Castro, Claudio y M. Carnoy (comps.) (1997), *La reforma educativa en América Latina: actas de un seminario*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Muñoz, Sergio (1995), *Políticas de atención a la adolescencia y la juventud en Costa Rica*, San José de Costa Rica, Comisión Nacional de Atención Integral a la Adolescencia y Organización Panamericana de Salud (OPS).
- Naciones Unidas (1999a), *World Population Prospects. The 1998 Revision. Volume I Comprehensive Tables (ST/ESA/SER.A/177)*, Nueva York, Departamento de Información Económica y Social, División de Población. Publicación de las Naciones Unidas, Nº de venta: E.99.XIII.9.
- _____ (1999b), *Salud y mortalidad. Informe conciso (ST/ESA/SER.A/172)*, Nueva York, Departamento de Información Económica y Social y Análisis de Políticas, División de Población.

- _____ (1999c), Informe Especial Plenario del vigésimo primer período de sesiones de la Asamblea general. Examen y evaluación generales de la ejecución del programa de Acción de la Conferencia Internacional sobre Población y desarrollo (A/S-21/5/Add.1), Nueva York.
- _____ (1998), World population monitoring 1996: Selected Aspects of Reproductive Rights and Reproductive Health (ST/ESA/SER.A/156), Nueva York, Departamento de Información Económica y Social y Análisis de Políticas, División de Población. Publicación de las naciones Unidas, N° de venta: E.97.XIII.5.
- _____ (1997a), Derechos reproductivos y salud reproductiva. Informe conciso (ST/ESA/SER.A/157), Nueva York, Departamento de Información Económica y Social y Análisis de Políticas, División de Población.
- _____ (1997b), Expert Group Meeting on Below-Replacement Fertility (ESA/P/WP.140), Nueva York, División de Población.
- _____ (1996), Family Planning , Health and Family Well-Being (ST/ESA/SER.R/131), Nueva York.
- _____ (1994), Informe de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo (A/CONF.171/13), Nueva York.
- Oberai, A.S. (1989), Migración, urbanización y desarrollo, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo (OIT).
- OEA (Organización de los Estados Americanos) (1998), Educación en las Américas: calidad y equidad en el proceso de globalización, Washington, D.C.
- OIJ/FNUAP/OPS (Organización Iberoamericana de la Juventud/Fondo de Población de las Naciones Unidas/Organización Panamericana de Salud) (1996), Memorias del Encuentro Internacional sobre salud adolescente, Madrid.
- OIM/INJU/CEPAL (Organización Internacional para las Migraciones/Instituto Nacional de la Juventud de Uruguay/Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1994), La propensión migratoria de los jóvenes uruguayos, Montevideo.
- OIT (Organización Internacional del Trabajo) (1999), Panorama laboral de América Latina y el Caribe 1999, Lima, Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- _____ (1998), Programas de empleo e ingresos en América Latina y el Caribe, Ginebra.
- Olavarria, J., C. Benavente y P. Mellado (1998), Masculinidades populares. Varones adultos jóvenes de Santiago, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- Olson, Randall J. y George Farkas (1989), "Endogenous covariates in duration models and the effect of adolescent childbirth on schooling", Journal of Human Resources, N° 24.
- OPS (Organización Panamericana de Salud) (1998a), Plan de Acción de Desarrollo y Salud de Adolescentes y Jóvenes en las Américas 1998 – 2001, Washington, D.C.

- _____ (1998b), Informe sobre la salud en las Américas 1998, Washington, D.C.
- _____ (1998c), La salud en las Américas. Edición de 1998, Publicación Científica, N° 569, Washington, D.C.
- _____ (1995a), La salud del adolescente y del joven, Publicación Científica N° 552, Washington, D.C.
- _____ (1995b), Estadísticas de salud de las Américas, Publicación Científica, N° 556, Washington, D.C.
- _____ (1990), Las condiciones de salud en las Américas, vol. 1, Publicación Científica, N° 524, Washington, D.C.
- OPS/CEPAL (Organización Panamericana de Salud/Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1997), "Salud, equidad y transformación productiva en América Latina y el Caribe", Cuaderno técnico N° 46, Washington, D.C.
- Osborne, D. y P. Plastrik (1998), La reducción de la burocracia: cinco estrategias para reinventar el gobierno, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Ottone, E. y E. Rodríguez (comps.) (1989), Mitos, certezas y esperanzas: tendencias de las investigaciones sobre juventud en América Latina, Montevideo, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y Centro Latinoamericano sobre Juventud (CELAJU).
- Pantelides, E. (1995), La maternidad precoz, Buenos Aires, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
- Pérez, Elkin (coord.) (1998), Pensémoslo juntos: fortalecimiento de la participación escolar, Medellín, Alcaldía y Personería de Medellín, Corporación Paisajoven, Sociedad Alemana de Cooperación Técnica (GTZ).
- Pérez Islas, José Antonio (1996a), "La participación de los jóvenes en el Programa Nacional de Solidaridad de México", México, D.F., Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- _____ (1996b), "Políticas de juventud en el Caribe de habla hispana y México", México, D.F., Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- _____ (1996c), "Informe sobre las políticas de juventud en México 1988 – 1994", México, D.F., Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Pérez Islas, J.A. y E.P. Maldonado (coords.) (1996), Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986 – 1996, México, D.F., Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud (CIEJUV), Causa Joven y Secretaría de Educación Pública.

- Pineda, Saúl (1999), *Memorias del II Encuentro Iberoamericano sobre Políticas de Empleo Juvenil: El desafío desde lo local. Las experiencias, las conclusiones y las lecciones aprendidas*, Medellín, Red Araña, Corporación Paisajoven y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- Piola, S. y R. Pereira (1998), "Gasto social federal e gasto com jovens de 15 a 24 anos", *Jovens acontecendo na trilha das políticas públicas*, Brasília, Comisión Nacional de Población y Desarrollo (CNPD).
- Pizarro Hofer, Roberto (1999), *Vulnerabilidad social en América Latina y el Caribe (LC/DEM/R.298)*, Santiago de Chile, División de Población – Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE).
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo)(1999), "Desarrollo humano en Uruguay 1999", Montevideo.
- _____ (1998a), *Educación: la agenda del siglo XXI. Hacia un desarrollo humano*, Santafé de Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- _____ (1998b), *Desarrollo humano en Chile. Las paradojas de la modernización*, Santiago de Chile.
- _____ (1998c), *Informe de desarrollo humano para Colombia 1998*, Santafé de Bogotá, Departamento Nacional de Planeación, Misión Social.
- Prada-Salas, Elena (1996), "The fertility transition and adolescent childbearing: the case of Colombia", *The Fertility Transition in Latin America*, José M. Guzmán y otros (comps.), Oxford, Clarendon Press .
- PROFAMILIA (Asociación Probienestar de la Familia) (1994), *Estudio sobre conocimiento, actitudes y comportamiento sexual de los adolescentes en seis ciudades de Colombia 1994*, Santafé de Bogotá, Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP) y Consejería Presidencial para la Política Social.
- Quiles, Inés (1996), "Balance de la inversión pública en la juventud portorriqueña 1989 – 1995", Caguas, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Quiterio, Gisela (1995), *Perfil de las mujeres jóvenes dominicanas: nuevos saberes, nuevas responsabilidades, los mismos roles*, Santo Domingo, Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF).
- Rama, Germán (1992), "La situación de la juventud en América Latina", Conferencia magistral brindada en la VI Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud, Sevilla.
- _____ (1986), "La juventud latinoamericana: entre el desarrollo y la crisis", *Revista de la CEPAL*, N° 29 (LC/G.1427), Santiago de Chile.

- Rama, Germán y C. Filgueira (1991), *Los jóvenes del Uruguay: esos desconocidos. Análisis de la Encuesta Nacional de Juventud (LC/MVD/R.72)*, Montevideo, Oficina de la CEPAL en Montevideo, Oficina de Planeamiento y Presupuesto y Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD).
- Reguillo, Rossana (1991), *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, Guadalajara, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).
- Reicher Madeira, Felicia (org.) (1998), *Quem mandou nascer mulher? Estudos sobre crianças e adolescentes pobres no Brasil, São Paulo*, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y Ed. Rosa Dos Tempos.
- Ribar, David C. (1996), "The effects of teenage fertility on young adult childbearing", *Journal of Population Economics*, vol. 2, N° 9.
- _____ (1994), "Teenage fertility and high school graduation", *Review of Economics and Statistics*, vol. 3, N° 76.
- Rifkin, Jeremy (1996), *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Rivadeneira, Luis (1999), *América Latina y el Caribe: crecimiento económico sostenido, población y desarrollo, serie Población y desarrollo N° 2 (LC/G.1240-P)*, Santiago de Chile, septiembre. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.99.II.G.30.
- Rodríguez, Ernesto (1999a), *Juventud y políticas públicas en América Latina: experiencias y desafíos desde la gestión institucional*, Medellín, Corporación Región.
- _____ (1999b), *Políticas públicas de juventud en el Paraguay: propuestas básicas para el período 1999 – 2003*, Asunción, Secretaría Técnica de Planificación, Vice Ministerio de la Juventud y Sociedad Alemana de Cooperación Técnica (GTZ).
- _____ (1999c), *Políticas públicas de juventud en Medellín: propuestas básicas para el período 2000 – 2003*, Medellín, Oficina de la Juventud, Alcaldía de Medellín, Corporación Paisajoven.
- _____ (1998), *La compleja transición de la escuela al trabajo: determinantes estructurales de las oportunidades de integración social de los jóvenes en América Latina*, México. D.F., Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud (CIEJUV) y Causa Joven.
- _____ (1997), *Los jóvenes y la violencia urbana en América Latina y el Caribe: dimensiones y particularidades de un fenómeno complejo y desgarrador*, Caracas, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y Centro Latinoamericano sobre Juventud (CELAJU).
- _____ (1996), *Promoción de la participación de los jóvenes en los procesos de desarrollo de fin de siglo en América Latina y el Caribe: algunas propuestas para la acción*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

- _____ (1995), *Juventud y medios masivos de comunicación en América Latina: riesgos, potencialidades y desafíos*, Montevideo, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y Centro Latinoamericano sobre Juventud (CELAJU).
- Rodríguez, E. y B. Dabezies (1991), *Primer informe sobre la juventud en América Latina 1990*, Madrid, Conferencia Iberoamericana de Ministros de Juventud.
- Rodríguez, R. y otros (1998), *El ambiente legislativo y de políticas relacionado con la salud del adolescente en América Latina y el Caribe*, Washington, D.C., Organización Panamericana de Salud (OPS) y Fundación Kellogg.
- Rodríguez, E. y C. Vanrrelli (1993), "Asignación de recursos y políticas de juventud: evaluación y reformulación", Montevideo, proyecto Instituto Nacional de la Juventud, Oficina de Planeamiento y Presupuesto y Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Rodríguez, E. y B. Dabezies (1991), *Primer Informe sobre la juventud de América Latina, 1990*, Conferencia Iberoamericana de Juventud, Quito.
- Rojas Aravena, Francisco (comp.) (1998), *Globalización, América Latina y la diplomacia de las cumbres*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- Ross, J., J. Stover y A. Willard (1999), "Profiles for family planning and reproductive health programs. 116 Countries", Connecticut, The Futures Group International.
- Ruiz, E. y G. Luna (1998), *Reincidencia juvenil y libertad asistida en Santafé de Bogotá*, Santafé de Bogotá, Fundación FES y Fundación Restrepo Barco.
- Salazar, Alonso (1993), "No nacimos pa' semilla: la cultura de las bandas juveniles en Medellín", Santafé de Bogotá, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).
- Savedoff, William (comp.) (1998), *La organización marca la diferencia: educación y salud en América Latina*, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Schoenmaeckers, R. y E. Lodewijckx (1999), "Demographic behaviour in Europe: some results from FFS country reports and suggestions for future research", *European Journal of Population*, vol. 15, N° 3.
- Seissus, Dionisio (1996), "Políticas de juventud en Chile 1990 – 2000: diseño y evaluación", Santiago de Chile, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Senderowitz, Judith (1995), "Adolescent Health: Reassessing the Passage to Adulthood", World Bank Discussion Paper, N° 272, Washington, D.C.
- Senderowitz, Judith y John Paxman (1985), "Adolescent fertility: Worldwide concerns", *Population Bulletin*, vol. 2, N° 40.
- Serrano, Manuel Martín (coord.) (1994), *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960 y 1990*, Madrid, Instituto de la Juventud.

- Sidicaro, R. y E. Tenti (comps.) (1998), *La Argentina de los jóvenes: entre la indiferencia y la indignación*, Buenos Aires, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y Editorial Lozada.
- Stern, C. y E. García (1999), "Hacia un nuevo enfoque en el campo del embarazo adolescente", *Reflexiones*, N°13, México, D.F., El Colegio de México.
- Strasser, Carlos (1999), *Democracia y desigualdad: sobre la "democracia real" a fines del siglo XX*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y Organismo Sueco de Desarrollo Internacional (ASDI).
- Sutcliffe, B. (1998), *Nacido en otra parte. Un ensayo sobre la migración internacional, el desarrollo y la equidad*, Bilbao, Hegoa.
- Tedesco, J.C. y H. Blumenthal (comps.) (1986), *La juventud universitaria en América Latina*, Caracas, Centro Regional de la UNESCO para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (CRESALC) e Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS).
- Tejada Holguín, Ramón (1996), "Evaluación de las políticas de juventud en la República Dominicana 1990 – 1995", Santo Domingo, Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y Organización Iberoamericana de la Juventud (OIJ).
- Tokman, V. y G. O'Donnell (comps.) (1999), *Pobreza y desigualdad en América Latina: temas y nuevos desafíos*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- Tokman, V. y otros (1997), "Jóvenes, formación y empleabilidad", *Boletín Interamericano de Formación Profesional*, N° 139-140, Montevideo, Centro Interamericano de Investigación y Documentación sobre Formación Profesional (CINTERFOR), Organización Internacional del Trabajo (OIT).
- Torres Rivas, Edelberto y otros (1988), "Escépticos, narcisos, rebeldes: seis estudios sobre la juventud", San José de Costa Rica, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura) (1996), *La situación educativa de América Latina y el Caribe 1980 – 1994*, Santiago de Chile, Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe (OREALC).
- UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia) (1999), *Estado mundial de la infancia 1999: educación*, Nueva York.
- ____ (1998), "Avances hacia las metas para las niñas, las adolescentes y las mujeres", Santafé de Bogotá, Comité Coordinador Interagencial para el Seguimiento de la Cumbre Mundial en Favor de la Infancia en las Américas.
- Upchurch, D.M. y J. McCarthy (1990), "The timing of a first birth and high school completion", *American Sociological Review*, N° 55.

- Urteaga, Maritza (1998), "Por los territorios del rock: identidades juveniles y rock mexicano", México, D.F., Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud (CIEJUV) y Causa Joven.
- Urzúa, R. y F. Agüero (comps.) (1998), Fracturas en la gobernabilidad democrática, Santiago de Chile, Centro de Análisis de Políticas Públicas, Universidad de Chile.
- Villa, M. y J. Rodríguez (1997), "Dinámica sociodemográfica de las metrópolis latinoamericanas durante la segunda mitad del siglo XX", serie Notas de población, N° 65 (LC/DEM/G.177), Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE).
- Waiselfisz, Juan Jacobo (coord.) (1998), Juventude, violencia e cidadania: os jovens de Brasília, São Paulo, Cortez Editora.
- Wurgaft, José (coord.) (1988), "Empleos de emergencia en América Latina", Santiago de Chile, Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC), Organización Internacional del Trabajo (OIT).

